

Susana Biset

TIERRA INDIA
LA DAMA ESCONDIDA



VESTALES

Biset, Susana

Tierra india. La dama escondida. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-29-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título.

CDD A863

© Editorial Vestales, 2018.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-29-4

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*Cuando me amé de verdad,
comprendí que, en cualquier circunstancia,
yo estaba en el lugar correcto,
en la hora correcta y en el momento exacto.*

Charles Chaplin

PRESAGIO

Cuando, esa mañana en la casa de William, Patricia se dirigió a la sala principal para desayunar, jamás imaginó que, dentro de menos de quince días, se convertiría en la dama escondida. Sin tener consciencia de ello, estaba a punto de sanear el camino que la llevaría frente a los más viles hombres, quienes la valorarían tan poco como para cambiarla por escasas monedas.

En su urgencia por desaparecer de Argentina, una arbitraria y apresurada decisión colocaría la pieza magistral en el rompecabezas de la vida de la joven; la última, la que lo completaba. ¿O sería la primera de algo cien veces peor?

CAPÍTULO 1

La tarde se encontraba apacible, y los rayos solares invitaban a disfrutarlos. Bajo la tenue sombra del acerolo que alguna mano amorosa había plantado años atrás en el patio central de la casa de William y Lheena, el matrimonio estaba sentado sobre el poyo que miraba hacia el aljibe. Ella bordaba carpetitas mientras él fumaba un habano y leía las noticias en el periódico local.

Entre el silencio y la amorosa armonía del momento, la mujer levantó la vista y dejó escapar un suspiro profundo.

Al escucharla, preocupado, él de inmediato dejó la lectura sobre el regazo y le tomó la mano para apretarla. Lheena era su mundo, su aire, su laguna y su cielo. Sin ella, temprano en esa existencia, había comprendido que nada valía.

Ahora, luego de tanto tiempo en soledad y sufrimiento, por fin se habían reencontrado. Por eso la cuidaba como a la más delicada joya.

—¿Qué te sucede, querida? Te noto alterada y deseo aliviar tu pesar. Dímelo, y yo haré lo que sea necesario para regresarte la alegría.

La nativa le sonrió, pero, como él decía, sin contento alguno.

Antes de volver a preguntar, William se detuvo a observarla con admiración. Tal vez fuera por la piel cobriza o la continua apacibilidad que siempre demostraba, esa tranquila manera de tomarse los incidentes de la vida, pero lo cierto era que los años no la habían cambiado. Apenas unas pocas canas clareaban el marco de aquel rostro; aun así, aquella cabellera rojiza continuaba estallando con su brillo tan especial. Esos ojos color verde oscuro seguían siendo adorables y, cuando lo miraban, destruían cualquier pared, cualquier dolor en él. Su cuerpo se empecinaba en ser como el de una niña, pequeño, delgado, ágil y silencioso; sin embargo, las apreciaciones que brotaban de esos sensuales labios que siempre sonreían eran sabias y, por ello, tomadas en cuenta por quienes poseían el privilegio de tenerla cerca.

En ese instante, Lheena estudiaba el bordado que tenía entre las manos, aunque su marido sabía que, por más que fingiera coser, aquella cabecita se encontraba en otra parte, en busca de aliviar los pesares ajenos. ¡Si la conocería él! ¿Serían todos los comechingones como ella, altruistas y dadivosos, tan simples en sus conceptos y con un amor tan profundo hacia cada ser vivo?

William la adoraba porque sentía admiración por todas esas cualidades en su esposa tan difíciles de descubrir en los *huincas*, como llamaban los nativos a quienes tenían la piel más clara.

—Es tu sobrina Patricia —dijo por fin ella.

William se puso tenso y apretó la mandíbula. Todo lo que se refiriera a esa joven le erizaba la piel. Durante demasiado tiempo, habían padecido los continuos desmanes y aires de princesa destronada de la muchacha, ¿y por qué? Porque Eduas, el hijo de William y Lheena, la había despreciado como mujer.

Semanas después de que aquello hubiera ocurrido, Patricia parecía haberse sosegado, pero, si Lheena tenía algo que decir sobre ella, entonces él estaba muy equivocado en cuanto a la aparente calma de su sobrina. La situación, de seguro, se tornaría ríspida porque nada bueno podía surgir de esa caprichosa muchacha.

—Suponía que estabas molesta con ella. ¿Quién más en esta familia nos mantiene en vilo, siempre alterados? ¿Todavía anda generando problemas? —Aunque no aguardó hasta recibir una respuesta—. ¡No sé para qué pregunto! —Se revolvió en el asiento y apretó el periódico hasta hacerlo crujir entre las manos—. La respuesta es más que evidente.

—¡No, querido, no me malentiendas! —se apresuró la comechingona a responder, tras dejar el bordado sobre la falda para hacer más explícita su aseveración—. Todo lo contrario, Patricia no me causa inconveniente alguno.

—¡Vaya! —expresó él con las cejas alzadas y casi sin creerle—. Eso es una novedad. Nunca pensé que alguien diría que esa egoísta y vanidosa chica no crea discordia donde sea que vaya. Aunque, al venir de ti, supongo que no dirás nada malo sobre ella.

—En realidad, estoy muy preocupada por su bienestar.

—¿Preocupada? ¡Lheena, no puedes inquietarte por Patricia! Porque, de ser al revés, a esa jovencita ni se le ocurriría pensar en ti. Patricia es... ¡Patricia! ¿Y tú quieres ayudarla con algo?

—Sí, me atemoriza lo que está por hacer. Sabes que ha decidido partir en la primera nave que zarpe hacia Liverpool. He intentado convencerla, disuadirla, para que los espere a ustedes, a ti o a tu tío. Si hace eso, viajará en naves seguras, y estará rodeada de personas confiables. Pero se niega a escucharme. Apenas si me responde que no le interesa quién comande el buque ni quiénes sean los tripulantes con tal de que la lleven a Inglaterra. Está demasiado ansiosa por desaparecer cuanto antes de aquí. —Se detuvo un momento. Ambos sabían que, si la muchacha estaba incómoda en esa casa y en esa ciudad, se debía a las malas decisiones que ella misma había tomado y no a algo que ellos hubieran hecho—. ¿Tanto nos detesta?

Él le tomó las manos y sonrió ante la ingenuidad de ella.

—¿Lo preguntas de verdad?

—Sí, lo sé. Es algo...

—¡Es Patricia de quien estamos hablando! No necesito hacer más aclaraciones, querida.

—De todos modos, ¿podrías convencerla de esperarte o aguardar a que tu tío Frederick o incluso nuestro Eduas partan hacia Europa? —William estaba de acuerdo, aunque sospechaba que su hijo, luego de los terribles contratiempos y malentendidos que se habían producido entre la joven y él, no querría llevarla consigo, ya que supondría que, de hacerlo, los inconvenientes se multiplicarían. Ella continuó explicándole su parecer—. Así nos sentiríamos más tranquilos, puesto que sabríamos que va a llegar sana y sin mácula. Para los ingleses, el nombre sin mancillar es muy importante, me lo has dicho varias veces. Si ella fuera abordada por un extraño, si sufriera algún inconveniente..., ya sabes... —Se llevó la mano a la boca, mezquina para pronunciar palabras tan tremendas para los *huincas*.

Entre los comechingones, el hecho de mantener relaciones sexuales sin estar comprometidos era un hecho muy normal y colaboraba en calmar los ímpetus de los jóvenes, tanto varones como mujeres. Claro que eso cambiaba apenas se unían en matrimonio.

William le volvió a apretar las manos.

—Tienes razón. Somos complicados los ingleses, ¿verdad?

—Ingleses, argentinos, franceses... Siempre que no sean nativos de esta tierra, las costumbres son mucho más estrictas.

Él elevó los ojos al cielo y suspiró.

—¡Cómo querría ser más parecido a ustedes! Son mucho más sencillos y directos, además de que se toman los inconvenientes como algo natural. Nosotros, en cambio, nos empeñamos en pretender dominar al poderoso señor destino. ¡Tantos condicionamientos, tantas imposiciones!

—Por eso mismo, querido, ¿intentarás convencerla y hacerla entrar en razón para que desista de su alocada idea? Aquí podemos seguir alojándola y cuidándola. Su buen nombre jamás será ensuciado, y le haremos la vida lo más comfortable posible. Hasta tú podrías conseguirle un excelente candidato. En Buenos Aires, ¡y en todo el país!, existen hombres honorables, adecuados para una joven como ella.

Él calló. ¡Su mujer desconocía tantas cuestiones de la vida de Patricia! Lheena desestimaba el hecho de que esa joven era muy egoísta, pretenciosa, frívola e hipócrita. Nunca se juntaría con un hombre de raíces diferentes a las suyas, ¡y ni qué decir si tenía la sangre mezclada! No importaba cuánto dinero y poder poseyera. También pasaba por alto que detestaba a Lheena, William y Eduas tanto como si ellos tuvieran viruela; y él no dudaba de que, de presentársele la oportunidad, los destruiría sin piedad por más que luego tuviera que desaparecer de la amada vida social a la cual era tan afecta.

Si Patricia hubiera sido menos necia, de inmediato habría comprendido que el rechazo de Eduas era la mejor solución para su propio futuro. Al quedar libre del compromiso marital con un mestizo –verdad que había descubierto minutos antes del casamiento previsto con él–, ella había recuperado la autonomía para regresar a su amada Inglaterra y elegir a un hombre de su misma condición. Así, podría casarse con un sajón de ley con título y patrimonio, en vez de condenarse a vivir en ese polvoriento país donde la mayoría tenía la piel oscura. Todo eso según las apreciaciones de la muchacha, porque William adoraba Argentina, ya que los más caros amores y los mejores tesoros que poseía se encontraban allí.

Para concluir el análisis, el inglés sabía que, soberbia como era, su sobrina nunca aceptaría que alguien de esa familia le hiciera un favor. Aunque, si Lheena se lo pedía de ese modo, tendría que hacerlo.

—Prometo que haré el intento —afirmó al mirarla con ternura—. Por ti, haré lo que quieras. Lo sabes, estoy rendido a tus pies, incluso si debo toparme con una fiera rabiosa como esa que tenemos suelta a escasos metros de este patio.

—¡Vamos, no ha de ser para tanto! Patricia es una agradable persona, aunque le cueste demostrarlo. Ella te aprecia, solo que, en los últimos tiempos, ha tenido muchos traspies, entonces no sabe cómo integrarse a esta casa y a nuestras costumbres sociales.

—¿Apreciarme? Estás errada. ¡Me menosprecia, mujer! Y ahora que he regresado a la cordura, más todavía, porque de nuevo me he hecho cargo de los negocios de mi madre y de los míos, lo que les ha coartado a ella y a su padre las posibilidades de seguir esquilmandonos. Con respecto a integrarse a la casa..., trata a las sirvientas como esclavas. Así nunca se hará querer, y solo la atenderán por imposición. Pero repito: voy a tratar de hacerle entender los peligros de un viaje con desconocidos. — Miró hacia adentro y se dio el permiso de mostrarse algo socarrón—. ¿Sabes si el león se encuentra en la casa o si salió a buscar alguna nueva presa?

Lheena le tocó el brazo.

—¡Qué sonseras dice, capitán Ior! —expresó, como gustaba llamarlo la nativa. Luego miró hacia adentro—. Por el silencio, supongo que aún está descansando. Porque, si estuviera despierta...

—¿Lo ves? Si estuviera levantada, como te dije, veríamos pasar de un lado a otro a la pobre Octavia, que busca obedecer cuanto antes sus arbitrarios mandatos de chiquilla engreída.

Ambos sonrieron y continuaron con lo suyo.

Cuando William terminó de leer el periódico, luego de dejarlo a un lado, se dirigió hacia la sala para hablar con la muchacha. Ya había notado que estaba despierta por las idas y venidas de la pobre empleada negra, que exhibía un rostro angustiado. Aun así, mientras avanzaba con trancos largos hacia la sala, supo que toda sugerencia sería en vano. Conocía de sobra la tozudez de Patricia, que se había exacerbado después de haber sido despechada por Eduas.

—Bien, hagamos esto de una vez —se dijo resignado.

Inhaló profundo, agachó la cabeza, entrelazó las manos a la espalda y, decidido, avanzó hacia ese incordio.

CAPÍTULO 2

Encontró a la joven sentada en un sofá, con la amplia falda acomodada a su alrededor. Se la veía majestuosa, como una digna princesa para cualquier floreciente candidato real, solo que a aquel sería sensato advertirle que debería cuidarse mucho para no ser mutilado por las afiladas zarpas y colmillos de la joven. Patricia era cualquier cosa menos una delicada flor.

A su lado, ya tenía el servicio del té: una jarra en plata lustrada que humeaba por el pico, una azucarera, una taza a medio llenar con el dorado líquido y un plato con buñuelos de manzana empapados en almíbar. Al percibir que alguien entraba, ella no hizo gesto alguno de haberlo reconocido, sino que tomó una golosina con delicadeza y mordió un bocadito mientras ignoraba por completo la presencia de él. Después volvió a la taza y sorbió un corto trago en tanto alternaba cada mordisco con el té.

—Hola, Patricia —expresó él al notar que ella no pensaba saludarlo.

La muchacha apenas le dispensó una leve mirada, emitió dos palabras en voz imperceptible y continuó con lo suyo sin prestarle la menor atención, como si él fuese el ser más anónimo e insignificante de la tierra y hubiera osado interrumpirla en una importante actividad.

William sonrió divertido. Eso se iba a poner interesante. De antemano sabía que esa discusión sería una verdadera contienda, dado que, cuando los deseos de la inglesita no resultaban satisfechos, por más arbitrarios que fueran, el debate se volvía una verdadera batalla personal entre ella y su contendiente.

Al tiempo que se mordía los labios para evitar una sonrisa, se sentó delante de la muchacha, se acomodó mejor la chaqueta de raso plateado, miró la hora en el reloj de bolsillo y, por último, tras cruzar las manos sobre las piernas, la estudió unos segundos.

Patricia se había vestido de manera impecable, como la joven de alta sociedad que era. Tenía un trajecito en tono crema muy apretado al cuerpo, con el corsé tan ajustado que le impedía respirar de manera correcta. Él entonces podía distinguir cómo se elevaba apenas el blanco pecho de la muchacha, que pugnaba por llevarle aire a los pulmones. Sobre el cabello rubio platinado, tenía un sombrero con diminutos y gráciles adornos de flores en varios tonos suaves, y en los pies, botitas acordonadas con taco. Oía a nardos silvestres; durante un instante, William cerró los ojos para disfrutar del

perfume. Luego pensó que podría preguntarle dónde lo había conseguido para regalárselo a su adorada Lheena; aunque no iba a hacerlo, ya que su esposa olía tan exquisito que no necesitaba de colonia alguna. Además, sospechaba que la estirada jovencita que tenía delante probablemente no querría conversar con él de un tema tan banal. La relación entre los York, descendientes directos de la duquesa, con el padre de esa muchacha no había quedado en términos amigables, y luego de que Eduas rehusara contraer matrimonio con ella, se había vuelto mucho más que tensa. Si la inglesa aún permanecía en el hogar de su tío, se debía a que no contaba con dinero alguno para pagar un hotel y a que no pensaba denigrarse al pedirselo a William.

—Buen día, tío —saludó la muchacha luego de un par de minutos.

Tal vez imaginaba que, al retrasar la respuesta, el interlocutor comenzaría a sentirse incómodo, justo lo que ella deseaba. Al referirse a él, el tono de la dama no fue nada amable, por cierto.

A veces William se preguntaba si su sobrina no se daría cuenta de que, si fuera más simpática, tendría docenas de personas que la apreciarían y le desearían un bienestar duradero. Pero también descartó esa pregunta al conjeturar que, a ella, eso le era intrascendente; los bolsillos abultados y los títulos nobiliarios eran lo único importante a considerar.

—¿Te están atendiendo con diligencia? —inquirió como para iniciar la conversación.

Ella levantó los ojos con lentitud y los clavó como hielo abrasador sobre los de su tío.

—¿Deseas algo o solo viniste a divertirme a mi costa y a continuar con la humillación a la que me han sometido tú y toda tu familia desde que tengo memoria?

El hombre no pudo evitar una carcajada elocuente. Se inclinó hacia atrás y rio fuerte. Nada era más falso que eso. Ella y John, el padre de Patricia, habían vivido bajo el ala de la duquesa desde que él lo recordaba. Su primo había sido tan bobo como para permitir que el vicio lúdico manejara la existencia de aquella familia —madre, padre e hija— hasta terminar por sumergirlos en la pobreza más ignominiosa. Desde ese momento, o aun antes, habían vivido en el castillo Providence de los duques York, los progenitores de William, y se habían visto beneficiados por la fortuna de aquellos, que, incluso, hasta hacía escasas semanas, habían manejado y malgastado a su entero arbitrio.

Como respuesta a la carcajada, ella sorbió un trago de té y, al bajar la taza para dejarla sobre el plato, apretó los labios e hizo mohines.

—¡Me desconciertas, muchacha! Te encuentras en clara desventaja y todavía me enfrentas.

—¿Lo ves? Ahora has venido a echarme en cara tus favores. —Miró en derredor—. ¿Crees que es tan linda tu casa, que por tener dinero puedes mofarte de mí de manera tan abierta?

—¡Por favor, Patricia! Detente ahí. Lo que aseveras se encuentra muy lejos de la verdad. Sucede todo lo contrario.

Ella ignoró la respuesta y continuó con la diatriba.

—Por eso estoy decidida a partir cuanto antes. *I wish to go far from here immediately!* —expresó en inglés, ya que el español le costaba bastante—. Luego de concluir mi desayuno, que me has arruinado con tu mal avenida presencia y de seguro me sentará mal, iré al puerto a hacer algunas averiguaciones. Te afirmo que me iré en el primer navío que parta hacia mi tierra, y ya no tendrás de qué preocuparte. —Volvió a alzar aquellos ojos de hielo—. ¡Oh, cuánto lo siento, tío! Ya no tendrás de quién reírte.

William ignoró esa última nota sarcástica y se puso serio. En apariencia, esa tonta jovencita desconocía los enormes peligros de navegar durante semanas en el océano rodeada de gente grosera y sedienta de las pasiones más viscerales. Si se topaba con una tripulación que no había calmado del todo sus ímpetus en los días en tierra —que era lo más certero— se vería en una situación muy complicada, por lo que resultaría probable que la integridad de la dama terminara mancillada, sin mencionar que su vida correría serio peligro. Truhanes, oportunistas y piratas de todos los mares abundaban en los puertos. Con la ilusión de abrirse a los vientos y, de ser posible, ahorrar dinero, los capitanes no indagaban con exactitud acerca de la gente a la que contrataban, de dónde provenían o qué intenciones tenían. Por eso los líderes de cada embarcación debían ser personas con mano inflexible, con mucho carácter, además de contar con algunos empleados que les prometieran completa fidelidad. Y si todo ello no era suficiente, para contrarrestar alguna contingencia indeseable, siempre guardaban varias armas bajo las literas.

—Es mi deber advertirte de manera clara y concisa que desvarías. Los riesgos a los que vas a someterte son abismales. ¿Estás al tanto de que, de vez en cuando, algún buque es raptado por los piratas, o de que su tripulación suele amotinarse y desviar la embarcación hacia otro destino?

—Por ello me cercioraré de hablar bastante con cada capitán. No me subiré en un bajel de alguien que no crea respetable.

Al escuchar semejante tontería, William estuvo a punto de maldecir. ¿Qué sabía ella de los ocultos propósitos de cada quien? Aunque, por ser un caballero que se encontraba frente a una dama, se tragó las imprecaciones para acallarlas.

Ella dejó el bocadillo sobre el plato y, tras levantar el mentón, lo observó con

desagrado. Los ojos entornados de la muchacha demostraban sin duda que lo aborrecía y que, si en ese momento hubiese tenido un revólver, lo habría disparado sobre él. ¡Ella lamentaba tanto no tener los medios ni el poder para hacerlo! Pero alguna vez llegaría el tiempo de la revancha y se cobraría todos los agravios juntos. A ella nadie debía avergonzarla, algo que de continuo hacían los York de esa rama familiar, hasta el punto que parecía haberse vuelto una costumbre el tomarla como bufón personal.

—Te noto algo tenso. No temas, ya te dije, esta noticia debería alegrar tu día. ¡Vamos, gran duque! —La expresión sonó a mofa también—. Dentro de pocas horas, no me tendrás más en esta diminuta y poco confortable residencia. —Volvió a levantar el rostro, pero en esa ocasión dirigió la vista a la sala para estudiarla con desprecio—. Sí, diminuta y mal amoblada. El gusto de tu decorador es inaceptable, te lo recuerdo.

William frunció el ceño. Lo acababa de herir. Él creía que su hogar era muy agradable, en especial porque su esposa lo había renovado a su propio gusto al llenarlo de mantas, tapices y adornos nativos.

—¿Estás enferma o acaso tu mente alucina? —expresó furioso, sin guardarse las palabras por más que fueran algo groseras. Señaló con la mano el cuarto—. Esto es mucho más íntimo y acogedor que mi castillo.

—¡“Tu castillo”, bien dices, tío! Una vez más, me lo restriegas en el rostro ¡Tu castillo, del que me arrancaron con trampas y fabulaciones!

William, que era un señor y jamás agredía a las damas, de nuevo calló, sin responder al comentario tan fuera de lugar. Si alguien había arruinado la vida de esa muchacha, había sido ella misma.

De todos modos, continuó insistiendo. Porque su mujer se lo había pedido, él haría su máximo esfuerzo para complacerla.

—Si quieres, mi navío partirá dentro de un mes.

—*One month?* ¡Un mes! —estalló ella.

—O podrías irte en el de nuestro tío. Frederick zarpará dentro de unos pocos días. Desde que contrajo matrimonio con mi madre, está ansioso por llegar a Inglaterra para llevar a cabo la ceremonia allá, en su tierra, y reafirmar sus votos.

En ese momento, Patricia desplazó el eje de la conversación:

—¡Por todos los cielos! ¡Otra tontería sin sentido, qué desquiciada ocurrencia la de casarse a su edad! ¡Dos viejos!

William nada respondió a ello. Si había algo hermoso en esa pareja, se trataba del tesorero amor que su tío sentía hacia la duquesa madre. Había aguardado que se le presentara la oportunidad durante toda la vida. Recién cuando su hermano Edward, el padre de William, había fallecido, la había tenido. Primero, se había convertido en amigo de la dama y, años más tarde, le había propuesto matrimonio varias veces. Al final, la duquesa le había correspondido. Nada podría haber sido más apropiado para esas dos personas que haberse unido. ¿Qué tenía eso de malo? Por el contrario, a él le parecía una decisión criteriosa y adecuada.

William lanzó una tercera propuesta que había dejado para el final porque sospechaba que la reacción de la muchacha sería extrema.

—También cuentas con el barco que Eduas está por comandar. Acaba de ser contratado por un amigo mío como capitán de su barco, ya que un compromiso familiar retiene a mi amigo en Buenos Aires.

Al escucharlo, Patricia agrandó los ojos y apretó los labios.

William la observó de nuevo. ¿Sabría ella que ese rictus que en ese momento se reflejaba en las comisuras de sus labios la afeaba? Suponía que, dado que se consideraba tan coqueta, debía de ignorarlo. Bueno, alguien tendría que hacérselo notar, pero ¿quién tendría el suficiente coraje?

—¿Que tu hijo me lleve de regreso? ¡Casi nos mata cuando vinimos! —Era una cruel mentira, porque Eduas se había ocupado de manera especial del bienestar de ella y de la duquesa—. Además, ahora que se ha juntado con esa sucia criada italiana que eligió como compañera, de seguro que ella le ha pasado alguna peste; viruela, cólera, tuberculosis... —Agitó la mano con desagrado—. ¡Por favor! No quiero contagiarme yo también. —Sorbió el último trago de té y dejó con descuido la taza sobre la bandeja, lo que hizo un molesto ruido muy inadecuado en una dama. Eso demostraba cuán alterada se encontraba—. Esta conversación se termina aquí, porque está visto que no solo quieres arruinar mi día, sino también mis oídos —expresó tajante.

Luego de secarse los labios con la punta de una servilleta bordada, se levantó. Sin despedirse, se dirigió al cuarto para alistarse. En el camino, llamó, por décima vez en esa mañana, a la pobre empleada designada para atenderla.

—¡Octavia, te requiero de inmediato en mi aposento! ¡Ven ya mismo, debemos preparar mi arcón! Voy a partir cuanto antes de esta endemoniada residencia —clamó en un español mal pronunciado—. *My luggage immediately! I want to go far away from here!* —repitió, en esa ocasión, en inglés.

La voz atiplada de Patricia, como chirrido de puertas mal aceitadas, demostraba cuán molesta estaba. La última frase la dijo mientras miraba hacia donde estaba el dueño de casa para cerciorarse de que la escuchara.

—Bien —se dijo William aún sentado en el sofá frente a aquel donde la joven había estado hasta instantes atrás. Al tiempo que se golpeaba el muslo con la palma, espetó —: Esta conversación ha sido muy interesante y ha concluido demasiado rápido. ¡Sí, señor, a otra cosa!

Se puso de pie también, fue hasta el perchero, tomó su bastón, capa y galera, y salió de la casa para encaminarse a las oficinas que tenía junto al puerto, donde trabajaba.

En el pasillo, Octavia, al escuchar semejante blasfemia proferida por la invitada, abrió la boca espantada y se persignó. ¿“Endemoniada residencia”? ¡Por todos los cielos! Sin duda esa señorita desconocía la extrema maldad del diablo.

—Que todos los ángeles se apiaden de la damita porque Lucifer la anda rondando, y ella, en vez de echarlo, parece querer hacerle lugar en su corazón.

CAPÍTULO 3

Patricia alistó el baúl y los demás bolsos, en los que colocó sus pertenencias, que poco había utilizado porque, desde que había llegado a Argentina, nada había salido como ella esperaba. Ni se había casado con Eduas, ni se había apropiado de la suculenta fortuna de los York, ni él le había jurado amor eterno. En vez de eso, el muy sinvergüenza había inclinado los favores amorosos hacia una sirvienta.

—¡Válgame el cielo! —había exclamado escandalizada al enterarse.

Esa había sido una ofensa que la inglesita se sabía incapaz de tolerar.

Desde ese momento, convertida en material para el olvido, se había revuelto en el odio y los deseos de lastimar a todos los York, en especial a Eduas. De alguna manera, le haría pagar a ese creído jovencito que, al haber elegido a la italiana anónima, perdería como en la más cruel de las guerras.

—¡Sí, señor, morderá la ignominia de su pésima elección! —volvió a repetir esa mañana mientras armaba los petates, al recordar una vez más el tan infausto suceso.

Octavia se agitaba al lado de ella a medida que corría de los cajones al baúl en un intento por satisfacer a la damita endemoniada.

Una vez lista, mientras la empleada se apartaba los mechones transpirados de la frente y agradecía por haber concluido la tarea, Patricia se colocó un par de guantes de cabritilla al tono con el atuendo que lucía y tomó una sombrilla elegante que no dejara lugar a dudas sobre el alto rango que ella tenía en la sociedad extranjera. Enseguida alzó el bolso, se ajustó mejor la chaquetilla y salió de aquel ambiente tan aborrecido con la esperanza de no regresar jamás. Nunca pensó que habría sido mucha casualidad que, justo en el instante en que llegó al puerto con aquel séquito de sirvientes y los bártulos preparados para ser cargados, hubiera un navío a punto de partir hacia suelo inglés. En esa cerrada ofuscación, no pensaba en nada más que desaparecer lo más pronto posible del territorio argentino.

Los pesares de Octavia no habían terminado, porque ahora iba detrás al tiempo que portaba buena parte de los bultos y trataba de imitar el apurado paso de la dama, lo que hacía que se agitase más a cada momento.

A Patricia no le importaba que la criada padeciera la gran urgencia de la patrona, isi ni siquiera la contabilizaba como ser humano sensible! Por ello continuaba avanzando. Pasó por los dos patios y, sin detenerse, se dirigió hacia la cochera, donde se guardaban los vehículos junto con los animales de tiro. Sin mediar saludo ni explicación alguna, le ordenó al conductor que fuera a la habitación a buscar el resto de los bolsos y el baúl, que enjaezara un par de yeguas a un vehículo y que subiera a la carroza todas sus posesiones.

—Cuando estén cargadas, partiremos hacia el puerto. ¡Vamos! —lo apuró en tanto movía la palma—. No se distraiga, deseo dejar esta casa cuanto antes.

El pobre hombre también se asombró mucho ante tan exageradas apreciaciones, que consideró injustas hacia una familia noble como los York, además de fuera de lugar al provenir de la boca de una señorita de tan pulida condición social. Pero Patricia se encontraba demasiado enojada. Había sido despreciada por esa familia, a quienes ya comenzaba a considerar como gentuza, y anhelaba con todo su ser regresar a sus raíces. Adonde era apreciada como una renombrada princesa —sin título, aunque perteneciente a la realeza por su deslumbrante presencia— requerida en cuanta reunión se hacía. Todos la solicitaban porque su belleza iluminaba el salón y porque su tía abuela era la duquesa de York, con innumerables castillos y propiedades tanto en Inglaterra como en otros países. ¿Acaso eso solo no la elevaba del rango de la plebe hasta convertirla en una aristócrata?

Cuando arribaron a la ribera del río tostado, que ella ni siquiera sabía por qué era llamado “de la Plata” si lo que menos tenía era líquido plateado, al mirar hacia la orilla en un recorrido de norte a sur, buscó a quienes aparentaban ser jefes o capitanes. Ni en los más locos planes de la muchacha habría considerado la idea de entablar una conversación, por nimia que fuera, con un burdo marinero.

Al divisar alguno, se le acercaba y le preguntaba, primero en inglés y luego en un rudimentario español, si era dueño de algún navío. De ser así, la siguiente inquisición era cuándo partiría.

—Ese es mi barco, *El Andaluz* —respondió uno de ellos—. ¿Desea enviar algo en especial hacia Europa? Con gusto lo haré.

—¿Cuándo partirá, capitán...?

—Capitán Balwin para servirla. —Al decirlo, hizo entrechocar las botas—. Zarparé este próximo amanecer, cuando terminemos con la carga de la mercadería que llevo hacia el Viejo Continente. Allí, al fondo del muelle que usted puede ver frente a la capitanía del puerto, se encuentra mi nave anclada. Estamos subiendo en ella los

suministros y los productos de variada especie que conseguí en Argentina. Supongo que al anochecer ya tendremos todo listo, lo que no significa que vayamos a partir de inmediato, pues el amanecer es el momento más conveniente para hacerlo.

Hacia poco tiempo que el puerto de Buenos Aires tenía un muelle de pasajeros. Construido por el ingeniero Taylor en el bajo de La Merced, la pasarela de madera asentada sobre gruesos pilotes del mismo material tenía doscientos diez metros de largo y se adentraba en el río para, por unas angostas vías, permitir que las vagonetas transportaran el equipaje. Los pasajeros ya no tenían que mojarse al ser cargados sobre carretas o botes.

Patricia sonrió al escucharlo.

—¡Bien, bien! —Se dijo que ese mocito parlanchín parecía condescendiente y supuso que en pocos minutos lo tendría lamiendo las finas botas de cabritilla que ella llevaba.

Los planes de la joven estaban cobrando forma; en un silencioso juramento hacia sí misma, se dijo que, esa siguiente alborada, estaría pisando el puente de *El Andaluz*.

—Entonces, le voy a rogar que me cuente entre sus pasajeros. Será un placer poder acompañarlo hasta Inglaterra.

—¡Con sumo gusto, señorita! Y el agrado será mío. No siempre podemos contar con tan prestigiosa dama en nuestros viajes. Aunque debo advertirle que las condiciones no serán las más adecuadas para su persona. ¿Conoce algo de los barcos a vela?

—¡Por supuesto! ¿Cómo cree que vine hasta aquí si no? Volando en un albatros, de seguro que no.

Él sonrió casi acalorado. Esa inglesa se mostraba demasiado segura en sus apreciaciones y estaba coqueteando con descaro. ¿No le habían enseñado que, en Argentina, los hombres eran atrevidos y se aprovechaban de la más mínima intención de abordaje? Entonces le siguió el juego para ver hasta dónde llegaba.

—Aunque estoy convencido de que tan enorme pájaro podría cargarla. Usted es muy liviana, igual que una muñeca.

—¡Por favor, capitán! No me adule, que me sonrojo.

Al hablarle, ella inclinó los párpados y sonrió al tiempo que emitía un ligero sonido de sofoco, con lo cual debió abrir el abanico para darse aire.

—Disculpe, señorita, pero solo digo la verdad. En cuanto a su decisión de acompañarnos, ¡excelente! Nada más para decir. De todos modos, intentaré hacerle los días más llevaderos.

—Sé que no me sentiré demasiado cómoda; sin embargo, durante el trayecto, cuento con su buena disposición —agregó ella con otra larga inclinación de pestañas.

—Bueno, tenemos un trato, señorita. La espero en este sitio mañana mismo, cuando el navío tenga la carga completa. —Entonces se escuchó el ruido de un motor—. Cuidado. —La tomó del antebrazo y la hizo correrse hacia un costado—. Una vagoneta se acerca, y no queríamos que usted se lesionara antes de iniciar el viaje.

—Por supuesto que no —respondió ella, que le sonrió y se dejó llevar hacia atrás.

A la inglesa ni siquiera se le ocurrió pedir referencias sobre el joven que tenía al lado, quien todavía la sostenía del brazo, y que tan gustoso le había ofrecido llevarla a Londres. Tampoco se le pasó por la cabeza preguntarle cuánto hacía que navegaba los océanos, de dónde había seleccionado a la tripulación, quiénes más iban como pasajeros en ese viaje ni qué clase de mercadería llevaba en las bodegas. Ni siquiera cuánto le costaría el pasaje. Si no le alcanzaba con el escaso dinero que le quedaba del que Eduas le había dado con periodicidad cuando aún eran novios, entonces, que William se encargara. Sería un resarcimiento por tantos pesares que le había hecho padecer a ella, el ángel del castillo Providence.

Patricia jamás iba a olvidar, y mucho menos perdonar, que William y su hijo Eduas habían planeado quitarle a John —el padre de la muchacha— el poder de administración que desde hacía años poseía sobre las propiedades de la duquesa de York. Tampoco iba a dejar de recordar que después, cuando el matrimonio entre ella y Eduas estaba decidido, el muchacho y William habían organizado un viaje de regreso que la había obligado a padecer lo indecible en altamar. También habían sido los autores de la vergüenza que había pasado en la iglesia, a punto de firmar los votos maritales. Estaba segura de que, para terminar de mortificarla, a ambos se les había ocurrido que el buque de William, el *Saint Nicholas*, viajara de regreso a Europa dentro de un mes y no en ese preciso instante, como ella necesitaba. ¿Por qué? La respuesta era muy simple y corta: ¡porque la detestaban!

Patricia se negaba a pensar que su tío, en realidad, no había buscado nada de todo ello, sino que era un hombre noble, bueno, generoso y justo. Si algún pecado había cometido William, había sido el de haberse enamorado de una nativa, algo que los ingleses, y mucho menos la duquesa, podían aprobar.

—¡Perfecto, capitán! —repitió Patricia, muy complacida al notar que él hablaba en inglés, lo cual la hacía sentir mucho más cómoda—. ¿Su nombre completo? —inquirió con voz melosa, como para seguir acomodándolo a la condición de servidor bajo las órdenes de la joven, como si se tratara de una fiel mascota que comería de su mano.

Él hizo una reverencia y se presentó.

—Theodore Balwin para servirla, señorita. —Volvió a hacer entrechocar los talones de sus botas.

El hombre, luego, se detuvo un momento para observarla con detenimiento, sin importarle que, con semejante actitud, podía llegar a incomodarla. Esa joven sin duda era inglesa, de pura cepa sajona y, quién sabía por qué extraordinaria razón, andaba sin un hombre al lado que la protegiera y le facilitara la labor. Era muy raro que recorriera sola esos sitios tan inapropiados para una dama. Algo muy poderoso y urgente debía de estar atosigándola como para hacerla ir hasta allí sin custodia masculina.

La inglesita era hermosa, una muñeca, con piel de porcelana, refinada, bien vestida y correcta al hablar y comportarse, aunque en aquellos ojos existía una frialdad que asustaba.

De todos modos, ¿qué más daba si era linda o fea, delicada o saludable, delgada o gorda? A él no le agradaban demasiado las mujeres y, si debía elegir, entonces prefería a las toscas, con vozarrón grave y algo groseras; si eran varones, mejor.

—Gracias, capitán Balwin —le respondió Patricia en inglés, en completa ignorancia de los pensamientos del muchacho. Después le dedicó una inclinación de cabeza al tiempo que sonreía con dulzura—. Como dice, tenemos un trato. Gracias por contarme entre sus pasajeros, no se arrepentirá.

Él hizo silencio, todavía asombrado. Tampoco era común que una mujer de ese estilo pidiera ser transportada en una precaria embarcación como la de él. Si Patricia hubiera investigado un poco, habría sabido que *El Andaluz* era apenas un simple bergantín algo venido a menos dedicado a la comercialización de artículos autóctonos como cueros, carnes acecinadas, plumas de ñandú y pieles curtidas de manera precaria. Se trataba de un navío que, de sobrevenir una intensa tormenta, era probable que fuese a quebrarse en partes. Por eso, por lo general viajaba en compañía de otros barcos, nunca solo.

Balwin tampoco le dijo que tenía escasa experiencia en el manejo de una tripulación de hombres, que solían ser toscos y maleducados. También le ocultó, y ese era un secreto muy bien guardado, que en el compartimiento más escondido portaba platería que los bandoleros les compraban a los nativos al trocarla por productos que ellos necesitaban para subsistir; tabaco, azúcar, yerba, harina de trigo y ron estaban entre los más requeridos. Balwin había adquirido los preciados objetos de esos truhanes.

—Será un honor, señorita —anunció al cabo de sus oscuros pensamientos—. Le informo que partiré a las cinco, cuando los gallos aún no han comenzado a cantar y la ciudad duerme su último sueño.

—No es inconveniente alguno. Tengo a mis sirvientes para levantarme y traerme hasta aquí.

—Bien, la espero a esa hora entonces.

A último momento, antes de retirarse, la muchacha preguntó por el valor del pasaje.

—¿Cuánto me cobrará por tener el honor, como usted dice, de llevarme en *El Andaluz*?

—Con cinco libras será suficiente.

—¿Cinco libras?

Patricia tragó saliva. No era tan ignorante como para no darse cuenta de que la estaba estafando. Ese era el valor de diez vacas, se lo había escuchado decir a William en cierta oportunidad.

Bueno, tendría que pedirle dinero a él porque el que le quedaba a ella ya no alcanzaba ni para medio pasaje. Apretó los labios con desagrado. ¡Qué importaba! Su tío estaría feliz de deshacerse de ella. ¡Y ni qué decir de la salvaje con la que se había casado!

—Maldigo a toda tu familia ¡y a Argentina entera! —masculló de nuevo por lo bajo.

Cada tanto, le gustaba pronunciar semejantes impropiedades, pues sentía que descargaba un poco de la rabia que llevaba acumulando durante esos últimos meses.

—¿Qué decía, dama?

—Nada, nada. —Ella meneó la mano para descartar los susurros proferidos como si no hubiesen tenido relevancia alguna—. Mañana, espéreme, estaré aquí con mi séquito.

Al escucharla, él dudó.

—¿Entendí bien? ¿Será usted sola quien vaya a Europa o también su gente? Porque, de ser así, el precio se multiplicará por cada uno de ellos.

¿Pagar por la servidumbre? ¡Ni en sus mejores momentos de holgura! Que la llevaran hasta el puerto y luego se quedaran con las ganas de irse de ese feo país. ¡Cómo se reiría cuando mirara por la borda y los viera desaparecer hasta transformarse en apenas un punto anónimo en el horizonte! Pelusas, eso eran nada más.

—Es mi privilegio partir de este sitio mugriento y maloliente. Lo siento por ustedes, pero el que tiene dinero gana —se diría.

Mientras la observaba alejarse del muelle con porte elegante y un ligero movimiento de ese precioso cuello de cisne, Theodore se alzó de hombros. Si esa dama estaba tan desesperada como para acompañarlo, entonces no sería él quien la detuviera. Además, el precio que le estaba cobrando por transportarla a destino era más que abultado y se sumaría al dinero que haría cuando vendiera la platería. Si se mareaba, sería problema de ella; si no le agradaba la comida que preparaba el cocinero a bordo, que no se quejara; y si las ratas la despertaban por la noche al morderle los tobillos, pues él no la escucharía porque estaría durmiendo en su camarote, el único de la nave, que jamás cedía.

Lamentaba no poder disfrutarla como un succulento bocado cuando estuvieran en altamar, porque esa clase de damas no le caían en gracia. Al mirarla y recordar sus propias inclinaciones, la boca se le torció en una mueca de elocuente desagrado. Cualquiera que lo hubiese percibido habría sabido a las claras que a ese hombre no lo atraían las mujeres finas.

Patricia regresó con el bagaje sin descargar. Aunque no se sentía desanimada, pues dentro de escasas horas estaría de nuevo en el puerto, en esa ocasión, para decir adiós a Argentina.

* * *

Esa noche, recostada en el lecho, Lheena se acurrucó para acercarse más a su marido y suspiró.

—No estoy tranquila. Me desconcierta tanta tozudez en tu sobrina. ¿No entiende los peligros a los que estará expuesta si parte con gente desconocida en un viaje tan largo?
—volvió a repetir.

—Creo que no le importa. Sus deseos por incomodarnos, por hacernos sentir culpables y por partir la dominan.

—¿Tanto nos detesta? Perdona, querido, pero no puedo comprenderlo.

—Descuida. Creo que no ha aprendido a apreciarnos. —Le besó la frente—. No sabe lo valiosa que eres, ni tampoco entiende que ninguno de nosotros seríamos capaces de desearle mal alguno.

A pesar del deleznable comportamiento del padre de Patricia y de ella misma, que habían buscado apropiarse de la fortuna de los duques de York aun a costa de las vidas de aquellos a quienes estaban estafando, él no los aborrecía. Después de todo, habían

aprovechado el hueco que había dejado William cuando, superado por la tristeza que le había provocado la inesperada ausencia de su esposa, se había alejado de los negocios familiares. Patricia y John tan solo habían sido oportunistas; porque, de haber estado William al lado de la familia, los problemas en las finanzas de los duques jamás habrían existido.

—Que los espíritus de mis ancestros la cuiden y velen por un feliz arribo a Inglaterra.

—Así será, mi amor. No lo dudo.

Después la abrazó y hundió el rostro en la espesa cabellera de ella. Lheena era su gloria, su cielo, su tierra y su bendito infierno; no se cansaba de decirlo. Porque, si ella se encontraba cerca, hasta Lucifer se ablandaba y se volvía más sensible.

Entonces, en un arranque apasionado, le levantó el camisón, se abrió el calzoncillo largo para exponer el miembro listo y la penetró con suavidad.

Desde su propio cuarto, Patricia ya se encontraba con el camisón puesto; para no tener frío, sobre los hombros se había colocado una mantilla. En ese momento, se cepillaba con delicadeza el precioso cabello.

—Noventa y nueve, cien... —Al escuchar ruidos del otro lado de la pared, se detuvo y, tras inclinarse hacia ese lado, prestó más atención—. ¿William está haciendo el amor con la rojiza? ¡Vaya asquerosidad! ¿Cómo puede tolerarlo? Mi tío es inentendible. Loco por una sucia india —bramó, y arrojó el cepillo sobre el tocador con furia antes de sentarse sobre la cama.

¡Sí, señor! Dentro de unas horas, dejaría de ser la ignorada de esa familia. Cuando estuviera en Londres, elegiría un buen candidato repleto de dinero, con título nobiliario y relaciones importantes. Él le haría olvidar esos atroces meses.

Al pensarlo, sonrió impaciente. El tiempo de espera para desaparecer de Argentina estaba a punto de concluir.

CAPÍTULO 4

Esa madrugada, tal como Theodore había aseverado, antes de que los gallos comenzaran su cacareo y los pescadores se acercaran a la orilla del Río de la Plata para lanzar sus redes, Octavia golpeó a la puerta del dormitorio de su patrona temporal y la despertó.

—Señorita, el carro está listo. En él volvimos a colocar el baúl y los demás bultos. ¿Le hace falta cargar algo más?

Patricia se incorporó y miró en derredor durante unos segundos sin saber quién le hablaba ni dónde se encontraba. Entonces recordó que ese día iniciaría el feliz retorno a su amada tierra. El ánimo le regresó al cuerpo. De un salto, se levantó y le pidió a la negra que la ayudara a vestirse.

—Entra nomás, criada lenta, que debo estar lista y arreglada pronto, sino la nave partirá sin mí.

Lo cual, según la dama, sería un desastre total, sin recapacitar que existían otros navíos a punto de levar ancla, incluidos aquellos que acompañarían a *El Andaluz*.

—Sí, ya mismo la visto.

Le quitó el camisón, le acomodó mejor la camiseta larga que llevaba debajo y los calzones hasta las rodillas. Le colocó la enagua, el corsé y el vestido.

Antes de alistarse, Patricia decidió cambiarse la ropa interior y colocarse una nueva, con puntillas que bordeaban la tela sobre las piernas. Como siempre le sucedía cuando la inglesa se encontraba desnuda, Octavia no pudo evitar observarle la entrepierna. Le llamaba la atención que su ama tuviera el vello púbico tan rubio y que fuera tan escaso. Los negros eran mucho más peludos, en especial en sus partes ocultas.

Entonces pasaron a lo más difícil: el peinado. Patricia le ordenó que le atara los largos mechones rubios en un apretado rodete que no se le desacomodara en todo el día. La señorita no quería andar arreglándose las horquillas cuando estuvieran navegando, porque sabía que los primeros días serían fatales. Al viajar a esa ciudad, la revolución en el estómago de la dama había sido una constante, y no esperaba que en esa ocasión fuera diferente.

—No importa si me lo haces muy tirante y luego me duele la cabeza. Esta vez te perdonaré.

—Sí, señorita.

Con alivio, Octavia se dijo que, al final, en esa oportunidad ella no estaría delante para escuchar las amonestaciones de la dama.

Listo el peinado, le acomodó y aseguró con pinches un amplio canotier. Luego la ayudó a prenderse los botones de una chaqueta abrigada y, por último, Patricia tomó los guantes que se encontraban sobre el sillón, la sombrilla y el bolso. La cartera contenía el dinero que le había hurtado a su tío cuando él y Lheena estaban ausentes. Ese había sido el momento que la muchacha había aprovechado para entrar en el estudio y extraer los billetes de uno de los cajones del escritorio. Al hacerlo, no había sentido remordimiento alguno porque estaba convencida de que esa fortuna también le pertenecía por ser parienta directa de los York y por haber vivido con la duquesa durante muchos años. Además, si William no quería que le robaran, entonces debería haberle puesto llave al cajón.

La inglesa no se detenía a pensar que, si había vivido tanto tiempo en el castillo Providence y había gozado de los mismos privilegios que los duques, había sido gracias a la anuencia y bondad de su tía abuela. Estaba claro que no le debía gratitud por ello a su padre, que había sido tan inconsciente como para dilapidar la fortuna de su propia familia, incluida la que había aportado la madre de Patricia como dote. Al quebrar, y luego de que hubiera fallecido la señora de la casa, Patricia y John no tuvieron más opción que ir a vivir con la duquesa.

Esa madrugada, cuando la luz comenzaba a clarear el paisaje, el carro con las pertenencias de la muchacha se detuvo delante de la puerta principal, y la inglesa, llena de excitación, se subió en él.

—¿Todo cargado y listo?

—Sí, señorita.

—¿Lleva mi arcón y mis demás bolsos? ¿Jura no haberse olvidado de nada?

La joven miró sentenciosa al conductor y luego a Octavia.

—Lo juro, patroncita. Cada bulto está en el carro.

—Entonces, no espere más. —Al dar un golpe con la sombrilla en el hombro del chofer, lo instó a marchar—. Vamos derecho una vez más al puerto. Sin rodeos ni distracciones. Se lo ordeno.

—Sí, señorita.

El hombre conocía el malhumor de la damita que tenía detrás, y todos en esa casa se sentían complacidos de que se fuera. Ojalá nunca más regresara, porque a la vista estaba que no le gustaba Argentina ni nada relacionado con ese país; y si había algo de lo cual él estaba orgulloso —aparte de sus patrones—, era de sus raíces criollas.

Azuzó a los caballos, que trotaron hacia el río. Patricia ni siquiera se molestó en despedirse de sus tíos ni en agradecerles por haberla hospedado en la casa. Creía ser una visita ilustre y por ello estaba convencida de que debería haber sido lo contrario: ellos debían estar felices de haberla tenido durante un tiempo en la residencia.

—¡Válgame el cielo! —¿Tener que besar o abrazar a la esposa de su tío?, porque, ni en las más alocadas pesadillas de la inglesa, podría llamarla “tía”—. ¡El Señor no lo permita! —Al imaginarlo, le dio un vahído de repugnancia, y frunció los labios—. ¿Besar a esa horrenda india? ¡Jamás! Que el cielo nunca me coloque en semejante posición. — Y, como hacía Octavia, aunque por diferentes razones, se persignó y se llevó a los labios el rosario que le colgaba bajo la camiseta.

A pesar de la temprana hora, los York se encontraban despiertos y escucharon cuando la muchacha se retiraba de la casa. Sin embargo, nada dijeron y nada hicieron. Conocían muy bien a la joven y sabían que era mejor dejarlo así. Si ella no quería despedirse, estaba en su derecho. Sabían que se sentía incómoda en Argentina y no querían exacerbar esas emociones.

Media hora más tarde, el chofer, con un ayudante que lo asistió para acercar los bultos hasta el extremo más alejado del muelle, y una ansiosa Patricia estaban junto al capitán. Pegado al muelle, el bergantín se balanceaba apenas, mecido por las suaves ondas de la brisa mañanera y amarrado con firmes cabos a los postes de dura madera que formaban las columnas donde la estructura se asentaba. El estilizado mascarón de proa, ubicado debajo del bauprés, era un hipocampo en la posición de zambullirse en las aguas.

La inglesa le extendió la mano para que Balwin se la besara, pero el ademán quedó en el aire, trunco y sin respuesta, dado que el hombre se encontraba muy ocupado con la carga de los últimos bártulos, a los que entonces se les agregaban las posesiones de la inglesa. Tras no recibir respuesta al saludo, la dama no se desanimó. Nada podría entristecerla en esa gloriosa jornada. Al imaginar que, dentro de un momento, estaría alejándose para siempre de ese feo país, sonrió con júbilo y, luego de ajustarse la cinta del canotier que le cubría la larga cabellera, le preguntó al capitán cuándo podría subir.

—¿Está todo listo para zarpar?

—Casi, señorita. Solo falta esta última carga. Cuando la hayan acomodado, usted y yo nos subiremos a él. —Luego miró hacia los marineros—. ¡No dejen que se moje esa caja! ¡Se arruinarán las plumas! —gritó enojado—. Me costaron muy caras y, si se pierden, les haré pagar cada centavo.

Al hablar, se olvidó de la muchacha recién llegada al tiempo que se corría unos pasos para imponer mejor la orden, con lo cual las interminables vociferaciones se perdieron en el río.

Patricia lo observó bajo la tenue claridad de esa histórica alborada y, en especial, gracias al farol que se mantenía sobre su cabeza, colgado de un poste. Lo notó buen mozo, con rasgos algo delicados bajo el sombrero bicornio, con una chaqueta con botones dorados, manos de dedos largos, apretados pantalones y botas relucientes de caña alta. Recordó el fino bigote del hombre, la nariz recta y los labios delgados, casi inexistentes. En ese momento, con un grave vozarrón buscaba apurar pendientes, y al emitir un nuevo mandato o repetir uno viejo, hinchaba el pecho y elevaba su figura en tanto se apoyaba sobre la punta del calzado y se erguía sobre los dedos de los pies.

—Manos muy limpias —meditó Patricia—, tal vez demasiado.

¿Cómo lo conseguía? Porque, en ese ambiente, no era fácil mantenerlas así. ¿O sería que solo daba órdenes y nunca laboraba?

La joven hizo un mohín de indiferencia y miró hacia otro lado. ¿Qué le importaba a ella cómo era la vida de ese hombre? La llevaría hasta su país, y eso era lo único de relevancia.

Alrededor de ellos, la ciudad recién comenzaba a despertarse, y los sonidos todavía eran escasos.

Un rato más tarde, Patricia aplaudía, llena de excitación por la inminente partida en tanto se repetía que nunca más regresaría a Argentina. Nunca más un bruto criollo, un asqueroso indio o un pobretón inmigrante de los centenares que rondaban las pensiones del puerto verían su hermoso rostro delineado entre esas casuchas chatas y poco confortables.

Le dio la mano a un marinero para levantar una pierna y subirse al tablón. Al hacerlo, percibió que el tosco hombre le miraba los tobillos. Entonces, apenas se asentó dentro del inestable casco, con la sombrilla cerrada, ella le dio dos fuertes golpes en la cabeza.

—¡Por atrevido! —espetó.

El individuo lanzó una sonora carcajada mientras se acariciaba la frente.

La muchacha pudo sentir el ácido vaho a alcohol fermentado y sintió arcadas de repugnancia al tiempo que se repetía:

—¡Vaya conjunto de horrendas personas que son los argentinos! País de bárbaros salvajes.

Los hombres ya subidos al barco dejaron de estibar los bultos y la miraron con picardía. ¿Conque esa sería la pasajera que los acompañaría durante las siguientes semanas? ¡Entonces sí que ese viaje se acababa de volver interesante!

Ella observó aquellas miradas lascivas; durante un segundo, dudó de lo que estaba haciendo. Luego levantó el mentón y los encaró resuelta. No sería un manojo de varones incultos el que la hiciera amedrentar o dudar de la valiosa decisión de alejarse de ese suelo.

—¡Malditos aprovechadores de damas inocentes!

Nadie hizo caso a las palabras de la joven, sino que continuaron mirándola y riendo divertidos.

—Venga, señorita. Aquí está la escotilla que da a la bodega donde usted viajará —le mostró Theodore.

Patricia se tomó de la precaria baranda y comenzó a descender al oscuro recinto. Un aroma pestilente la inundó entera y la obligó a frenar.

—¡Esto es peor que una porqueriza!

De ello tenía vagos recuerdos de la infancia, cuando, una vez, su padre la había llevado a ver una.

Sacó un pañuelo del bolso y se lo llevó a la nariz. Luego siguió bajando. Un tiznado farol alumbraba apenas el espacio encerrado e imprimía tonalidades ocres a los objetos allí dispersos. Pudo distinguir cajas de madera, bolsas con semillas, tabaco, fardos que contenían distintas pieles atadas entre sí, carne que colgaba de varios ganchos dispersos sin orden alguno...

Al verla, un par de ratas se escondieron entre los sacos de harina agorgojada, y hasta pudo distinguir a varios gusanos que se revolvían sobre un paquete de pan viejo.

Pero no pudo estudiar demasiado el apestoso cuarto donde viviría durante las siguientes semanas porque un marinero la empujó, lo que la obligó a descender de un salto. Él cargaba el baúl de la dama, y otro más llevaba los bolsos. Al llegar a los últimos escalones de la bodega, los arrojaron sin cuidado alguno en un rincón y, tras sonreírle con un línea de encías negras y algo desdentadas, volvieron a subir para dejarla sola.

Patricia se detuvo a recorrer el espacio cerrado con ojos que no pestañeaban. En verdad no era lo que esperaba. Al viajar hacia ese país, lo había hecho con todas las comodidades posibles, dado que había realizado el trayecto en el navío de su tío, y él les había cedido –a ella y a la duquesa madre– el camarote principal. Además, había contado con empleadas a su servicio, y su futuro marido la había escudado para hacerle la vida más confortable, con las limitaciones lógicas que ofrecía un navío en altamar.

En esa ocasión, en cambio, ella era una más del montón, una anónima viajera que había debido pagar por un pasaje, ¿y para qué? ¿Para habitar esa pocilga durante meses sin que nadie la asistiera ni la cuidara?

—¡Por Dios! —masculló con desesperación.

Dio vueltas en derredor. ¿Dónde estarían los demás pasajeros? ¿Acaso era ella la única? ¿No existían criadas en ese tugurio de mala muerte? De ser así, ¿tendría que lavarse, vestirse y arreglarse sola durante todo el trayecto hasta Inglaterra?

Entonces miró en los rincones. ¿Y el excusado? En el viaje de ida, habían usado una jofaina cuyo contenido luego descargaba en el mar la criada, quien también la limpiaba con agua salada. ¿Cómo haría entonces? Desconcertada, se dijo que tendría que preguntárselo al capitán.

Se asomó por la escotilla y lo vio a pocos metros de la entrada.

—¡Theodore!

Él se dio vuelta molesto al escucharla nombrarlo así.

—Desde este instante y hasta que concluya el viaje, ya no soy más Theodore, sino el capitán Balwin. Por favor, señorita, no me desacredite delante de mi tripulación —señaló con una voz que no dejaba lugar para el debate.

Patricia se guardó las ganas de responderle con una maldición y luego le hizo la importante pregunta, que pareció ser sustancial solo para ella a juzgar por la hiriente respuesta que le dio el hombre.

—Capitán Balwin —dijo en un intento de que la voz no sonara demasiado aguda y atiplada—, ¿dónde se encuentra la parte más privada?, si es que usted entiende lo que quiero saber.

Alguien la escuchó y lanzó una carcajada estridente que la hizo temblar. Entre varios, se codearon y continuaron riendo. Ella los miró enojada. ¿En qué se había equivocado? ¿Acaso esas personas nunca hacían sus necesidades?

—¡Pero, señorita! —Él rodeó con la mano el puente—. Usted tiene todo el mar para hacer sus cuestiones personales. Y, si quiere un poco de intimidad, entonces diríjase a la parte trasera del castillo de popa. Allí nadie la va a molestar. Es un tanto riesgoso, pero puede tomarse de la baranda abierta.

En ese instante, todos comenzaron a reír con fuerza.

—Capitán —carraspeó ella para aclararse la garganta con el objetivo de que los oyentes de ese disparatado diálogo no notaran la alarmante desesperación que la inundaba—, usted disculpe, capitán Balwin, pero no acostumbro a tener tan poca privacidad.

Él, muy impaciente ya, se dio vuelta y la enfrentó.

—¡Y yo no estoy acostumbrado a que me interrumpen de manera constante cuando estoy trabajando y a punto de zarpar! ¿Podría usted dejar sus inquisiciones absurdas y pueriles para más tarde?

Después, la ignoró y regresó a lo suyo: contar las últimas estibas que terminaban de subir a bordo.

Patricia, muy ofuscada, regresó a su sitio bajo cubierta y, tras sentarse sobre el baúl, se cruzó de brazos.

—¡Esto sí que es un verdadero incordio!

De improviso, se arrepintió de esa apresurada determinación por viajar de regreso en cualquier barco. Ya quería desandar aquellos pasos y retornar a la residencia York, la que, desde ese instante, se le hacía segura, confiable y mucho más limpia que ese basural. ¡Era perentorio volver a subir para aclararle la nueva situación al capitán!

—¡Capitán Balwin, capitán Balwin! —iba clamando a medida que trepaba los escalones.

Pero, cuando quiso salir de la bodega, varios marineros comenzaron a arrojar por la escotilla diferentes objetos, y ella se vio obligada a descender. Paquetes, cajas, maderas, bolsas que rodaban peldaños abajo, cuerdas..., todo iba acumulándose, unos objetos encima de otros más viejos, para impedir que ella terminara de salir.

Hasta un perro tiraron sin cuidado alguno. Ahí quedó el pobre animal, que se escabulló para terminar escondido entre dos viejos baúles de metal al tiempo que se rascaba las pulgas con una pata.

Cuando por fin dejaron de lanzar cosas, ella corrió los bultos y se apuró en subir solo para descubrir que el barco ya había soltado las amarras, levado el ancla y comenzaba a cabecear y mecerse sobre las suaves ondas del río.

Sobre la borda y en derredor, todo era trajín. El amanecer mostraba una tripulación ufanada en izar las velas, ajustar los cabos, cambiar la dirección de las vergas, treparse al nido de cuervos para observar el platinado horizonte, correr de un lado al otro las jaulas con los animales de granja que luego les servirían como alimento o para brindarles huevos o leche... Todo era un caos. Aunque, si se lo hubiera preguntado, Balwin habría dicho que todo se encontraba en orden y estaba bien coordinado.

—¡Quiero retornar, quiero regresar al puerto! —gritó la inglesa con los puños apretados y los ojos cerrados para no ver el fatídico futuro que se le venía encima.

La exclamación estalló en el pecho de ella, pero, aun así, apenas hizo eco en los bordes del casco, hasta morir entre las telas de las velas levantadas que se inflaban a medida que recibían el viento franco del noreste.

Las pastecas y los aparejos se tensaron. El casco, como un potro al que han golpeado en el anca y se levanta en sus patas traseras para juntar fuerza y salir galopando, se quejó, se detuvo durante unos segundos y enseguida avanzó decidido río adentro.

Al escuchar los gritos de la mujer, algunos se dieron vuelta y la observaron divertidos mientras lanzaban exclamaciones graciosas sobre esa alterada dama que había sido tan ignorante como para rogar acompañarlos y, al momento siguiente, arrepentirse. Después continuaron en lo suyo, dado que estaban apurados por terminar las labores para ir al centro del navío, junto al mástil mayor, a recibir un tazón con té caliente y una galleta dura. Ese era el desayuno, y ya lo estaban saboreando.

La inglesa, vencida por el peso de las negras semanas que imaginaba próximas e intolerables, agachó el rostro y se lo cubrió para sollozar. Demasiado tarde comprendía que, sin la colaboración de una o varias sirvientas y sin la protección de un hombre, sería incapaz de soportar semejante travesía sin quebrarse.

Los dados estaban echados y, apenas iniciada la partida, ella ya sabía que le habían tocado los números más bajos.

CAPÍTULO 5

Patricia se apretó el pecho y lo rodeó con sus delgados brazos en un efímero intento de protegerse. Una inoportuna chinche la mordió en la cintura y debió rascarse con ímpetu para calmar la picazón, aunque sabía que no debía propasarse porque tenía las uñas tan sucias que la herida podría infectarse. Luego pensó en el miserable estado en que se encontraba. En apenas unos días de navegación, ya estaba repleta de ronchas, y no solo por culpa de esa malvada especie de insectos, sino también por los muchos más que pululaban dentro de ese cuartucho maloliente.

Rodeó la semioscuridad en la que vivía inmersa. Por unas pequeñas claraboyas, cerradas de manera hermética para que las salpicaduras de las olas y la espuma provocada por el continuo cabeceo del barco no entraran a la bodega, podía distinguir que ya era de día. Aunque, en realidad, claridad u oscuridad le daban lo mismo, ya que las horas pasadas allí eran siempre idénticas, repetidas por la inactividad hasta el infinito.

Desde que habían partido hacia suelo europeo, la vida de la muchacha se había convertido en un calvario interminable. ¿Cómo había sido tan tonta como para desoír las advertencias de su tío, desestimar los riesgos y atreverse a viajar en ese decrepito navío? ¡Tarde venía a notar! Entraba agua por muchos intersticios porque, según le había explicado el cocinero, hacía mucho que no lo calafateaban. Además, existían varios males menores, como los mordiscos de algún roedor a sus botitas de cuero, la vergonzosa exposición que padecía cada vez que iba a hacer sus necesidades al pasillo de popa y la mala comida.

—¡Te detesto, horrible hombre! —masculló entre dientes, furiosa con el capitán de esa embarcación.

Con alguien tenía que descargarse, y el que tenía más cerca era él, por lo que lo hacía responsable por la pésima condición en la que navegaban.

El tal Theodore Balwin era un pobre rastacuero sin título ni alcurnia alguna, ni modales o respeto por una dama. Eso último era lo peor, porque la trataba —o mejor dicho, la “destrataba”— como si ella fuese un bicho molesto que se debía tolerar, tal como sucedía con las alimañas que circulaban por el casco de *El Andaluz*. Las escasas veces en que ella se atrevía a subir al puente, él la ignoraba por completo y le dirigía apenas unas pocas palabras forzadas.

Patricia podría haber desplegado sus dotes de seducción, esas que le habían sido tan útiles en tiempos pasados, pero ¿qué meneo iba a aplicar en las caderas si todo el tiempo tenía náuseas? Estaba harta de sentir mareos, de vomitar por la borda, del dolor de cabeza y de los intrusos de cuatro o seis patas.

Al disponerse a descansar, luego de que apagaba el farol y se recostaba entre varios baúles para no estar rodando de lado a lado, el bajo mundo interno de ese buque parecía despertar. Los correteos, gruñidos, ladridos lastimeros y continuos arañazos del perro, sumado a los insectos que se le trepaban y los mordiscos de las ratas, hacían que fuera casi imposible conciliar el sueño. Por eso vivía cansada, sin fuerzas, estaba adelgazando a paso acelerado y se notaba más pálida que nunca.

Cuando amanecía, las pisadas, maldiciones, versos en rima y cantos desafinados llenaban el puente; entonces, le resultaba inevitable despertarse. En otro momento, habría despotricado por haber sido molestada o, de elegir levantarse, de inmediato habría llamado al personal de servicio para que la atendieran, pero allí se encontraba sola. Entonces, aún semidormida, sin arreglarse el cabello y luego de alisarse un poco la falda, se asomaba por la escotilla e iba hasta el caldero encendido junto al mástil mayor para sentarse sobre unos cabos enrollados. El cocinero le entregaba un tazón de lata con té y un trozo de pan duro y negro que él mismo amasaba todas las mañanas. Ella lo mojaba en la humeante infusión y disfrutaba del desayuno sin queja. Ya había aprendido que de nada valía hacer críticas sobre las diminutas porciones que recibía cada alborada o sobre el pésimo sabor de aquellas. Al almuerzo, se resignaba a un guiso cuyo contenido era incierto y sobre el que mejor era no averiguar, picante hasta hacerla bramar y sacarle lágrimas. El agua, imaldita agua!, se había vuelto viscosa, y todos añoraban que lloviera pronto para poder cambiarla. Patricia sorbía un trago y hacía arcadas. Sin embargo, era eso o morir de sed. Por las noches, la comida parecía igual: le daban un plato de hojalata que contenía el mismo guisado del mediodía u otro similar, salado y picante. Al observarlo cierta vez, supuso que contenía zapallo, zanahorias, lentejas, arvejas, tasajo, cebolla, ajo y, por supuesto, mucho condimento. El resultado era un estofado abominable que ella tragaba con resignación al tiempo que se decía que, de otro modo, se debilitaría todavía más. De postre, aunque en muy escasas ocasiones, el mismo cocinero les repartía algunas nueces, solas o bañadas en miel.

Cuando el día estaba algo apacible, la joven salía a sentarse sobre los mismos cabos de siempre, en un sitio donde los marineros no la pisotearan. Allí, complacida, recibía el reconfortante aire marino mientras se dedicaba a peinarse, leer o mirar el ancho océano.

El perro confinado en la bodega donde ella descansaba aullaba de manera continua en tonos lastimeros, lo que imprimía notas más macabras a esa travesía, y el aspecto del animal no era mejor que el de la sajona. Nadie le daba de comer, y si Patricia no le

acercaba unos mendrugos de su propia comida, el can no consumía bocado alguno. La sarna había comenzado a pelarlo, de modo que el escozor lo enloquecía y hacía que se rascara hasta dejar la carne expuesta, enrojecida y, en ciertos puntos, sangrante.

Si lo analizaba, solo podía llegar a la conclusión de que todo estaba mal, muy mal, y la muchacha se sentía el ser más miserable de la tierra. ¿Cuántas semanas irían ya, dos o tres? Hizo el cálculo.

—¿Una sola? ¡Por Dios!

A ese paso, moriría antes de arribar a su terruño.

Pero ese día sucedió algo diferente. La noche se encontraba apacible, el casco del navío se balanceaba apenas porque no había brisa alguna y las velas, desplegadas por completo, no juntaban empuje. Todo capitán sabía que ello era un gran riesgo: en la inmovilidad, los ánimos se exasperaban. El mayor anhelo de la tripulación era llegar al puerto cuanto antes para gastar las monedas ganadas en la travesía en un bodegón y alternar los tragos de ron con la tibieza de las mujeres. En altamar, la cosa era diferente. El ocio los atrapaba en la parálisis y acababan por ansiar un poco de aventura y riesgo, que la sangre les circulara veloz por las arterias, que el calor los sofocara y el frío los hiciera zapatear.

—Una pelea, un mano a mano con los sables desenfundados.

—Una lastimadura cosida, la piel escaldada por el roce de la pólvora de algún cañonazo o el disparo de una pistola de avancarga.

—¡O la que sea! —se decían ansiosos.

En cambio, esa noche no existía actividad alguna, nada en el aire que augurara el avance de *El Andaluz* o que algo diferente fuera a suceder.

Por entre las hendijas de la reja de la escotilla, Patricia podía ver las estrellas titilar brillantes en un cielo límpido, pero había algo en la atmósfera que no presagiaba nada bueno; lo podía sentir en la piel erizada, víctima de un terror desconocido. Nadie cantaba, nadie jugaba a los dados y nadie parloteaba. Apenas se oía una que otra imprecación proferida entre los marineros que permanecían inmóviles sobre cubierta, hartos de no hacer nada y llenos de aburrimiento.

La inglesa se pasó las manos por los brazos en un intento por quitarse ese ligero escozor que la embargaba entera. Era más que la picazón por los insectos intrusos, era un no-sé-qué que la rondaba no solo a ella, sino que parecía envolver e inquietar al casco completo. Ella seguía maldiciendo el estado en que se hallaba y, al tiempo que rezaba, nombraba como hacedores de ese desastre a toda la familia York. Entonces, desde el puente, algo alteró la pasividad del ambiente.

Se oyeron forcejeos, voces agitadas, corridas y gritos con palabras que los oídos de la dama se negaban a entender por soeces y fuera de lugar.

—¡Te descubrimos, capitán perverso! ¡Mentiroso y falso!

—¡Te pasaremos por el sable, ese será tu castigo!

—¡No, mejor padecerás la tortura de ser arrastrado por el barco!

—¡Te moleremos a palos! Ni un hueso entero te vamos a dejar.

Patricia escuchaba y se encogía cada vez más. ¿Qué estaba sucediendo arriba? Por lo que notaba, una o varias personas estaban muy enojadas con Balwin.

—¡Plata traías, maldito, la encontramos en el corazón del barco! ¡Perro infiel! ¿Por qué no nos avisaste que les habías robado a los sucios indios sus chucherías?

—Y a nosotros nos das un miserable jornal que ni para comprarnos un par de botas nos sirve.

—¡Compartiremos tu botín tan mal conseguido de los pobres nativos! —En las excusas para apropiarse del metal blanco, se hacían los atentos protectores de los aborígenes. En realidad, de tener oportunidad, los esquilmarían y masacrarían sin compasión alguna, algo peor aún que aquello que había hecho Theodore—. La plata ahora es nuestra, la repartiremos entre toda la tripulación.

Las pisadas se agolpaban junto al mástil mayor.

Patricia, mientras, permanecía estática, con ojos desorbitados que miraban, desde la cabeza erguida y acalambrada de tanto mantenerla en alto, por la reja de la escotilla. Al mismo tiempo, intentaba volverse invisible porque sabía que, preso el capitán y sin contar con la escasa protección que él le había brindado hasta ese instante, la vida de la sajona valdría menos que unas monedas.

Balwin, primero con voz pausada y luego con más urgencia, buscaba hacerlos entrar en razón al asegurarles que, cuando el tesoro fuera vendido, le entregaría a cada uno una parte de lo conseguido.

—¡Mentiroso! Pensabas guardarlo solo para ti. ¿Por qué, entonces, no lo habías comentado con tu tripulación en vez de proteger el secreto como un asno egoísta?

—Arrojémoslo, no perdamos más tiempo. Nos quedaremos con la plata, su navío y los demás artículos. Aquí dentro tenemos muchos objetos valiosos.

—¡Las cuerdas, las cuerdas!

—Busquen un cabo grueso para atarlo.

Las exclamaciones de rabia de Theodore subieron de tono, pero luego, al notar que con la furia nada conseguía, se volvieron ruegos por piedad. Patricia no podía creer cómo el hombre, en escasos segundos, se había convertido en un niño que lloraba por un poco de clemencia. Tan bravo se comportaba hasta un par de horas atrás, mientras que entonces era apenas un remedo del perro sarnoso que compartía la bodega con ella.

Al fin se sintió un golpe seco, y la voz del suplicante fue silenciada.

—¿Pides piedad cuando pensabas hacerte rico sin compartir tu dinero? ¡Ahí tienes!

Varios escupieron, probablemente sobre el cuerpo inerte del capitán, y otros lo patearon.

Casi desvanecida por el terror, Patricia, por las dudas, retornó al sitio que le correspondía entre los arcones y se agachó para cubrirse la cabeza como si los golpes fueran contra ella. Desde donde se encontraba, escuchó un chasquido similar al que haría un bulto grande al ser arrojado al mar, seguido de vociferaciones y saltos felices que celebraban un triunfo que ella ignoraba, aunque intuía de qué debía de tratarse.

—¡A repartir la plata! No esperemos a venderla. La pesamos y nos guardamos una parte cada uno.

Entonces alguien hizo la pregunta más perversa, la que Patricia menos deseaba escuchar.

—¿Qué haremos con la damita? Es la única pasajera. ¡Qué boba! Creía que estaría a salvo entre nosotros.

—A salvo estará, porque, si nadie la quiere, me la llevo como trofeo. —El que hablaba lanzó una risotada áspera, sin alegría alguna—. Estará bien cuidada entre mis manos.

Varios rieron a carcajadas, lo que consiguió que cada exclamación se clavara en el pecho de la muchacha como un puñal afilado.

—Nada de eso —bramó uno que parecía ser el jefe y quien tenía la voz más grave y sentenciosa—. Nada se repartirá. Esperaremos a arribar a algún puerto amigo y ahí venderemos todo, incluso a la doncella que se encuentra bajo nuestros pies. Si la quieres, ¡pues la pagas! ¿Tienes con qué? —El que la había reclamado para sí maldijo y guardó silencio—. Ya veo, ya veo.

“¿Doncella?”, repitió escandalizada Patricia. ¿Se habían atrevido a llamarla doncella? “¡Qué tremenda vergüenza!”

Alguien zapateó feliz, y otro se agachó y miró entre las hendidjas de la escotilla para buscar a la joven y asegurarse de que no hubiera escapado de algún misterioso modo. Al verla en un rincón, apretada y abrazada a sus propias piernas, inmovilizada por el susto, carcajeó.

—¡Ahí está! Es parte de nuestro botín. Parece un pichón de ave desplumada. Tendremos que componerla.

—¿Alguien sabe cómo mejorar el aspecto de una hembra?

—¡Sí, al embarazarlas!

—¡Eso es! Así lucen suculentas y apetitosas.

La inglesa, entre tanto, los escuchaba, sollozaba y rezaba en silencio, como si eso pudiera hacer desaparecer el mundo y las amenazas que la rodeaban.

—¡Por favor, por favor! ¡Esto no está sucediendo! ¡Por favor, por favor!

Esa noche, no consiguió dormir, y no solo por el miedo que la ahogaba hasta impedirle respirar con profundidad, sino también porque la tripulación había saqueado la bodega para subir y destapar todo el vino y ron que los marineros habían encontrado.

Podía escuchar cómo se balanceaban alcoholizados, cómo caían de a ratos y luego se incorporaban con la ayuda de otro o al tomarse de la baranda. También los oía dormir entre ronquidos tan sonoros que a veces hasta a ellos mismos despertaban.

Con las manos juntas y ya cansada de llorar, clamó otra fervorosa plegaria en la que rogó para que eso solo fuera un mal sueño y para que, a la mañana siguiente, despertara relajada, aún en una travesía en aguas tranquilas. Pero sabía que era una vana utopía. El capitán había muerto y había sido arrojado por la borda, la tripulación de *El Andaluz* se había amotinado y, en ese momento, el destino de la muchacha yacía en las manos de esos zafios engendros. Nada ni nadie podría liberarla de las oscuras intenciones de esos salvajes.

La suerte de la muchacha estaba echada. Había perdido de manera estrepitosa en la partida de dados. Tarde llegaba a comprender que, en realidad, la vida hasta unos días atrás había sido hermosa y tranquila. Solo entonces descubrió que había sido una muchacha muy afortunada, consentida en los más nimios caprichos y rebosante de holguras de variado tipo.

CAPÍTULO 6

Al tiempo que cambiaba de sitio para esconderse lo mejor posible entre los sacos de harina y los gorgojos se solazaban con el lechoso cuerpo de ella, Patricia notó que, arriba, la brisa regresaba.

Los gritos y nuevas órdenes no tardaron en hacerse oír.

—¡Ajusten las velas! ¡Recibamos los bienvenidos aires que nos llevarán a nuestro siguiente destino!

—¡Apuren tareas! Viren, regresamos a Argentina.

—Víctor, súbete al nido de cuervos y dínos qué ves.

Minutos después, el tal Víctor gritó que no se vislumbraba nada nuevo; solo apenas y a lo lejos, los cascos de los tres navíos que los acompañaban.

—¡Apuremos el trabajo! Cambiemos rumbo de inmediato. Cuando el buque cobre suficiente fuerza, debemos alejarnos cuanto antes de ellos. Es menester perdernos en el horizonte austral lo más pronto que nos sea posible.

—¡Ja, victoria, victoria! Nos hemos vuelto piratas. Esto es maravilloso —bramó uno—. ¡Qué gratificante sensación!

—¡Libertad, libertad! ¡Arriba los sables, mis amigos bandoleros!

Entonces, el esqueleto del navío crujió y viró de curso. ¿A dónde se dirigían? Al asomarse con cuidado por la entrada abierta de la bodega al tiempo que se llevaba una mano temblorosa a la boca para ahogar cualquier grito de angustia, la inglesa pudo notar que el viento franco del norte inflaba las velas y los conducía hacia el suroeste, en vez de hacia el este. Bueno, eso creía ella. Lo que sí sabía era que había escuchado a los marineros decir que cambiarían el curso de la nave para alejarse del resto de la flota y dirigirse a un destino diferente. Entonces, ¿hacia dónde iban? ¿Al sur? ¿Estarían regresando a Argentina como había creído oírles decir?

—¡Las cartas de navegación, el sextante! ¡Vamos, vamos, apuren sus músculos! No quiero que confundamos rutas y, en el momento menos pensado, choquemos contra alguna costa —ordenó el que se había convertido en el líder del grupo de insurrectos—. No olviden que la orilla de esta zona es playa, y los médanos se adentran en el mar.

—No hay nada cerca, mi general —le recordó uno.

—¿Y quién eres para restregármelo en la cara? ¿Acaso crees que no lo sé?

Bravas pisadas se escucharon sobre ella; un instante después, alguien gritaba al ser arrojado por la borda.

—¿Alguien más quiere recordarme alguna tontería? —roncó furioso el cabecilla. Por supuesto que nadie le respondió—. Mejor así. Pero, por las dudas, me mantendré vigilante.

Los días se volvieron un pandemonio. Por más que el tal general intentaba impartir algo de orden, aun así, todo era desorganización e inmoralidad. Los hombres, soltados al vaivén de sus preferencias, hacían lo que se les daba la gana. Nadie cocinaba, nadie limpiaba el piso de cubierta, y todos se peleaban por unas gotas del ron que comenzaba a escasear. Las gallinas se escaparon de sus jaulas y ya no pusieron huevos, algunas ovejas se precipitaron escaleras abajo por la escotilla abierta de la bodega y de inmediato fueron masacradas por el famélico perro. Luego, cuando una lluvia los alcanzó, los estancos se inundaron. Nadie hacía funcionar la bomba de achique, a nadie parecía importarle si el casco se anegaba y el barco perdía fuerza o se inclinaba hacia una amura por el peso del agua en los compartimentos cerrados.

Patricia trataba de limpiar la bodega donde se encontraba, pero se le hacía imposible subir a los animales muertos y medio devorados, y el mal olor era tan insoportable que debía colocarse todo el tiempo un pañuelo sobre la nariz y la boca.

Cuando debía salir para realizar sus necesidades detrás del castillo de popa, sobre el pasillo, lo hacía agachada y luego de haber aguardado durante horas para cerciorarse de que los hombres estuvieran dormidos por las continuas borracheras.

Alguien trastabilló, se cayó del carajo y se desnucó; otros se peleaban con sucias dagas o sables y, sin darse cuenta, cortaban los cabos, rasgaban las velas y convertían a *El Andaluz* en un zafarrancho espantoso.

La sajona, siempre escondida entre los sacos de alimento, se asombraba de que aún nadie la hubiera abordado o reclamado para saciar los más bajos instintos. Cuando los ruidos se calmaban un poco, ella recapacitaba sobre esa miserable situación, aunque al minuto siguiente desechaba tales cavilaciones y se negaba a pensar en el estado de completo desamparo en que vivía. En apenas una semana, había pasado de ser la consentida de la familia a volverse una paria a quien de seguro ultrajarían en cualquier instante o, cuando menos, venderían como esclava al mejor postor, tal como le había escuchado decir al nuevo capitán.

No, no podía pensar en ello. Cuando se concentraba en ideas tan negras, se esforzaba por olvidarlas al apretar los ojos con fuerza para tratar de dormir, pero ¿cómo podía

descansar si no sabía cuándo alguien recordaría que ella estaba allí y bajaría a buscarla? Por las dudas, se había encerrado y había asegurado con varios nudos la puerta de la escotilla; seguridad limitada, porque sabía que, con un certero cuchillazo, podrían cortar la sogá y entrar.

Algunos días más tarde, a punto de colapsar por el miedo que la mantenía crispada y cuando ya creía que naufragarían en cualquier momento, hundidos por el enorme peso del agua que llenaba los estancos y que nadie drenaba, algo cambió de nuevo en *El Andalúz*.

La muchacha estaba semidormida cuando sintió que aflojaban las velas y que los marineros comenzaban a dar fuertes y precisas órdenes cuyas palabras no entendía.

¿Estarían arribando a alguna parte? ¿Se habrían topado con un inconveniente inesperado o alguna otra nave los estaría por abordar? Mientras tanto, el fragor de las tareas apuradas continuaba.

Patricia no pudo aguantarse la curiosidad y se animó a subir la escalera, abrir la escotilla, asomarse por el agujero y averiguar. Notó que, hacia el este, el casi impreciso amanecer clareaba la línea plana del infinito horizonte.

—¿Estaremos arribando a alguna costa?

Le pareció ver una raya más oscura que cortaba el cielo y la tierra a lo lejos y del lado opuesto. El bergantín se deslizaba tranquilo hacia aguas calmas. Después, un cañonazo estalló, y los marineros lanzaron exclamaciones de júbilo.

—¡Carmen de Patagones! —dijo uno.

Patricia sabía que ese era un importante puerto del sur argentino. ¿Qué hacían ahí? Sin duda, habían regresado a ese país.

Entraron en el cauce de un poderoso río y, al encontrarse frente a un fuerte algo destruido, lanzaron el ancla. El navío se detuvo, y las únicas dos chalupas de a bordo fueron bajadas. Sobre aquellas, los hombres comenzaron a colocar cuanto había en *El Andalúz*: cueros, pieles, tejidos nativos, plumas y, sobre todo, la plata que extraían del compartimento más escondido y oscuro mientras se iluminaban con faroles.

—¡Fuera, ratas asquerosas! —escuchaba que chillaban.

—¡Una me mordió!

—Rico, debes de estar con toda esa suciedad encima.

—¡Mira, nada más, quién habla! Si estás peor que yo.

Después, uno de ellos bajó a la bodega donde la inglesa se encontraba y, sin decirle palabra, la tomó por el codo y la arrastró hacia arriba.

—¡No! ¡Por favor, piedad!

En vano fueron los gritos para pedir clemencia que ella lanzó. Estaba en clara desventaja, y el hombre se encontraba decidido a sacarla del barco.

La llevó frente al general. Aquel, tras colocarse las manos sobre las caderas, la estudió de arriba abajo. La muchacha temblaba sin control y tenía los ojos muy abiertos, sobresalidos por la delgadez y el terror. El que antes había sido un precioso vestido entonces se había convertido en un conjunto de largos jirones que apenas la cubrían y que le dejaban al desnudo tanto los hombros como otras partes del cuerpo magullado por los continuos roces y las picaduras. La cabellera rubia de la joven era un amasijo apelmazado de crenchas grasientas llenas de paja, sebo, papel y bichos.

—Apesta, mujer. ¿Nadie te cuidó? ¿Qué hiciste durante tantos días de ocio?

Ella fue incapaz de responder a tan sarcástica inquisición. Bien sabía él que ella no tenía a nadie, ¿y cómo iba alguien a atenderla si se encontraba presa dentro de un endeble navío?

De todos modos, la voz no le respondía, por lo que solo pudo gemir en un susurro agudo que silbaba entre los labios resquebrajados y entreabiertos.

—¡No, no!

—¡Arrójenla! Llévenla a tierra. A lo mejor nos dan unas monedas por ella. Peor sería que estuviera muerta. —La pellizó en la delantera—. Ni carne tiene, miren sus pechos. —Cortó los hilos que sujetaban la tela del vestido a la espalda y bajó el suelto corsé que la inglesa llevaba puesto—. Son dos cuencas vacías. ¡Porquería de hembra! —La miró a los ojos con asco—. Nadie puede quererte.

Después se alejó un poco hacia atrás, movió la cabeza hacia el río y, con una señal, dos marineros la arrojaron por la borda.

Patricia no sabía nadar y comenzó a chapotear y dar brazadas hacia todas partes al tiempo que hacía arcadas al tragar y arrojar agua por la nariz y la boca. Cuando creía que se ahogaría, alguien la alcanzó con un gancho, la asió de la ropa y la subió a una de las barcasas.

—¡Mujer casi desmayada a bordo! —expresó divertido—. Por estos huesos no nos darán nada.

—Pero es rubia y de piel blanca. Si la hacen engordar, más adelante valdrá mucho. Eso debemos decirle al comprador.

Empezaron a remar para acercarse a la orilla menos concurrida de Carmen de Patagones, donde la población se abría en huertas y granjas dispersas. Allí esperaban que la tramposa negociación se llevara a cabo.

Patricia, entre hipidos y espasmos, pudo notar que muy pocos botes circulaban a esa hora. En las dos orillas, observó que los habitantes de ese villorrio se iban despertando y aprestando para el ajetreo cotidiano que le daba una intensa vida a ese río. Carmen de Patagones era uno de los principales puertos de Argentina, de actividad permanente; razón por la cual, suponía ella, los marineros debían de haberlo elegido para comerciar lo que habían logrado obtener de modo tan indigno.

El más grande de los marineros, luego de colgar a la dama sobre un hombro, la bajó y, tras trepar por la costa, la llevó hasta un cuarto oscuro que se encontraba un poco más arriba. Allí, alguien encendió un farol. En silencio, con la intención de hacer la menor alharaca posible, colocaron los artículos que habían descargado del barco. Después comenzaron las transacciones.

El hombre que los había recibido peleaba el precio como si le fuera la vida en ello y los enfrentaba con los puños cerrados cuando no le gustaba lo que pedían por algo. Aun así, susurraban, pues nadie quería que la milicia descubriera que la embarcación que en ese momento estaba anclada frente al fortín era, en realidad, un barco ocupado por una tripulación amotinada.

Cuando ya Patricia creía que se habían olvidado de ella, el maragato la señaló.

—¿Y qué hay de esa? —inquirió con acento español.

—También está en venta.

Uno de los marineros acercó una lumbre hasta colocarla a escasos centímetros de la joven y le levantó el cabello rubio, mientras que otro le abrió los párpados con fuerza para que el hombre notara el color claro al tiempo que afirmaba que, en el futuro, sería una gran sirvienta.

—Usted solo espere a que haya engordado sus carnes. Ahora la nota flaca y enferma, pero le aseguramos que es joven y fuerte. —Le dio una palmada en los glúteos—. ¡Tendría que haber visto cómo gritaba para dar órdenes, la muy creída, el primer día, apenas zarpamos! Era una leona.

El comprador masculló algo desagradable, se acercó y le tocó los hombros y el trasero. Patricia gritó y se corrió. Los captores la empujaron y la arrojaron al piso de tierra.

—*What do you want from me? ¿Qué quiere usted de mí?* —inquirió llorosa en español e inglés.

—Comprarte como mi sierva. En mi bodegón, necesito una linda muchacha para alegrar a los parroquianos —le respondió el maragato en inglés mientras reía—. Veo que tienes ascendencia sajona. —Siguió estudiándola con una ligera sonrisa en los labios—. Ahora eres un esqueleto sin carne, apenas eso. Aunque espero que, más adelante, me seas útil. Claro que servirás a mis intenciones, y si la cosa viene linda, hasta puedo hacerte mi mujer.

—*My dear God!* ¡Bendito Señor!

Él la señaló.

—Terminarás agradeciéndomelo, te lo firmo con mi dedo pulgar. —Y se lo mostró.

Patricia lo miró con asco. Estaba segura de que ese dedo no servía ni para contar billetes. El aspecto del hombre era sucio; el cabello, un revoltijo desgreñado; tenía las encías oscuras, algo desdentadas; las piezas dentales que le quedaban se veían marrones y raídas. Le cubría el pecho una camisa de color incierto con los botones mal acomodados, lo que hacía suponer que se había vestido a las apuradas. El pantalón que llevaba se sostenía en su sitio gracias a dos tiradores gastados y anudados entre sí. En los pies, llevaba un calzado de tela agujereado en el dedo mayor.

“¿Casarme con usted? ¡Válgame el cielo!”, pensó Patricia. Con la escasa voluntad por guerrear que le restaba, lo escupió, y la salivación dio en el rostro del comprador.

El hombre, con lentitud, se secó la mejilla y continuó sonriendo.

—¿Vio? ¡Le dije que era brava la moza!

—¿Ser su sierva? ¡Nunca! ¿Casarme con usted? ¡Vaya atrevimiento! —bramó ella.

—Esto se pondrá interesante, muy interesante —respondió él al tiempo que se rascaba la barbilla sin afeitar—. A propósito, si vamos a entendernos, mi nombre es Walterio. ¿Y el tuyo, cabra loca?

—¡Esto es completamente ridículo! ¡Suélteme ya, hombre insoportable! No tiene idea de mi ascendencia noble. ¿Quiere saber quién soy yo? —estalló la dama, dispuesta a descargar esa furia toda junta—. ¡Soy Patricia Jennifer York Clanmad de Providence!, pariente directa de los duques York. ¡Más respeto, señor! —Al terminar el breve discurso de presentación, alzó la barbilla.

—¡Respeto merece mi vaca tuerta! —expresó socarrón Walterio, a quien pareció no importarle ni movilizarlo semejante despliegue de vana alcurnia—. Encima de agrandada y parlanchina, se regodea en el nombre y todo. —La apuntó de nuevo con un dedo amarillento por el tabaco—. Te advierto que todos tus títulos son inservibles en Argentina. Aunque, si molestas demasiado, puedo encarcelarte y pedir un rescate por ti. No dudo que tus copetudos parientes correrán ansiosos a pagar para salvarte.

En ese instante, Patricia lamentó no estar en buenos términos con su tío, dado que, de pedir dinero por ella, ninguno de los York respondería.

En esa cerrada tozudez que siempre la había caracterizado, jamás imaginó que William, Eduas, su tío abuelo Frederick o incluso la duquesa no la aborrecían, ni que gustosos habrían dado buena parte de la fortuna que poseían para rescatarla. En tal ceguera, la dama se convenció de que estaba sola por completo y de que nadie iría a salvarla. ¡Ya imaginaba cómo se reirían del pésimo final que había conseguido por culpa de esa obsesiva intención de partir cuanto antes para alejarse de Argentina!

Entonces juró que, de ahí en más, ocultaría su propio linaje. No era sensato demostrar que tenía parientes con dinero, porque, si pedían rescate y nadie contestaba de manera afirmativa, la iba a pasar muy mal. Tal vez sería mejor si fingía ser pobre, pues siempre habría tiempo para cambiar tales aseveraciones.

—Perdón, mentí —admitió—. En realidad, soy una joven de una familia venida a menos, por eso tuvimos que emigrar a este país en busca de un nuevo futuro. Ya me ve, soy una campesina.

Walterio la observó en silencio en tanto pensaba si creer lo primero o lo segundo. Al final, se dijo que no importaba. Por el momento, la tendría a su entero servicio. Ya estaba un poco cansado de atender solo el local. Un par de manos frescas y jóvenes le vendrían de maravilla. Luego vería. Claro, siempre y cuando primero la hiciera entrar en carnes, porque, así como estaba, hasta la más débil brisa la tumbaría. Pagó el precio convenido por el lote entero. Sin despedirse de los piratas, tomó a la joven de los cabellos y salió del cobertizo.

Al tiempo que se alejaban de la casucha, detrás de ellos los seguía como perro faldero el can que ella había alimentado durante el corto trayecto desde el puerto de Buenos Aires hasta Carmen de Patagones. *Leik* lo llamaba; palabra que, escrita de otra manera, en inglés significaba “lago”, tal vez el sitio donde la muchacha habría deseado estar, y no allí, entre esa malvada gentuza. El perro debió de haberse arrojado al río al verla desaparecer bajo las aguas y entonces la acompañaba fiel, por más puntapiés que, cada tanto, le lanzaba el impaciente Walterio.

Patricia sonrió con ironía. ¡Paupérrima posesión le quedaba! Un animal sarnoso que no servía ni para hacer guardia o darle un buen tarascón a ese captor.

Walterio la subió a un bote y comenzó a remar hacia la otra orilla. *Leik* nadó detrás y, cuando el hombre estaba distraído con los esfuerzos por vencer a la fuerte correntada, ella tiró del animal y lo subió.

Mientras avanzaba hacia su próximo destino, Patricia tuvo el impulso de mofarse de sí misma. Una vez más, la suerte la había batido en una partida muy desigual, en la que ella desde el inicio había tenido todas las posibilidades de perder. Eran inútiles los coqueteos, la belleza, el dinero, las órdenes o las disuasiones. En esta oportunidad, ninguna de las armas que tan bien conocía le serviría para desafiar al oponente que buscaba vencer.

Después observó la costa hacia la cual se dirigían. Era un gran poblado donde se percibía mucho movimiento.

Entonces, a pesar de encontrarse aterida, famélica y llena de bichos, sonrió esperanzada. En realidad, y aunque más no fuera por unos días, había vencido a la muerte. Ya no estaba más a la deriva, sobre un barco que se hundiría si no hacían algo para evitarlo; ya no estaba rodeada de hombres crueles y sin moral alguna, sometida al arbitrio de burdos piratas. En cambio, se encontraba en tierra y acataba las órdenes de un solo hombre en una ciudad civilizada, cerca de muchas personas. Por lógica, la mitad de ellas debían de ser justas y bondadosas.

Sí, no todo estaba perdido.

Por el momento, se sentía muy cansada, pero, si le daban tiempo y lograba reponerse, aprendería nuevas técnicas con las cuales pelear y se volvería más sagaz, más cuidadosa, más malvada aún de lo que había sido, y muy, muy hipócrita. Por supuesto que aquello solo sería posible siempre y cuando ese hombre que tenía al lado le permitía vivir.

CAPÍTULO 7

Walterio la llevó a la rastra hasta la fonda. Le hizo subir la escalera exterior y, sin siquiera preguntarle si antes quería pasar por el excusado que se encontraba a metros de la construcción mayor, le dio un empujón para meterla dentro de un miserable cuartucho repleto con trastos de desecho y mercadería de todo tipo.

—De ahora en adelante, esta será tu habitación. A un costado, ¿ves eso?, hay un catre que te servirá para dormir. —Al notar que ella había comenzado a mirar hacia todas partes, en especial hacia la puerta abierta y a un agujero en la pared tapado por una reja medio desvencijada, le aclaró—: Estarás sola durante la noche, lo cual no significa que puedas escapar. ¡No te ilusiones! Conozco a las de tu calaña. Tomaré los recaudos necesarios para que nunca lo hagas.

La sajona se preguntó a qué calaña de personas se habría referido, porque ella no creía que ese hombre conociera demasiado sobre la nobleza inglesa.

Walterio, mientras, la observó desafiante, como para que a ella no le cupieran dudas de que, si intentaba escabullirse, él lo descubriría y, de algún modo, la encontraría.

Entre los innumerables trastos apilados, buscó una soga gruesa. Ató un extremo a la reja que cubría un respiradero por donde apenas entraba la claridad del nuevo día, y el otro extremo en el tobillo de la muchacha.

—Aquí te quedarás hasta que te consiga mejores ropas. —La apuntó con un dedo sarmentoso—. Desde ya te advierto que no quiero problemas. Te vestirás con recato, esconderás tu cabello bajo un pañuelo y nunca te andarás meneando frente a mis clientes; de otro modo, ellos armarán tremendas grescas por tu culpa. Ahora estás decrepita, fea y sucia, aunque ya veo que, en cuanto te adecente, te volverás demasiado vistosa. No te necesito para calentar sus camas, ¿lo entiendes? Si me entero de que te has metido con alguno, te daré tantos latigazos que quedarás desfigurada, y ahí sí que nadie te va a querer. —La tocó con el dedo. ¡Cómo detestaba ella ese gesto! De haber podido, Patricia se lo habría cortado con una navaja—. Te prevengo de entrada, jovencita. Si averiguo que andas intimando con uno de mis clientes, ite cercenaré las piernas para que se les vayan las ganas de poseerte! No los provoques y no me hagas enfurecer —volvió a advertirle.

Patricia agachó la cabeza y encogió los hombros. La verdad era que semejante mandato la alegraba un poco porque lo que menos quería era meterse entre las piernas de un hombre. Por lo menos así tal vez conseguiría salir entera de ese terrible

incidente. Ella no dudaba de que, con sagacidad y un poco de paciencia, encontraría los medios para desaparecer de ese infierno al que las circunstancias la habían conducido.

Walterio incluso, por temor a que alguien viniera a reclamarla, antes de retirarse del cuarto, le cambió el nombre.

—Te prohíbo que reveles tu verdadera identidad. Desde ahora, te nombraré Segustiana. ¡Ojo! —terminó la amenaza—, te estaré vigilando. ¡Siempre!

Ella calló y asintió con la cabeza. No más Patricia; desde ese momento, sería la abominable sierva Segustiana, a merced de ese repugnante ser.

Cuando se quedó sola, se sentó sobre la destartada trébede y, con la mirada, buscó, entre la cantidad de artículos diseminados sin orden alguno, un abrigo para colocarse sobre los hombros. La ropa mojada la hacía tiritar, y si no hacía algo al respecto, terminaría enfermando del pecho, lo cual representaría un mayor desastre todavía.

Al mismo tiempo, pensaba en la mala suerte que le había tocado. Desde que había partido del puerto de Buenos Aires, sentía que se había mudado a otro mundo, otra tierra, donde habitaba otra gente con idioma y costumbres desconocidos, y hasta imaginaba que había cambiado de piel y que ya nada de lo anterior quedaba en ella. Entre los trastos, encontró una manta apolillada y se la colocó alrededor del cuerpo. También dio con unos fardos de lana que esparció sobre la cama y al final se recostó sobre ellos. Se dobló como un feto e intentó descansar. Suponía que, dentro de unas horas —o minutos—, Walterio regresaría para atosigarla al obligarla a hacer tareas impensadas para la condición social de una dama y que jamás antes había realizado.

Tal como imaginaba, cuando estaba dormida con profundidad, una patada en el catre la hizo saltar y caer al piso de madera, lo que levantó un espeso polvillo que la llevó a toser y estornudar varias veces.

—¡Ahora me dirás que estás desmejorada y que no puedes trabajar! ¡Arriba! —espetó en inglés, pues sabía que la muchacha no podía hablar en castellano—, que el día es corto, y tus labores son muchas.

Le tiró encima un vestido viejo, aunque sin rajaduras ni agujeros, un par de mantillas y un pañuelo.

—¿Y esto?

—Este será tu atuendo a partir de hoy. Te quitas esa rotosa falda y pechera y te colocas lo que te acabo de entregar. Cubre tu escote con alguno de estos chales, y tu cabello, con este pañuelo.

—¿No puedo bañarme antes? Las pulgas y chinches me siguen atormentando.

—¡Más te atormentarán mis fustazos si no haces de inmediato lo que te ordeno! — Después, lo meditó un instante—. En verdad hueles como los cerdos cuando se han revolcado en el lodo. Esta noche, cuando concluyas con tus tareas y los parroquianos se hayan retirado, podrás ir hasta el río a darte un baño ¡bajo mi continuo control! Esos ojos ladinos me dicen que tratarás de escapar apenas me distraiga.

Patricia, que todavía se sobaba la cintura, donde él la había golpeado con el pie para despertarla, le aseguró que no sería así.

—No me iré, se lo aseguro —mintió.

—¡Por supuesto que lo intentarás! Y, de ahora en adelante, te referirás a mí como “señor”.

—Sí...

—¿Sí, qué? —Y estiró hacia atrás un brazo, listo para propinarle un bofetón.

—Sí, señor —espetó la inglesa, asombrada de escucharse dirigir semejante palabra hacia alguien que era infinitamente inferior a ella.

Esa noche, disfrutó de un largo baño de inmersión en las frescas aguas del gran río Negro y se quitó algunos de los bichos que la torturaban. El cabello se lo lavaría mejor otro día, con un té recocado hecho con hierbas especiales, como palo amargo, ruda y alguna más que consiguiera por la zona. Ojalá existieran en la Patagonia, porque así se desharía de los piojos. Se cortó el vello púbico y el que le crecía bajo las axilas con un afilado cuchillo que le rogó a Walterio que le prestara durante unos minutos.

—Si osas inventar alguna triquiñuela para atacarme, te asfixiaré con estas manos. — Al mostrárselas, ella notó lo grandes que eran.

Pero él no debía temer: por el momento, Patricia no tenía intenciones de huir. Primero quería conocer los hábitos de los residentes de ese poblado, qué barcos partían hacia Inglaterra, cómo se desenvolvía Walterio y cuáles eran las tareas y los momentos de descanso del patrón. Recién después vería cómo se volvía humo.

Desde ese día, Patricia fue una criada para todo servicio. Walterio la obligaba a esconder la belleza que la caracterizaba mediante la técnica de agachar siempre los ojos para que no notaran cuán hermosa era y de vestirse con prendas holgadas, cerradas y oscuras.

—No hablas, no miras, no mueves tu trasero. ¡No existes!

Al principio, la inglesa, firme a un carácter explosivo y exclusivista, se había negado a obedecerlo. Para ella, cuanto él le ordenaba era una flagrante felonía. No pensaba secundar tales mandatos ni hacer de sierva sumisa y obsecuente. Por ello, toda imposición era cuestionada, y la muchacha pretendía debatir cada palabra e imponerse al precio que fuera.

Sin embargo, el costo resultó ser altísimo. Cuando él le mostró lo cruel que podía ser, la rebeldía de Patricia se aplacó, se escondió como quien se agazapa en la oscuridad. Pronto aprendió que era mucho más fácil si fingía obedecerlo y luego obraba según su propio parecer. Por supuesto que debía limpiar, atender a los clientes y realizar las demás faenas, pero, en cuanto él se daba vuelta, ella volvía a ser la muchacha retobada que todos en Inglaterra conocían y padecían.

Cuando por fin llegaba la noche, Walterio apagaba los faroles de la fonda y verificaba que cada objeto se encontrara limpio y en su lugar. Solo entonces la dejaba partir hacia arriba. En ese momento, la acompañaba y le ataba el pie a la reja. Después la dejaba sola.

Patricia se recostaba vestida sobre el débil camastro que crujía en cada oportunidad que cambiaba de posición y se cubría con mantas de lana apolillada que se deshacían cuando las sacudía. Apagaba la vela que le había servido para iluminarse y, en la oscuridad de ese cuarto, mientras apretaba los brazos bajo el mentón, pensaba en el amargo presente que estaba viviendo. Nunca había sido tan infeliz, jamás los padecimientos la habían acosado tanto ni la habían perseguido como si tuviese pegada a la piel la más fragante melaza, como si tales tormentos se hubieran puesto de acuerdo en acicatearla para vencerla, hacerla flaquear y claudicar.

Sabía que los monstruos que habían anidado y crecido en su propio interior por culpa del odio que toda su familia sentía hacia ella, en ese momento, se revolvían llenos de lujuria. Aquellos deseaban torcerla, verla morder la ignominia una y otra vez. Pero ella no lo permitiría. Cada vez que la flaqueza amagaba con resquebrajarla, se decía que debía insistir; si ponía el suficiente fervor, entonces lo lograría. De algún misterioso modo, conseguiría sobreponerse, curar las heridas externas, sanar el corazón dolorido y, luego, salir de ese calvario.

También era inevitable que, cuando la jornada había terminado en un desastre, se preguntara si no se estaría mintiendo, porque, que ella supiera, no existía ninguna solución a la vista, por más pequeña que fuera.

Martirizada por esos acertijos sin respuesta, se doblaba más y comenzaba a llorar.

—Que la muerte me cerque, que me atrape y me lleve en andas, colgada de su guadaña por los jirones de mis prendas. Hoy nada me importa.

Cuando el portador de la guadaña llegara, Patricia callaría. Se haría la dormida y lo dejaría continuar, porque esa no era vida.

CAPÍTULO 8

Los primeros días, Walterio no le permitió atender al público y limitó las tareas de la nueva ayudante a la limpieza y el orden dentro del depósito. Cuando los clientes más noctámbulos por fin se retiraban, él cerraba la puerta y le hacía asear la sala donde se habían desarrollado los juegos de naipes y dados. El ambiente olía a tabaco y licor; sin embargo, tenía prohibido ventilar el cuarto.

—Quiero que te vean lo menos posible. Los hombres que vienen a la taberna no dirán nada, pero, si te descubre alguna mujer, alcahuetas como son, a lo mejor se van de boca y se lo comentan a las autoridades. Te advierto que, de ser delatado, iré a la cárcel, pero antes me aseguraré de haberte matado.

Las excusas del tabernero para esconderla eran varias, pero el núcleo de la cuestión era que había hecho un excelente negocio al comprarla y no quería perderla.

Más adelante, al ver que la inglesa obedecía sin renegar, Walterio la dejó ocuparse de los clientes que iban hasta el almacén de suministros a comprar mercadería variada.

—No los mires —le volvía a ordenar—. Siempre mantén tus ojos bajos, siempre esconde tu cabello y tu cuerpo. El vestido, con los botones prendidos hasta el mentón.

Como hasta el refinado acento de la joven demostraba alta alcurnia, lo único que le permitía al comunicarse con los parroquianos era expresarse por señas o, como máximo, con alguna corta frase.

La muchacha callaba y obedecía. Era muy paciente porque sabía que en algún momento Walterio se descuidaría y, en ese instante, mostraría las zarpas. Por el momento cumplía con las labores de cualquier sirvienta que trabajara en un bar con anexo de almacén de ramos generales. Limpiaba, preparaba los paquetes con los artículos comprados, llevaba los bultos de un lado al otro del galpón, acomodaba los elementos que iban llegando, barría, lavaba ropa, hacía la comida, cultivaba la pequeña huerta del tendero y efectuaba todo cuanto él le ordenaba. En fin, se comportaba como una sumisa y fiel empleada.

Mientras, observaba, analizaba y aprendía. Solo necesitaba fortalecerse, saber cuanto le fuera posible sobre la vida en Carmen de Patagones, conocer más a alguno de los clientes, alguien en quien pudiera confiar lo suficiente como para entregarle una nota.

En ella, le contaría sobre esa abominable situación de servil esclavitud para que él la ayudara a salir de allí.

Patricia jamás había imaginado que un ambiente como ese podía existir. Los hombres eran grotescos, burdos, ignorantes y analfabetos. Olían feo, a comida en descomposición, tabaco, grasa rancia y bosta de animales. De todos modos, ella tampoco estaba muy limpia, porque Walterio no le permitía bañarse con demasiada frecuencia, y la ropa que usaba era siempre la misma. Aun así, trataba de lavarse en una jofaina cada noche antes de acostarse.

Los clientes, además, eran arrabaleros, cuando hablaban arrastraban las palabras y, si podían, cuando habían tomado de más y ella pasaba cerca, le golpeaban el trasero o, al descubrir un atisbo de escote o piel blanca, lanzaban suspiros y hacían comentarios fuera de lugar.

Al principio, ella no los entendía, aunque, luego de varias semanas, fue aprendiendo las palabras que pronunciaban. Escandalizada, quedaba muda ante semejantes groserías.

—¿Te levanto la falda y me brindas tu mejor flor?

—Te rapto y te llevo a mi rancho.

—¡Tá güena la moza! —Y le sobaban el brazo.

—Alteras mi respiración, muchacha. ¿Quieres venir a mi cobertizo para revolcarte entre la paja?

Ella tenía orden de no hablar ni responder, pero le brotaba la flema renegada cuando los escuchaba. Por el momento se frenaba, pero... Hasta que cierto día, cuando se agachó para entregarles las bebidas a algunos jugadores de dados, uno de ellos le rozó un pecho. En esa ocasión, se dijo que ya había tenido demasiado, así que reaccionó furiosa y de inmediato le dio una cachetada. Luego colocó las manos sobre las caderas y se abrió de piernas.

—¡Me tienen cansada con sus burdas palabras! —exclamó en un tosco español—. ¡Tú, mete tus asquerosas manos en tu cuerpo de porquería, cerdo de alcantarilla! Y a ti, que hace unos días me dijiste que querías revolcarte conmigo —le espetó al que había pretendido llevarla al heno de una choza—, entonces, revuélcate en una cueva de hormigas coloradas.

—¡Uhh...! —exclamaron los presentes, que sonrieron al escucharla—. Parece que la moza tiene fuego en las venas.

Ella tampoco se amilanó.

—A ti, que crees tener la última palabra, ireviéntate contra un poste de los que sostienen los faroles que hay afuera! ¡Todos son cucarachas de basurero y no sirven para nada! Son alimañas deleznable, ini el infierno los quiere! —terminó vociferando.

Los hombres comenzaron a ponerse incómodos, y como el ambiente se tornaba ríspido, Walterio debió intervenir.

—Calma, muchachos, esta chica es nueva: no le agrada que la toquen. Además, es un poco salvaje. —Después se acercó a ella y le ordenó en el oído—: Aléjate y cierra la boca o te encerraré ya mismo en tu cuarto.

A la sajona no le importó. Estaba cansada de que la tomaran como un objeto de diversión y, luego de haber dicho tantas barbaridades zafias, se sentía desahogada y contenta.

Desde ese día, cada vez que alguien intentaba propasarse con ella, Patricia, con tres palabras cortantes, lo volvía a ubicar.

—¡Fuera, puerco cretino! ¡Atrás, diablo podrido! Rata de excusado, ilávate antes de hablarme!

No permitiría que nadie creyera que se sentía a gusto en ese sitio. A pesar de los enormes defectos que podían enumerarse sobre ella, Patricia era una luchadora nata. Había aprendido a pelear gracias a los graves choques existenciales que había padecido cuando vivía junto a su padre, y arremetía contra cualquier enemigo aunque tuviera todos los elementos en contra. No sería fácil vencerla.

Cuando Walterio no lo notaba, apenas encontraba un momento de recreo, ella salía al parque y le arrojaba a *Leik* los restos de comida dejados por los clientes. El perro parecía saber que el dueño de la fonda no lo quería, por lo que solo aparecía cuando ella lo llamaba en voz baja. Mientras tanto, permanecía lejos, detrás del excusado, oculto por los matorrales que lo rodeaban.

—Ven aquí, precioso mío. ¡*Leik, Leik!* —lo llamaba la muchacha apenas tenía un momento libre y salía al jardín trasero de La Taba para airearse.

Iba hasta la parte más remota, se sentaba al lado del can y, al tiempo que le daba los mendrugos, le acariciaba el lomo. El animal era el único compañero de la joven y el más noble. Por su lado, *Leik*, feliz habría dado la vida por la inglesa.

El can comenzó a engordar porque eran muchos los comensales del bar comedor, y los restos abundaban. Además, ya nadie lo golpeaba. Lo único que aún le molestaba y que le impedía vivir tranquilo era la sarna. Sin embargo, Patricia no tenía los conocimientos ni los medios para curarle ese mal.

—Lo siento, *Leik*. Si pudiera, ya mismo calmaría tu picazón. Te rascas y te rascas y terminas lastimándote. ¡Mira nada más tu pellejo! Algún día, las heridas se te van a pudrir. No mueras, amigo. Estaré muy triste si lo haces, eres mi único compañero fiel.

En la fonda, había un encomendero llamado Juan. Era un chiquillo con el rostro siempre tiznado y ojos vivarachos que se movían hacia todos lados. Hacía los mandados para el tendero o Patricia, que repetía las órdenes del dueño. Así, lo enviaba a entregar artículos y a realizar cualquier encomienda en las cercanías, o el niño la ayudaba a cargar algo demasiado pesado para ella, además de cumplir con los pequeños pendientes de cada día. Él siempre obedecía sonriente y bien dispuesto, y Patricia comenzó a apreciarlo. No era común encontrar una persona atenta en ese páramo tan alejado del resto del mundo.

Juan era divertido e inocente. Nadie podría sentirse molesto o incómodo con ese niño. Era una almita pura que saltaba de una ocurrencia a la otra de igual modo que una langosta. Con él, mantenía cortas conversaciones durante las cuales, y porque el niño no sabía hablar en inglés, la joven aprendía español.

Cierta tarde, en un momento de descanso, la muchacha se hallaba sentada sobre un tocón seco ubicado en el rincón más distante del bar mientras acariciaba la testuz de *Leik*. El chiquillo se le acercó y se arrodilló junto al animal.

—Hola, *Leik*. Hola, señorita.

—Hola, muchachito de los mandados.

El niño observó al perro.

—Tiene sarna.

—¿Sarna? Sí, lo sé.

—Acá y acá y acá —le señaló—. ¿Ve, señorita? —Indicó donde estaba pelado y con las escaras sangrantes—. No es problema, se cura si le coloca hojas de aguaribay.

Ella frunció el ceño, sin entender.

—¿Aguaribay?

—Sí, es un árbol que crece por estos lados. No hay muchos, pero hay. Puedo traerle las hojas si usted quiere. Puedo hacerlo.

—¿Lo harías por *Leik*? —expresó en un mal pronunciado español.

—Lo haría.

—Entonces, Podrías acercármelas apenas te sea posible. ¿No andarás robándolas, verdad?

El niño apretó los labios y se alzó de hombros, indiferente. Vestía un pantalón largo demasiado holgado. En ese momento, tenía las manos en los enormes bolsillos. Un gorro le cubría la mitad de la frente y, al escuchar las palabras de ella, lo corrió y lo levantó.

—Acá, allá, será o no será, eso no es importante.

—No te entiendo.

Patricia lo miró con más atención; al levantar los ojos, el sol dio de lleno en ellos. Enseguida se los cubrió con la mano abierta.

—Fíjese que, cuando unos tienen fruta, los demás se la hurtan, y cuando les toca a ellos tener sus frutos, los primeros se los sacan. Nadie se queja, este poblado es así. Las cosas cambian de dueños de manera continua.

Obvió decirle que ello se debía a que, a ese villorrio, llegaban muchos inmigrantes de dudoso pasado, tal vez para escapar, tal vez para esperar a que la ley en el país de origen olvidara las fechorías cometidas por ellos. También, como en el caso de *El Andaluz*, aparecían barcos piratas que pretendían vender las pertenencias saqueadas. Asimismo sucedía que, desde Buenos Aires, les enviaban a los presos, hombres rústicos que se jugaban la vida en cada acción y en cada nuevo amanecer, que escapaban de la cárcel en un chasquido de dedos. Por todo ello, Carmen de Patagones había terminado siendo una mezcla de personajes variados; muchos de ellos, truhanes.

Entre gente tan avispada y oportunista, ¿qué secreto podía esconderse durante mucho tiempo? Por ello el chico tampoco le comentó que, por más que Walterio había querido ocultarla, casi todos estaban al tanto de la presencia de esa extraña mujer llegada de modo tan misterioso al pueblo. Ya se sabía que una muchacha blanca y extranjera vivía en ese almacén de ramos generales. De todos modos, nadie se metió con el tendero porque las oleadas de inmigrantes eran interminables y, por ello, la mayoría pertenecía a otro país. A nadie le llamó la atención que el hombre tuviera como empleada —no sabían que, en realidad, la tenía como esclava— a una preciosa mujer blanca.

—Lo que me cuentas del hurto es asombroso y entretenido —expresó Patricia, que pensaba en cuán difícil sería si, en Londres, todos robaran las posesiones de sus vecinos.

—¡Segustiana! —se escuchó desde el almacén.

—¡Otra vez la voz de mando del jefe! —exclamó burlona—. Hora de regresar al trabajo esclavo.

—No es tan malo.

Ella se dio vuelta y, al tiempo que avanzaba hacia la construcción, se fue colocando de nuevo el pañuelo que se había quitado un rato antes, al sentarse para descansar. Walterio seguía insistiendo en que nadie debía reconocerla y, con respecto a eso, era feroz. Todavía temía que alguien averiguara la procedencia de esa dama y lo apresaran por habérsela apropiado.

¿Qué habría dicho si alguna vez descubría que se comportaba de manera tan relajada con el niño encomendero? El chiquillo era la única persona frente a la cual ella no fingía. Juan conocía el rostro y el cabello de Patricia porque se lo soltaba cuando estaba de recreo. Además, había visto el color de los ojos y apreciado el carácter más dulce de la inglesa.

En ese momento, sonriente, ella le respondió:

—Si tú lo dices...

CAPÍTULO 9

Al día siguiente, Juan llegó con una bolsa repleta de hojas verdes de aguaribay.

Cuando entró al almacén, la escondió bajo la mesa para que Walterio no los amonestara. Al dueño le molestaba la fraternidad que existía entre Patricia y el pequeño, por lo que, de continuo, trataba de coartarla.

—Ahí tiene, señorita, para su perro —expresó en susurros.

Ella se colocó un dedo en los labios y lo obligó a hacer silencio.

—Gracias, niño —le dijo cuando el hombre se dio vuelta, al tiempo que le revolvía el cabello en un gesto tierno.

Cuando tuvieron un momento libre, lo llevó hacia afuera, lejos de la mirada inquisitiva del patrón.

—¿Cómo preparo esto? —inquirió al recibir las hojas.

—Es muy fácil, señorita. Usted las machaca —explicó mientras hacía el gesto de aplastarlas— dentro de un cazo. Luego las mezcla con aceite o grasa. Deje descansar el menjunje en un sitio oscuro para que no se eche a perder y pásele eso sobre las heridas. Ya verá usted que el perro pronto se cura. Nada de rasca y rasca. —E hizo un ademán gracioso al rasparse las axilas.

Patricia rio divertida.

—¿Lo crees?

—Si no funciona, agréguele un poco de mostaza, eso potenciará la crema. Su perro quedará como nuevo. Van a pensar que es de raza, traído de otra tierra. Cuidado, se lo pueden querer robar.

—Deja de decir bobadas, Juan. Además, ¡Walterio me matará si descubre que le estoy robando mostaza para ponérsela al animal! Al que odia, por cierto.

El niño, en un gesto tan característico en él, se alzó de hombros sin responderle. ¿Qué le importaba el entuerto que esa joven tenía con el tabernero? Juan solo le había dado las indicaciones, que ella hiciera lo que quisiera.

Patricia se lo agradeció, dejó la bolsa entre los yuyos, y ambos volvieron a entrar, no fuera a ser que al mandamás se le ocurriera enojarse y despedir al chiquillo. De suceder, ella lo extrañaría mucho. Aparte de *Leik*, Juancito era el único amigo que tenía.

Esa noche, preparó el unguento, al que le colocó un poco del aceite de foca que utilizaban para mantener encendidos los faroles y conservar relucientes las botas. También le agregó algunas semillas de mostaza con la esperanza de que Walterio nunca descubriera el faltante. Después machacó todo con fruición y amalgamó la mezcla al revolverla con fuerza dentro de un cuenco. La cubrió con un trapo y la colocó bajo la cama con la idea de esparcársela al perro en la mañana o cuando tuviera un instante libre en aquel servil trabajo.

Durante los siguientes días, anduvo temerosa. Con Walterio, nunca se sabía. La tenía muy controlada, incluso demasiado. Por las noches, cuando cerraban la fonda, la ataba de manera invariable al barrote de la reja, ya no con una sogá, sino con una cadena.

Cuando ella quería ir al excusado, él se quedaba en la puerta del patio para esperarla. Patricia no tenía ni un solo segundo de libertad, salvo los minutos en que se sentaba a descansar sobre el tronco caído al fondo del lote, junto a la huerta.

¿Escapar, organizar algún plan de huida? Todavía nada más lejos que ello. Patricia no tenía idea de dónde se encontraba ni de cómo llegar a Europa o Buenos Aires. Ni siquiera sabía dónde quedaba la estancia Tierra India, de la que William era el dueño. Por el momento, era esclava de ese patrón; en el negro futuro de la dama, no se vislumbraba luz alguna.

Un día pensó en escribirle a su tío. Lo máximo que podía suceder era que no le respondiera o no fuera a buscarla, pero ¿qué perdía con intentarlo? Era una posibilidad tenue, aunque posibilidad al fin, y como decía su padre: “Usa cuantas opciones tengas a tu alcance, por más ínfimas que estas sean. Ellas pueden significar la diferencia entre la vida y la muerte”.

¿Cómo haría para escribir la nota? Todavía no tenía ideado un plan.

Apenas vio a Juan, con cuidado y como si conversaran de algo poco importante, lo fue tanteando al preguntarle si apreciaba tanto al patrón como para serle fiel a él en detrimento de ella.

—¡No, señorita! Preferiría no tener que elegir. —Luego lo pensó un ratito—. Veamos, si tuviera que acercarme a alguno de los dos, creo que me inclinaría por usted. Usted es buena, amita.

—¿Amita? Yo no soy tu dueña, Juan. Los dos le pertenecemos al jefe que se

encuentra allá adentro. —Señaló hacia el almacén con rabia.

—Tiene usted razón, señorita.

Ella suspiró y, tras sacar un pañuelo de la pechera, se secó una lágrima. La pantomima debía ser perfecta, por más que en la actuación hubiera mucho de verdad y poco de fantasía.

—Esta no es mi vida, Juan, debes saberlo.

—Eso me parecía. Usted es demasiado educada y fina para ser una sirvienta.

—En realidad, no vivo aquí y estoy prisionera. Walterio me compró, y no sé cómo escapar. —Calló y volvió a llorar.

—Eso es terrible —expresó el niño escandalizado—. ¿No podría usted ir a hablar con quienes mandan en esta tierra?

—No puedo salir de este almacén, él me lo ha prohibido. Ya habrás notado que me vigila todo el tiempo. ¿Cómo podría comunicarme con mi familia? Además, ellos viven muy lejos de aquí. Supongo que, por tierra, deben de ser varios días de caminata. Aunque... ¿Tú irías a hablar con los gobernantes en mi nombre?

Sin quererlo, Juan le acababa de dar otra excelente opción.

—Lo siento, yo tampoco podría acercarme a ellos, no me escucharían. Recuerde que soy un muchacho que hace los mandados, nada más. Míreme. —Bajó la cabeza para estudiar el atuendo roto que llevaba y el calzado inexistente—. Me echarían a escobazos apenas quisiera acercarme a la puerta.

—Sí, es una tontería lo que te sugerí. —Le quitó la gorra para revolverle la cabellera—. ¿Sabes? —le contó luego con ensoñación—, antes usaba vestidos preciosos, iba a fiestas y bailaba. Los hombres se peleaban entre ellos para sacarme al escuchar algún vals. —Se levantó y desplegó la falda para comenzar a efectuar pasos de baile—. Era la mejor y la más hermosa. Mis peinados, mis diademas, mis joyas...

—¿Usted usaba coronas sobre su cabeza? ¿Es una reina? —Los ojos del muchacho se agrandaron, junto con la boca.

—Reina, no; pero sí duquesa.

¿Qué importancia tenía si falseaba un poco su propia historia? De comentarlo, nadie en ese pueblo sabría si era verdad o no. Los imaginaba como ese niño o los parroquianos de la fonda, analfabetos e incultos.

—¡Increíble, señorita! Usted sí que es una persona de peso.

—Tampoco me llamo Segustiana.

—Le creo. Usted es especial, diferente. ¿Y su gente? ¿No podría usted enviarles una nota para pedirles ayuda? ¿No tiene padres? Si ellos se enteran de que usted está aquí y de que vive con un hombre malo, sin duda vendrán a buscarla.

—¡Ja! —Pensó en John—. Si mi padre se enterara de mi situación, solo me ayudaría si antes pudiera apostar y jugarse mi vida en una partida contra Walterio.

El niño apenas si respondió con un:

—Hum...

—¡Eso es! —A la muchacha se le iluminó el rostro, y volvió a sentarse junto a él—. ¿Me harías un favor? Ya lo había pensado antes, pero me has dado la gran respuesta.

A Patricia se le acababa de redondear la idea.

—Si está a mi alcance, cuente conmigo nomás. ¿Quiere que le traiga más hojas de aguaribay?

—No, gracias, tengo suficientes. Mira —indicó al mostrarle el cazo que tenía escondido en un bolsillo—. Dentro de un instante, se lo pasaremos por el cuerpo a *Leik*. No, lo que quiero pedirte es otra cosa. ¿Podrías...? —No se animaba a hacerle la pregunta.

—Dígame, señorita, ¿qué necesita?

—Que envíes una carta a Buenos Aires. Yo no sé cómo hacerlo. A lo mejor se te ocurre algo.

—¡Ah! Eso es muy fácil. Voy hasta los barcos que están por partir y pregunto cuál viaja hacia allá. Se la entrego al capitán y listo.

Ella lo abrazó feliz.

—¡Gracias, Juan! Esta misma noche, robaré un trozo de papel y un sobre del escritorio de Walterio y les escribiré unas líneas a mis parientes que viven en Buenos Aires.

—¿Vendrán a buscarla? ¿Se irá de aquí?

La joven le sonrió. No quería que el niño sospechara que en algún momento podría desaparecer. En apariencia, él también se había encariñado con ella y, a lo mejor, ante la idea de no verla más, arrojaba la carta al río.

—No temas, es para avisarles que estoy aquí, nada más. —Después quitó el paño del caso con el ungüento—. Veremos cómo le sienta esto al perro.

—Pruebe, verá que, dentro de pocos días, estará curado.

Ella se acercó más al animal, que movió el rabo con alegría. Cuando le colocó la pasta y la esparció por las heridas, *Leik* se quedó quieto, con los ojos entrecerrados y la cabeza gacha. Adoraba a aquella mujer, era como una diosa y una sabia mano amiga para el can, que la seguiría para cuidarla adonde ella se dirigiera.

—Eso es, perrito. Así sanarás dentro de poco tiempo. Eso dice Juan, y Juancito sabe.

—Yo no, señorita; eso me lo enseñó mi abuela.

Tras haber terminado, Patricia palmeó al animal y dejó que se sentara a descansar sobre los pies de ella.

Esa misma noche, cuando Walterio se dirigió al excusado, la muchacha fue hasta la caja con dinero. Debajo de aquella, había un cajón con papel y sobres, de donde extrajo lo que necesitaba y se lo guardó en el bolsillo. Cuando estuvo sola en el cuarto, con un carbón escribió cortas líneas que explicaban a William dónde se encontraba y que pedían por favor que fuera a buscarla apenas pudiera. Tampoco quería detallarle demasiado las penurias por las que estaba pasando o que la carta sonara a ruego, pero estaba hastiada de esa miseria y de vivir como sirvienta. Ya no le importaba si su tío se divertía al enterarse de que ella estaba padeciendo tan precarias condiciones.

Cerró el sobre y lo volvió a guardar entre la ropa.

A la mañana siguiente, cuando tuvo un momento de recreo, corrió hacia el fondo del lote y se sentó a esperar al muchacho. Juan aparecería, siempre lo hacía.

Allá lo vio unos minutos después. Trotaba hacia ella con ese andar desgarbado que tenían los chiquillos.

—Hola, señorita. ¿Qué tal le fue a *Leik* con el menjunje?

—Ya lo ves. —Le mostró al can, que se encontraba dormitando cerca de ella—. El perro está tranquilo. Supongo que le calmó la picazón.

—Verá usted cómo pronto se le van las peladuras. Quedará perfecto, como nuevo.

—Eso espero —deseó mientras le acariciaba la testuz—. Es un fiel amigo. Me ha seguido desde que... —Entonces recordó que Walterio le tenía prohibido hablar sobre el pasado o sobre cualquier otra cosa, y no quería ganarse una tunda. También calló

porque no quería que el niño supiera que los bandoleros la habían vendido y que lo que ella más deseaba era irse de allí—. Deja, son recuerdos nada más. Está conmigo desde hace mucho.

El muchacho nada preguntó, sino que se conformó con esas palabras.

—¿Hoy debo hacer mandados?

Ella miró hacia todas partes para cerciorarse de que ni el patrón ni ninguna otra persona anduviera cerca y viera que le entregaba el sobre a Juan.

—Toma. Esto es lo que debes mandar a mi tío en Buenos Aires. —El niño miró el papel. No sabía leer, por eso no entendía lo que este decía en el rótulo—. Ahí dice su nombre. Tú solo entrégasela a un capitán que viaje para allá, y él se ocupará de hacérsela llegar a mi tío. Le mando buenas noticias y le cuento que tengo un nuevo gran amigo llamado Juan y otro llamado *Leik*.

Le dijo eso y nada más.

—Prometo que, esta misma tarde, cuando concluya con los mandados, iré a la orilla del río a averiguar. Estoy seguro de que, pronto, algún navío saldrá para allá. Usted quédese tranquila.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—A nadie, señorita. Usted y yo somos amigos.

—Eso es. Ahora entremos a preguntarle a Walterio si te requiere para hacer alguna encomienda.

Antes de pasar al almacén, la inglesa escondió el pote con el menjunje bajo unas piedras para que aquel hombre no lo viera.

CAPÍTULO 10

Esa noche, cuando se acercó a los parroquianos para entregarles las bebidas, Patricia notó que el juego de cartas estaba muy interesante. Los presentes que no participaban se habían agolpado junto a una mesa y miraban con detenimiento la partida que en ese momento se estaba desarrollando sobre el tapete.

La dama también sintió curiosidad. Ella sabía mucho de póker gracias a su padre, que la había aleccionado muy bien, pero esa gente no parecía estar siguiendo las reglas de ese juego.

Regresó al lado de Walterio y, a riesgo de recibir una reprimenda, le preguntó a qué jugaban.

—Truquiflor, curiosa Segustiana. ¿Por qué te metes a hacer averiguaciones que no te conciernen? Lo tuyo es fregar y callar, eso y nada más. Sigue repartiendo bebidas, esta bandeja es para la mesa más grande, ¡y no levantes la vista ni emitas palabra alguna! Ya te lo he dicho. Tampoco pelees o discutas si los hombres se pasan de listos y te tocan cuando andas cerca.

—Sí, sí. Lo de no hablar ni mirar, ya me lo ha dicho cientos de veces. Pero, con respecto a no quejarme si me toquetean, ¡seguiré enojándome!

—Pues, entonces, que te entre en esa cabeza que, si abres la boca para protestar, los azotes que te daré también te harán enfurecer. Elige: o vives enojada o calmas ese ímpetu guerrero.

Pero ella no se iba a quedar con las ganas. Le gustaban las cartas, afición heredada de su padre, jugador empedernido y desenfrenado. Él había sido incapaz de controlarse y, por ello, había perdido patrimonios completos: primero el de su esposa y luego el de los duques. Por fortuna, William lo había descubierto a tiempo. Buena suerte para su tío y pésima para ella, porque Patricia, en el barullo de los pases de mano, había pensado robarle a su padre buena parte de lo malamente ganado a los York.

Mientras les entregaba los pedidos a los parroquianos, pudo distinguir los palos de los naipes, la cantidad de cartas que cada uno tenía entre las manos y cómo se desarrollaba el juego, que era muy simple, entretenido, ágil y poblado de mentiras, por cierto.

Con el paso de las noches, fue interesándose más en las partidas, hasta aprender todo sobre las triquiñuelas de esa fuente de esparcimiento tan divertida en la que, a diferencia del póker, todos mentían y todos terminaban riendo. Aunque, si tenía que elegir, prefería el segundo.

Cierta vez, llegó hasta la fonda un forastero proveniente, según él, de los Estados Unidos de Norteamérica. Tras sacar un mazo de cartas de un bolsillo del chaleco, pidió sentarse a una mesa para explicarles a los participantes frente al tapete cómo era el juego al que los estaba invitando a participar.

—¿Ustedes conocen el póker? *My friends, do you know it?*

Al escucharlo, los ojos de Patricia se agrandaron y, cuando fue a levantar el pedido, al anotar en una libreta cuanto ellos querían, ya que no se le permitía hablar, durante unos segundos permaneció quieta. No quiso moverse para poder observar, con suma concentración y disimulo, cómo el extranjero movía las cartas.

Minutos más tarde, notó que el hombre, a pesar de afirmar ser experto en ese juego, estaba siendo apaleado y pelado por aquellos contrincantes; tanto, que el recién llegado había comenzado a maldecir y bufar. Se rascaba la cabeza de continuo, tal vez mientras se preguntaba cómo esos ignorantes lo estaban superando en pericia si, hasta esa noche, desconocían el juego.

La inglesa lo observó. Era buen mozo, tenía una espesa cabellera enrulada y larga que echaba hacia atrás con frecuencia, frente amplia, ojos azules, nariz curva, bigotes largos, labios gruesos y un cuerpo que demostraba estar en forma. El traje con chaqueta y levita que llevaba era de excelente corte y fina tela. Sin duda debía de poseer mucho dinero, un detalle especial para ella dadas las intenciones ocultas que tenía de huir de allí y favorecerse con un enorme peculio. Eso era justo lo que había hecho en Inglaterra desde que se había convertido en una adolescente prometidora.

Entonces se le acercó con pretendida distracción en tanto llevaba un trapo en la mano como si fuera a limpiar algo. No sería la primera vez que algún cliente se descuidaba y, con el codo o la mano, volcaba la bebida.

Se agachó hasta colocar los labios junto al oído del norteamericano y, mientras restregaba una mancha invisible, le indicó en inglés qué carta debía jugar. El hombre la oyó. Durante un instante, se asombró hasta el punto de preguntarse si había escuchado bien. Ella siguió de largo, como si no hubiese emitido opinión alguna.

Por las dudas, el forastero obedeció la indicación de la muchacha y ganó.

Los días siguientes se desarrollaron de igual manera, por lo que los bolsillos del viajero se fueron llenando. Nada hacía pensar que esa buena suerte fuera a cambiar. Por supuesto, gracias a la secreta colaboración de la sirvienta. “Pide cartas. Redobla la

apuesta. Pasa. Retírate. Ve por más.”

Él la requería a cada instante al mostrarle con disimulo los naipes que le habían tocado, y ella, de una sola mirada, le daba un veredicto.

—¡Epa, hombre! —acabó diciendo uno cierta noche—. Cada vez que esa sierva te dice algo al oído, ganas la partida. Yo también quiero que me susurre palabras mágicas, así la cosa se vuelve más pareja.

Al escucharlo, la inglesa comenzó a temblar. Miró hacia el mostrador y, por fortuna, comprobó que Walterio no estaba cerca. Entonces le sonrió y, con señas, le dijo que lo ayudaría.

A partir de esa noche, Patricia pasaba junto a las mesas y, al tiempo que entregaba las bebidas, algún bocado o hacía como si limpiara, observaba con detenimiento qué estaba ocurriendo en las diferentes partidas. Solo se interesaba en aquellos que tenían mucho dinero y que lo estaban perdiendo. Los de baja condición social jugaban poco, perdían poco y jamás abandonarían aquel estatus de pobres, por ello a ella no le interesaban para su objetivo más oculto: buscar la manera de escapar y regresar a las nobles raíces de las que procedía.

Contra su propia voluntad de no inmiscuirse ya que, de enterarse, Walterio la amonestaría por relacionarse con los clientes, ella expresaba alguna opinión como de pasada. Solía indicar con palabras suaves al interesado las cartas que debía arrojar o conservar. La mayoría de las veces, lo hacía en español, idioma que, de a poco y a fuerza de verse obligada a ello, iba aprendiendo. Jamás fallaba. ¿Cómo habría de ser diferente? Había sido una excelente alumna y, tal vez, eso era lo único que le agradecía a su padre.

Los hombres pronto notaron que ayudaba a los más acaudalados. No hubo que analizarlo mucho para comprender que ella también se encontraba interesada en el dinero. Por eso, esa noche, alguien le deslizó unas monedas sobre la palma.

Ella, feliz, las apretó. Después se las llevó al bolsillo para esconderlas. Pero cuando, al día siguiente, uno de los clientes asiduos a la fonda pidió que ella se sentara junto a él, Walterio frunció el ceño al tiempo que se preguntaba qué andaba ocurriendo con aquella criada. ¿Acaso esa mujer les estaba ofreciendo favores carnales a los parroquianos? De ser así, en ese mismo instante le daría una gran zurra, como para que se le fueran las ganas de coquetear.

—¿Para qué la quieres? Mi sierva es tonta y casi muda.

—Lo será, pero, cuando me indica cómo debo jugar, siempre gano. No te preocupes —continuó al notarlo dubitativo—, te daré una linda propina y no le diré a nadie que la ocultas. La compraste, ¿verdad? Y bien útil te salió la adquisición. Te hará ganar mucho

dinero. —Al notar que el dueño de la fonda se tornaba colorado de furia y que estaba a punto de atacarlo, el cliente se apresuró a levantar la mano y agregar—: No temas, buen hombre, tu secreto está seguro conmigo. —Miró al resto de los parroquianos—. Y con todos nosotros. Si nos hace ganar dinero, callaremos.

Todos asintieron.

Esa noche, cuando Walterio condujo a Patricia al cuarto superior, antes de encadenarla, la empujó contra la pared, le apretó el cuello y la amenazó.

—¿Tú estuviste delatándome? ¿Con qué artimañas develaste tu verdadera identidad?

Aunque Patricia bien sabía que en ese sitio nadie conocía quién era ella en realidad.

—¿Yo? Está usted equivocado, patrón. —Compuso un rostro angelical.

Al mismo tiempo, al llamarlo “patrón” quiso morderse la lengua. Aunque, si no quería recibir una apaleada, entonces era mejor fingir servilismo. Ser un poco humilde le vendría bien en esa ocasión.

—¡Sí, tú, gata mentirosa! Ellos de algún modo han descubierto que tienes cierta clase. Si no fuiste tú, ¿quién entonces? —Le apretó más la garganta hasta hacer que la muchacha se viera obligada a colocarse en puntas de pie.

Patricia estaba asustada, Lo que menos deseaba era salir lastimada. Por eso debió continuar con aquella representación.

—Patrón, yo no lo delataría. Conozco su carácter y sabía que, cuando se enterara de mi falta, me iba a herir, como lo está haciendo ahora. Pero no olvide que acaba de encontrar una nueva manera de hacer dinero. Si usted me lo permite, puedo hacerle ganar mucho.

Walterio pasó algunos días pensativo. La idea de dejarla sentarse con los jugadores de naipes y dados no era tan disparatada. Visto como un nuevo negocio, no era tan complicado, aunque sí muy jugoso. Tal vez la sirvienta le hiciera ganar más dinero.

—Te la dejo —le dijo al jugador esa noche—, pero solo si te va bien. Cuando comiences a perder, no me culpes; y me la devuelves. Esa joven no está aquí para sentarse y holgazanear, sino para atenderlos a ustedes.

—¡Hecho! —exclamó feliz el hombre.

Después, cuando la tuvo aparte, el tabernero la amonestó.

—De ahora en adelante, lávate mejor las manos y el rostro. Te conseguiré un vestido más vistoso, nada nuevo ni escotado, aunque más adecuado para tu nueva condición de

dama de compañía. ¡No me defraudes!

Por supuesto que Patricia no lo decepcionaría. De improviso y sin buscarlo, estaba escalando posiciones para acercarse –aunque apenas– a lo que había sido en un pasado cercano.

De todos modos, nunca pensaba jugarse el pellejo, ni el cuerpo, ni la virginidad en una partida. La presencia de la dama frente al tapete era un medio de conseguir dinero y huir, nada más.

Así, la inglesa, con aquella extrema habilidad para ganar en el póker, se convirtió en el amuleto de buena fortuna de quien la convocara primero, También le hizo ganar bastantes billetes al patrón, quien terminó felicitándose por la barata adquisición de esa joven.

Patricia ya no lloraba. Se sentía algo ilusionada. En su propio futuro, veía una tenue luz de esperanza. En vez de quejarse por ese horrible presente, se preguntaba cómo haría para embellecerse un poco más sin que Walterio la amonestara por creer que andaba mostrándose y coqueteando con los clientes. La muchacha reconocía que ningún hombre de su misma condición social iría a tomar un trago o a aprovisionarse de bastimentos en el local de Walterio. Aun así, deseaba estar un poco más arreglada porque, al participar de manera más activa con los jugadores, a lo mejor alguno de ellos se percataba de la extraordinaria hermosura de la joven. O quizás, al salir del bodegón, algún consumidor hacía comentarios sobre las excelentes aptitudes de la moza como jugadora de naipes, de modo que otro se sentiría curioso por conocerla.

Sí, tal vez la suerte de la inglesa estuviera a punto de cambiar, como había comenzado a suceder desde que habían descubierto las habilidades que tenía para el póker. Así, ella podría encontrar el eslabón faltante para irse de ese país y alejarse para siempre de los mugrientos y malhablados hombres que lo habitaban. Era un comodín más en esa asombrosa jugada existencial.

CAPÍTULO 11

El norteamericano, Freddy, quien, según sus propias aseveraciones, había llegado desde el norte hacía poco, era muy lúdico y asistía cada noche al bodegón. El cambio en la apariencia de aquel hombre se hizo notorio: al cabo de un tiempo, se había amoldado a las costumbres argentinas y ya no vestía más con tanta ceremonia. Aparecía por La Taba con pañuelo al cuello, chaleco con botones labrados en plata, faja suntuosa, botas de potro y, sobre la cabeza, un sombrero negro, cuya ala corta acariciaba cada vez que se presentaba ante alguien de cierta notoriedad.

Freddy sentía predilección por Patricia y se lo demostraba en cada nueva oportunidad que se le presentaba. Aunque, en realidad, todos los clientes estaban fascinados con la inglesa y le dedicaban los mejores saludos, así como las palabras más elocuentes y veraces, casi íntimas. Incluso dejaban soslayar en ellas lo que pensaban hacerle si lograban tenerla en su hogar.

Patricia sonreía y continuaba con lo suyo.

También le hacían bonitos regalos: guantes de suave cuero, cintas coloridas, peinetas de carey con dibujos elaborados, plumas exóticas para adornar sombreros, alfileres con perlas en la cabeza, hebillas con piedras semipreciosas... La inglesa los recibía con una amplia sonrisa y alguna coqueta inclinación de ojos. Sentía que, de a poco, estaba regresando a los mejores días de gloria. Era apenas un inicio, pero los premios aumentaban en valor cada nuevo día. Los varones se encontraban obnubilados por ella porque, además de hermosa y muy femenina, era hábil con algo de casi exclusivo dominio masculino.

—No te animes tanto, mujer engreída, es tu trabajo. Recuerda que, si fallas, perderás todos estos favores —le repetía Walterio—. Además, las joyas debes entregármelas. ¡Ni te hagas ilusiones de que quedarán en tus manos! ¡Y cúbrete más! Ya te he dicho que no quiero trifulcas por un poco de piel tersa.

Aunque con Freddy era distinto. Él iba mucho más allá que una elocuente devoción hacia la joven. Con el correr de las semanas, la predilección del extranjero por el juego pasó a segundo lugar, y el hombre se convirtió en un fervoroso adorador de la inglesa. Estaba enamorado de ella con locura y, de sentarla junto a él, escuchar los sabios consejos de la joven y ofrecerle jugosas propinas, pasó a colocarle una mano sobre la falda. Con ese leve gesto, demostraba que la muchacha le agradaba y que bien podría ser de él. Solo faltaba que ella aprobara semejante relación.

Pero Patricia estaba allí, ubicada junto a Freddy, por una razón que no tenía nada que ver con el amor o la pasión hacia otra persona; era la sierva, la mercadería de mayor valor en La Tabá: el dueño jamás la soltaría. También tenía claro que Freddy era solo un instrumento para escapar de ese lugar, por eso nunca lo habría considerado un candidato. Por más que el norteamericano poseyera dinero, no tenía modales ni título, y para ella era imprescindible ser un caballero de ley antes que nada. Patricia jamás podría querer a alguno de esos toscos hombres que en nada se comparaban con los adorables sajones, mucho más delicados, con finos modales, vocabulario elaborado, vestimenta confeccionada en raso, terciopelo y sarga, pañuelo de seda y botas altas de brillante cuero, capa, bastón y galera. Más aún, al efectuar un descarnado análisis de sus festejantes, la inglesa creía que nunca se había enamorado de verdad. Asegurarse un futuro de lujos y holguras había sido siempre lo primordial, aquello que la mantenía en constante alerta para buscar al mejor pretendiente, sin valorar las cualidades que exhibiera como hombre. En relaciones como la que ella anhelaba, el amor nunca era importante.

Por las noches, cuando Walterio cerraba de manera definitiva las puertas del bodegón y encadenaba a Patricia, ella a veces no se iba a dormir. En vez de eso, al revolver entre los numerosos artículos diseminados sin orden alguno por el cuartucho superior donde él la encarcelaba, había encontrado hermosos vestidos, algo deslucidos, pero que en algún momento habían sido magníficos. Entonces, tras desvestirse, se los probaba. Se arreglaba el cabello en un alto rodete, se colocaba una peineta o cualquier otro adorno y, así acicalada, daba vueltas por el espacio libre y bailaba en tanto simulaba que lo hacía en un fastuoso salón con preciosas mujeres iguales a ella, ataviadas con lujo. Cerraba los ojos y se dejaba llevar por una melodía que solo en su propia cabeza escuchaba. Pero la ilusión duraba poco porque, al arrastrar la cadena, el metal hacía un ruido estruendoso, y Walterio terminaba golpeando el techo del piso inferior con un palo.

—¡Cállate, muchacha insoportable! Así nadie puede descansar en esta casa.

Desanimada, la inglesa detenía los pasos de baile y se tiraba en el catre mientras se preguntaba si alguna vez retornaría a la vida anterior, a lo superfluo, los sirvientes, un apacible transcurrir y amigas que estaban en la misma condición social, por lo que entendían cada uno de los problemas que ella atravesaba. Al tiempo que suspiraba con desaliento, callaba esos recuerdos, se quitaba el bonito vestido y, luego de colocarse las prendas más viejas, se iba a dormir.

Cierta noche, casi madrugada ya, los clientes se retiraron, y Walterio, mudo de tanto cansancio, le pidió a la muchacha que, por esa vez, se ocupara de cerrar la puerta principal.

—No olvides apagar el farol de la entrada —le ordenó en tono seco—. Encendido toda la noche, gasta demasiado cebo.

Ella llevó la lanza con capucha, levantó la tapa de la luminaria y colocó la campana sobre la vela para extinguirla. Cuando estaba regresando al interior del bodegón, una mano le apretó el antebrazo y la hizo detenerse.

—Hola, preciosa. Estuve esperando aquí afuera que los demás desaparecieran. Me sentía impaciente por tenerte solo para mí. ¿Estás contenta?

Era Freddy.

Patricia se contuvo, asombrada. Eso no estaba en los cálculos de la dama, que, hasta ese instante, había creído que las caricias de ese hombre eran apenas un simple flirteo por todo lo que ella le hacía ganar sobre el tapete. ¿Enamorarse? ¡Por supuesto que eso no lo había tenido en cuenta!

—Buenas noches, Freddy —expresó en tono frío—. El bodegón está cerrando. Puedes regresar mañana. Walterio se fue a descansar, y La Tabla no está funcionando.

—No me interesa estar dentro si no es contigo a mi lado. —La hizo darse vuelta por completo y, con ademán brusco, la acercó a él—. Serás mía, ¿lo sabes? Te llevaré a vivir conmigo, consentiré tus caprichos: lo juro. No te arrepentirás. Serás mi dama, mi mujer en la sala y mi hembra en la cama.

Al escucharlo, a la sajona se le iluminó el rostro. ¿Había oído bien? ¿Sería él quien la salvaría al alejarla para siempre de ese calvario? ¿Sería su príncipe? El corazón se le llenó de júbilo. ¡Por fin todo ese tormento estaba concluyendo!

Con palabras inundadas de ilusión, le colocó las manos sobre los hombros y quiso saber más, mucho más. Quería que le empalagara los oídos con verdades dulces, que la llenara de sueños a punto de concretarse, que la envolviera en leves tules de sensaciones cálidas.

—¿Lo dices de verdad? —susurró melosa—. ¿Me llevarás a Estados Unidos o a algún hermoso país de Europa? ¡Es lo que más anhelo! —Solicita, se dejó besar en los labios. Él hurgó en la boca de ella con la lengua, ansioso, impaciente, pero ella se retiró apenas—. ¿Lo harás, prometes que lo harás? —Lo siguiente que dijo fue un gran riesgo; sin embargo, a Freddy se lo notaba tan enamorado que Patricia se animó—. Porque debo confesarte que, en verdad, estoy aquí contra mi voluntad. Walterio me compró en una oscura transacción con unos bandoleros.

Él aparentaba no escucharla e insistía en mantenerla contra su cuerpo, sujeta de la cintura.

—Mira lo que haces conmigo. Se me eleva el calor. —Volvió a besarla con tanta determinación que le clavó los dientes.

Ella se apartó un poco.

—¿Has escuchado lo que te acabo de decir, Freddy?

—¡Sí, sí! Ahora vayamos a tu cuarto.

—Pero, antes, debes responderme. Confío en ti y yo también te aprecio, ¿me oyes?

Él pareció impacientarse. Apretó la mandíbula, detuvo las intenciones por continuar con ese beso y la miró fijo.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero que me digas si me llevarás lejos de aquí.

—¡No, lejos no! Mi nuevo hogar es en este pueblo. Acabo de arribar y estoy radicándome en este sitio. Me encanta Carmen de Patagones. Aquí haré grandes negocios. Te quedarás aquí conmigo, en mi casa.

Algo desilusionada, pensó entonces en pedirle que le enviara una nota, ¡otra más!, a su tío en Buenos Aires.

—Entonces, ¿podrías hacerles llegar a mis parientes un mensaje de mi parte? Puedo escribirlo. Lo haré ya mismo.

Sin aguardar la respuesta de él, se soltó y, mientras Freddy la esperaba afuera, fue hasta la barra de atención, buscó lápiz y papel y escribió una corta y rápida nota, no fuera a ser que Walterio apareciera para llevarla hasta el cuarto y encadenarla. Luego salió y se la entregó a su enamorado.

Freddy miró el papel con las letras escritas y arrugó la frente, sin comprender.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Por favor, debes hacérselo llegar al señor William York. Él tiene oficinas en el puerto de la ciudad de Buenos Aires, con un enorme galpón anexado. Es una persona muy conocida, a tu emisario no le será difícil dar con él.

Freddy se guardó el papel en el bolsillo y luego continuó con la faena postergada: doblegar la reticencia de la muchacha para hacerla suya. Volvió a apretarla contra su cuerpo y le susurró, casi desesperado:

—¡Vamos! Regálame tu flor más hermosa.

—¿Mi flor?

—Sí, esa que llevas oculta entre tus piernas. —Metió una mano bajo la falda de ella para buscarla.

—Esto no es correcto. —La muchacha trató de quitarle la mano al propinarle un empujón para alejarlo con ímpetu.

Aun así, él insistió y era mucho más fuerte que ella.

—Vamos, será apenas un momento.

Ella entonces comenzó a golpearlo. Una cosa eran las caricias inocentes —o no tanto—, y otra muy diferente, ser mancillada por un extraño que, ya empezaba Patricia a notar, lo único que quería de ella era satisfacer los instintos más viscerales.

—¡Córrase de mi lado, aléjese ya mismo! —Le siguió dando golpes en el cuerpo al tiempo que la voz de la muchacha subía de tono.

Walterio escuchó los gritos y salió con un palo a ver qué estaba sucediendo. Cuando Freddy lo vio acercársele con rostro amenazante, soltó a la joven y comenzó a alejarse a paso apurado.

—¡Olvídate de mí, mujer engañosa y mezquina! ¡Olvídense de mis visitas y de mi dinero! ¡Esto se terminó en este mismo instante! —Luego buscó en el bolsillo y sacó la nota que ella acababa de escribir para William—. Y toma tu maldito mensaje. ¡Jamás llegará a puerto! Para mí estás acabada.

Al ver lo que él hacía, Patricia se inmovilizó. Muda de terror, permaneció expectante. Walterio bajó la masa que tenía entre las manos y se agachó a tomar el papel arrugado para leerlo. Miró a la joven con furia y sacudió la misiva delante de ella.

—¿Qué intentas hacer, escapar?

—No, Walterio, ino lo entiende, señor!

—¿Ah, no? ¿Y esto qué significa? ¡Ya verás cómo te enderezo a golpes! ¡Pronto se te irán las ganas de querer huir y fabular cosas raras a mis espaldas!

Una vez más, la tomó con vigor del codo y la llevó escalera arriba, hasta el cuarto donde ella descansaba. Cuando le dio un poderoso bofetón, Patricia se desvaneció.

Minutos más tarde, ya encadenada a la reja, la dama se arrastró y, como pudo, se subió al catre. No quería pensar, no quería volver a analizar ese presente. La ilusión que le habían dado las palabras de Freddy se había esfumado. ¡Cuán breve había sido la alegría! Mientras lloraba a gritos, se sacudió entera con la esperanza de que Walterio la escuchara y alguna vez se apiadara de ella.

Pero el hombre nunca apareció, y el cansancio terminó invadiéndola.

Al día siguiente, se miró el rostro en un plato de hojalata que había hecho brillar hasta convertirlo en un amague de espejo. Notó que tenía una mejilla hinchada y amoratada. La cara de la muchacha estaba deforme; no solo por el golpe, sino también porque había llorado demasiado y durante horas.

—¡Miserable existencia!

Sintió que se sumergía en un negro pozo. Las lágrimas volvieron a correr por el rostro de la joven, y un calor rabioso le subió por el cuerpo hasta sofocarla. Todo seguía siendo horrible, todo continuaba saliéndole muy mal y ini siquiera la carta que le había enviado a William por intermedio del fiel Juan había tenido respuesta!

Ella ignoraba que el muchacho había cumplido al entregarle el sobre a un capitán y que el marino lo había juntado con varios más en una bolsa de tela. Tampoco sabía que, durante el viaje hacia Buenos Aires, una tormenta con vientos fortísimos había levantado olas tan enormes que la espuma y el agua salada habían entrado al navío y habían anegado algunos compartimentos inferiores. La bolsa con cartas había quedado empapada, y su carta se había borroneado hasta volverse ilegible.

La esquila que la inglesa le había enviado a William nunca llegaría a destino.

CAPÍTULO 12

Pero Patricia era digna hija de su padre y, si él se hubiera enterado de lo que ella estaba haciendo, se habría sentido muy orgulloso. John era tan ligero, oportunista y estafador como su muchacha, que, luego de llorar durante un par de días, se había repuesto y había vuelto a meditar sobre los pasos a seguir en pos de la ansiada libertad. Ya que se encontraba desahuciada y sin nada que perder, se juró que, en ese nuevo trabajo como tahúr, aprovecharía cada nueva noche para conseguir un poco de dinero. Ya no volvería a ser la honesta sierva que Walterio deseaba.

Entonces, cada vez que los jugadores le entregaban un premio monetario por las habilidades de ella para hacerles ganar la partida, la muchacha, de manera subrepticia, escondía una parte en los bolsillos de la falda. Si lo hacía con discreción, el jefe nunca se enteraría.

Después, cuando juntó varias monedas y ya no supo dónde ocultarlas, decidió conversarlo con Juan. Sabía que el chiquillo la apreciaba y respetaba. A lo mejor, a él se le ocurría algo, aunque ella ya creía tener la solución.

Durante la hora de la siesta, él apareció y se sentó al lado de ella para conversar. El tema del perro surgió de modo inevitable.

Patricia solía observar a ese chico. A pesar de las mejillas sucias, la delgadez y el cabello desgredado, Juan iba a convertirse en un hermoso jovencito. En un incipiente pensamiento de bondad hacia él, la inglesa rogó que el niño tuviera más oportunidades que las del común de esa gente y que el destino que le esperaba fuera menos cruel.

—Se lo dije, señorita. ¿Ve cómo se ha curado? Ya tiene las heridas sanas y no se rasca más.

—Estás en lo cierto, muy eficaz ha sido tu cura. Lo recordaré para otra ocasión.

—Así es, hojas de aguaribay, aceite y mostaza.

Patricia calló y movió un pie en círculo sobre la grava. La tarde estaba preciosa. Esperaba que Walterio no la reclamara demasiado pronto porque lo que tenía que decirle a Juan era largo; debía hacerlo con suma precaución para no asustarlo y alertar al dueño de La Taba acerca de que estaban tramando algo raro. Sabía que el tabernero estaba vigilándola desde una ventana; Patricia había resultado ser una gran inversión que le hacía ganar buen dinero extra, entonces la cuidaba más todavía.

Tal como pensaba, Juan miró a la muchacha y luego, al torcer el cuello, vio que Walterio los estudiaba al tiempo que limpiaba las armas.

—El patrón la cuida mucho, ¿verdad?

En el pueblo se comentaba que Walterio estaba enamorado de ella y que no quería que nadie se la robara, pero, de ser así, ¿por qué la hacía trabajar tanto en vez de consentirla un poco? Los maragatos agregaban otra opción: a lo mejor, la joven no era la amante de aquel hombre, sino su hija, una que había descubierto hacía poco —fruto de una unión casual— y cuya madre se la había dejado para que se ocupara de ella. Por eso la hacía esforzarse tanto, quizás con la promesa de que, más adelante, heredaría ese almacén.

Aunque Juan no creía nada de esos comentarios. Él estaba convencido de que la señorita era un ave rara que, por alguna misteriosa razón, había caído en ese sitio, y estaba seguro de que el malo de Walterio la tenía enjaulada. Por eso hablaba extraño y siempre estaba callada y asustada. A él le daba mucha lástima, por lo que trataba de ayudarla cuando podía tanto como ser complaciente.

Ese día, le ofreció un pequeño cortaplumas.

—Tome, señorita.

La inglesa recibió el arma y la estudió.

—¿Qué es?

—Un cortaplumas. Es igual a varios pequeños cuchillos. Puede servirle para defenderse de alguien que intente atacarla.

No le dijo que se había enterado sobre el norteamericano que la había querido abordar durante la noche para maltratarla. Él suponía que el ojo negro que tenía ella era por culpa de ese desgraciado y por ello había conseguido el arma. Con la navaja siempre oculta entre las prendas, tal vez, en la siguiente ocasión, Patricia podría defenderse mejor.

—¿Me lo regalas?

—Sí, señorita. Así usted estará más segura.

—¡Gracias, Juan! —Lo movió entre los dedos—. Esto es muy importante para mí.

—Eso pensé. Cuando lo vi, supe que era el apropiado para usted.

Se lo guardó en la pechera porque temía perderlo en el bolsillo o que Walterio descubriera que llevaba algo entre los pliegues de la falda.

Después, Patricia cambió de tema. Ya se sentía más confiada. Si él le había obsequiado un cuchillo, entonces sin duda no delataría lo que iba a pedirle.

—Dime, Juan, ¿sabes dónde puedo conseguir billetes?

—En cualquier parte, señorita. Solo tiene que salir a buscarlos. Pero para eso debe trabajar mucho, mucho. Acá pagan monedas por las tareas, nadie gana como para un billete.

—Y si... —La joven dudó unos segundos. Luego se arriesgó—. ¿Y si yo te doy unas monedas, tú me conseguirás billetes a cambio?

El muchacho pensó de qué modo podría ella tener tanto efectivo como para cambiarlo por papel, pero se guardó la pregunta. ¿Qué le importaba a él? Lo principal era ayudarla.

—Podría conseguirlos. ¿Desea libras, monedas argentinas de oro, reales bolivianos? Estos últimos son los de mayor circulación por estos lados. Abundan.

Patricia nunca había imaginado que pudiera haber tantos tipos de cambio diferentes y no supo qué responderle.

—Monedas no, porque justo eso es lo que no quiero. Son demasiado pesadas.

Entonces se dio cuenta de que estaba hablando de más. ¿Si ese niño no era tan confiable e iba con habladurías y le contaba a Walterio que ella, por alguna extraña razón, había conseguido juntar tanta plata?

Él intuyó el temor de la joven.

—No se preocupe, señorita; mis labios están cosidos.

—Puedo darte una propina cada vez que me consigas un billete.

—Puedo hacerlo, no se inquiete, nadie lo sabrá. ¿Quiere que este mismo día salga a buscar alguno?

—Veamos... —Patricia lo pensó mientras hacía cuentas mentales—. Esta noche, cuando Walterio cierre el bodegón, iré al excusado. Espérame ahí. Por la ventanita de atrás, te entregaré una bolsa con monedas que equivalen a tres libras inglesas. ¿Podrás cambiarlas por esos billetes? Te dejo unos centavos de más por el trabajo que te vas tomar.

—Podré, pero los recibirá mañana por la noche, cuando las haya cambiado. Nadie me va a fiar, señorita.

—Lo comprendo. Pero no temas, confío en ti. Te doy las monedas, tú luego las cambias y, a la noche siguiente, me entregas el papel.

—Claro, señorita. Cumpliré con mi palabra.

—¡Convenido! Por favor, cuando vengas esta noche, no hagas ruido, no te delates, y te ruego que no hables de esto con nadie.

—Ya le dije, no debe preocuparse. Seré muy callado; mejor mudo, como dicen de usted.

La joven prestó más atención a esa noticia.

—¿Qué dicen de mí?

—Perdón por ser parlanchín.

—No temas, cuéntame.

—Dicen que usted casi no habla porque no sabe nuestro idioma —reveló Juan.

—Es verdad, ya puedes notarlos. Además, a Walterio no le agrada que me comunique con los varones. Teme por mi integridad. Si alguno me llegara a tocar, ¡tremendo lío se armaría! Él cree que es mi dueño. Recuerda lo que sucedió con Freddy. ¿Has escuchado algo de él?

—Sí, lo han visto frecuentar otro bar. Parece que quedó muy enojado con el patrón.

—Mejor, no quiero problemas.

—Perdone mi atrevimiento, pero usted es de otra tierra, ¿verdad?

—De otro mundo, mejor diría; uno que añoro mucho. Lloro cada nueva noche por no estar allí.

El silencio se cernió en el aire. La inglesa, una vez más, recordó el esplendoroso pasado que había vivido. Se sentía miserable. De tenerlo todo, en pocos días había pasado a no poseer nada. ¿Cómo había podido llegar a esa condición de prisionera, esclava de un hombre que ni siquiera la conocía y a quien no le debía nada ni le había hecho mal alguno? ¿Cómo podía la vida ser tan injusta al haberle enviado esos problemas, cada cual más pesados que el anterior? Ya ni recordaba los lujos, las confituras y chocolates, el dormir en una cama mullida y perfumada, el no sentir dolor en el cuerpo y comer hasta saciarse. Anhelaba los días en que solía admirar el paisaje sin nada importante para hacer, sin obligación alguna, sin tener que rendirle cuentas a nadie, entretenida por el acoso sano de los hombres que la buscaban por la increíble belleza de la joven...

Un intenso sollozo la inundó y la hizo convulsionarse en espasmos que le contrajeron el cuerpo. Escondió el rostro entre las manos, avergonzada por estar mal vestida, hambrienta, sucia, maloliente, fea e ignorada por todos. Encima, no cesaba de recibir órdenes sin fin. ¿Así se habían sentido sus propios sirvientes? ¿Así sería la existencia de aquellos que se encontraban bajo el mandato de la nobleza? No, Patricia no había sido tan cruel... ¿o sí? ¡No! No quería cargarse con más sufrimiento, ya tenía suficiente.

El muchacho, al notarla tan desolada y ver que lloraba con tal desesperación, le prometió que regresaría a la noche para recoger las monedas. Luego se escabulló de prisa, no fuera a ser que el patrón, tan ligero para dar golpes, la escuchara y saliera con la huasca en la mano, listo para pegarles latigazos a los tres, *Leik* incluido en la cuenta.

Allí quedó la muchacha, que moqueó durante unos minutos con profunda tristeza y sin encontrar solución alguna.

CAPÍTULO 13

Al oscurecer, cuando el hombre cerró las puertas de la taberna y apagó los faroles tanto de afuera como de adentro, Patricia le dijo que debía ir al excusado. Él masculló algunas maldiciones porque estaba hambriento y quería atacar la bodega de provisiones cuanto antes. De todos modos, tras colocarse frente a la puerta trasera, la dejó ir.

—¡Pero regresa de inmediato! ¡Muerdo de hambre! Además, se ha hecho muy tarde.

Ella nada le respondió y se metió en el cuartucho diminuto. Estiró la mano; en puntas de pie, alcanzó la ventanita y dejó sobre el alféizar la bolsa con las monedas de las propinas que había conseguido robarle al montón que recibía el jefe a diario.

Del otro lado, escuchó un silbido leve. Sin duda era Juan, que le hacía saber que se encontraba cerca. El envoltorio fue arrastrado hacia la parte externa.

Después, el silencio regresó al lugar: los grillos y las aves nocturnas emitieron esos leves sonidos musicales que lograban calmar hasta al más enojado.

Patricia se retiró del cubículo maloliente. Se sentía excitada, ansiosa. Si todo salía como pensaba, dentro de unas horas, tendría algunos billetes en su poder, los primeros de un gran fajo que iba a juntar a escondidas y a lo largo de varios meses.

A la noche siguiente, cuando cerraron La Taba y la muchacha pidió ir al excusado antes de retirarse al cuarto superior, en el pequeño alféizar encontró los billetes prometidos por Juan, que equivalían a las monedas que le había dejado.

Minutos más tarde, la inglesa salió sonriente. ¿Qué más daba? En la oscuridad, el bobo del patrón no podía verle el rostro feliz. Entre los pechos, protegidas por el corsé, las libras conseguidas por el muchacho le hacían cosquillas.

Desde ese día y una vez por semana, hacían el trámite con Juan: ella le dejaba la bolsa con monedas, y él se las cambiaba por billetes bolivianos o ingleses, según lo que consiguiera. Así, Patricia comenzó a acumular una interesante suma de dinero que guardaba entre las enaguas, dentro del rodete o bajo el corsé.

Walterio nunca debía encontrarlo. Era la única salvaguarda con la que ella contaba para un cercano escape que la hacía sentir más segura. Sabía que, luego de tanto tiempo de silencio, su tío no acudiría a salvarla. Estaba sola para planear y concretar

esa huida. Cuando se le presentara la oportunidad de desaparecer de esa pocilga, tendría con qué costear los pasos que debería seguir. En esa ocasión se cercioraría muy bien antes de tomar un navío. O mejor, prefería hacer el trayecto hasta Buenos Aires por tierra.

Al imaginar semejante viaje, sentía algo de escozor, ya que nada le garantizaba que fuera a salir ilesa o entera de semejante aventura. Los accidentes, secuestros y asesinatos que se comentaba que sucedían en el desierto patagónico eran innumerables, y ella desconocía todo sobre ese territorio.

Había sido criada con el mayor de los cuidados, siempre vigilada y protegida en exceso. Nunca se había adentrado más allá del parque de la residencia familiar ni se había arriesgado a peligro alguno. Ni siquiera había estado sola al recorrer la granja del castillo, a la que sus padres la llevaban, y se había limitado siempre a ir desde la alcoba al comedor, la sala de costura o el jardín de invierno. Ese era el ámbito de la dama. “¡Hasta que el desalmado de Eduas se obsesionó por conquistarme y arrancarme de mis amadas raíces!”. Eso pensaba la muchacha, aunque, en realidad, ambos habían tenido intenciones ocultas para entablar semejante relación: él, porque la necesitaba para vengarse de John; y ella, porque, como Eduas era un hombre acaudalado, con semejante unión, se aseguraría de continuar con las comodidades a las que estaba acostumbrada. Jamás ninguno de los dos había imaginado que nada saldría como lo habían planeado y, como consecuencia, Patricia se encontraría en esas condiciones infrahumanas en las que padecía lo indecible, según ella, por culpa de Eduas. Por eso detestaba a los York, incluso a su padre y a la duquesa, su tía abuela, y les cargaba el peso de la situación actual. Mientras no viera otra verdad, continuaría culpándolos.

Pero, desde que jugaba a los naipes con los clientes del bodegón, las cosas parecían estar cambiando, y el buen futuro de la joven no se veía tan lejano.

Walterio la notaba más tranquila y complaciente, puesto que obedecía con buen talante a todas las órdenes sin cuestionarlas; además, las acataba con velocidad. Hasta le parecía que, cada tanto, notaba en el semblante de la sirvienta una sonrisa satisfecha. ¿En qué mala simiente andaría? Porque él sabía que tal contentura no partía de estar mejor ataviada y más limpia o de tener el privilegio de compartir el tapete con los hombres; menos aún, por algo relacionado con el tabernero, así era obvio que lo odiaba! Y al hombre tampoco le interesaba hacerse querer. Ella era una simple sierva: continuaría manteniéndola así durante los años venideros.

De todos modos, por las dudas, para sentirse más tranquilo, la espiaría con más celo y detenimiento, hasta el extremo de observarla incluso en los recreos, cuando ella creía estar sola. En algún momento se distraería, y él la pescaría en ese pecado escondido.

—Descuídate, mujer; pronto sabré la verdad que tú, gata con zarpas, me estás ocultando.

Una noche oscura, sin luna ni claridad en el ambiente, Patricia hizo lo acostumbrado: fue hasta el excusado y dejó la bolsa con monedas sobre el alféizar del ventanuco.

Sin embargo, en esa ocasión, con tan poca luz en el ambiente, Juan recogió las monedas y, al retroceder, listo para irse de allí, se tropezó con una piedra y cayó supino.

—¿Quién anda ahí? —bramó alertado Walterio.

Él se encontraba reclinado contra la pared trasera de la construcción principal mientras fumaba un cigarro.

Al oír el sonido de las ramas al quebrarse, el hombre se irguió y escudriñó en la noche cerrada para tratar de distinguir algo diferente. Como no se veía casi nada, descolgó el farol que tenía en la pared de la cocina y, al tiempo que lo mantenía elevado sobre la cabeza, caminó hacia la parte posterior del excusado, allí donde había escuchado el ruido.

Leik andaba cerca. Al verlo, metió el rabo entre los cuartos traseros. Con un puntapié, el tabernero lo quitó de delante.

—¡Fuera, perro sarnoso! ¡Me tienes cansado! Mañana mismo te acribillaré con mi fusil. Si no lo he hecho hasta ahora, fue porque no quería gastar balas en una porquería como tú.

El can salió encogido entre gemidos hasta perderse en la noche cerrada.

—Buenas, patrón —dijo Juan al ser descubierta al tiempo que se incorporaba.

—¿Y tú qué demonios haces aquí? ¿Estás espionando a mi muchacha? ¿Con que esas tenemos? ¿Te volviste fisgón, niño impertinente?

—¡No, patrón! No la espiaba —exclamó veloz el chiquillo, con los negros ojos agrandados.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo?

Cuando el interlocutor no le respondió y ocultó la mano detrás, en la espalda, el hombre estiró la propia y lo forzó a abrir la palma.

—¿Qué tienes ahí? ¡Dame ya mismo ese envoltorio que pretendes esconder!

Al arrancárselo, se encontró con la bolsa de monedas. Juan y Patricia, luego de hacer cálculos, habían convenido cambiar de a cinco libras por vez, así no tenían que hacer el intercambio tan seguido.

Pero, en ese momento, todo estaba perdido. Él los había descubierto.

El patrón miró el dinero, soltó a Juan y, tras acercarse a Patricia, la atrajo hacia él por los cabellos, le hurgó en todos los bolsillos y, por más que no encontró nada, no tardó mucho en comprender qué estaba sucediendo con esos dos diablos.

—¿Conque me estabas robando, muchacha ingrata? Porque no creo que le pagues al zarrapastroso de Juan tanta cantidad de dinero por un simple mandado, menos a estas horas. Te doy de comer, te alojo en un cuarto seco, te entrego ropa decente, no pasas frío, ¿qué más quieres? —bramó en un ronco gruñido—. Ahora dime: ¿dónde guarda él tantas monedas? ¿Qué hace con ellas?

“¡Está comprando mi libertad!”, habría querido gritarle ella. En cambio, permaneció en silencio. Se sentía aterrada.

Él continuaba sacudiéndola por las crenchas con fuerza; bufaba al tiempo que respiraba de manera entrecortada y agrandaba los ojos como si pudiera perforarla con ellos. ¿Qué ocurriría después? ¿Qué haría Walterio ante ese tramposo hallazgo?

Él, mientras aullaba de furia, la arrastró hacia el almacén. Aún tomada del cabello, la subió en tanto la hacía golpearse con cada uno de los peldaños. Esa vez estaba harto por completo de la inglesita, cansado de los engaños, de las mentiras, de que se hiciera la modosa mientras le robaba dinero. En vez de agradecerle por permitirle vivir con decencia y por cuidarla para que no la ultrajaran o lastimaran, ella le pagaba con eso, ¡con un descarado hurto! Estaba saturado, ya no le importaba un rábano si la joven vivía o moría porque pensaba darle tal paliza que era probable que falleciera. Ya nada le interesaba, ni la salud o la integridad, ni siquiera la existencia de la joven. Después de todo, si faltaba, ¿quién la reclamaría?

A pesar de que la atendía con esmero, sabía que Patricia era un objeto del que podía desprenderse cuando se le antojara. En esa ocasión, Walterio se cobraría todas las fabulaciones de una sola vez.

Al arribar al cuartucho superior, cerró la puerta, tiró a la embaucadora al suelo y comenzó a patearla. No satisfecho, extrajo un palo de una repisa y la golpeó en la espalda.

Ella se arrastraba en un intento por evitar los palazos mientras trataba de acercarse a la trébede. Debajo de aquella, tenía guardado el cortaplumas que Juan le había regalado. Desesperada, lo buscaba a tientas con los dedos, se estiraba sin mirar; al mismo tiempo trataba de que ese cretino que la quería masacrar como a una cucaracha no le diera de lleno con el garrote. Sentía cómo la sangre le corría por la frente, las manos estaban oscuras, quizás ensangrentadas también, y no tuvo que analizar demasiado para comprender que, esa vez, Walterio quería terminar con su vida.

Mientras chillaba y se movía a los saltos lo más rápido que podía, volvió a buscar bajo la cama.

Por fin alcanzó el arma y, luego de extraerla, la abrió. Se dio vuelta a gran velocidad, todavía en el suelo, y cuando él se agachó para propinarle un nuevo palazo, Patricia estiró la mano y le clavó el cortaplumas en lo primero que alcanzó: el blando y descubierto cuello.

Walterio, asombrado, se detuvo en la intención por volver a pegarle y se llevó la mano libre a la herida. La sangre brotaba como una regadera que salpicaba todo. Luego cayó de rodillas y, sin dejar de mirarla con ojos que no pestañeaban, se desplomó sobre la muchacha.

CAPÍTULO 14

Patricia, al verlo mientras la empapaba de un líquido caliente y espeso, volvió a chillar espantada. Con bruscos ademanes, se lo quitó de encima mientras se corría hacia un costado. Después lo observó un momento. Lo tocó con la punta del dedo para ver si reaccionaba. Nada. Acercó el oído para comprobar si respiraba. Nada.

—¿Qué acabo de hacer?

Se cubrió la boca, que pugnaba por lanzar un grito de impotencia, y se hizo hacia atrás hasta chocar contra el catre. ¡Lo había matado, había matado a un hombre! ¡Desde ese instante y para siempre, era una asesina!

Miró en derredor como si buscara algo, quién sabía qué, tal vez piedad, tal vez un pecho amigo donde guarecerse hasta que la maroma de infortunios que la azotaban desapareciera.

—¡Soy una asesina, asesina!

La palabra le resonaba en los oídos, se le clavaba en ambas sienes como una daga, la misma que todavía tenía incrustada ese mal hombre que se seguía desangrando como si su río interno fluyera hasta vaciarse.

¿Qué harían con ella? ¿Cómo eran las leyes de ese país? La inglesa las ignoraba. ¿La encarcelarían? ¡Eso seguro, y como primera medida! Luego, ¿la guillotinarían como hacían en Francia? ¿La ahorcarían o la quemarían por bruja?

—¡Dios bendito, cuídame, protégeme! No tuve la culpa, no fue mi intención matarlo.

Hablaba, rogaba, chillaba, y el cuerpo le temblaba sin control. Sabía que se estaba mintiendo con descaro y que nadie podría salvarla porque la prueba se encontraba delante de ella y en sus propias manos manchadas con el oscuro líquido. Se sentía pegoteada, le tiraba la piel del propio cuello, quizás porque la sangre que la había manchado se estaba coagulando y secando.

Mientras, y porque no estaba acostumbrada a sentirse bañada en porquería, con un trapo, comenzó a limpiarse. Debía pensar, pensar. No era la primera vez que situaciones límite la acosaban y la obligaban a decidir con premura sobre algo trascendental. Años atrás, había debido solucionar momentos muy rípidos, como

cuando, entre su padre y ella, querían evitar que los York descubrieran que John estaba dilapidando el patrimonio en juegos de mesa. También se acordaba de las veces en que había debido ocultar que su padre, en una noche de borrachera, había tomado decisiones arbitrarias, como la ocasión en que había vendido todas las ovejas de la duquesa, o cuando había querido empujar a Eduas por el precipicio, o cuando encaraba a una mujer casada delante del marido. En todas ellas, Patricia había estado junto a él para protegerlo y salvarlo, con mano firme y la mente despejada.

Bien, si así se habían dado los acontecimientos, entonces ella obraría con criterio.

Lo principal era desaparecer durante un largo tiempo, como lo había pensado desde que Walterio la había comprado, aunque nunca había imaginado que esa ausencia se daría por motivos tan determinantes.

—Sí, debo volverme invisible; en esta ocasión, del mundo entero.

Tal vez más tarde, cuando se le aclararan las ideas o cuando todo se calmara, volvería a presentarse ante la sociedad con la cabeza gacha o con la frente alta. ¿Quién lo sabía?

En un morral, colocó un abrigo, junto con grasa de foca y hollín con los que tiznarse la piel y el cabello para no ser reconocida. Estaba convencida de que, a partir de ese momento, debía ocultar sus rasgos, ya que, si alguien la veía, no debía reconocer a la inglesa de La Tabá, sino a una mujer negra, fea y cubierta con trapos. Ya había comprobado cuánto valía una mujer clara y cuán poco debía de valer si se enteraban de que había matado a alguien. En Inglaterra, se había esmerado en perfeccionar su atuendo para volverse la mujer más hermosa de la comarca, seducir a los hombres y atrapar un excelente candidato. En esa ocasión, en cambio, se volvería horrible para lograr lo contrario: que nadie quisiera fijarse en ella.

También se cambiaría de nombre, ni Patricia ni Segustiana. ¿Cuál usaría en adelante?

—Juana. —Fue lo más simple que se le ocurrió al recordar al único amigo que había hecho en ese antro de perdición.

Entre las escasas prendas que Walterio le había dado, encontró un trajecito oscuro y holgado y se lo colocó. Se cubrió la cabeza con dos pañuelos bien anudados y, sobre aquellos, un viejo y roto canotier de paja. Era amplio y le serviría para ocultar el rostro. Se colocó un simple calzado un número más grande que sus pies y, sobre la espalda, una abrigada capa. Todas las precauciones eran importantes.

Luego bajó a las corridas las escaleras, con tal apuro que tropezó un par de veces por culpa del terror que la anegaba entera y que todavía la hacía tiritar sin control. Actuaba por inercia, como una autómatá.

En el cuartucho quedó el cuerpo inerte de Walterio, y la sangre que emanaba de la herida poco a poco se fue coagulando sobre el charco oscuro y brillante, pegajoso y resbaladizo.

Patricia fue hasta la caja y retiró todo el dinero. Aparte de lo que había ahorrado y lo que sabía que ese hombre enterraba en la huerta, tendría suficiente como para comprarse un pasaje hacia...

—¡Hacia la India, China o Arabia!

Cualquier sitio era mejor que Argentina o Inglaterra, porque en esos dos países la buscarían.

De la despensa sacó un queso, galletas marineras duras y poco apetecibles, pero que no se descompondrían, y varios trozos de tasajo. Lista ya, salió por la puerta aún entreabierta de la parte trasera del almacén. Suponía que los días que había pasado en ese rincón de Argentina estaban llegando a su fin. ¿Qué le depararía el futuro como prófuga, ya no más sin culpa ni intención, sino obligada? ¿La encontrarían y llevarían de regreso a Buenos Aires atada con grilletes? ¿La empalarían o lanzarían al mar desde un risco?

—¡Por favor! ¡Basta de pensar sonseras! Desde este instante y durante mucho tiempo, tu principal objetivo será desaparecer. Para el mundo, ya no existes.

No quería pensar en ello, no tenía tiempo para enroscarse en los misteriosos caminos de la mala fortuna. Lo primordial era volverse etérea, aire y polvo. ¿Cómo lo haría si ni siquiera sabía dónde se encontraban el norte y el sur, dónde estaba el mar y dónde se hallaba el desierto? Lo que sí le habían comentado era que los indígenas andaban sueltos por la estepa.

Entonces cambió de idea. ¿Si en vez de tomar un navío, con la pésima experiencia que había tenido, se adentraba en la estepa?

—Río arriba —había dicho un parroquiano hablador—. Río arriba están los asentamientos tehuelches. Son sucios y bien fieros, pero nobles con la gente y fieles a sus reglas familiares.

¿Estaría más segura entre ellos? Recordó a Lheena. Si lo pensaba con imparcialidad, ella nunca había sido agresiva ni grosera o malhablada; por el contrario se había comportado muy cálida y generosa. ¿Serían todos los nativos parecidos a esa mujer? De ser así, ¿la acogerían entre ellos sin hacer preguntas?

Patricia se detuvo unos minutos en tanto buscaba tomar una decisión.

—¿Qué haré, Señor, qué haré? ¿Me dirijo hacia el puerto, hacia Buenos Aires, a través del desierto, o voy río arriba para buscar a los indígenas? —Comenzó a comerse las uñas con desesperación. Debía moverse, debía actuar cuanto antes. ¿Olvidaba que estaba sentada bajo un muerto? ¿Ya no recordaba que, sobre la cabeza, tenía a Walterio desangrado por culpa del afilado cortaplumas?—. ¿Vas hacia el mar o hacia el desierto? ¡Elige de una vez!

Mientras adoptaba un rumbo, salió de la construcción, fue a cavar en la huerta y retiró la caja de Walterio con el dinero que él escondía con tanto celo. Se lo guardó bajo la enagua y siguió allí de pie, con la vista hacia...

—¡El puerto!

No se imaginaba en el desierto, donde desconocía hasta el color y la textura de la tierra.

Entonces, mientras se acercaba a los bodegones que se encontraban junto a la barranca de la orilla y divisaba las luces, escuchaba las risas y olía el sudor ácido de los marineros, un nudo en el estómago la hizo caminar cada vez más despacio. ¿Qué sucedería si la reconocían? Debía tener en cuenta que muchos de los clientes de La Taba provenían del puerto. ¿Cómo haría para preguntar por una embarcación que estuviera por zarpar hacia Inglaterra sin ser reconocida?

Al final, se detuvo y se dio vuelta. No, hacia los barcos no era posible.

—¡La estepa! En la tierra me siento más cómoda —esgrimió como excusa al recordar que no sabía nadar.

Esperaba que, cuando encontrara a los nativos, pudiera sacar algunos billetes y dárselos para que cerraran la boca y la atendieran con corrección, como la dama que era.

Al iniciar los primeros pasos mientras cargaba el morral con provisiones y el enorme peso de esas inoportunas acciones, Patricia jamás tuvo en cuenta que, en la Patagonia, todo estaba por hacerse. No recapacitó en que Juan le había comentado que esa parte de Argentina era una tierra virgen, sin comodidades ni edificación alguna, salvo las chozas de los tehuelches construidas con palos y cueros.

La muchacha, en esa loca desesperación, anhelaba que, más allá, al subir por el cauce del río, su propia existencia fuera a mejorar de algún modo que aún desconocía. Solo eso le quedaba. Debía aferrarse a ese tenue hilo de esperanza porque, si no lo hacía, en el instante menos pensado, se quebraría y se daría por vencida.

A Juan no se lo veía por ninguna parte. Era muy probable que el muchacho se hubiera ido para huir de Walterio y así evitar ser apaleado. Todos conocían el mal humor del hombre, así como el explosivo carácter que tenía. Cuando se enfurecía, era de temer. Patricia podía corroborarlo con los cotidianos magullones y cortes que él le había dejado.

Tras colgarse el morral a la espalda, corrió hacia el río Negro. Podía distinguirlo porque varios barcos se encontraban fondeados en el cauce, con los cascos alumbrados por los faroles de babor y estribor.

Varias veces tropezó en las barrancas y rodó; aun así, no desistió de ese avance. Sabía que el río era su única guía para adentrarse en el desierto. Sin él, no tendría idea de dónde se encontraba ni, llegado el momento, de cómo regresar. En Inglaterra también había notado que las construcciones y personas solían asentarse junto al agua y suponía que allí sería igual.

Si seguía ese curso por la orilla del torrente, alguna vez se toparía con los nativos. Sabía que existían granjas y estancias dispersas, pero eran páramos desolados con escasos habitantes; además, no quería que escucharan ruidos. Tampoco quería toparse con los perros de aquellos ranchos, ya que era probable que la atacaran. En ese caso, los llamados de ayuda atraerían a los dueños de los canes, quienes se encontrarían con una mujer que caminaba sola y desprotegida por el desierto. De inmediato y por lógica, las preguntas e intrigas serían demasiadas, y las consecuencias, tal vez catastróficas.

En cambio, entre los indígenas creía que estaría más segura. Claro que no pensaba vivir con ellos para siempre. En cuanto la noticia fuera olvidada y ella tuviera la oportunidad, pagaría por ser sacada de la toldería y para que la condujeran de regreso a su tierra en Europa, sitio del que nunca debería haber salido.

—¡Mal hombre eres, Eduas! —farfulló por enésima vez. Todavía lo culpaba por cada uno de esos infortunios.

Mientras continuaba avanzando por terreno oscuro, caía, tropezaba, se lastimaba y callaba sus propios lamentos.

Leik iba en silencio detrás, algo asustado porque no entendía la excitación de la mujer ni lo que estaban haciendo.

Patricia, agachada y sin detenerse, al llegar a la ribera, comenzó a seguir el curso del agua hacia arriba en busca de las mentadas tolderías.

Suponía que los indios no debían de estar enterados de las noticias que corrían por Carmen de Patagones, por lo que nunca conocerían el incidente en el almacén. Además, los creía tan brutos que, de seguro, no entenderían el español. Los pocos que había

visto en la taberna no se sabían expresar en el idioma local y hablaban un lenguaje gutural y desconocido para ella. Walterio tampoco los entendía y, por lo general, los echaba de la tienda apenas los veía entrar.

—¡Fuera de aquí! No quiero nada de lo que puedan ofrecerme y no deseo venderles nada. Además, ino tienen dinero!

Porque los aborígenes hacían trueques con pieles, grasa, sal y carne. A cambio, pedían lo que a ellos les faltaba: tabaco, alcohol, azúcar, harina o yerba.

Varias veces se dio vuelta para ver si *Leik* la seguía.

—¿Sigues conmigo, perro fiel? —susurraba al tocarlo. Sí, ahí estaba, casi sobre los pies de ella—. ¿Qué haces, animal sonso? Te irá mejor si te quedas.

Pero la muchacha sabía que le estaba mintiendo, dado que nadie se había ocupado de él más que ella.

Continuó caminando río arriba en tanto se topaba con algunas cabañas aisladas cuyos faroles se encontraban agonizando y a las que solo se las distinguía por los perros, que, al escucharla, tal como había imaginado, salían a ladrarle. *Leik* gruñía al tiempo que se le erizaban los pelos del lomo y pretendía encararlos, pero luego, al sentirse un intruso, regresaba junto a la joven inglesa con el rabo entre las patas.

El amanecer la encontró en medio del desierto. Las ramas de los arbustos, en apariencia estériles y casi secas, le rasgaban la falda y detenían el avance de la muchacha de manera continua. Ella cortaba las espinas y soltaba la prenda, pero se lastimaba las manos y se llenaba de raspones que ardían. Se prometió que, cuando se detuviera a descansar y comer algo, se lavaría las palmas en el río y se colocaría la grasa tiznada. Tal vez así el ardor mermara. Había llevado el hollín para disimular el tono de su piel. Nunca más volvería a ser blanca, nunca más se vería como una forastera del Viejo Continente, por los menos hasta que se alejara de ese país.

Cuando el sol se encontraba alto en el cielo, el cansancio la venció. Al tiempo que jadeaba, se recostó contra una duna a la sombra de un árbol ralo, agobiada por el peso de los problemas y por la fatiga causada por no haber dormido y por haber corrido llena de temor y ansiedad.

Extrajo del morral un poco de queso, comió una parte y le entregó algunos bocados al perro. Después fue hasta el río, tomó agua, se lavó las lastimaduras, hizo sus necesidades y regresó junto al improvisado refugio bajo la planta. Con cuidado y dedicación, se oscureció el rostro, las manos y las raíces del cabello. Después se lo volvió a atar en un rodete; se colocó un pañuelo anudado para cubrirlo.

Luego de recostarse al lado del can, se tapó con el abrigo y se cubrió el rostro con el canotier para que el sol no la molestara. Lo último que hizo fue abrazar a *Leik*. Al cerrar los ojos, casi de inmediato se quedó dormida.

Una poderosa oleada de viento helado le arrancó el sombrero de la cara; la prenda salió volando para detenerse enredada entre las matas cercanas. Patricia miró en derredor desconcertada en tanto se preguntaba durante unos segundos dónde se encontraba.

Solo se escuchaba el huracán. Una fina arenilla, como una nube baja, cubría el paisaje. Los arbustos se habían desdibujado hasta volverse apenas unas sombras onduladas que se balanceaban y cambiaban de forma de acuerdo con la dirección de las ráfagas. Continuaba siendo de día, eso lo percibía porque, entre la polvareda, podía notar el sol sobre la cabeza, pero el viento era tan fuerte que le levantaba la enagua hasta el rostro.

Se hizo un nudo en los pliegues de la falda, se abotonó el abrigo, cargó de nuevo el morral al hombro y, tras recoger el sombrero, se lo ató al cuello.

Después siguió avanzando. Para ello debió acercarse más a la orilla con el objetivo de no perder el rumbo del cauce. Era perentorio continuar alejándose de Carmen de Patagones sin detenerse. Imaginaba en la nuca el calor hiriente del aliento de la policía al buscarla y llamarla a gritos. La abrumaba la sensación de que, en cualquier instante, le apuntarían con una ballesta, que la atravesaría como ella había atravesado el cuello de Walterio.

Caminó hasta que la ventisca que la rodeaba la hizo tropezar y caer por centésima vez.

—Así es imposible continuar.

A pesar de no desearlo, debía detenerse.

Entonces, aún aterrada y sin saber qué sería de ella en los próximos días, aunque sospechaba que moriría abrasada por el intenso frío de esa maligna estepa, se preparó para descansar hasta la mañana siguiente.

Acomodó las escasas pertenencias que llevaba en un hueco que había escarbado en la tierra blanda. Extrajo un poco de tasajo y una galleta, que mojó en el agua para ablandar. Comió un bocado de cada uno al tiempo que intercalaba la carne salada con el pastel seco, sin olvidar darle un poco a *Leik*.

Cuando se recostó al lado del animal, lo abrazó de nuevo y usó el morral de almohada y la capa de manta.

En la quietud de ese azaroso día, Patricia lloró desconsolada, llena de miedo e inseguridad, con un profundo odio por esa vida y el insano destino. Una vez más, culpó a todos aquellos que conocía por haberla conducido a ese desolado sitio donde nadie podía cuidarla ni mimarla. Lloró y lloró hasta que el sueño y la fatiga la envolvieron con su negro escudo para alejarla, aunque fuera un momento, de ese averno patagónico.

CAPÍTULO 15

Apenas comenzó a clarear, cuando las primeras voces de las aves silvestres iniciaron sus gorjeos, Patricia se despertó sobresaltada. Dio un brinco, se sentó y observó cuanto la rodeaba. ¿Dónde se encontraba? Al mirar en derredor, supo que no estaba en Providence ni en la casa de William en Buenos Aires, residencia con la que había soñado hasta ese instante. Tampoco se encontraba encerrada en la bodega de *El Andalúz* ni en el mugriento cuartucho de la fonda. Se hallaba en medio de la nada y no quiso recapacitar en que su propio destino había ido pendiente abajo, en un camino que la ubicaba siempre en un rincón más feo y deprimente que el anterior, pero ¿de qué valía regodearse en la mala suerte?

—Es tiempo de reiniciar mi viaje.

Se levantó, se sacudió el polvo de la falda y, tras tomar el morral, continuó internándose en la estepa patagónica. Juan le había enseñado que los nativos tehuelches se asentaban hacia donde el sol se ponía. Entonces, por una lógica deducción, a esa hora, los rayos tendrían que darle en la espalda.

Mal alimentada, mal dormida y con el terror comprimido sobre los hombros, la muchacha se arrastraba.

En el silencio del desierto, Patricia aulló durante un tiempo largo. Ya no sabía cómo continuar. ¡Ni fuerzas le quedaban para avanzar! ¿Y qué más daba? Si, de seguro, la muerte, que se restregaba las manos con angurria, debía de estar esperándola detrás de la siguiente duna, o la otra.

Se vio obligada a detenerse para desenredar las guedejas enroscadas en una rama baja.

—¡Ya basta! —chilló al tiempo que daba un brusco tirón—. ¡Esto no puede continuar así!

Algunos cabellos quedaron en el arbusto como mudos participantes de esa miseria. Se los veía sucios, con algo de sangre de los dedos lastimados de la muchacha, como si buscaran recordarles a los siguientes caminantes que la osadía de adentrarse en la estepa patagónica costaba caro; moneda sobre moneda que se dejaba con cada nuevo paso, en cada nuevo aliento. A Patricia ya no le quedaban deseos de seguir esforzándose.

—¡Malo eres, Eduas! —volvió a recordarlo. Por lo menos, la rabia le daba fuerzas y la distraía—. ¡Te maldigo mil veces! ¡A ti y a todos los hombres!

Al gritar, movió el brazo como si en su mano tuviera una varita y con ella lanzara un conjuro.

Los muy cretinos se metían entre las faldas de las mujeres sin medir las consecuencias de sus ocultas y egoístas intenciones, sin pensar que ellas eran sensibles y que tenían profundos sentimientos. Aunque, si debía ser veraz, los de ella no eran tan benévolo ni altruistas. Al pensarlo, se detuvo, y una mueca semejante a una sonrisa le estiró la boca reseca. La joven no creía ser tan amorosa, generosa, simpática ni gentil. Entonces hizo un mohín de petulancia, uno que contrastaba con la descalabrada apariencia que tenía.

—Soy lo que soy —expresó a la defensiva para justificarse, tras lo cual irguió la cabeza y apretó los labios—. ¿Cómo puedo renegar de mis principios, cómo puedo ignorar la sangre azul que recorre mis preciosas arterias?

Desde que tenía memoria, y tal vez porque la vida la había forzado a ello, las acciones de la dama siempre habían sido muy bien calculadas, nunca dirigidas al azar, sino apuntadas hacia algo en concreto, algo para beneficio exclusivo de la joven. Cuando el apuesto Eduas había aparecido en su vida con ese porte elegante, con esos aires de caballero adinerado y envuelto en un toque de misterio, Patricia había estado segura de que era un excelente candidato que la salvaría de las limitaciones monetarias que la muchacha padecía. Aquel hombre la envolvería en el lujo que ella, como descendiente directa de los duques de York, merecía, al cubrirla con las más suaves sedas, el más bello calzado, los mejores sombreros y las joyas más exclusivas. Todo ello sin mencionar las propiedades que podrían recorrer en cómodos vehículos, los castillos, las residencias de descanso estival...

Algo más a tener en consideración era que, al ser argentino, allí no les pedían dote a los padres de la muchacha pretendida. Ello habría constituido un infranqueable impedimento, ya que, si el caballero ahondaba un poco, habría descubierto que Patricia era más pobre que las moscas que deambulaban por los bodegones. Si aparentaba tener algo, se debía a que residía en Providence, el castillo de los York, y se movía en el lujo que tal estancia le brindaba.

—¡Ilusa, tonta! ¡Boba sin cabeza! ¡En esa ocasión qué mal calibraste a tu oponente! Creíste que Eduas sería lo que aparentaba: franco y maleable. —En vez de ello, había resultado ser, a ojos de ella, un embustero de mala muerte, vil, egoísta, vengativo e insensible, que incluso la había superado en esas cualidades—. ¡Hasta tiene sangre indígena! ¡Qué vergüenza haberme mezclado con él! —Entonces recordó los labios del muchacho, las efímeras relaciones sexuales que nunca habían llegado a concretarse por completo y que se habían limitado a convertirse en un juego y nada más; aunque la

idea le provocó algo de repugnancia, también la llenó de un intenso calor. Eduas era apasionado, no podía negarlo, y ella también—. ¡Mentira, mentira! ¡Sus intenciones eran verme rodar por el lodo, humillarme, dejarme en ridículo! —Patricia, con su cerrada visión del mundo, no tenía en cuenta que ella también había tenido avaros motivos al pretender unirse a él—. ¡Tonta y mil veces tonta! Te dejaste engatusar. —El muchacho había resultado ser mucho más sagaz que ella—. ¡Y yo que pensaba haber aprendido del mejor y más veloz!

John le había inculcado el concepto de ganar de cualquier modo, por más bajos que resultaran los artilugios empleados para lograrlo. Todo medio valía.

—Tus armas deben ser versátiles. Utiliza cuanto tengas a tu alcance o invéntalo. Estás obligada a ser retorcida, hipócrita y tramposa, sensual en exceso o cortante como una navaja afilada. Cada detalle sirve y es valedero. Lo único importante es concretar el objetivo que te has fijado. —También le había enseñado a jugar al póker con maestría. En tales partidas, ella solía sentarse sobre la falda de él cuando era niña y, más adelante, se colocaba a su lado para competir contra él o quien fuera—. Sé impiadosa, solo así la vida vale la pena ser vivida. Cada ser humano, cada animal, planta u objeto inerte es una pieza de valor en tu partida existencial, jamás lo olvides. Analiza sus ventajas y si pueden serte útiles. Luego procede sin mirar nada más que tu meta. ¡Eres la reina! —estallaba al final y la hacía bailar por el enorme salón donde se realizaban las fiestas en Providence.

—¡Reina, reina, papi! —repetía ella feliz.

Patricia se había comportado fiel a ese ejemplo de padre oportunista, solo que entonces, luego de los pésimos resultados de esas lecciones, ya comenzaba a dudar de las habilidades de su progenitor.

Detuvo sus elucubraciones y, al notar que el viento había calmado un poco, analizó cómo continuar con el escape. Bebió agua de la orilla del río y cortó algunos frutos silvestres que encontró. Incluso dio con un árbol de manzanas y, complacida, cortó varias. A algunas las consumió allí nomás y a las otras las guardó en los bolsillos. Entonces escuchó los insistentes ladridos del perro. *Leik* había retrocedido, estaba sentado a su lado y lanzaba abiertas amenazas a quien tenía enfrente. Patricia se cubrió los ojos del sol y miró hacia donde el perro tenía fija la mirada. Intrigada, vio que a pocos metros se encontraba un enorme rancherío con varias personas que entraban y salían.

—¡Al fin personas! —exclamó esperanzada.

Aunque lo de “personas”, tal vez fuera un calificativo que le quedaba grande a esa gente, porque andaban desharrapados, sucios y calzaban prendas andrajosas.

Armó un bulto con sus pertenencias y, decidida, se acercó al poblado.

Al verla, varios se detuvieron y la observaron con curiosidad.

De inmediato y por instinto, lo primero que hizo fue cubrirse el rostro con un trapo. ¿Estaría tiznada o se le habría clareado la piel? El cabello, ¿lo tenía oculto en el rodete o el pañuelo se le había corrido y notarían que ella era blanca?

—¡Por favor, por favor! —gimió mientras se tapaba lo más posible, encogida contra el perro y con la cara escondida.

Como nada sucedía, como ninguno parecía moverse, Patricia abrió apenas los dedos de la mano y los observó. Entre los hombres, había dos mujeres; una de ellas cargaba a una criatura en brazos. Todos estaban cubiertos con gruesas pieles de algún animal desconocido que olía muy feo y tenían rostros serios, con rasgos duros, quijada cuadrada sin barba, nariz chata y ojos rasgados. Aun así, había algo en ellos que hacía que la dama no se sintiera atemorizada. Algunos ladeaban el rostro al mirarla, otros hablaban y se hacían comentarios entre sí.

La mujer sin hijos se le acercó, la tocó con una vara y le dijo algo.

—*Wétse, noóm, jóssün, pótarss.* —“Amanece. Caminemos, que hay viento y hace frío”.

—¡No me toques con tu sucio palo! —estalló Patricia.

—Ella solo quiere saber si eres hombre, mujer, enferma o entera.

—Soy mujer —repuso al fin, algo arrepentida de haber respondido con tanta brusquedad.

Después de todo, se había aproximado a ellos para buscar cobijo y rogar por un poco de piedad y refugio. Justificó su actitud defensiva; las circunstancias la habían superado y lo único que deseaba era descansar o atacar. Moriría de agotamiento o en su insensato enfado; pero ya estaba harta de que la tomaran por un objeto, de ser sumisa y obediente. Al sentir el tono de voz, los presentes rieron divertidos y mostraron unas filas de enormes dientes blancos.

La muchacha se encogió más y, con el morral apretado contra el pecho, comenzó a lloriquear.

Alguien amagó tocarla, otra mujer quiso empujarla hacia el rancherío. Los hombres, mientras, aguardaban y reían divertidos.

La mujer volvió a señalarla y ordenó algo.

—*Káarken kaadü, e'ess.*

—¿Qué me dijo? —inquirió y miró a una que parecía saber algo del idioma de esa tierra.

—“La mujer cristiana llora. Cárgala”.

—¿Cargarme? ¡Ni en sus más hermosos sueños!

¡Nadie la tocaría! Entonces caminó hacia atrás y se alejó de ellos.

La que hablaba español chasqueó la lengua fastidiada.

—Estás enferma. Regresa.

Señaló a uno de los hombres, el más grande y alto, y él se acercó a la inglesa. La hizo girar, la tomó de su capa y, sin más, la arrastró hacia las construcciones.

—¡Ya déjame, déjame, primitivo! ¿No ves que me aprietas el cuello y no me entra el aire? —Como él pareció no entenderla, ella hizo ademán de ahogarse—. ¡Aj! ¡Aj!

El gigante aflojó un poco la tensión y todos regresaron hacia el caserío. Al verlo más de cerca, Patricia notó que era una vivienda enorme armada con un amasijo indisoluble de pieles, maderas, piedras, barro y trapos. Luego notó que había varios ranchos más pequeños alrededor.

Otras personas se les acercaron; la miraban y la tocaban, algunos con un palo y otros le levantaban la ropa con descaro como si fuera un ser extraño, nunca antes visto. Después de todo, la inglesa estaba toda vestida de negro y, por lo que se podía percibir a través del trapo que le cubría el rostro, era negra. Sus manos también se veían oscuras. Los enormes botines que vestía, al avanzar, hacían un ruido fenomenal.

Luego, la olvidaron y hablaron entre ellos como si la recién llegada no existiera.

—¡Ey, estoy aquí! ¿Me pueden soltar la capa? No les pertenezco ¿Sabían?

El hombre que la cargaba no se inmutaba, ni siquiera hacía ademán de esquivar los puñetazos de la muchacha y los toleraba como si ella estuviera soplándole un ligero viento.

Por su lado, *Leik* la seguía en tanto lanzaba tarascones hacia diestra y siniestra, no muy convencido de lo que estaba sucediendo pero leal a su ama.

Los indios también tenían perros, y varios de ellos comenzaron a pelear con el recién llegado hasta armar una gresca fenomenal que uno de los indios concluyó al emitir un poderoso grito de advertencia. Al escucharlo, los animales de inmediato detuvieron las

demostraciones de poder y, encogidos, se corrieron un poco hacia atrás.

Al llegar a la entrada del rancho mayor, bajaron a Patricia y la dejaron olvidada a un costado. Sabían que, si tenía un poco de sensatez, no se iría a ninguna parte. De una sola ojeada, ya habían notado que era muy inexperta y que ignoraba todo sobre el desierto. Delgada, con faldas largas e incómodas, zapatos duros y demasiado grandes y un abrigo pesado, no llegaría muy lejos. Ella debía agradecerles por haberla encontrado.

La muchacha quedó allí parada sin saber qué hacer. Cerca, había un enorme fuego encendido en el que se asaban carnes de animales y un caldero en el que se cocinaba un guiso. Lo dedujo por el aroma apetitoso que brotaba al bullir. Cuando se sentaron para recibir sus cazos, nadie le ofreció uno.

Ella se sentó en el mismo sitio en el que la habían dejado, apretó al perro contra su cuerpo y del morral que aún conservaba extrajo el queso y el tasajo. Les dio algunos mordiscones y le ofreció a *Leik* un poco, aunque el animal tenía alimento de sobra; como los demás canes, cada tanto robaba los restos que los hombres y mujeres dejaban a un lado.

—¿No quieres, desprecias mi regalo? ¡Perro malo, malo! —dijo en inglés.

De inmediato se dio cuenta de que debía sentirse contenta; al final, estaba con quienes había buscado desde su partida. La suerte estaba de su lado porque le había permitido toparse con personas que no parecían ser malas.

Al tiempo que masticaba, estudió el lugar; observó desilusionada el caserío. ¿Sería la población de alguna granja? ¿Tendría que vivir ella en alguna de esas pobres casuchas? Maldijo y apretó los labios con enojo. Por lo que aparentaba, era un grupo de criollos, negros, indios y un extranjero cuyo idioma no comprendía. Probablemente sueco o checo. Se lo notaba viejo, desdentado y cojeaba al caminar. Sin duda, no andaba en sus mejores momentos y debió guarecerse en un rincón porque tal vez no lo aceptaban en ningún otro. A la vista estaba que no podía arreglárselas solo y dependía de esa gente para conseguir sustento.

Había varias mujeres: algunas con sus parejas, una docena de chiquillos y varios mozalbetes más que entraban y salían de las chozas. Las viviendas más pequeñas se encontraban algo alejadas.

En derredor había mucho desperdicio y suciedad, trapos que se enroscaban y desenroscaban con el insistente viento, huesos, cueros medio podridos, carnes agusanadas que colgaban de unos ganchos sobre las ramas de los escasos árboles y muchos caballos.

La joven que hablaba un poco de español se le acercó y le comentó que todos eran una gran familia.

—Vivimos aquí, alejados pueblo, solos. Nadie molesta. —Los señalaba mientras decía sus nombres—: Yapi, Stretke, yo me digo Anunciata. —Y siguió nombrándolas.

—Yo soy Juana.

Luego la dejó sola. Patricia siguió quieta, todavía meditaba en su nueva situación. En realidad, si lo pensaba con frialdad, esa idea había sido horrible. ¿A quién se le ocurría huir y meterse entre los salvajes? Sin embargo, al verse obligada a desaparecer de improviso, no había encontrado otra salida al alcance. Tendría que conformarse. Aquello también tenía su lado bueno; entre gente tan inculta sería extraño que en Carmen de Patagones se enteraran de su existencia ¡Si esa gentuza no sabía siquiera hablar en español! Los observó. ¡Por todos los cielos! Sí que eran asquerosos. ¡Cuán bajo había caído! De enterarse, ¡cómo se reirían los York!

De todos modos, su vida anterior había quedado demasiado lejos, desdibujada ante tantos tristes acontecimientos.

—Ten fe, Patricia. Esto es solo una partida más de póker.

Entonces, a pesar de la fatiga y del dolor que sentía en cada uno de los huesos, sonrió. Cuando su felonía se olvidara, podría regresar al pueblo para comprar un pasaje de regreso a su amada Londres y, cuando estuviera rodeada de los lujos que se merecía, todo quedaría en el olvido.

La mujer que tenía la criatura a su espalda la empujó con suavidad para instarla a seguirla. La joven así lo hizo y, con un poco de aprensión, entró detrás de ella a la choza gigante. Imaginaba que tal vez encontraría un rincón donde hacer su mundo sin que la molestaran. Podrían acercarle comida, ropa limpia, algo para comer...

—¡Descanso, bendito descanso!

Pero allí dentro se encontró con algo completamente distinto. ¡Ese toldo era un verdadero caos! Le recordaba al barullo que habían ocasionado los marineros cuando habían terminado de cargar *El Andaluz* y se encontraban a punto de zarpar. Ni siquiera se parecía a la casa del malvado Walterio, aquello era mucho más... ¡más paupérrimo y, si era posible, desordenado! Había artículos diseminados por doquier, montones de basura y varios fuegos encendidos que calentaban el ambiente; los chiquillos corrían, comían, jugaban, dormían o arrojaban cosas, y media docena de mujeres y hombres se ufanaban en diferentes quehaceres. Ellas se encontraban sentadas alrededor de una hoguera en la que cocinaban carne y, al tiempo que aguardaban, que estuviera lista, trenzaban tientos de cuero o cosían; los pocos varones estaban acuclillados y afilaban sus armas sobre una piedra mientras todos conversaban entre sí al mismo tiempo.

Al verla, callaron; al rato se codearon y rieron abiertamente.

No comprendía a aquella gente; de continuo abrían sus bocotas y carcajeaban hasta por la cosa más nimia. Eran iguales a los monos que bailaban al son de la música en los circos ambulantes; y Patricia, a pesar de encontrarse en inferioridad de condiciones, no iba a dejar pasar lo que para ella era una burla.

—¿De qué se ríen, sucios cobrizos? —expresó en español—. Vine a pedir ayuda y protección, no a que me traten como a un bufón.

Aun así, no era tan tonta como para haber olvidado que debía continuar ocultando su origen. Se pasó el dedo por el rostro para controlar que estuviera sucio, se tocó la cabellera y la encontró en su lugar dentro del pañuelo. Entonces bajó los ojos para que no notaran que eran claros.

“Escondida, escondida”, se decía una y otra vez. Que nadie supiera que ella era europea. Tampoco, asesina.

Pero los nativos no se interesaron demasiado en ella. Al notar que los gestos de Patricia eran hoscos y esquivos, tras escupir hacia un costado, siguieron con lo suyo y, tal como había procedido el gigante que la había arrastrado hasta ahí, la ignoraron por completo.

La inglesa se ubicó a un costado y dormitó un poco.

—¡Que me traten mal nomás! Los delataré con el gobierno. Si esto hubiera sucedido en mis tierras, ¡todos serían deportados!

Después comprendió que se estaba mintiendo. Ella no denunciaría a nadie porque se encontraba muy lejos de su país natal y de la policía. Por otro lado, si había alguien a quien debía acusarse de algo, era a ella misma.

En ese momento, también comprendió que, si continuaba insistiendo, debía ser porque el instinto de supervivencia se lo mandaba. Ya no se sentía responsable de sus propios actos en un sentido racional. De ahí en más, comería por necesidad, se abrigaría para no morir de frío y hablaría solo cuando fuera imprescindible. Sobrevivir; eso y nada más la movía.

La cháchara de los nativos, en vez de molestarla, la arrulló; un momento más tarde, estaba dormida.

Una muchacha muy joven y sonriente la sacudió hasta despertarla. Después le hizo una seña para que se levantara y la acompañara.

Patricia se restregó los ojos y, luego de incorporarse, fue tras ella.

La jovencita la llevó hasta otro rancho que se encontraba repleto de mujeres solas, en apariencia solteras, ya que se las notaba muy niñas, aunque ya entradas en la pubertad. Llevaban el cuerpo casi desnudo; algunas, con los pechos descubiertos, y otras, con la camiseta levantada, en cuclillas, lo que dejaba ver el pubis negro, algo que a ninguna le llamaba la atención.

Cada cual hacía alguna tarea: una bordaba un cuero con dibujos geométricos con la ayuda de un hueso afilado o una espina; otra cocinaba y revolvía un cuenco enorme; algunas tensaban y encogían cueros que se pasaban por la boca y mojaban, quizás para ablandarlos; otra tomaba una infusión... Todas hacían algo.

Patricia las observó, estudió las facciones de las nativas, mucho más agradables y suaves que las de los hombres, y concluyó que las mujeres de esa tribu eran simpáticas aunque elementales, muy elementales, dado que realizaban esos trabajos sin contar casi con herramienta alguna.

La niña que la había llevado hasta allí se señaló y le dijo cómo se llamaba, o al menos eso creyó la inglesa.

—Stretke.

Después esperó a que Patricia hiciera lo mismo. Ella lo pensó y recordó que, de ahí en más, iba a llamarse Juana, por lo que eso le dijo.

—Yo soy Juana. Jua-na.

La niña rio y, luego, le acercó un cuenco con grasa dentro. La recién llegada la olió y se dio cuenta de que estaba rancia. Entonces frunció la nariz con asco y alejó la cabeza.

—Saca eso de mi vista, es una repugnancia. ¿Cómo pueden comer semejante porquería?

La chiquilla hizo caso omiso al mal concepto que la extranjera tenía del contenido de la fuente y tomó un trozo para llevárselo a la boca. Después regresó a su sitio junto al fuego. Hacía frío, y todas se encontraban cerca de las llamas mientras se caldeaban el esqueleto al tiempo que disfrutaban de la compañía y conversación.

Una vez más, se olvidaron de la presencia de Patricia, que las miró unos minutos con desconcierto. ¿Nadie se ocuparía de ella? ¿A nadie le importaba que estuviera casi desnuda, a juzgar por las gruesas y peludas pieles que las demás tenían encima, famélica, sedienta y todavía muy cansada? ¡También se sentía adolorida, sucia, enferma, pegoteada y asustada!

El tiempo continuó transcurriendo, y las presentes siguieron evitándola. Al comprender que no la atenderían, no le entregarían ropa, no le indicarían dónde lavarse ni le ofrecerían un bocado de alimento más que esa abominable asquerosidad que le había acercado la tal Stretke, Patricia se desesperó.

Cierta vez le habían comentado que los indígenas eran serviles, silenciosos y muy obedientes. Cuando recordaba a Lheena, lo corroboraba, dado que esa nativa daba la vida por su familia, hacía lo que fuera por mejorarles la existencia y verlos más cómodos y felices. También siempre estaba limpia, vestía prendas adecuadas y mantenía un hogar respetable. Pero allí todo era...

—¡Primitivo! —Ni siquiera la miraban, como si no existiera—. Soy una visita. Aunque más no sea por eso, deberían ocuparse un poco de mí —murmuraba.

¿Serían de otra raza diferente a la de Lheena? Sí, esos eran tehuelches, no comechingones. ¿Por qué no había averiguado antes cómo era esa gente? Pero ¡qué podían interesarle a ella las costumbres de otras personas! ¿O todos tenían que ser cordiales y generosos y ella había tenido, otra vez, la mala suerte de caer en un grupo de malos y egoístas?

Entonces, por temor a que, si se quejaba, la enviaran de nuevo al desierto, se hizo un ovillo y comenzó a sollozar. Su vida se había vuelto un desastre, ¡y ella, que había imaginado que entre los indígenas la pasaría mejor que durante los días junto a Walterio o junto a los bribones que habían asaltado *El Andaluz*! Sí, podría esconderse y pasar desapercibida, ¡ya lo notaba por la completa falta de interés que ellos tenían en ella!

De todos modos, había creído que no se sentiría tan fuera de lugar. ¿Qué clase de país era ese? Con gente salvaje, semidesnuda, que hablaba como los animales y se comportaba igual que ellos. ¿Qué podía esperar de esas personas? ¿Qué podía esperar de esa tierra perdida en el extremo del mundo?

Al notar que lloraba, Stretke dejó su lugar y le acercó un cuenco con agua. Esa vez, la inglesa lo aceptó y, aún agachada, bebió el fresco líquido. Sabía rico y le calmó la sed.

Al verla beber, la niña sonrió contenta, se sentó junto a ella y le tocó la mano. Patricia, en esa ocasión, no hizo ademán de sacar los dedos de entre los de la muchacha y movió la cabeza con angustia. ¿Conque así serían las cosas? Si ella se enojaba, la dejarían sola; si lloraba, la atenderían. Pero no podía llorar todo el tiempo. Entonces, ¿qué iba a hacer?

Otra joven le acercó una piel abrigada. Al ver que no la tomaba para cubrirse con ella, se la dejó a los pies.

Stretke la señaló y le mostró cómo colocársela. Patricia la recogió y se la llevó a la

nariz. Olía a humo, a grasa y a hierbas agrias. Aun así, se cubrió con ella. Por lo menos, la mantendría caliente. El vestido y la capa que llevaba puestos no servían de mucho en ese clima tan álgido.

Después se acurrucó contra unos cueros apilados y escuchó los sonidos del campo. Aparte de la conversación y la risa de los tehuelches, también podía distinguir a los animales. Sentía el relincho de los caballos, algún trote corto y patadas. ¿También tendrían vacas? Ella no había visto ninguna. Los perros aullaban, podía distinguir cerca a *Leik*, que se peleaba por ganarse un lugar; algún pájaro emitía un triste silbido...

Patricia escondió el rostro entre los pelos de la piel y, a pesar del fuerte aroma, no se alejó, sino que volvió a sollozar. Que se le despintara la piel oscurecida por el tizne, que se preguntaran qué le andaba sucediendo a esa mujer que lo único que hacía era berrear, que descubrieran el aberrante asesinato que había cometido, que la enterraran viva... ¿Qué más daba? En ese instante, se sentía la persona más desgraciada del mundo, y no existía en esa tierra virgen un solo ser, un solo acto de bondad que pudiera conseguir calmarla.

CAPÍTULO 16

Cuando el sol clareaba e iluminaba el día con mejores promesas, Patricia se despertó. Se desperezó con un maullido parecido al de los gatos, sonrió y recordó una frase que su amorosa madre le decía en los momentos en que más triste se encontraba: “Cuando se hace de noche, tus inconvenientes se ven peores. Solo ten paciencia y aguarda a que amanezca. Con el sol, aparecen las esperanzas.”

En ese momento, se sentía mejor. Después de todo, a pesar de las ínfimas instalaciones donde se encontraba, tenía dónde dormir, qué comer y con qué abrigarse. Claro que habría preferido mil veces no estar entre esa salvaje gente, pero, luego de la fechoría que había cometido, no podía quejarse. En apenas dos días había encontrado un sitio donde permanecer oculta durante un tiempo, no le parecía poca cosa.

Se dio vuelta para ver qué hacían las demás mujeres. Algunas estaban como ella, en medio de la tarea de levantarse; otras ya calentaban agua sobre el fuego para tomar mate —esa infusión tan sucia que bebían los criollos y hasta William, Eduas y Lheena—; algunas más ya habían desaparecido, de modo que los camastros habían quedado abandonados.

Patricia supuso que, como no sabía nada de las costumbres de esas personas, lo mejor sería imitarlas. Por ello, cuando Stretke se retiró con un cuenco en una caminata cuesta abajo, ella se apresuró a seguirla.

—Anunciata, ¿dónde está esa mujer? —Miró hacia todos lados sin encontrarla.

Ya estaba visto que con esa gente no podría entenderse, y ella parecía ser la única que hablaba en español.

Stretke se detuvo.

—¿Anunciata? —Frunció el ceño. Luego recordó y sonrió—. Anunciata *éun*, lejos. — Señaló hacia el desierto.

—¡Por todos los cielos! ¿Nadie para conversar, nadie que me comprenda y entienda mis necesidades? ¡Qué molestia insoportable! —estalló. Alzó los brazos al cielo y apretó los labios.

Stretke hizo como que no la había escuchado o no le interesaron sus exclamaciones disconformes, porque continuó su avance.

Fueron hasta la orilla del río y, una vez allí, la muchacha se desnudó y, a pesar del frío reinante, se bañó.

—¡Por todos los cielos, esto congela! —exclamó Patricia cuando metió un pie desnudo dentro del agua.

Por supuesto que quería limpiarse, pero no pensaba desvestirse entera, ya que le parecía impudoroso. Además, nunca les mostraría a los de la tribu cómo era su cuerpo. Si descubrían que tenía la piel blanca, tal vez comenzaran a realizar inoportunas averiguaciones.

En cambio, luego de hacer sus necesidades en una zona retirada, entre un bosquecillo, fue a sentarse junto al agua en un sitio donde nadie la veía. Se lavó la boca, se mojó el cabello y volvió a atarlo. Por debajo de la enagua, limpió sus partes más íntimas y al final hurgó en el bolsillo hasta extraer el pote con crema que había cargado antes de salir del rancho. Lo abrió y se volvió a colocar el emplasto de grasa y hollín en cada lugar expuesto del cuerpo, incluidas las raíces del pelo rubio. Se cubrió los ojos con un fino velo; luego, se ató un pañuelo sobre el cabello.

Al mirar hacia arriba de la loma, notó que Stretke, vestida otra vez, ya estaba subiendo con el cuenco repleto de agua sobre el hombro. El recipiente rebalsaba, y el líquido que caía la salpicaba, algo que a la muchacha parecía no molestarle.

Patricia la siguió de nuevo. Entraron a la choza y se sentaron junto al fuego central para recibir por turnos el mate con agua caliente. Cuando la inglesa lo tuvo entre las palmas, agradeció la tibieza, pero no hizo ademán alguno por succionar de la bombilla de caña. Se la notaba sucia, con restos ajenos de todo tipo. Mirarla hizo que se le revolviere el estómago, aunque dentro no tenía nada, por lo que estaba segura de que no vomitaría.

Una mujer a su lado le entregó un trozo de carne caliente y cocida. Eso sí aceptó Patricia. Tras devolverle la vasija en la que cebaban aquella bebida sin vaciar, tomó el alimento y se abocó a comer. Estaba dura pero sabrosa. Arrancó con los dientes varios bocados y, con los ojos cerrados, los disfrutó con lentitud.

Las mujeres la observaban mientras aquella extraña cortaba de a pedazos tan pequeños y reían al tiempo que se codeaban y la señalaban.

—No cabe duda de que ustedes comen como salvajes al succionar o masticar con la boca abierta. Yo como igual que una dama, de a diminutos bocados. —Continuó exagerando la delicada manera de morder para que aprendieran.

Después las mujeres se ocuparon de limpiar el rancho. Barrieron con pajas secas el interior y arrojaron fuera los restos de comida y los cueros que habían sobrado. Los perros se abalanzaron sobre ellos, dispuestos a pelear por cada mendrugo o lonja.

Patricia se acercó a *Leik*, que se encontraba más lejos y observaba la batalla canina, y le dejó un poco de carne. Sin embargo, el animal debió luchar por imponerse porque, de inmediato, varios perros saltaron sobre él para quitárselo; Patricia, a su vez, tuvo que hacerse hacia atrás con rapidez para evitar ser atacada.

—¡Bestias insensatas! Por poco me muerden.

Las indígenas continuaron con sus tareas, que incluían coser, cortar, cocinar y cuidar a los chiquillos ajenos; todo ello sin dejar de conversar. Cada tanto miraban a la inglesa, sentada, sin hacer nada, y se ponían serias. Alguien le acercó una aguja, un tiento fino junto a dos cueros enormes y le mostró luego cómo se los unía, pero Patricia negó con la cabeza. No tomó los artículos ni aceptó el pedido de trabajar con ellas. No iba arruinarse las manos al clavarse esas rústicas agujas. Si le daban una de metal, con todo gusto colaboraría en la costura, pero no así. Si se lo permitían, podría enseñarles preciosos bordados. En eso era experta: florcitas, hojas, diminutos pájaros, arabescos..., motivos que sin duda realzarían esos trabajos. Pero como no sabía comunicarse con ellas, nada dijo y nada hizo.

Otra mujer volvió a insistir en que cosiera los cueros. Entonces la dama apretó los labios, se cruzó de brazos y frunció el ceño. La nativa intentó levantarle el velo que le cubría los ojos para ver qué intentaba decirle esa extraña al negarse a ayudar. Sin embargo, Patricia le dio un brusco manotón que logró que dejara de lado la curiosidad.

—¡Fuera, no toques mis ropas, cobriza descarada!

Sin molestarse por tan incorrecta actitud, Stretke, generosa e inocente, se sentó al lado de Patricia y le dio tres tientos, tras lo cual le mostró cómo debía trenzarlos. La joven nativa se los llevaba a la boca, los mordía y mojaba; luego los anudaba entre sí.

Patricia, en esa ocasión, fue menos chocante: se levantó sin decir palabra ni hacer gesto alguno. Se retiró a otro sitio. Por las dudas, para que no volvieran a ofrecerle trabajos, se sentó junto a un arbusto que la protegía del viento.

Leik se acercó a ella hasta ubicarse a su lado; la muchacha le sobó con cariño la testuz.

—Estamos solos, amigo. No entiendo a esta gente. Pretenden que me ocupe de cosas que no sé hacer y que nunca hice, en vez de preguntarme en qué soy buena. Nadie se interesa por mi profundo pesar, nadie me consuela en mi enorme tristeza. —El can gemía y la miraba al tiempo que movía el rabo—. Sí, solo tú lo entiendes, pero ¿para qué voy a hablar sobre mis dolores internos con un perro? ¡Solo esa locura me faltaba!

Cuando se hizo de noche y el frío le calaba hasta los huesos, Patricia regresó a refugiarse dentro del rancho de las mujeres solteras. Entró feliz al cobijo del calor y se sentó junto al fuego. Para entibiarse las manos, las acercó a las llamas y se las restregó.

Alguien estaba cocinando un exquisito guiso que olía a hierbas del desierto; la inglesa se relamió ilusionada.

Cuando todas se sentaron y acercaron sus respectivos cazos para tomar una parte del estofado, que constaba de grasa, huevos, carne y hojas verdes parecidas a la espinaca, Patricia buscó un cuenco y también lo colocó junto al cucharón. Sin embargo, la mujer que servía las porciones la pasó de largo.

—¡Ey, que yo también quiero comer! ¿Qué, soy invisible acaso?

La indígena la miró enojada y negó con la cabeza.

—*¡Ó'oi!* —“¡No!”.

A la sajona le brotó la flema guerrera.

—¿Cómo que no? Yo también exijo mi parte. —Tomó el utensilio y se sirvió un poco.

—*¡Ó'oi!*

La cocinera le quitó con ímpetu el recipiente y provocó con ello que parte del estofado se cayera y quemara a Patricia en la mano.

—¡Mira lo que has logrado!

La tehuelche no se amilanó y le dio un manotón para alejarla, tal como había hecho Patricia esa mañana cuando una de ellas había querido levantarle el velo para verle el rostro.

Entonces la sajona se incorporó y le propinó una certera cachetada.

El rostro de la nativa era grande, y los dedos le quedaron marcados en la mejilla.

—¡Ahí tienes! Por irrespetuosa y egoísta. No me vendrás con sonseras. Yo también soy mujer y tengo hambre.

Pero jamás habría imaginado que esa actitud iba a provocar semejante reacción. De inmediato, varias indígenas se tiraron sobre ella y la golpearon en tanto le gritaban cosas que Patricia no entendía.

—*¡Kitérronk noóken! Koonk kau.* —“¡Mala mujer, sal de nuestro toldo ahora mismo! Ya no eres bienvenida”.

Al escuchar tanto griterío y alboroto, algunos hombres corrieron a ver qué sucedía. De un fustazo, apartaron el cuero que servía de protección contra el frío y entraron a la vivienda al tiempo que preguntaban con voz grave qué andaba ocurriendo y por qué se encontraban tan alteradas.

Ellas les señalaron a la extranjera y les explicaron que aquella no había querido colaborar con las tareas durante el día y que entonces pretendía recibir una porción de alimento.

Patricia, cuando se vio liberada del tormento de las demás, se retiró hacia un rincón y lanzó un aullido largo. El grito fue poderoso, visceral, reclamante. Odiaba a esa gentuza, odiaba esa vida, odiaba el mundo, las estrellas y el cosmos completo.

Al escucharla, los nativos detuvieron lo que estaban haciendo y llamaron a una anciana, tal vez la más sabia de la toltería.

Yapi apareció. Se acercó a ella para tocarla con una mano arrugada y seca. Con ese simple gesto, quería preguntarle qué le sucedía y, si acaso, podrían ayudarla. Patricia rechazó la caricia para acurrucarse más contra la pared de cueros. Apretó los dientes y bramó enojada:

—¡Fuera, vieja maleducada, no me toque! Yo no la conozco; usted, a mí, tampoco. — Con ímpetu, excitada, al borde de un colapso nervioso, se restregó la zona donde la vieja mujer había posado la mano y vociferó ronca—: ¡Agh, qué asco! Nunca más vuelvan a tocarme. ¡Los odio! ¿Entendieron? ¡Los odio!

Los tehuelches se miraron entre ellos sin comprender aquella reacción tan agresiva y fuera de lugar. El que debía de ser el jefe dijo algo corto y, luego de tomarla por el codo, la arrastró fuera del rancho.

Patricia estaba cansada de que todos tiraran de ella como si fuera una bolsa de harina. ¡Tan groseros eran!

—¡Gente inculta, fuera, fuera! —Le golpeó la mano para intentar zafarse.

Pero los dedos del hombre eran como las garras de un oso gigante y no se movieron ni la soltaron. En cambio, la siguió remolcando hasta llegar a una choza más pequeña, dentro de la cual la lanzó con un poderoso empujón.

Patricia fue a dar contra el borde opuesto y quedó tendida en la semioscuridad, en medio de montones de basura, ropa sucia y cosas asquerosas, podridas y agusanadas. Ese lugar sí que era un asco. Era probable que fuera donde los tehuelches arrojaban los desperdicios.

Se incorporó apenas. Se restregó la ropa para tratar de sacarse parte de la porquería de encima. En ese momento, escuchó un rugido muy cerca.

Frenó los esfuerzos por limpiarse. Miró hacia el ser que emitía ruidos tan aterradores. Entonces se encontró con un hombre deforme, con el rostro torcido hacia un costado como si se lo hubieran pegado al cuello, semidesnudo, sin dientes y con todo el cuerpo repleto de marcas horrendas.

Aún no lo sabía, pero el cacique la había arrojado a la morada de Urzep, el lunático del campamento, el hombre afectado por una terrible enfermedad de la cual había sobrevivido por milagro. Urzep era una víctima más de un feroz brote de viruela.

Aterrada, sin saber cómo proceder ni qué haría ese monstruo que se encontraba a un metro de ella, Patricia comenzó a temblar y gemir. Ya no sentía furia, sino que estaba a punto de desmayarse por el tremendo susto que la sofocaba.

CAPÍTULO 17

¿En qué espantoso sitio la acababan de meter? Ese rancho se asemejaba a una cueva sombría; si había pensado que las demás no estaban demasiado aseadas, entonces esa era peor que una porqueriza.

Cuando se incorporó y volvió a salir para caminar e intentar entrar una vez más a la choza de las mujeres, el mismo hombre que la había arrojado dentro del hogar de la fiera estaba cubriendo la abertura. Se había abierto de piernas y cruzado de brazos. Miraba hacia el horizonte, aunque vigilaba para impedir que ella se metiera de nuevo a la tienda de donde la acababa de echar.

—Entendí, entendí. Están buscando que desaparezca. —Fue lo único que se le ocurrió a la inglesa.

Al ver que trataba de alejarse del poblado, con un solo y veloz movimiento, el nativo la tomó y la devolvió a la choza de Urzep.

—¡Te quedas! Si te vas de nuestro rancherío, nadie te protegerá, y morirás —expresó en tehuelche—, pero ya nadie te quiere en su choza. Eres insoportable. Aprenderás, aprenderás. Urzep estará contento de que seas su compañera. Es un buen hombre.

Claro que Patricia no entendió nada de lo que le dijo, pero sí que no quería que estuviera con las mujeres y tampoco en el desierto.

Luego, el indio la regresó a la pequeña choza del hombre deforme y se retiró.

Urzep, que gateaba y emitía sonidos parecidos al ladrido de un perro, se aproximó a ella y estiró una mano con los dedos contraídos, semejante a una maza, para tocarla.

Patricia se sacudió para intentar quitársela de encima y, al voltear de lado a lado el rostro, las guedejas se le soltaron de los prendedores, por lo que un mechón rubio se asomó bajo el pañuelo.

El patagón lo miró embelesado. Por más que la muchacha trató de alejarlo, él se pegó más a ella, tomó el cabello y lo metió en su propia boca para succionarlo.

—¡Fuera, fuera, esperpento! ¡Tu presencia me provoca vómitos!

Al escucharla, él comenzó a saltar sobre piernas y brazos como un simio al tiempo que chillaba igual que la inglesa e imitaba la voz de ella. Era indudable que esa persona estaba enferma de la cabeza y por eso copiaba lo que hacían los demás.

—¡Auxilio, este hombre está loco y me va a atacar!

Si alguien la escuchó, hizo caso omiso al ruego y la dejó a merced del contrahecho.

Patricia podría haberse ido de allí. Podría haber probado meterse en otro rancho, pero, al recapacitar sobre semejante intención, pensó que volverían a arrojarla fuera. Además, si buscaba escapar, ya estaba demasiado oscuro, y le temía al desierto. No quería volver a estar sola.

También supo que nadie la ayudaría para luchar contra Urzep.

Entonces peleó con las escasas armas con que contaba: lo arañó y mordió hasta que él le soltó el cabello. Patricia reptó hasta acurrucarse contra el límite del rancho. Tenía los ojos muy abiertos y la garganta seca. No podía tragar ni saliva porque ya no le quedaba. El espanto le había cortado hasta el mismo aire que le entraba en el pecho.

Afuera, el único que intentó defenderla fue *Leik*. El perro gruñó y amagó entrar, pero, cuando colocó una pata dentro de la choza, Urzep le dio tal bofetón que lo mandó varios metros más allá de la precaria construcción. Ahí quedó el pobre animal, que gemía sin consuelo, ya sin ganas de volver a enfrentar a ese desalmado hombre.

La muchacha cerró los ojos y apretó los dientes.

—Esto no me está sucediendo. Es un mal sueño, una pesadilla cruel de la que no puedo despertar.

Los dientes le comenzaron a castañetear, y un sudor frío la empapó entera. Se cubrió el pecho con los brazos mientras un interminable quejido le brotaba de los labios entreabiertos. Eso no podía estarle ocurriendo, no podía ser real. ¿Cómo había terminado expatriada, asesina, prófuga, tiznada de negro y con olor a bicho salvaje? En ese momento, además, encerrada con un monstruo malformado. ¿Qué más iba a sucederle? ¿A qué nuevo infierno incognoscible la enviarían después?

Minutos más tarde, alguien le acercó a Urzep un cuenco con carne cocida y crujiente que parecía traer un aroma del cielo. Patricia olfateó la apetitosa y prometedoras fragancia, y la boca se le volvió a llenar de saliva. Tenía hambre, tenía mucha hambre; aunque, cuando se aproximó al cazo para tomar un trozo, Urzep le dio un manotón que la hizo desistir del propósito de alimentarse.

Mientras se sobaba la mano golpeada, la muchacha retrocedió molesta, porque sabía que en esa jornada tendría que conformarse con lo poco que había ingerido durante la mañana. Del morral, ya no quedaba nada. Se había comido todo el queso y el tasajo, y las galletas habían quedado molidas luego de tanta sacudida. De todos modos, la bolsa de la joven estaba dentro de la tienda de las mujeres.

Detrás de ella y separado por el cuero de la choza, podía sentir el cuerpo caliente de *Leik*, quien había vuelto acercarse y se lamía la zona dolorida.

Urzep terminó la comida, miró a la joven y, sin mediar explicación alguna, le arrancó el pañuelo de la cabeza. Al ver la cabellera de la inglesa caer como cascada sobre los hombros y el busto, excitado, comenzó a saltar. Le tocó los dorados mechones, tras lo cual volvió a metérselos en la boca como si fueran una golosina a disfrutar y las chupó extasiado.

—¡Deja, eso es mío! —clamó Patricia.

Pero Urzep continuó. Algunos restos de carne se le caían por las comisuras de los labios, y él se pasaba la mano sucia para recogerlos y regresarlos a su sitio dentro de aquella reclamante boca.

Después, harto de hacer lo mismo, le soltó el pelo enmarañado para ir a sentarse a mirar el cielo por la entrada de la choza.

La muchacha recogió el envoltorio con billetes que guardaba en el rodete, que se había caído cuando el hombre le había quitado la pañoleta. Se acomodó el vestido, volvió a hacerse el peinado y metió dentro el dinero, tras lo cual se cercioró de que los otros dos paquetes con plata estuvieran donde los había escondido: uno bajo el calzón largo que llevaba y el otro entre el apretado corsé y la camiseta.

Urzep eructó, se limpió los dientes con un palillo, expulsó un gas y luego salió a orinar fuera de la vivienda.

—Con razón esto huele como el mismo infierno —exclamó furiosa Patricia.

Si le llevaban comida, ¿por qué también no aseaban el hogar de ese hombre? Urzep vivía como los cerdos, revolcado en los desperdicios.

Asqueada, recorrió el entorno y, al suponer que nadie la sacaría de allí por lo menos durante ese día, buscó un rincón donde descansar. Las continuas grescas la habían agotado. Entre unas pieles apolilladas, le pareció que podría dormir. Las acomodó luego de ventilarlas un poco, enrolló un trapo para usar como almohada y, lista ya, se recostó.

Cuando amaneciera, tendría que arreglar la relación con las mujeres solteras porque no quería seguir viviendo en ese rancho. Al final, era mejor permanecer con ellas a pesar de la continua cháchara, las reglas de convivencia y las obligaciones de trabajo que le imponían; mucho mejor que con ese asqueroso ser, por más silenciosa que estuviera la choza.

Urzep entró a gatas en tanto aún se sacudía el pene para descartar las últimas gotas de orina y se acercó a la dama. Se detuvo junto al cuerpo femenino y la olisqueó de arriba abajo hasta frenar en la ingle. Allí aspiró con más intensidad y sonrió. Entonces comenzó a cavar, como si la muchacha fuese de tierra y pudiera hacer un pozo en ese cuerpo perfumado con el elixir mayor, el que alteraba todos los sentidos masculinos.

—¿Ahora qué deseas, engendro horripilante?

Por supuesto que el hombre nada le respondió. Se sentó, siempre cerca de ella, y se agarró el miembro, que comenzó a friccionar hasta que se le endureció en escasos segundos.

Patricia se acababa de dar vuelta hacia el cuero y nada podía ver, aunque sí era capaz de sentir y sospechar. ¿Acaso ese indio bruto se estaba masturbando? ¿Qué locura era esa? ¡Delante de ella! Volvió a repetirse que eso no podía estar sucediendo. Era una pesadilla, y despertaría. ¡Sí, despertaría!

—Espera, ya aclara, ya sale el sol.

Si cerraba con fuerza los ojos, si apretaba los puños y trataba de no pensar en nada, si se encogía más...

Pero la oscuridad continuó reinando. Urzep quería más. La hizo darse vuelta con un brusco movimiento y, sin detener el rítmico frote, con premura, le buscó las bombachas y ahondó hasta encontrar el sitio que le interesaba. Después, al notar que no podía llegar a él, hizo fuerza y rasgó la tela. Por el agujero, metió el órgano erecto y, sin cuidado alguno, con fuerza la penetró.

—¡No, no! —aulló Patricia—. ¡Quítate de encima, indio sucio! ¡Basta, basta, me lastimas!

Le dio puñetazos en la cabeza y en el pecho. Al notar que él no se movía ni le molestaban los golpes, la muchacha levantó las piernas y trató de sacárselo de encima, pero Urzep era más fuerte y estaba decidido a abordarla. Continuó insistiendo y embistiendo el cuerpo de Patricia con las caderas una y otra vez.

Apenas un minuto después —uno que a la inglesa se le hizo eterno—, él ya había terminado y había dejado su simiente tanto en ella como alrededor de ella.

El hombre monstruoso se acostó de costado, se alejó apenas y, sin siquiera cubrirse, se cruzó de brazos y empezó a roncar.

Patricia sollozó de manera queda. Esa bestia que dormía tan tranquila le había terminado de arrancar aquello que con tanto celo había cuidado desde que era adolescente, la virginidad. Ella la había guardado para regalársela, como una mariposa con las alas intocadas, a quien habría de ser su marido. Pero entonces, en apenas dos minutos, ya nada quedaba de ella, una polilla arrugada y sangrante. Nunca más recuperaría la integridad.

Afuera, una vez más, ninguna persona demostró haber escuchado los chillidos de la muchacha, nadie se acercó a ver qué estaba ocurriendo, ni la asistió, o tan siquiera le respondió el lamento con alguna palabra de consuelo. Patricia supo que se encontraba del todo indefensa, a merced de ese ser abominable que dormitaba junto a ella y que acababa de ultrajarla como si fuera el acto más normal del mundo. ¡A nadie le había importado!

Con el vestido y la bombacha rota, trató de cubrirse un poco el cuerpo mancillado y después se enroscó como una criatura. Había tocado fondo, más hondo no podía caer. Esa noche estuvo segura de que el cielo había desaparecido del horizonte y de que ese espacio había sido ocupado por la negrura de la furia, de la devastación, el oscuro silencio lleno de la más brutal ignominia. Junto con el glorioso firmamento, Dios también se había desvanecido hasta esfumarse de la tierra. En su reemplazo, el diablo se había adueñado de todo. Insaciable, aquel demonio había hurgado entre los más infortunados hasta encontrarla y había entrado a la morada más íntima de la joven para hacer nido en ella. Y de esa prisión, Patricia sabía que era imposible escapar.

* * *

Ese amanecer, la inglesa se despertó adolorida. Sentía como si la hubiesen apaleado en todo el cuerpo.

En esta ocasión, ni siquiera las esperanzadoras palabras de su madre le devolvieron el buen ánimo. Se sentía inmersa en un holocausto y, si la Biblia aseveraba que el mundo terminaría en una destrucción total, a la muchacha no le cabía duda alguna de que ya se encontraba allí.

Al recorrer la tienda, notó que Urzep no estaba por ninguna parte, así que aprovechó la ocasión para salir. Fue hasta el río, se lavó, volvió a colocarse el emplasto negro, verificó que los billetes siguieran ocultos y, con el rostro escondido bajo un trapo, se

acercó con cuidado hasta el rancho de las mujeres. Se sentó afuera y, cuando vio a Stretke, le sonrió.

La muchacha se quedó quieta, tal vez para calibrar la siguiente acción. O le entregaba un poco de comida o la ignoraba. Optó por lo primero; no sabía ser egoísta, no entendía lo que era el rencor. Entonces entró, cortó un trozo de carne cocida y se lo dio.

Esa vez Patricia le hizo una inclinación de cabeza y luego masticó con deleite el sabroso bocado. Después la siguió e intentó hacer cuanto la joven emprendía, aunque le costaba bastante porque la fuerza de la sajona, comparada con la de las demás nativas, era ínfima, y además estaba más debilitada aún a causa de la mala alimentación.

Pero, cuando por la noche quiso recostarse a descansar en la vivienda de las mujeres, con graves gestos la echaron.

Al notar que se quedaba afuera de la choza sin hacer nada, Stretke terminó tomándola de la mano y la llevó hasta donde se encontraba Urzep, que dormía. Con voz seria, le ordenó quedarse allí.

—Urzep, tú, Urzep. Él hombre, tú mujer. Él eligió.

—¡Por favor! —rogó Patricia—. Aquí no quiero quedarme.

Stretke fue cortante y no le permitió salir. Incluso antes de retirarse, se cercioró de que la inglesa se recostara entre las pieles.

—¿Me castigan por haber sido irrespetuosa con ustedes? —La niña le dijo algo que ella no comprendió—. ¡Pues bien, me quedo! ¿Qué más daño podría hacerme ese engendro de ser humano? ¡“Animal” le queda mejor!

Stretke nada agregó y regresó a la vivienda de las solteras.

CAPÍTULO 18

A pesar de no desearlo y de no sentirse a gusto, Patricia se volvió una residente más del rancherío mestizo. Continuaba con el cuerpo oculto, engrasado y oscuro porque no quería que nadie descubriera su identidad y comenzara a hacer conjeturas. No deseaba agregarle más inconvenientes a su propia vida.

De todos modos, las diferencias se notaban, ya que la contextura y apariencia de la sajona eran muy distintas a las de los habitantes de ese rancherío. Los tehuelches eran altos, anchos, con piel oscura y rasgos marcados, cabello grueso e hirsuto y pies enormes. La inglesa, en cambio, era delgada, baja y muy esmirriada, con carnes que apenas se limitaban a cubrirle los huesos, más todavía a partir de haber dejado los lujos y el confort; por otro lado, los esfuerzos físicos siempre la hacían flaquear.

En el villorrio, todos trabajaban. Eran tranquilos; sin embargo, la inglesa aseveraba – porque lo contrastaba con la antigua existencia de holgazanería que ella misma había llevado– que los patagones laboraban como los esclavos. Los hombres salían a cazar a pie o a caballo y, en los tiempos de ocio, afilaban las armas. Mientras, las mujeres criaban a los niños, levantaban las tiendas, se hacían la ropa, limpiaban y cocinaban.

Desde el primer día, pretendieron que ella siguiera ese ritmo, pero, al comprobar que la fortaleza de la dama era tan escasa, con el paso de las semanas, por compasión, terminaron dándole las tareas más livianas. No la apreciaban porque ella continuaba siendo distante y antipática, aun así sentían lástima porque comprendían que esa muchacha se encontraba lejos de sus raíces y sabían cuánto dolía no ser reconocido como un igual a ojos de los otros. Hacía años que lo venían padeciendo en carne propia, desde que los *huincas* habían arribado a esa tierra. Por eso le sonreían cuando estaban frente a ella y le prodigaban simples atenciones.

Patricia continuaba ignorando tales gestos de afecto. ¿Qué podrían tener esos salvajes que fuera mejor que lo que ella poseía en Inglaterra? Por más despojada que se encontrara, en algún momento pensaba regresar, y cuando ello sucediera, los presentes que le hacían esos nativos serían borrados de los recuerdos de la joven. Al final eran limosnas; además, ella tenía demasiado orgullo como para recibirlos con una sonrisa y agradecimiento. Entonces los tomaba y callaba. Cueros, pieles, adornos, un trozo rico de carne, una camiseta, un delantal tehuelche... Tal vez fuera por eso que no tenía amigos dentro del rancherío, y fuera tampoco.

Todavía la obligaban a permanecer en la morada de Urzep y, por más que ella amagaba entrar a otra cuando anochece, invariablemente la echaban y la conducían con amabilidad, aunque también con firmeza, hasta la de ese compañero impuesto. El hombre era poco más que un perro: no hablaba, no caminaba y ni siquiera sabía comportarse frente a los demás, sino que procedía de igual modo que esos animales. Casi cada noche, además, la poseía.

Luego de tantos padecimientos y carencias, los sentidos de Patricia terminaron adormilados. Al cabo de un par de meses, ya nada experimentaba, nada padecía y nada añoraba. La voluntad se le había doblado por los infortunados vientos, y vivía por inercia en tanto seguía el ritmo del poblado sin pestañear siquiera.

Los demás habitantes no le prestaban mucha atención. A su manera, la dejaban proceder como ella quisiera. Sabían que la muchacha había sido encontrada mientras deambulaba por la estepa y, en esa amorosa filosofía vivencial que los caracterizaba, la habían acogido entre los suyos. No la molestaban demasiado, no le hacían preguntas ni la atormentaban. Tampoco esperaban que ella fuera amorosa con la gente. ¿Qué podían conocer ellos sobre la historia y las raíces de esa extranjera o sobre las razones que la llevaban a ser como era? Lo único que querían era que cumpliera con las tareas que le ordenaban las mujeres. Además, no se entendían porque ella hablaba inglés y un escaso español; por su lado, los tehuelches tenían su propio idioma.

La jornada de Patricia se limitaba a la zona de la toldería. Cuando amanecía y comenzaba a escuchar ruidos, se levantaba e iba al río antes de comer o hacer algo más. Recogía el carbón de la fogata casi apagada y, con la grasa derretida, hacía el menjunje que, a solas, lejos de la vista de los demás, continuaba utilizando en ese ritual de camuflaje para esconder la blancura de su propia piel. Luego de hacerse el rodete, ocultaba la cabellera rubia bajo trapos anudados, se pintaba el rostro y las manos, se ennegrecía las uñas y daba el último detalle al atuendo al colocarse una tela suave sobre los ojos.

Como no se hablaban, nadie podía preguntarle por qué se cubría, pero los tehuelches pensaban que lo hacía para protegerse de la luz. Nada más. No se hacían cuestionamientos complicados ni les importaba si la forastera era una u otra cosa. La habían recibido con los brazos abiertos y así continuarían procediendo.

Durante las horas de claridad, las mujeres se ocupaban de cuidar a los niños, hacer la comida, levantar los ranchos, coser, tejer y, cuando los hombres salían de caza, acompañarlos. Entonces solían esperarlos en la retaguardia para recibir el producto de tales incursiones: guanacos, ciervos, ñandúes, patos, incluso algún león, mulitas, liebres maras, vizcachas y demás mamíferos menores eran atrapados por ellos con boleadoras y lanzas. Eran muy eficientes en esa tarea; las presas abundaban en la estepa. Corrían o galopaban detrás de los posibles botines y, si no podían atraparlos, incendiaban el campo para acorralarlos en el centro de la hoguera.

El frío o los intensos vientos no les molestaban, sino que los patagones continuaban avanzando para cumplir con ese quehacer a pesar del clima desapacible.

Cuando salían en esas corridas, Patricia permanecía detrás y aguardaba junto a las demás mujeres mientras temblaba de frío a pesar de las pieles que llevaba puestas encima del vestido.

—¡Esto es insoportable! —se quejaba al tiempo que se daba aliento dentro de las palmas heladas.

Las mujeres la miraban y sonreían divertidas porque no podían entender cómo esa joven padecía tanto el frío. A veces le apretaban el brazo y le decían que necesitaba engordar y juntar grasa.

—*Jola, iépur.* —“Grasa, carne”.

Ella continuaba rechazando esas gracias y gestos de amistad y siempre efectuaba un ademán brusco para apartar el brazo de la mano de la mujer, a quien observaba enojada.

Patricia todavía estaba resentida porque la obligaban a dormir con el asqueroso de Urzep. Creía que la habían confinado a la choza de ese monstruo porque la detestaban por ser distinta a ellos, porque no la querían y deseaban lo peor para ella. De no ser así, ¿por qué entonces permitían que ese hombre la abordara y la molestara tan seguido?

Al no poder hablar en el mismo idioma, no sabían lo que el otro estaba pensando o sintiendo y, a menos de que mediara una comunicación diferente o de que la inglesa modificara la mala disposición hacia ellos hasta trocarla en un intento de saludable convivencia, jamás se entenderían. Por eso, los creía bárbaros y con costumbres incivilizadas; por su parte, los tehuelches terminaron suponiendo que ella era poco generosa, perezosa y arisca. Aun así, seguían sintiendo lástima por la joven.

Patricia, cada nueva noche, cuando se recostaba en la vivienda de Urzep, pensaba en cómo regresar a Inglaterra y, cada vez también, comprendía que la única salida era esperar a que un viajero pasara por allí y la llevara consigo de regreso a Buenos Aires. Pero eso tenía sus riesgos. ¿Y si volvían a esclavizarla, a venderla o a ultrajarla? Además, ¿qué mentira diría para que no la descubrieran y apresaran? Todavía no lo sabía.

Cierta mañana, se dirigió a la ribera de un brazo del río y se arrodilló para lavarse y juntar agua. Tenía sed y hambre. En el centro del poblado, la esperaba algún trozo de carne asada de guanaco o ciervo.

Al incorporarse con el cazo lleno de agua, sintió un vahído, y el suelo pareció moverse. Esperó un momento. Cuando se sintió mejor, levantó el cacharro y caminó cuesta arriba. Al mismo tiempo, iba haciendo cuentas. ¡Hacía tanto que no tenía el sangrado! Lo cual era un alivio, porque en el navío, durante la estadía forzada en la fonda y, entonces, en el rancherío patagón, habría resultado un incordio. En Inglaterra usaba apósitos hechos con varias telas atadas por cintas a la cintura. Sabía de mujeres que se colocaban copas y que juntaban la sangre en ellas, pero cuando probó una se sintió muy incómoda y hasta dolorida.

Al concluir el ascenso, un nuevo mareo la acometió de improviso, por lo que, cuando quiso efectuar el siguiente paso, todo en derredor se le oscureció, y cayó desvanecida.

Una tehuelche que iba hacia el río la vio y llamó con gritos a las demás mujeres. Después se arrodilló al lado de la extranjera y le levantó el rostro al tiempo que lo golpeaba con suavidad para hacerla reaccionar.

Yapi, la vieja hechicera, llegó corriendo y se sentó junto a la inglesa. La revisó, pero no encontró nada anormal. Entonces pidió que, entre varias, la transportaran hasta la morada de la curandera, donde podría estudiarla con más detenimiento.

Las mujeres la obedecieron; por algo era la *shoikn*, la sabia con inmensos conocimientos sobre los astros, los espíritus y los movimientos indescifrables del mundo.

Tras dejarla sobre un camastro, en silencio se retiraron.

Yapi le friccionó las manos. ¡Patricia se encontraba tan fría! Le levantó el velo del rostro y le escudriñó la boca. La muchacha tenía los ojos cerrados y no se movía. Le aflojó los cordones de uno de los zapatos y le tocó el empeine. También estaba helado. Luego de quitarle el calzado, pero aún con las medias puestas, le envolvió los pies en cuero de zorrillo, justo ese que, según Patricia, olía tan fiero, aunque era el más caliente. Después se ocupó de inspeccionarle el abdomen.

Al desprenderle el corsé, el vestido, las enaguas y el calzón, Yapi se asombró de que llevara tanta vestimenta que no entibiaba el cuerpo. ¿Para qué usaba prendas que no la abrigaban y que eran tan incómodas y apretadas?

Cuando la tuvo casi desnuda, se hizo hacia atrás espantada.

—¡Esta niña es blanca, es una *huinca* pálida como la luna!

La piel de la joven era clara como los dientes, el vello púbico se asemejaba a los pastos secos, y los pequeños pechos de la muchacha no eran más que dos cráneos de cachorros de perro. ¡Si ni siquiera se le notaban los pezones!

Supuso que debía de venir de afuera, de otra tierra muy distinta a esa donde se encontraba. ¡Entonces entendía tantas cosas! Comprendía por qué la muchacha siempre estaba cansada y sin fuerzas, por qué permanecía enojada y alejada de los demás, por qué no interpretaba de manera correcta las costumbres argentinas ni el idioma tehuelche, ni el español, ni cualquier dialecto.

Tras cruzarse de brazos, continuó observándola y, al hacerlo, sintió aún más compasión hacia ella. ¡Cuánto debía de costarle la vida en el desierto! Ya lo habían notado antes en los escasos forasteros que habían emigrado a ese país o que se encontraban de paso: las mujeres de esos hombres los seguían con el sufrimiento dibujado en el rostro, delgadas, enfermas, a punto de desfallecer de agotamiento.

Tomó un trozo de hierba alucinógena y la comenzó a masticar mientras intentaba encontrar las respuestas y se preguntaba qué debía hacer con esa muchacha. A todas vistas se notaba que era muy joven y débil. Además, cabía la posibilidad de que estuviera esperando una criatura de Urzep o de algún otro hombre. ¿Qué importancia tenía quién fuera el padre?

Continuó meditando. Eso era algo que la superaba, alguien debía ayudarla, alguien tenía que compadecerse de aquella muchacha lo suficiente para acogerla. Patricia no podía seguir ahí.

Mientras se balanceaba y entonaba una suave melodía nativa, Yapi cerró los ojos y extendió los brazos con las palmas hacia el cielo. Que los espíritus la iluminaran. ¿A quién debía acudir? Ellos la guiarían y la conducirían hasta la persona indicada.

En el silencio del rancho, cortado solo por la canción, el tiempo transcurría. Afuera, los demás tehuelches la escucharon y supieron que la poderosa *shoikn* estaba comunicándose con las almas de los muertos y con los dioses de la Patagonia, el desierto y la montaña. En silencio, seguían con lo suyo para dejarla tranquila. Yapi sabía.

Más tarde, las voces de los ancestros por fin le hablaron.

Satisfecha, la mujer bajó los brazos con lentitud, se apartó hacia atrás y se incorporó. Al acercarse una vez más a la muchacha dormida, sonreía. Los dioses habían elegido, y en un susurro musitó:

—Nuil, la fabulosa, valiente y sabia Nuil.

CAPÍTULO 19

Encontrada la respuesta, Yapi observó a la mucha-cha que comenzaba a restablecerse. ¿Qué razones habría tenido para haberse alejado de su propia gente y para ocultar el cuerpo de ese modo? ¿Aceptaría ir con Nuil a la estancia?

La curandera sabía que los mensajeros tardarían un largo tiempo en ir, darle aviso a la tehuelche que vivía a orillas del océano y regresar. Suponía que la joven *huinca* aún no habría parido y estaba segura de que Nuil la ayudaría a hacerlo y la confortaría además en la espera.

Sería lindo poder convencer a Patricia de acompañarla de regreso para vivir en el campo de Nuil, llamado La Cimarrona, durante el tiempo que considerara necesario. Nadie la echaría de allí; de seguro se sentiría mejor porque el marido de la tehuelche también era extranjero; de una tierra lejana, según decía Nuil, ubicada del otro lado del océano y a varias lunas de viaje en barco a vela arrastrado por los vientos.

Siempre que pensaba en ello, Yapi no podía imaginarlo. ¿Cómo sería eso? La hechicera solo conocía las barcas planas que su gente solía fabricar y usar cuando debían cruzar el río, pero quienes habían ido hasta Carmen de Patagones afirmaban haber visto canoas tan enormes como casas gigantes, donde vivían muchas personas. Eran iguales a todo un pueblo que flotaba sobre el agua.

Sí, concluyó Yapi al tratar de imaginarlo, en tanto buscaba dilucidar las causas que habían llevado a esa muchacha a huir de las demás personas como ella; en el mundo existían cuestiones que iban mucho más allá del entendimiento de la anciana. También se dijo que no había nada de malo en eso. Así debía ser, porque la tierra se componía de tantos humanos como bichos había en el suelo, y si se los miraba con cuidado, todos eran diferentes entre sí y se juntaban de acuerdo con sus semejanzas.

Bien, entonces esa muchacha que se estaba despertando debía estar con compañeros más parecidos a ella. La elección hecha por los espíritus de unir a Nuil con esa niña era muy acertada.

Salió de la choza y aplaudió hasta convocar a media docena de jóvenes fuertes. Una vez que los tuvo cerca, fueron a sentarse con ella en un sitio aislado del resto del poblado, lejos de los ojos y oídos ajenos. Entonces les expresó el deseo de que cabalgaran hasta la tierra llamada La Cimarrona, donde vivía una importante tehuelche de nombre Nuil, perteneciente a otra tribu de patagones.

—Cuando estén frente a ella, díganle que la cito a mi lado. Que venga a mi presencia apenas pueda hacerlo. La necesito aquí.

Los muchachos no preguntaron, solo obedecieron prestos el pedido. Se despidieron de ella y, luego de que Yapi les rogara a los dioses que los acompañaran en el largo viaje, se fueron hacia sus respectivas chozas para aprestarse a partir. Necesitarían lanzas, boleadoras y arcos, el morral con las flechas, algunos cuchillos, mantas para protegerse del frío y algunos tientos para arreglar, colgar o coser cualquier desperfecto en aquellas pertenencias. También los acompañarían los enseres de plata que usaban casi a diario para depilarse la barba. Alguno de ellos llevaría una brasa encendida dentro de un cazo de cerámica y la iría alimentando para que nunca se apagara. De ese modo les resultaría mucho más fácil y rápido encender las fogatas nocturnas que les calentarían las espaldas cuando se aparean para descansar y dormir un poco.

Yapi les había indicado cómo llegar hasta La Cimarrona mediante un dibujo del trayecto hecho con carbón sobre un cuero.

—Aquí cruzarán el río que tenemos delante, luego avanzarán hacia donde el sol sale y las tierras se vuelven más frías. Encontrarán enormes salitrales blancos, y si preguntan a las personas que extraen sal si están en el lugar correcto, les dirán que se encuentran pisando Las Gemelas. Continúen acercándose al mar gigante de agua salada. No se detengan más que para cazar y dormir. —También les recomendó—: ¡Y no se tienten con las bebidas calientes de los *huincas*! Muchos nativos les ofrecerán algún trago, pero ustedes deben rechazarlo porque en él se encuentran los malos espíritus de los accidentes y muertes que nos atropellan, de los miserables, los enfermos y los rabiosos. No lo olviden nunca: el agua de fuego destruye y mata.

Los mozalbetes la escuchaban con los ojos muy abiertos. Eran demasiado jóvenes como para conocer esas bebidas, por lo que permanecían temerosos en tanto rogaban nunca dar con ellas. ¡Claro que no las probarían! Si la *shoikn* así lo aseveraba... Uno solo ya las conocía, pero, por respeto a la hechicera, calló. Ya les contaría a sus amigos que las botellas con agua fuerte no eran tan malsanas.

Un poco más allá, un anciano escuchaba y sonreía. Él también sabía que no era tan así, sin embargo nada dijo y nada aclaró; que los muchachos solos descubrieran los beneficios y maldiciones de emborracharse.

Una vez que los jóvenes hubieron desaparecido del horizonte, Yapi regresó junto a la joven blanca y la saludó. Antes de que ella se despertara, ya la había vuelto a vestir con las ropas extrañas. Si Patricia no deseaba revelar su verdadera identidad, no sería la anciana quien la sacara a la luz. ¿Qué sabía ella sobre los secretos de cada quien?

Con respecto a Urzep, nadie conocía qué pasaba por la cabeza de ese maltrecho hombre. Desde que había enfermado y sobrevivido a la peste negra, ya no era el mismo, ni parecido. Las deformaciones y las secuelas mentales eran muy evidentes. ¿Entendería él que Patricia era su mujer y que esperaba un hijo de él, que debía cuidarla, no golpearla, darle de comer y protegerla de cualquier daño? Yapi apretó los labios y sacudió la cabeza. A juzgar por la apariencia del futuro padre, suponía que no.

Lo único que sí tenía en claro era que, de ahí en más, iba a ayudar a esa muchacha para hacerle la existencia más llevadera. También hablaría con las demás mujeres para que le hicieran lugar entre el grupo de esa edad y la aceptaran de nuevo en la choza de los jóvenes o, por lo menos, la integraran en los paseos y diversiones.

Tal vez, al saberse atendida, la *huinca* se sintiera más alegre y se complaciera con la idea del niño por nacer.

* * *

Cuando Patricia tuvo consciencia de dónde se encontraba y de que había permanecido desmayada durante un tiempo, con desesperación se llevó la mano al corsé para buscar la bolsa con billetes. Después se tocó la bombacha y el rodete. Consternada, notó que tenía el cabello atado de otra manera. Aun así, los tres paquetes con dinero continuaban en su sitio.

Suspiró aliviada. Ellos eran la única salvación de la dama, el pasaje fuera de esa tierra salvaje, porque, apenas un comerciante pasara por ahí, compraría el regreso a Europa. Todavía no quería aparecer por Carmen de Patagones, pero el viajero bien podría dirigirse a Buenos Aires. Correría el riesgo y, una vez llegada hasta el puerto, de inmediato partiría en un navío más grande e importante o, de tener dudas, iría hasta la casa de su tío para pedirle consejo.

Seguía enojada con él por muchas cuestiones y porque nunca había obtenido respuesta a la carta en la que le pedía que la rescatara de Walterio. No obstante, también sabía que ella había desaparecido y que, si él la había ido a buscar al pueblo, nadie –eso esperaba Patricia– habría podido decirle el nuevo paradero de la joven, ni siquiera si todavía se encontraba viva. Esperaba con todo el corazón que su tío la perdonara por el asesinato. Él entendería las razones que había tenido, idebería entenderlas!

Se incorporó, miró en derredor y comprobó que estaba en un rancho que nunca antes había visitado. Todavía se sentía un poco mareada y tenía mucha hambre. ¡Si aún ni siquiera había tomado el desayuno!

A su lado, Yapi le sonrió. En silencio, le ofreció un cuenco con caldo caliente. La muchacha la miró con detenimiento y algo de asombro. Entonces la reconoció como la anciana de los primeros días, la que parecía ser la jefa del poblado. La mujer tenía varios colgantes con piedras y plumas de colores que le adornaban el rostro; se había agujereado las orejas, y de ellas colgaban pesados aros hechos en plata; del cabello le salían muchas trenzas con tientos peludos de diferentes animales y más plumas, algunas tan enormes como las que usaban en Inglaterra para limpiar los objetos. En las manos, además, tintineantes anillos y pulseras le entorpecían un tanto los movimientos.

Recibió la cazuela y sorbió el reconfortante líquido. Vacío ya, sin agradecerse, lo dejó sobre el suelo. La *shoikn* tampoco esperaba que ella le sonriera o emitiera palabra alguna. Por dichos de los demás tehuelches de ese rancharío, sabía que la joven era seria y poco amigable; mayor razón todavía para querer ayudarla y buscar ablandar ese corazón endurecido por los tropiezos de la vida.

Patricia se levantó y, con cuidado, tras olvidarse del recipiente lleno de agua, regresó al hogar que compartía con Urzep. A pesar de detestarlo, prefería estar con él antes que con esa misteriosa mujer con apariencia de bruja. Por extraño que pareciera, más allá de que la anciana la había atendido con dulzura y extremo cuidado durante el desmayo, la inglesa le temía.

CAPÍTULO 20

Sin otra salida, la muchacha continuó con esa vida como nativa extranjera. Ya había comprobado que estaba encinta y, cansada de llorar, terminó resignándose al concluir que, por el momento, hasta que aquel hijo naciera, no podría ir a ninguna parte. Los anhelos de Patricia por pagarle a alguien para que la sacara de ahí y por adquirir luego un pasaje naval que la llevara hasta Inglaterra habían quedado trancos de manera temporal.

Para no seguir discutiendo ni estar distanciada de modo permanente de las demás mujeres, de mala gana aprendió a moldear y cocinar cacharros de barro; a coser cueros con toscas agujas hechas de espinas o huesos; a asar carne de ñandú, guanaco, liebre mara y ciervo. También se acostumbró a desayunar grasa; a comer asado con unas extrañas batatas de sabor insípido que ella misma había sabido cómo desenterrar con las manos; a recolectar bayas, tunas, manzanas y frutos de araucaria, a tragar huevos de pato sin cocinar y a masticar bolas de resina para limpiarse los dientes. Además, porque nadie se acercaba para hacerlo y Urzep era incapaz, se ocupó de su propia vivienda y descubrió cómo hacer una fogata y mantenerla encendida durante todo el día y la noche; de ese modo caldeaba el rancho.

A todo ello, la joven incorporaba sus propias costumbres, como limpiarse la dentadura con un palillo y tomar infusiones dentro de pequeños cazos en vez de utilizar el mate con bombilla de caña, que rechazaba de plano por considerarlo impuro. Sumado a eso, freía la grasa cuando le era posible; además, continuaba vistiéndose con enagua y falda, aunque, con las espinas que poblaban el entorno, con el roce de las piedras y el polvo, con las mojaduras y el paso del tiempo, las telas se encontraban cada vez más delgadas. Suponía que, llegado el momento, tendría que prescindir de ellas y utilizar en vez, como única vestimenta, las pieles de los tehuelches.

Por temor a ser identificada, seguía ocultando con tiznes y velos su propia identidad, convencida de que así la pasaría mejor porque, si alguien llegaba a enterarse de que una mujer blanca andaba por el rancherío, llamaría mucho la atención. Incluso era probable que la gente del pueblo lo escuchara y fueran a buscarla al suponer que solo podría tratarse de la asesina de Walterio. “¡Dios no lo permita! Si me encarcelan, ¿qué será de mí?”. Entre los mestizos, su pobreza era extrema, pero se sentía segura, cobijada, sin nada más que necesitar.

Era tiempo de enfrentarse con la cruel verdad: en eso se había convertido su vida. Por las razones que fueran, arrastrada por acciones acertadas o erradas, entonces se encontraba ahí y ya lo estaba aceptando. Con resignación, comprendió que, por más que le doliera reconocerlo, había sido ella y solo ella quien había querido amarrarse a Eduas. Nadie la había obligado. Los pesares que la tiraban hacia abajo los últimos tiempos, como un largo collar de perlas, la habían ablandado: ya no era tan necia como para negar que habían sido sus propias y antojadizas elecciones las que la habían conducido a ese estado de devastación.

También sabía que ya no tenía caso regodearse en las tristezas del presente. Patricia, a golpes de puntiagudo cincel y de fuego abrasador, estaba aprendiendo que la pasaba mejor si se dejaba estar, sin rebelarse tanto ante los acontecimientos cotidianos. En vez de ello, disfrutaba de los instantes, del sol que brillaba en las calmas mañanas sin viento, de las flores que asomaban cuando llovía, de las interminables risas de las muchachas, de un baño cuando el día se encontraba cálido, de una rica carne asada, de la suavidad y abrigo de las pieles tehuelches, de los colores danzantes de las fogatas, de las estrellas y del sueño plácido que la encontraba cuando se recostaba luego de un día agotador.

Aun así, todavía lloraba cada nueva noche mientras se lamentaba por lo que no se había dado, por lo que podría haber sido y por lo que había perdido en el camino. Lloraba, sí, aunque, de todos modos, aquellas lágrimas ya no estaban repletas de dolor, sino de una mansa indiferencia. Ella sabía que en algún momento se terminarían.

Los meses fueron pasando; el vientre de Patricia crecía apresurado. Urzep era grande, y su hijo también lo sería.

Las mujeres solteras, tal como les había pedido Yapi, la habían vuelto a aceptar en la choza, pero, cuando el embarazo de la extranjera se hizo evidente, con suavidad la echaron.

Una noche, Stretke apuntó con el dedo al abultado vientre de la muchacha y luego la empujó hacia afuera. Patricia entendió que ese rancho era solo de mujeres sin hombre.

—No. *Ó'oi. Cormer kálüm.* —“Estás embarazada y tendrás un hijo”.

Entonces no tuvo más solución que regresar al hogar de Urzep.

* * *

El invierno había llegado con su inclemencia usual, los vientos arrasaban la tierra, a veces hasta el punto que impedían a los nativos salir de sus chozas, que debían ser aseguradas de continuo para que no fueran arrastradas por las poderosas ráfagas de aguanieve. Esa era una tarea de mujeres, y como Patricia solo sabía coser, las demás colocaban los postes nuevos que los hombres les acercaban para reemplazar a los caídos o quebrados. Luego, la inglesa los unía con resistentes tientos.

—¡Auch! —se solía quejar al succionar el dedo pinchado.

Sin embargo, con tantas rústicas tareas manuales, la piel de la dama se había engrosado, y los callos ya formaban parte de ella. Patricia se los miraba sin hacer comentario alguno y, cada noche, antes de irse dormir, se los raspaba con una piedra áspera para después untarse las manos con grasa. Cuando regresara al mundo civilizado, no quería parecer una salvaje.

Por indicación de Yapi, las demás madres entraban a la choza de Urzep de manera periódica para controlar que la vivienda se encontrara entera. Si algún cuero se había desgarrado, llevaban otro y se sentaban en ronda de amigas a coserlo para que ocupara el lugar del roto. Urzep, mientras, se quedaba en un rincón, ajeno a todo. Patricia se acostumbró a la alegre y desinteresada presencia de las jóvenes. Solía ayudarlas, pero no participaba en el distendido coloquio. ¿Cómo podría hacerlo si no entendía el idioma de los nativos? Apenas si podía emitir algunas palabras en español, y ahí nadie hablaba inglés. Tampoco compartían preferencias ni costumbres. ¿Cómo, entonces, iban a mantener alguna conversación? De todos modos, de tanto escucharlas, varias frases comenzaron a serle comunes, y ya sabía cómo aplicarlas.

Afuera, el viento continuaba silbando, levantando polvo y partículas de hielo que chocaban contra las tiendas. La inglesa escuchaba las poderosas ráfagas mientras se preguntaba cuándo acabaría ese inclemente invierno. Desde el abrigo de la morada, solía mirar por los intersticios hacia el paisaje y estudiar el gris plomo de esos días tan cortos. Al hacerlo, la recorría un involuntario estremecimiento de frío. Luego volvía a la eterna costura. Al tener las pieles que debía unir sobre la falda y encontrarse sentada sobre varias más, se sentía algo más caliente. Aun así, siempre tenía los labios azules, así como las manos y los pies helados.

Entonces había entendido por qué esa gente consumía tanta grasa, costumbre que antes se le hacía tan repugnante y que también había terminado adoptando.

Al final, aceptó que su atuendo era inapropiado para esas bajas temperaturas y comenzó a usar una camiseta hecha con lana de guanaco, a colocarse más pieles sobre el vestido, a taparse la cabeza con un gorro peludo, a meter las manos bajo la capa de cuero que Stretke le había regalado y a calzarse gruesas botas con mullido pelaje dentro.

Claro que, de todas maneras, sentía frío. Detestaba vivir aterida y de continuo buscaba tareas que pudieran realizarse al calor de los fuegos centrales de cada rancho.

Los hombres también se mantenían más tiempo dentro y realizaban labores tranquilas, como fabricar boleadoras, pulir las piedras para luego colocarlas en la punta de las lanzas o flechas, armar monturas nuevas o trenzar finos hilos de cuero para los cabos de los cuchillos. En esos momentos, poco hablaban y mucho refunfuñaban, en especial cuando algún niño o perro se volvía demasiado molesto. Entonces intentaban darle un azote que el revoltoso sabía esquivar con habilidad y con ello conseguían que de inmediato se calmara.

Solo los más bravos permanecían afuera, y por fortuna la carne abundaba, por lo cual no debían salir a cazar demasiado seguido.

Esa mañana, la inglesa se levantó con el vientre duro. Tenía sed y necesitaba orinar.

Se cercioró de que el atuendo que llevaba la cubriera por completo, incluido el rostro. Luego de tomar la capa de guanaco, se la colocó sobre los hombros y la prendió bajo el cuello con un pinche de plata.

Supuso que el frío externo debía de ser intenso porque la choza se movía como en una danza sin fin. El cuero de la entrada daba latigazos en un amago por romperse, y el silbido agudo de las ráfagas al entrar por cada hueco no cesaba.

Había helado: la escarcha lo cubría todo. Patricia tendría que tener mucho cuidado si no quería resbalar sobre el hielo.

—Otro día gélido —se dijo, y suspiró con desaliento.

Se colocó las botas de piel y caminó con precaución en dirección al río. Bajo un bosquecillo, se agachó y liberó la opresión de la vejiga. Después fue hasta la orilla, donde comprobó que el borde de la cuenca estaba congelado.

—¡Maldición!

Tras dejar el cacharro sobre el suelo, colocó las manos sobre las caderas y miró hacia todas partes en busca de un sitio donde recoger agua. Cuando lo encontró, se acercó, estiró los brazos y dejó que el cántaro se llenara con el transparente y fresco líquido.

—Esto desanima hasta al más bravo. —Miró hacia arriba, al campamento indígena, y notó que apenas algunos hombres andaban afuera. Las mujeres debían de encontrarse dentro de las chozas, junto al fuego encendido, en tanto desayunaban o hacían sus tareas—. Eso es, regresaré y me pondré a remendar ropa, que tengo la falda rota.

De seguir así, tendría que reemplazarla por una camisa tehuelche.

Pensó en Urzep. Sabía que, cuando entrara al rancho, él no la molestaría. Durante las últimas jornadas, lo había notado mucho más aislado, además de que comía menos y realizaba escasos movimientos. Ya no la abordaba durante la noche, sino que se la pasaba quieto mientras murmuraba por lo bajo en un rincón de la vivienda.

Ella suponía que las secuelas de la viruela debían haberse exacerbado y que, en algún momento, ese cuerpo deforme diría basta y se consumiría.

Bien para ella y para él. Patricia ya había aprendido a reconocer los ruidos de aquella bestia y sabía que, a veces, el hombre sufría intensos dolores, por eso le tenía lástima. Había dejado de odiarlo y lo veía como un chiquillo grande, por lo que lo dejaba actuar según su parecer y capricho.

Recogió el recipiente y se lo llevó al hombro. Después, con gran esfuerzo se incorporó y comenzó el ascenso. Pero, al pisar mal un trozo de hierba helada, resbaló y cayó sobre sentada. La punzada fue tan grande que la hizo aullar y allí quedó, tirada sobre el congelado y duro suelo.

Algunas mujeres la escucharon y se asomaron por las entradas de sus moradas. Enseguida la observaron con gesto serio y fueron hasta donde ella se encontraba para ayudarla a levantarse y conducirla hasta la choza que compartía con Urzep.

Stretke la recostó sobre las pieles y, tras tomarla de la mano, se quedó al lado de la embarazada. Patricia, sin nada para hacer más que reposar, se miró las palmas. Hacía tanto que se las teñía con hollín, que los surcos y recovecos parecían haberse vuelto negros. ¡El Señor no lo permitiera!

De todos modos, ¿qué podía hacer? Tenía que continuar escondiéndose. Jamás debía olvidar que era una asesina y que, si la descubrían, lo que ocurriría después –la horca, la guillotina o las balas de un fusil– sería mucho peor que los tiznes permanentes.

Se tocó el vientre. Seguía tenso y le dolía mientras se contraía y relajaba en un ritmo constante. Aún no era tiempo de que su hijo naciera, pero ¿quién sabía?

Emitió un gemido involuntario, y Stretke, al notar que sufría, se levantó para retirarse.

—¿Te vas? ¡Quédate!

La tehuelche le sonrió.

—*Játen, pari poss.* —“Para calmar tu vientre, traeré infusión de yuyos calientes”.

La nativa regresó unos minutos más tarde y le ofreció un té que había preparado en su rancho.

—¿Te quedarás?

La muchacha se acomodó al lado de la parturienta y le volvió a tomar la mano.

—Me quedaré, Juana.

—Eres atenta conmigo.

Stretke apretó los labios con indiferencia.

—Hago lo mismo que haría con cualquier otra persona.

Al escuchar esas palabras, Patricia se molestó un poco. Había pensado que le caía bien y que por eso se ocupaba de ella, pero entonces venía a enterarse de que, para Stretke, Patricia era una más, como cualquiera de las otras tehuelches. Eso no le cayó en gracia. Aún conservaba la veta engréida que la llevaba a querer ser la única, la exclusiva. Todavía le costaba aprender de esa gente a ser menos calculadora. Entonces, con lentitud fue retirando la mano.

A la patagona pareció no incomodarle. Conocían demasiado a aquella extranjera como para molestarse por algún nuevo arranque de frialdad o antipatía. Ellos aseveraban que cada quien era distinto a los demás y que por ello debían tomar a las personas como eran.

Luego de unos minutos, Patricia se durmió.

CAPÍTULO 21

Cuando la inglesa abrió de nuevo los ojos, a su lado se encontró con una preciosa tehuelche que nunca antes había visto.

La observó extrañada. Esa patagona no pertenecía al rancharío. Era alta como los hombres y más grande que las demás mujeres. Además, tenía el cabello rojizo y los ojos grises.

Aunque había algo en ella, algo más que la diferenciaba de cualquier otro tehuelche. Aparte de tener otro tono de cabello y color de ojos, también vestía cueros muy bien curtidos y adornados con dibujos exquisitos, una capa de piel de zorrillo que se veía muy suave y caliente y botas delicadas que se le amoldaban a los pies a la perfección, atadas con correas trenzadas. Asimismo, poseía modales más cuidados, lucía algunas joyas muy lindas y hablaba con una mesura que debía de doblegar hasta al más salvaje león. Para definirla, esa nativa poseía un aire de aplomo y excelente educación que a la sajona le llamó la atención de inmediato.

Nuil se encontraba en actitud calmada mientras bordaba una capa con adornos geométricos.

—Hola —le dijo la inglesa en español—, ¿quién eres?

La mujer interpelada le sonrió con dulzura y le contó quién era en el mismo idioma.

—Soy Nuil. Vivo más hacia el sureste. Con mi marido tenemos una preciosa estancia llamada La Cimarrona.

—¿Viniste hasta aquí desde lejos?

Para la inglesa, el solo hecho de caminar a pie o a caballo un día entero ya era una misión casi increíble.

—Sí. Yapi me llamó para que acudiera a atenderte porque puedo hablar en español, ya lo ves.

—¡Bendita seas! —exclamó feliz Patricia.

—Entonces, tal vez tú y yo nos entendamos.

La dama comprendió casi todas las palabras de esa mujer, lo cual ya era razón de gran alegría. ¡Qué maravilla, podría conversar con alguien, expresar sus deseos y aversiones! Tenía a quién contarle qué necesitaba, qué no le agradaba y qué le gustaba.

De inmediato la invadió una sensación de soltura, de dejarse estar, de poder relajarse, de permitirse aflojar tensiones y tan solo cerrar los ojos y descansar. ¡Dejarse llevar y avanzar como un río que fluye manso por la suave pendiente!

En ese instante, quizás por estar tan aliviada, la joven sintió que algo en su interior se rompía. Era igual a una cadena que se partía, en la que cada eslabón parecía cortarse para disolverse en un torrente que amagaba con asfixiarla. Patricia miró a Nuil sin parpadear. Mientras inspiraba con lentitud, las palpitations se le iban acelerando hasta hacerle galopar el corazón. ¡Era una sensación tan placentera!

En ese instante comprendió cuánto tiempo había estado sola y cuánto dolía ese sentimiento. Con esa mujer, por más nativa que fuera, podría conversar, contarle sus propias cuitas, explicarle sus dolores y alegrías, confesarle sus miedos... Si la comprendía o no era un exclusivo beneficio o perjuicio de Nuil; lo que necesitaba la inglesa con desesperación era desahogarse.

Entonces, ya sin poder contenerse, comenzó a llorar con desconsuelo. Se sentó sobre las pieles, se cubrió el rostro con las manos y lloró. Al principio lo hizo despacio, y luego los aullidos fueron en ascenso hasta convertirse en un lamento que erizaba la piel al escucharlo.

Nuil la dejó tranquila hasta que, al notar que los sollozos subían de tono, abandonó el bordado y se acercó más a ella.

—Te entiendo. —Se colocó detrás y le aflojó el corsé—. Creo que, durante un tiempo, ya no necesitarás esto. Al niño no le hace bien.

Patricia quiso impedirselo; sin embargo, Nuil era enorme y tenía una contextura que intimidaba. Además, la sonrisa de la recién llegada se mantenía fresca, como si la invitara a distenderse y dejarse guiar por ella.

—Desde que estoy encinta, me lo aprieto menos —se excusó. Luego también se disculpó por las lágrimas—. Estos últimos tiempos me sucede muy seguido. Voy a secar mi interior si sigo así.

—Sí, a mí me ha sucedido lo mismo en el pasado. —La miró—. ¿Puedo proceder a aflojarte el corsé, me lo permites?

—Haz como quieras.

La inglesa se sentía muy desganada y deseaba que la mimaran un poquito.

—Excelente. Por ahora, lo soltaremos. Luego verás.

Tras desanudar las tiras, se lo quitó. A cambio, le entregó una chaqueta de tela gruesa que se encontraba sobre una pila de ropa vieja.

Patricia la dejó hacer. ¡Era tan reconfortante que la atendieran!

—¿Quieres que te arregle el cabello? —Fijó la vista en el trapo anudado en la cabeza de la joven, que ya era un jirón de tela raída—. ¿Por qué lo ocultas? —Patricia se llevó la mano al rodete y se lo apretó sin decir nada. Nuil supuso que debía de tener una importante y secreta razón para mantenerlo así, por lo que le dejó el pañuelo como estaba y cambió de tema—. ¿Cuántas lunas llevas de embarazo? Discúlpame, ustedes le dicen “meses”. Porque creo que nacerá pronto.

La sajona miró con furia al hombre que tenían cerca. Urzep estaba anudando y desanudando un tiento, muy ensimismado en la tarea.

—Desde que ese monstruo de hombre me atacó apenas me arrojaron a su choza.

—¿Urzep? Él ha quedado así desde que enfermó de viruela. No tiene la culpa ni entiende lo que hace. Además, si no querías vivir con él, ¿por qué no te fuiste?

—¡Lo intenté! El primer día quise escapar a otro rancho, regresar al de las mujeres solteras, pero me echaron. —Al hablar, utilizó algunos vocablos en idioma tehuelche.

—Veo que ya conoces algunas de nuestras palabras.

Patricia no la dejó continuar. Se sentía tan enojada por el ultraje que, cuando lo recordaba, necesitaba descargarse con alguien.

—¡Ni siquiera me asistieron cuando me quejé —expresó mientras señalaba hacia afuera—, ni cuando pedí ayuda para quitármelo de encima! No hicieron nada, ¡nada!

—Es probable que no entendieran tus palabras. Podrías haber ido a cualquiera de nuestros toldos. Por lo que sé, solo estabas prohibida en el rancho de las mujeres solteras.

—¡Eso no los disculpa! ¿Y mis gritos? No puedes decir que no los escucharon.

—Aquí, muchas mujeres lanzan sonoras exclamaciones cuando están con un hombre. Mi madre lo hacía, y sus chillidos se escuchaban en todo el rancherío.

—¿Y ustedes qué hacían? ¿Qué hacías tú? —inquirió la inglesa, muy perturbada por esa aseveración.

—Me ponía contenta por ella.

—¡Por favor, eso es muy salvaje!

Nuil sonrió.

—Tal vez, pero en el amor no hay reglas. Aunque déjame explicarte que, si te sacaron de la choza de las mujeres, fue porque no pertenecías a ese grupo. Además, fíjate. —Le señaló el vientre—. Tendrás un hijo. ¿No es eso maravilloso?

—¿Maravilloso? —Patricia agrandó los ojos y quedó boquiabierta durante unos segundos—. ¡Esto es increíble! Con un hijo, y encima como madre soltera, ningún hombre me querrá. En mi tierra, las mujeres no andan haciendo... —Movi6 la mano y frunci6 los labios con asco—. No andan haciendo cochinas por ahí.

—¿Llamas a eso “cochinas”? Pero isí es hermoso! Entre mi gente, todos lo hacemos: solteros, casados, jóvenes, viejos...

—¡Pues, entre mi gente, tener sexo mientras se es soltero y no llegar virgen al matrimonio es un sacrilegio! Una cruz que nos condena por la eternidad.

—¡Qué triste! —Nuil qued6 pensativa—. Ahora, regresemos a la cuesti6n del rancho. Si no querías estar con Urzep, entonces, ¿por qué no te hiciste una? ¿Sabes curtir cueros, coser, trenzar tientos?

—Coser, sí; curtir, no.

—Te enseñaré.

—A lo mejor no deseo aprender.

Nuil se volvi6 a sentar frente a ella y continu6 con el bordado. Verla en esa actitud tan tranquila calmaba a Patricia, cuyo enojo comenzaba a amansarse y a menguar en intensidad.

—¿Alguna vez colaboraste con las mujeres en sus tareas?

La nativa hizo la pregunta con mucha naturalidad, como si estuvieran conversando de cuestiones hogareñas y se conocieran desde hacía rato.

—Sí, aunque lo hice obligada —se sincer6—, porque, de poder elegir, no lo habría hecho. ¿Para qué?, si en alg6n momento me iré de aquí. Yo no pertenezco a este sitio.

—¿Por qué? Si ellas siempre te ayudan en todo, y estás viviendo con esta gente.

—No deseo saber cosas exclusivas de sirvientes. Ya te dije que pronto partiré.

Nuil, sin dejar de sonreír, lo pens6 un momento.

—Tampoco sabías criar a un hijo ni pediste que viniera a ti; sin embargo, lo recibirás con alegría, y te aseguro que, mientras vaya creciendo, sin darte cuenta, las diferentes situaciones te irán llevando y aprenderás cómo criarlo. ¿O vas a esperar a tener una niñera para, recién en ese instante, ocuparte de él? Cuando te viste forzada a desaparecer de Carmen de Patagones, te obligaste a aprender muchas cosas que ignorabas. Es así, ¿verdad?

—Lo es —tuvo que reconocer Patricia.

—Ya ves, hay cuestiones que debemos saber por más que no lo deseemos. No olvides que el conocimiento te da libertad. Cuanto más sabes, más libre eres, porque necesitas menos ayuda ajena. Por ejemplo, si aprendes a curtir cueros, entonces podrás construir tu propia choza —razonó con las cejas elevadas con picardía mientras la miraba— y podrás irte de esta.

Patricia pensó en los inconvenientes que habían surgido por culpa de su propia ignorancia y consideró que Nuil tenía razón. Si hubiese sabido cómo usar un arma, a lo mejor podría haberse liberado de los piratas que se habían quedado con *El Andaluz*; si hubiese tenido más habilidades, tal vez habría escapado antes de Walterio y no se habría visto forzada a matarlo. También, como decía la india, si se hubiese ocupado en aprender el idioma de los tehuelches, habría comprendido que no estaba atada a Urzep y podría haberse ido de esa morada cuando hubiera querido.

¡Ay, le dolía la cabeza al pensar en todos esos errores!

—Sí, suelo ser algo necia para aprender —reconoció en voz alta y por primera vez, sonriente ante su propia testarudez.

—Lo importante es que lo notes y te corrijas... o seguirás sufriendo. —Patricia levantó las cejas y apretó los labios en tanto asentía—. ¿Quieres que levantemos una choza ahora? Puedo pedirles a las mujeres que me den algunos cueros. Te aseguro que querrán participar.

—¿Por qué habrían de hacerlo? Cuando me alojaron en la suya, las traté con bastante desprecio. Merezco lo mismo.

—¡Vamos! Nosotros no tenemos tiempo de sentirnos enojados o dolidos por algo o alguien. La alegría siempre debe primar en nuestras actitudes. ¡Es tan bonito reír!

Patricia no había comprendido todo cuanto Nuil le había dicho, aunque estaba de acuerdo con los conceptos que intentaba mostrarle.

—Eres buena —exclamó la dama mientras se secaba las últimas lágrimas.

—No, tan solo somos así. Los nativos carecemos del sentimiento de propiedad. Todo es de todos, y ojalá los *huincas* lo comprendieran —terminó en tono bajo y muy seria. Después la miró en tanto esperaba una respuesta sobre la construcción de la tienda—. ¿La hacemos? No tendrá que ser muy grande si piensas habitarla tú sola. Luego, cuando aprendas cómo limpiar los cueros, les devolverás los que te cedieron. ¿Qué te parece?

Patricia lo pensó y otra vez esbozó una sonrisa de complacencia.

—Puede ser.

—¡Vamos ya mismo!

—¿Ahora? Híela afuera, ¿lo notaste?

—Más razón para comenzar cuanto antes. Si no deseas vivir más con Urzep, pues debemos construirte un hogar de inmediato.

Sin esperar respuesta, Nuil salió del rancho y convocó a las demás mujeres con sonoros aplausos.

En pocas horas, cuando rayaba el momento de más calor en la estepa —lo cual significaba que las nubes se habían abierto apenas para dejar lugar a una tibieza momentánea—, entre risas y mates, chistes y cantos, ya habían concluido con la choza de Patricia.

—Ven, repasémosla, está lista —le dijo Nuil.

Patricia había colaborado en mantener los cueros firmes para que las demás pudieran unirlos, había sostenido los postes y hasta había atado algunos entre sí, aunque los nudos que hacía eran tan flojos que las demás, al tiempo que reían divertidas, los soltaban y volvían a hacerlos. La inglesa también dejaba escapar algunas carcajadas, pero cada tanto se detenía porque el dolor en la espalda era cada vez más intenso.

Cuando se recostó sobre su nueva cama, algo en el cuerpo o en esa intuición de futura madre le dijo que la criatura estaba por nacer. Por las dudas, antes de irse a dormir, fue a buscar a Nuil.

—¿Querías pasar la noche conmigo? Es la primera vez que duermo sola —pidió, y se tocó el vientre enorme—, y creo que mi niño quiere nacer.

—No te inquietes, todas ayudaremos. Siempre lo hemos hecho. Ahora iremos a tu rancho, te recostarás, te revisaré y veremos qué sucede.

La tomó de la mano y la llevó hasta la vivienda nueva. Cuando Patricia se acostó, Nuil se arrodilló al lado y quiso levantarle la falda; pero, con mano firme, la inglesa la detuvo.

—Desnudarme, no.

La tehuelche negó con la cabeza.

—Si no me permites que te revise, si no te quito todo lo que tienes encima, tu niño no podrá nacer. —Con el objetivo de calmarla, siguió hablándole—: Sé que tienes secretos que no deseas que nadie conozca, pero ya es momento de soltarlos. Los tehuelches somos muy discretos. —Hizo ademán de cerrar los labios—. Aquí nadie hablará sobre tus... ¿Cómo los llaman los *huincas*? Tus pecados. A nadie le interesan. Los tehuelches creemos que todos los seres de esta tierra somos puros y perfectos, nadie es mejor o peor. Algunos jovencitos suelen rebelarse y hacer travesuras, hurtan caballos, matan animales sin tener hambre, a veces beben demasiado... Eso y poco más, pero no significa que sean malos. —Se quedó aguardando—. ¡Vamos! Ni siquiera sé cómo son tus ojos.

Patricia, mientras, pensaba. ¿Podría confiar en las palabras de esa indígena? ¿Podría develar que ella era muy blanca y que tenía ojos claros? ¿Qué sucedería cuando Nuil descubriera que era extranjera? Era probable que ya lo supiera, aunque no contara con tanta evidencia. A lo mejor ataría cabos y comprendería que estaba frente a la asesina que tanto buscaban en Carmen de Patagones. Por otro lado, su hijo pedía nacer. ¿Cómo haría para impedir que viniera al mundo?

Patricia ignoraba que todos en el rancherío ya sabían que ella era una forastera llegada de tierras muy lejanas. ¿Cómo habrían de no darse cuenta si era pequeña, delgada y hablaba y actuaba distinto?

Sin hablar, resignada a la suerte, comenzó a desvestirse. Se quitó primero los trapos que le cubrían la rubia cabellera.

En silencio también, Nuil la ayudó a aflojar los nudos y a sacarse el vestido, la enagua, la camiseta y la bombacha larga, hasta dejarle apenas las medias y la tela que le rodeaba el busto.

La tehuelche se asombró de la blancura de esa piel que se le hacía casi transparente porque podía distinguir las venas que la surcaban, así como del cabello en tono arena clara y de esos ojos como el agua más translúcida. Le recordó a Gérard, el amigo de su marido, bravo entre los más bravos, pero pálido desteñido como esa muchacha. ¿Por qué se ocultaría? ¿A qué le temía? Aunque, si quería contárselo, en algún momento lo haría.

La sajona notó el asombro en la mirada de la nativa y se preocupó.

—¡Por favor!

—¿Por favor qué, muchacha? —inquirió Nuil, ya repuesta de la primera gran impresión al descubrir a esa extraña *huinca* blanca. Le había hablado con mucha ternura al hacerle esa pregunta.

¿Qué sabía ella de los secretos que tenían las demás personas? Cada espíritu era una colmena de abejas, y cada abeja era una raíz distinta.

—¡Por favor no me delates! —gimió la inglesa en un español mal pronunciado—. Nadie debe saber que soy una sajona escondida en este poblado. —Le tomó la mano y se la apretó—. ¿Juras no decirlo? Si lo descubren, me matarán.

Nuil quedó de nuevo pasmada ante semejantes palabras. ¿Qué habría hecho esa mujer para verse obligada a huir y esconderse del resto del mundo? ¿Por qué alguien querría asesinarla?

En ese instante, recordó algo que hacía poco le había contado su marido, y el recuerdo, hilado a lo que acababa de descubrir, casi la hizo atragantarse. Tosió un poco para disimularlo. Un segundo después, reaccionó y volvió a sonreír.

—No te preocupes, prometo no decirle nada a nadie.

Sin embargo, en su interior, sabía que no era verdad.

CAPÍTULO 22

La criatura pidió nacer esa misma noche.

Cuando la alborada se hacía lugar en la más densa oscuridad de la Patagonia, la amorosa Geraldine –o Yeraliin, como la llamarían los mestizos–, apuró a su madre para que la trajera al mundo.

—Criatura del desierto serás —expresó Nuil al notar que la inglesa se inclinaba y gemía cada vez más seguido.

Patricia se doblaba ante cada naueva contracción y, al tiempo que cerraba los ojos con fuerza, se quejaba.

—¡Esto no puede ser posible! ¡No puede existir tanto dolor! ¡Es inhumano!

Se había quitado la pechera que le apretaba los pulmones, llevaba la falda del vestido y la enagua a medio levantar y se había sacado la bombacha para que Nuil pudiera revisarla con mayor comodidad. También se había levantado el velo y se había atado el cabello en una coleta. Quería estar lo más cómoda posible, aunque aquello se había tornado lo menos importante en ese momento ante el dolor. Cada tanto, se pasaba la mano por la frente y la cintura, tal vez en un vano intento por despejar la presión que sentía en el bajo vientre y que de a poco había ido ascendiendo hasta abarcarla entera. Sentía los dedos pegoteados y resbalosos; transpiraba bastante, por más que, dentro de la tienda, no hiciera tanto calor. Respiraba de modo entrecortado y, cuando una nueva contracción la acometía, se quedaba quieta y apretaba los labios.

—¡Uh! —clamaba.

—No te inquietes, es normal sentir esas puntadas.

Cuando escuchó que Nuil trataba de calmarla con semejantes palabras, la inglesa la miró con odio y apretó la mandíbula hasta hacer rechinar los dientes. Luego chilló una vez más.

—¡Tú te crees que es tan fácil! Toma, te regalo mi sufrimiento, uno que nunca pedí padecer. También te ofrezco de buena gana a mi hijo, que nunca pedí tener. ¡Odio al monstruo de Urzep, lo odio, lo odio!

La inglesa había exigido que nadie más que Nuil estuviera presente durante el parto a pesar de que, si hubiera tenido cerca a Yapi y Stretke, se habría sentido más acompañada. Sin embargo, no quería que, en un descuido, descubrieran sus facciones.

Nunca imaginó que los patagones, además de saber que era una extranjera de tierras muy lejanas, también conocían los rasgos de la joven por haberlos adivinado bajo el velo. Si no se lo habían mencionado, era porque deseaban ser discretos, sin inmiscuirse en asuntos ajenos.

Fuera de la choza, las mujeres permanecían atentas. Habían encendido una fogata en la entrada y, mientras cebaban mate, cuchicheaban entre ellas. Cada tanto, se inclinaban y trataban de ver algo por entre las costuras de los cueros.

Al verlas asomarse, Nuil les hacía señas para que se quedaran quietas, sin hablar ni hacer ruido porque, de enterarse de que la estaban observando, era probable que la inglesa las echara a gritos.

La tehuelche, al escuchar los constantes quejidos de la parturienta, de vez en cuando le acercaba un cazo y le daba de beber algunos tragos de un té perfumado que mantenía tibio cerca de las brasas. Pero Patricia sentía tanto dolor que, después de tomarlo, hacía arcadas y terminaba devolviéndolo.

—¡Es asqueroso! —volvía a lamentarse.

—No, no lo es.

—¿Me vas a pelear cuando estoy en inferioridad de condiciones? —bramó mientras la miraba sin pestañear—. Siento que me arrancan las vísceras. ¡Es como si me estuviera muriendo!

—Tienes razón, no discutiré contigo. Aunque te aconsejo que, la próxima vez, intentes no vomitarlo —le sugirió Nuil.

Las horas pasaban, y Patricia sentía cada vez más contracciones. Al principio habían sido leves, pero iban aumentando a medida que transcurría el tiempo de espera y el nacimiento se hacía inminente. El vientre de la muchacha era como un tambor que estaba siendo apaleado, y le parecía que explotaría si lo apretaba demasiado fuerte.

—Recuéstate. A lo mejor, así te relajas un poco.

—¿Relajarme? —estalló una vez más la joven, que goteaba sudor, con los ojos a punto de salirse de las cuencas—. Me siento miserable, quiero partirme en dos, salir corriendo de esta casucha de trapos viejos y cueros malolientes, dormirme hasta el año que viene, colgarme de un árbol y ahorcarme para ya no sentir más nada...

Nuil detuvo el discurso de esas ideas tan disparatadas que, sabía ella, Patricia nunca llevaría a cabo, sino que las decía solo porque experimentaba un potente dolor.

—Te entiendo. ¿Ahora me dejas que te revise?

—¡No, no y no! —exclamó con fervor la sajona en tanto movía la cabeza y se negaba a acostarse.

—Entonces, el dolor continuará allí por siempre. Vamos, es simple, ponte de espaldas e inclínate sobre tu cama. Controlaré si la criatura está por nacer. Solo si la sacas de tu cuerpo, el sufrimiento se aliviará.

Había dado en el centro de la ansiedad de Patricia, quien entonces, a desgana, obedeció.

Nuil observó la dilatación y, sonriente, exclamó que todo estaba listo para el alumbramiento.

—Tu hijo está a punto de nacer, ¿ves?

—¡Entonces sácalo de una vez! ¡Sácalo, sácalo!

Patricia había escuchado que los partos en los humanos eran complicados y muy dolorosos, aunque nunca había imaginado que sería como lo que estaba sintiendo en ese instante.

—Ahora recuéstate de espalda. Haz un poco de fuerza, como si quisieras expulsar algo. Yo, mientras, te presionaré la barriga.

—¿Presionármela? ¡Estallará!

—No, muchacha, solo sentirás alivio.

Ante palabras tan groseras, Nuil nada le decía; sabía cuánto debía de estar padeciendo.

Patricia le hizo caso y, la cuarta vez que pujó, la pequeña Geraldine emitió sus primeros berrinches, como si reclamara luz, sensaciones y un sitio para ella en esa vasta tierra.

Luego del parto, apenas se repuso un tanto, Patricia se volvió a cubrir el rostro y, tras colocarse de costado, ya no volvió a moverse. Que otro se ocupara de los pendientes, ella ya había hecho lo que le correspondía.

Nuil se encargó de darle la bienvenida a la criatura: la limpió, le abrió la boca para quitarle todo resto de sangre y placenta, la abrigó y, al final, la dejó junto a la madre para que le diera calor.

La inglesa no se movió. Furiosa, el único sentimiento que la inundaba era hacia Urzep. Ahí tenía él el producto de ese descarnado atropello.

Ante pensamientos tan crueles, no sentía lástima alguna por aquella chiquilla, no sentía frío, ni hambre, ni sed, ni sueño; no sentía nada bueno, nada por qué vivir. Estaba tan agotada que se creía desfallecer, muy enojada, invadida por una extrema tristeza y decepcionada por cómo se estaban dando las cosas en su mundo. Ya ni siquiera quería abrir los ojos, cubrirse o pedir algo. En el interior de la joven, habitaba la más inmensa nada.

—Esperaremos un momento hasta que salga la carne que la unía a tu vientre. *Bólte káach* —expresó Nuil y, sin decir más, se retiró y se sentó a cierta distancia.

Entonces Geraldine lanzó un débil berrido y luego algunos sonidos guturales en tanto movía los labios y succionaba en el aire.

Patricia se dio vuelta atenta y la miró con recelo.

—¿Ya sabe hablar? Ha emitido algunos ruidos como los que ustedes hacen cuando conversan.

La tehuelche rio y, tras acercarse a la niña, la acomodó mejor y controló que estuviera caliente.

—Como cualquier recién nacido, está aprendiendo a comunicarse. —Entonces miró a la madre—. Es preciosa, ¿lo notaste? Sus ojos son como dos carbones, y su cabello...

—Su cabello es como el de todos ustedes y el de ese monstruo que me obligó a tenerla —terminó la frase la inglesa, aún sin convencerse de tomarla entre los brazos.

Patricia no podía olvidar que esa criatura nunca había sido buscada, por eso no quería sentir ternura hacia ella. Que otro la criara, que otro se ocupara.

—Lo es. —Nuil continuó explicándole cómo era la niña—. Pero posee algo distinto: su piel es más clara y, en la frente, tiene una mancha, como si una linda mariposa estuviera posada sobre su rostro.

Patricia cayó en la trampa y, al sentir curiosidad, quiso verlo. Le corrió las pieles de zorrillo con las cuales Nuil la había cubierto y la observó.

—Una libélula.

—Una libélula —repitió la tehuelche, feliz de que la inglesa comenzara a sentir aunque más no fuera un mínimo interés por esa criatura.

—¿La llevas?

La nativa no comprendió las palabras de la extranjera y se quedó seria, preocupada. Miró a la sajona con el ceño fruncido.

—¿Llevarla adónde? Aquí está caliente, afuera hiela. Ni siquiera me atrevo a correr el toldo para mirar.

—Aléjala de mí. Fuera de mi rancho, fuera del rancherío y fuera de mi vida.

Nuil estaba consternada, aunque tampoco le llamaba demasiado la atención. Esa muchacha que tenía al lado había sufrido mucho, y el hecho de haber tenido un hijo en condiciones tan paupérrimas debía de agobiarla hasta el punto que la mantenía ausente y ajena. De haberse enterado antes, ella la habría llevado hasta La Cimarrona, donde existían muchas más comodidades que en ese poblado.

Entonces se detuvo a pensar qué responderle. ¿Cómo procedería, cómo podía despertar la ternura de esa madre? Debía descubrir algo que la hiciera cambiar de idea.

—¿Deseas que me la lleve ya? ¿No podemos esperar a que despidas la carne que las mantenía unidas?

—No —fue la lacónica respuesta de la sajona. Después volvió a darle la espalda.

Entonces la patagona tomó el diminuto bulto y lo abrazó. Se incorporó y fue hasta la salida de la tienda.

—¿A dónde la llevarás? —preguntó la madre, de nuevo indagadora, y se dio vuelta apenas para mirarla.

—A la choza de Yapi. No te preocupes por la criatura. Si no la deseas, no la verás más.

—¿Yapi? ¿Y qué hará esa vieja mujer con ella? No la hará sufrir, ¿verdad? Dime que no.

—¡Por supuesto que no! No temas, la adoptará como si fuera de ella. Ella nunca pudo tener hijos. Estará complacida de recibirla como suya.

—¿Suya? ¿Esa anciana la criará?

Patricia se sentó, boquiabierta. ¿Qué locura era esa? ¿Qué estaba por hacer Nuil?

—Es vieja pero muy sabia. Sabrá cómo hacerlo. Además, todas la ayudaremos. Creo haber visto a otras madres que están amamantando. Criar un niño no es tan difícil.

—Pero... Pero... ¡es muy vieja! ¡Se le caerá de los brazos! ¿Qué leche saldrá de sus pechos secos?

—Están las otras madres, ya te dije, o las perras paridas.

—¡Por Dios! ¿Qué barbaridades dices? ¡Tráela ya mismo a mi lado! ¡Nunca he visto tanto descarar! ¡Perras para amamantar a mi hija! ¿Para qué tengo dos pechos llenos? — Se abrió el corsé y, luego de estirar los brazos para reclamarla, la tomó. Después la acercó a uno de sus pezones. Al tiempo que la criatura buscaba con esos diminutos labios la fuente de comida, Patricia le quitó el cabello pegoteado de la oreja y sonrió—. Libélula del amanecer. Hola, Geraldine. —Una leve sonrisa de placer se esbozó en los labios de la madre.

Nuil sonrió con disimulo. Suponía que la muchacha reaccionaría de ese modo. Conocía demasiado al ser humano como para dudarlo.

En realidad, Yapi sí tenía varios hijos, aunque ya estaban grandes y no vivían más con ella hacía tiempo.

Feliz, la sabia mujer observó, durante unos minutos y en silencio, a Patricia darle de mamar a su niña. Todo se encontraba en orden. Luego salió.

De haber sido una nativa la parturienta, ella la habría conducido hasta el río para que se diera un baño y se limpiara las partes íntimas y la transpiración. Pero Patricia era extranjera, y de la boca de Jacques, quien había padecido en carne viva varias muertes familiares, Nuil sabía que los blancos eran bastante más débiles que los tehuelches. Si la inglesa se mojaba en el agua helada, era probable que se enfermara.

—¿Todo está bien? —inquirió ansiosa Stretke al verla aparecer.

—Cada cosa en su lugar.

La joven indígena entonces abrazó a Nuil. En susurros, cada una de las demás mujeres la saludó y le agradeció por el excelente resultado del alumbramiento. Por último, regresaron satisfechas a sus chozas. Los nacimientos eran algo normal en las vidas de aquellas jóvenes y, si se habían aproximado para esperar el parto de la inglesa, era de hecho porque temían por la salud de la muchacha.

¿Alguna vez la sajona se enteraría de cuánto la apreciaban y cuidaban? De saberlo, era muy probable que se sintiera complacida. Pero, para ello, primero debía abrirse a los sentimientos y permitirse mostrar los propios sin recelo alguno. Recién en ese momento las nativas desplegarían aquellas emociones.

Nuil quedó sola. Inspiró profundo, observó la aurora que daba paso a un nuevo día y les agradeció a los espíritus por haberle otorgado la suficiente sabiduría como para haber llegado a tan hermoso final.

Después volvió a entrar y se recostó a descansar mientras pensaba en su adorado Jacques y en su propio hijo, Francisco.

CAPÍTULO 23

Tarde en esa mañana, Nuil se despertó y buscó a la inglesa. La encontró dormida con la criatura en brazos.

Al escuchar que la tehuelche se aclaraba la garganta, Patricia se incorporó apenas y la miró.

—Tienes una hermosa niña —expresó Nuil con la camisola aún arremangada y la fatiga dibujada en el rostro.

La dama miró a su hija con abatimiento. Habría deseado que tuviera un padre que la reconociera y amara, que hubiera nacido en otro entorno, entre su propia gente, repleta de regalos, en el calor de una sala con el fuego encendido, sobre una cama más mullida y con un médico presente para que la revisara y comprobara que estaba sana.

Nuil seguía mirándola. Intuía lo que debía de estar pensando. Con extrema ternura, le acomodó las pieles, la cubrió mejor y le preguntó si deseaba algo más.

—Estoy aquí para ayudarte. Todos los tehuelches de este rancherío estamos a tu disposición. Pide lo que necesites y lo traeremos, o puedo enviar a los hombres a conseguírtelo. —Miró hacia afuera—. Las mujeres están ansiosas por entrar a felicitarte, pero les dije que aguarden a que te sientas mejor. No creo que desees visitas ahora mismo.

—Gracias.

Luego de que la tortura del alumbramiento hubiera pasado, Patricia sentía un poquito de remordimiento. Se avergonzaba de haber tratado tan mal a la nativa que tenía al lado, dado que Nuil lo único que había buscado al atenderla había sido aliviarle el intenso dolor.

Entonces, por segunda vez desde que esa mujer se encontraba en el poblado, algo se quebró dentro del pecho de Patricia. En esa ocasión, no imaginó cadenas que se rompían, sino que la sensación fue como si hubiese estado a oscuras y de repente alguien hubiera encendido la luz.

Observó el rancho nuevo, que brillaba con el sol que entraba por la abertura, a su querida Geraldine, la fogata encendida y las pieles que las cubrían a ella y a su criatura. Pensó en el amor incondicional de esa mujer que la atendía sin requerimiento alguno y

sin casi siquiera conocerla, en las mujeres que permanecían afuera, felices porque ella había tenido una criatura a pesar de nunca haber sido generosa o simpática con ellas, en los hombres que aguardaban las órdenes para salir a buscarle lo que fuera... y comprendió que entonces también se sentía protegida y bien atendida.

¿Cuándo había tenido compañeros tan incondicionales como esa gente? ¿Cuándo la habían aceptado solo por ser un ser humano y no por su apariencia? Porque, si al aspecto se refería, el de ella era bien desastroso. Sucia, enhollinada, grasienta, antipática, mal vestida, poco generosa y mal engestada, Patricia no era muy agradable, por cierto. Sin embargo, ellos la habían acogido sin cuestionarle nada y la habían aceptado así como era.

De haber estado en Inglaterra, ¿habría sucedido lo mismo? Un escalofrío la recorrió entera. ¡Por supuesto que no! Sus amigas, escandalizadas al saber que había tenido un hijo sin estar casada, se habrían alejado con una excusa vana; sus padres la habrían encerrado de por vida en un lejano convento para aislarla del mundo como a la peor y más apestosa de las alimañas. También era probable que hubieran decidido abandonarla en la choza de una anónima curandera para que la asistiera en el parto solo por dinero, una mujer que la habría dejado morir si las cosas se complicaban y, si no, le habría quitado el niño apenas hubiera nacido para entregárselo a un desconocido campesino.

Ella se sentó, le sonrió a Nuil y expresó en un cálido susurro:

—¡Gracias!

—Nada que agradecer. Todos merecen tener un buen alumbramiento y ser consentidas y vigiladas con cuidado.

* * *

Durante los siguientes días, ambas mujeres permanecieron inseparables. Conversaban como amigas que se hubieran alejado y que por fin se hubieran encontrado, se contaban historias y parloteaban como lo hacían las demás nativas. La única diferencia era que ellas utilizaban pocas palabras en tehuelche, muchas en español y, cuando todo ello no servía, gestos.

Nuil era un ser querible y amoroso, cálido y muy fácil de conformar. Para ella, la vida era un continuo placer, tuviera o no inconvenientes; y cuando se enojaba, sin vueltas decía lo que pensaba y arreglaba el entredicho de inmediato al cortarlo de cuajo o componerlo. El mandato principal de la india era evitar los “¿Y si...?”.

—¿Y si yo hubiera procedido de otro modo, y si hubiera tenido más hijos, y si me hubiera casado con él...?

Nada de ello servía. Lo relevante era lo hecho. Por eso se debía actuar para uno u otro lado cuando un entuerto atoraba los sentidos.

Así se lo mostraba a la sajona, a quien le enseñaba con actitudes y ejemplos todo cuanto Patricia debía conocer para comenzar a sentir alegría por el simple hecho de estar viva.

—Para ti todo es fácil.

Durante esa siesta, conversaban fuera de la vivienda mientras tejían en un telar.

Al escucharla, Nuil sonrió y miró hacia el cielo límpido con los ojos entornados.

—Lo es.

—¿Y si tienes frío, hambre, enojo, el vestido no te queda bien o el hombre que te gusta no te corresponde? ¿Y si estás enferma o vas a morir? A ver, cuéntame, ¿qué me respondes a eso? ¿Cómo puedes ser feliz con todos esos inconvenientes encima?

Nuil lo pensó un momento.

—Veamos, si tengo frío, me abrigo con lo que tenga a mi alcance: una piel, una fogata, arena, hojas... Si tengo hambre —reflexionó, y señaló el entorno—, hasta un cuero o un yuyo me sirven. Si me enojo, golpeo a aquello que me provoca rabia, lo enderezo o lo destruyo. ¡Puf! —Chasqueó los dedos—. Ya, listo, terminado. Si un hombre no corresponde el amor que siento hacia él, pues no me merece. Me busco otro mejor, y se terminó. ¡Hay tantos varones excelentes! ¿Qué más? Si no me gusta el vestido, eso es casi imposible. ¿Por qué no habría de agradarme algo que me puse? Sea claro, oscuro, fino o grueso. Y si me enfermo... Seguro que alguna vez me enfermaré, ya me ha sucedido; otras tantas veces, me curé. Si muero, ¡ah, eso es fácil de responder! ¡Claro que moriré! Pero, para morir, primero tengo que estar viva. ¿Alguna otra inquietud?

—¡Nada, nada! —replicó Patricia algo ofuscada al entender el punto de vista de su nueva amiga.

La sajona notó que Nuil era una gran mujer, respetada y amada por los demás nativos del rancherío, y ella tampoco fue ajena a ese magnetismo. Nuil, con aquellos simples consejos y su ejemplo, le mostraba que las cosas no eran justo como la forastera pensaba, o siquiera parecido.

La inglesa recapacitaba. ¿Cómo era posible que los tehuelches, que casi nada poseían, fueran más felices que ella, que creía haberlo tenido casi todo? En alguna parte de su propia filosofía de vida, existía una grave falla.

La tehuelche, con esas palabras, le explicaba que no tenía que meditarlo demasiado, que se era feliz por propia elección, sin esperar que los de afuera ayudaran.

—La alegría está aquí —afirmaba mientras se tocaba el pecho—, y a tu interior nadie puede entrar más que tú misma. Ni premios, ni regalos, ni el día soleado o un amor grande; desnuda de todo, solo desearlo y ya está.

Cuando se encontraban dentro del rancho, Patricia se quitaba cuanto le servía para ocultar sus rasgos hasta quedarse nada más que con una camiseta tehuelche sobre la enagua. Encima, se colocaba una capa o un poncho de lana. Permanecer suelta de prendas era algo novedoso y muy cómodo.

Cuando salían, sucedía la transformación. Mientras su amiga la observaba, la inglesa se colocaba el vestido de siempre y el corsé, se embetunaba el rostro, la raíz del cabello rubio y las manos, se ataba un pañuelo en la cabeza y escondía los ojos bajo una tela fina. Las bolsitas con billetes, las dejaba dentro del toldo, escondidas bajo tierra.

La otra nada le decía y solo se ocupaba en estudiarla para que no quedara nada incorrecto en la apariencia de la dama.

CAPÍTULO 24

Cierta mañana amaneció nevando. Nuil se asomó y, con la exaltación dibujada en el rostro, miró hacia adentro y le preguntó a Patricia si quería ir a jugar con los niños.

—Ellos de seguro van a hacer personas de nieve. Desde aquí ya los puedo ver salir en grupo entre carcajadas y empujones. ¿Quieres participar? Es muy entretenido.

La inglesa pensó que, de encontrarse en su propia tierra, esa idea habría sido inaceptable. ¿Cómo una dama se iba a revolcar en la nieve, correr con los chiquillos y armar muñecos?

—Eso es cosa de criaturas.

—Lo es. ¿Y?

Sí, Nuil tenía razón: ¿qué importaba? ¿Quién la vería? ¿A quién debía rendirle cuenta de sus actos?

—¿Quién cuidará de la niña?

—¿De Yeraliin? Se la podemos dejar a Yapi o a Stretke. Ellas la atenderán muy bien.

Patricia no lo pensó demasiado. ¿Por qué no? Luego de abrigar a la pequeña, las tres salieron de la choza y se dirigieron al rancho de las mujeres solteras. Una vez allí, le preguntaron a la muchacha si podía cuidar a la criatura hasta que ellas regresaran.

—¡Sí, Yeraliin es una chiquilla buena! Vayan a jugar. Nosotras nos ocupamos. — Tomó a la criatura en brazos y apuró a las dos mujeres para que corrieran junto a los niños.

Patricia se acercó al grupo de revoltosos y observó durante un momento cómo iban de un lado a otro para armar bolas al hacerlas girar sobre el suelo y cómo aquellas se agrandaban con cada nuevo paso hasta volverse gigantescas. Al principio, se sintió algo cohibida de participar en esos juegos tan infantiles, pero luego se fue soltando y terminó tan sucia como los demás.

Entre carcajadas, rodó por la nieve y compactó esferas blancas que arrojó a los niños y a los muñecos que habían levantado. Al ayudarse entre sí, los infantiles armaron una tan grande como el vientre de un glotón y formaron así la base de los muñecos. Ella

también construyó un par y después los disfrazó como hacía consigo misma al cubrirlos con trapos y pieles. Al final, les puso nombre.

—Tú te llamarás Tormenta. Tú, Trueno; y tú, el de más allá, Zanahoria.

Los chiquillos se despanzurraban de la risa al escuchar nombres tan disparatados.

—*Karken peio aish kaichero*k. —“Mujer blanca habla torcido”.

Terminó con las manos coloradas de frío. Sin embargo, nunca había reído tanto y nunca la había pasado tan bien.

A veces, jadeante por las corridas, se sentaba sobre un montículo de nieve a observarlos. Al principio había creído que los nativos eran bobos y por eso solía chasquear la lengua con fastidio cuando los veía hacer lo que ella consideraba una tontería. Pero entonces, al estudiarlos, sonreía y pensaba lo contrario: eran tan sabios como para no preocuparse por tonterías. Era la maravillosa manera que esos mestizos y nativos tenían de tomar a la existencia, sin darle relevancia a aquello que no la tenía.

* * *

Un par de meses más tarde, mientras las dos mujeres estaban cambiándole la ropa mojada a Geraldine, alguien aplaudió fuera de la choza, señal clara de que una persona estaba pidiendo permiso para entrar.

Nuil, despreocupada y aún con las pequeñas prendas entre las manos, fue hasta la entrada y corrió el cuero.

Jacques, su adorado marido, estaba mirándola con ternura.

Él la saludó y, como al descuido, observó qué sucedía dentro de la choza. Con los ojos muy abiertos por el asombro, se encontró con una bella mujer rubia, de piel como la leche y ojos transparentes, que le daba de mamar a una criatura que sin duda era india.

—¡Por las barbas de mi Señor! —exclamó pasmado.

Su esposa entonces recordó la promesa que le había hecho a Patricia y, de un manotazo, cerró el cuero para ocultar a la inglesa y a la criatura de la vista de su marido.

—Tú no has visto nada —le explicó en voz baja al salir con él y empujarlo un poco más lejos de la vivienda.

—¿No he... No he visto? —Señaló hacia adentro—. Pero-pero... ¡Tenemos que hablar!

—Silencio. —Le cubrió los labios con el dedo—. Sí, querido, lo sé, pero aguarda a que me despida de la muchacha. Le preguntaré si necesita algo de otro rancho.

—Hazlo, aunque después vamos a un sitio aislado y lo hablamos —repitió él firme.

Nuil volvió a entrar y le preguntó a Patricia si precisaba que hiciera por ella algún mandado del rancherío.

—¿Te hace falta harina, papas?

—¿Quién es ese hombre?

—Mi marido.

—¿Me habrá visto?

—No lo creo. Los últimos tiempos anda medio corto de vista —mintió Nuil.

—¿Vino a buscarte? —inquirió la inglesa, llena de un incipiente temor.

Pasados tantos meses, luego de que hubiera descubierto a una amiga, no quería que Nuil se fuera tan rápido. La sensación de despojo sería insoportable.

—No lo sé. Me abrigo y salgo a conversar con él. No deseamos incomodarte con nuestra presencia.

Unos minutos más tarde, marido y mujer se dirigían al bosquecillo junto al río. Era imperioso dialogar.

Nuil regresó una hora después y, con gesto distendido, se sentó al lado de Patricia.

—¿Estás bien? ¿Me necesitas para algo? —volvió a preguntarle.

—No, Nuil; tengo todo lo imprescindible para atender a mi hija.

—Yeraliin —pronunció mal el nombre mientras la miraba con candidez. Luego se puso seria—. Debo partir a mi tierra. Mi marido ha venido a buscarme.

El rostro de desesperación de la sajona fue muy evidente. No quería perderla. Gracias a la presencia de esa mujer, se sentía acompañada. ¡Tan poquito había durado la alegría!

—¿Ya? ¿No hay ninguna cosa que pueda retenerte unos días más?

Las lágrimas, esas que habían comenzado a ausentarse, una vez más afloraron de los ojos de Patricia. Nuil le sonrió y se las secó.

—Nada. —Se tocó el vientre—. Yo también estoy embarazada, y mi esposo se puso muy ansioso cuando regresó de uno de sus viajes por mar y descubrió que me había ido tan lejos. Quiere que retorne con él de inmediato, antes de que se me ocurra hacer el trayecto sola.

Patricia agachó el rostro y suspiró, una vez más resignada. No sabía cómo decirle cuánto la apreciaba, cuánta gratitud sentía hacia ella por haberle enseñado a calmarse sin impacientarse por los sorprendivos acontecimientos, cuánto la había disfrutado, cuánta armonía existía cuando conversaban y cuánto le costaría, de ahí en adelante, no tenerla más. Era la única persona en quien confiaba desde que había dejado Inglaterra y frente a quien se había descubierto para mostrarse tal como era.

Pero ninguna palabra brotó de los labios de la dama; tampoco hubo gestos de agrado ni agradecimiento. Furiosa e inclemente consigo misma, Patricia se preguntó si alguna vez había sido capaz de amar tanto a alguien como para sufrir de manera abierta la pérdida de ese ser. ¿Alguna vez se había enamorado, había vivido con el corazón rasgado por la pasión, con esas sensaciones sobre la piel que te hacen hablar con la verdad espontánea, con labios entreabiertos que pugnan por clamar ese amor? ¡Nunca!

Por eso, todo lo que apreciaba, al no obtener una respuesta cálida de ella misma, más temprano o más tarde, desaparecía. Era indudable que, con esa excesiva frialdad rayana en la insolencia, alejaba a todos.

Entonces veía que portaba una maldición que le impedía querer con el escudo bajo, desnuda, sin temor a ser herida. En cambio, se guardaba cada uno de los buenos sentimientos que de vez en cuando pugnaban por aflorar en ella.

Sí, maldita, marcada por el estigma de la indiferencia.

—Tienes razón. Debes partir —expresó apenas.

Nuil se asombró de cuánto dolor dejaban entrever esas gélidas palabras.

—¿Deseas venir a mi estancia? Es amplia, y te sentirás muy cómoda. Puedes permanecer con nosotros el tiempo que quieras.

—Gracias, pero me dijiste que vives hacia el sur y que no hay un puerto importante en las cercanías. Al final, en vez de acercarme a mi objetivo, me estaría alejando. Recuerda que mi intención es partir cuanto antes de aquí. De algún modo que aún

desconozco, iré a Buenos Aires para tomar el primer barco que vaya hacia Inglaterra, a mi ciudad.

—¿Por qué no nos acompañas? —insistió Nuil—. Podemos dejarte en Carmen de Patagones. Desde allí también parten navíos hacia Europa.

Al escuchar ese nombre, Patricia tembló de manera involuntaria. Lo que ella menos quería era volver a pisar ese suelo donde, de seguro, la apresarían apenas la reconocieran.

—No —negó con fervor al tiempo que movía la cabeza—, ya me las ingeniaré para acoplarme a alguna caravana que vaya hacia el norte. Sabes que tengo dinero.

—Lo sé. —Lo había notado al desvestirla el día del parto—. Pero por aquí pasan pocos viajeros. Lo has comprobado.

—Cierto —reconoció Patricia.

Hasta ese momento, ella nunca había visto forasteros de paso, aunque no perdía las esperanzas.

—Puedo pedirles a mis amigos tehuelches que te lleven.

—Tampoco es conveniente. No entiendo su idioma y, por lo que me has contado, nunca se han alejado demasiado de este sitio, así que desconocen el camino y sus peligros. Además, ¿qué les sucederá cuando los blancos los encuentren cerca de Buenos Aires? ¿Cómo les explicarán que van en paz y no para crear discordia?

—No lo sé.

—Nada bueno, supongo. —Ambas permanecieron en silencio mientras ponderaban otras opciones—. Ve, ve nomás. Ya me las arreglaré —terminó diciéndole sin mirarla.

Las palabras se asemejaban a una recriminación, pero no hacia la nativa, como creía Nuil, sino hacia ella misma por no ser capaz de retenerla.

La patagona se encontraba en una disyuntiva: quería quedarse, aunque también sabía que debía regresar con su marido y su pequeño hijo Francisco. Su vida la reclamaba. Entonces la abrazó para despedirse de ella y se levantó.

—Volveremos a vernos.

Patricia nada le respondió. La apreciaba mucho. En verdad habría querido que se encontraran de nuevo y estar cerca de Nuil mucho más seguido porque había descubierto a una gran persona en ella. Sin embargo, también esperaba que nunca

volvieron a coincidir porque, de ser así, eso significaría que la inglesa continuaba presa en la estepa patagónica.

No, por más que ya se hubiera resignado a cargar con la pesada cruz de vivir con esa gente y de ser responsable de una criatura, aun así mantenía la vaga ilusión de poder regresar a su propio mundo alguna vez.

Tras otro prolongado abrazo, sin decir más, ambas se despidieron.

Esa noche, Patricia volvió a llorar. Intentaba descargar en ese llanto aquello que le era imposible demostrar en los actos cotidianos.

CAPÍTULO 25

Apenas Nuil se fue, la inglesa volvió a cubrirse y colorearse de oscuro. Aún no confiaba en nadie y, hasta que no encontrara el modo de salir de allí, continuaría ocultándose.

En el rancho, permanecía triste y callada. La criatura era su única compañía. Eso, y la soledad. Patricia no sabía cómo volver a sentirse en paz.

Inmersa en su propia miseria, estaba impedida de ver más allá de los pesares y, cuando Geraldine lloraba, la tomaba con distracción y le daba de mamar.

Le costaba aceptar a esa hija. Al haber nacido como fruto de un ultraje, ella creía que la vergüenza nunca podría ser lavada por el amor que una madre sintiera hacia su criatura.

Pero, una mañana, apenas unos días después de que Nuil hubiera partido junto con Jacques, algo cambió. El sol calentaba de manera agradable y entibiaba el cuerpo y los corazones. Patricia salió con Geraldine fuera de la choza y la recostó sobre una gran piel. Tras acuclillarse junto a ella, observó el paisaje. Los demás andaban en sus propias tareas y, al verla, la saludaban cordiales antes de seguir camino.

Patricia entrecerró los ojos y aspiró profundo. El aire se sentía agradable.

La niña gorjeó, entonces la inglesa la miró e inclinó el rostro en distintas direcciones para estudiarla desde todos los ángulos.

Mientras lo hacía, la criatura pareció sonreírle.

—No rías tanto. Estás muy indefensa, Geraldine. ¿Cómo harás para que no te volteen los huracanes? ¿Qué harás cuando los demás te atropellen y no tengas armas con las cuales esconderte y repelerlos?

Al hablarle, recordó su propia infancia y adolescencia, la desprotección en la que había vivido junto a una madre siempre enferma y débil y un padre que permanecía encerrado en un cuarto en tanto se jugaba el patrimonio familiar en cada partida. Al hacer memoria y detenerse en los detalles, Patricia notó que aquella vida no había sido tan linda, aunque sí muy solitaria. Por eso se había visto obligada a armar un poderoso

escudo alrededor de sí misma para no sufrir tanto el abandono y la indiferencia de una sociedad que no le brindaba ni un solo sentimiento reconfortante. ¡Entonces sintió tanta tristeza!

Regresó de esos recuerdos y volvió a detenerse en su hija, a quien notó de nuevo frágil y vulnerable.

—¡Qué cosita endeble! —Tras levantarla, la abrazó con mucha ternura. La chiquilla lloriqueó de manera queda—. No temas, aquí me tienes. Yo puedo protegerte.

* * *

Con el paso de los días, en los que Patricia se ocupaba de atender los pequeños requerimientos de la criatura, ambas se fueron acostumbrando a la presencia de la otra. La dama aprendió a reconocer los sonidos de su hija, y —tal como había aseverado Nuil— de a poco fueron haciéndose inseparables.

Las primeras noches, la muchacha se despertaba con los tenues berridos que reclamaban un pecho y, cuando la madre, recostada aún, le acercaba la boca al pezón, se entretenía en acariciarla.

—Eres un cielo, mi muñeca —le decía en inglés. Después, y al tiempo que la niña continuaba alimentándose, le relataba historias de la infancia en la patria—. Ya verás cuando viajemos a Londres, allí el viento es suave y susurra leyendas de castillos y dragones que lanzan fuego por sus narices. Te encantará nuestra tierra. Ya lo verás. El paisaje es verde intenso; las personas visten prendas más coloridas. Claro que no tienen esos bellos dibujos que les bordan los tehuelches.

Geraldine se criaba sana y vital; todos en el rancharío aplaudían al verla sonreír o balbucear.

—Sabrás hablar en inglés y español —aseveró su madre una vez. Después miró a Stretke y agregó—: También podemos enseñarle el tehuelche. ¿Me vas a ayudar?

—¡Claro!

Pasaban las semanas, y la nostalgia por la gran patagona que había partido continuaba presente. Nuil había sido una columna donde la inglesa se había apoyado para aprender, además, todo cuanto necesitaba saber para soltar sus sufrimientos y sentirse mejor.

Al extrañarla tanto, la sajona buscó la compañía de las demás mujeres y terminó acostumbrándose a no estar sola y a hacer todo en grupo.

Cuando ellas salían a recoger frutos, cuando cocinaban en el fuego central o acecinaban carne, siempre se acompañaban, sin permitir que nadie efectuara las tareas sin la colaboración de las demás. Ella terminó aceptándolo al darse cuenta de que, juntas, todo era más simple, se terminaba con mayor celeridad y los riesgos se minimizaban.

—Ustedes siempre se ayudan.

Stretke miró en derredor.

—Él, ella, ese niño, cada quien es útil. —Rio fuerte, como solían hacer todos ellos—. Y es mucho más entretenido.

Tenía razón, pensó Patricia. Juntos era más divertido.

A veces, Stretke pasaba por la tienda de la extranjera y la invitaba a acompañarlas.

—Hoy recolectaremos manzanas para luego hacer sabrosa compota, ¿vienes?

Otras, le avisaba que la anciana que mejor bordaba, esa mañana, les enseñaría cómo hacer un dibujo especial. Algunas más, salían a buscar huevos por la orilla del río y ella, con una canasta, las seguía.

Todo era relajado, todo se hacía en conjunto, al tiempo que se protegían, se cuidaban y se hacían compañía entre todas.

Pero, cuando pasaban un par de horas sin que viera a su hija, Patricia deseaba regresar cuanto antes al rancho de las mujeres. Quería observarla, tenerla en brazos y darle besos.

Sin proponérselo, en esa niña había encontrado una adorable compañía además de la de las mujeres del poblado. Geraldine no la juzgaba, no la rechazaba y, en cambio, la buscaba de manera constante. Patricia era la luz, el ejemplo, la fuente de vida para la pequeña. A cambio, le regalaba una fidelidad incondicional. Cuando Geraldine la sentía cerca, por más que la inglesa a veces no la prendiera al pecho, la criatura dejaba de llorar, y a la inglesa la fascinaba esa completa predilección que la chiquilla sentía por ella.

Entre las dos, se formó un lazo que nada podría romper, ni todos los huracanes, ni todas las heladas del mundo, ni todos los enemigos o terrores. Nada las separaría. Geraldine era de Patricia, que amaba esa sensación de necesidad que la criatura sentía

hacia ella. Jamás nadie la había amado tanto. Ella, de a poco, aprendió a corresponderle, a soltar esa permanente tensión que la había mantenido fría y distante y a demostrarle los amorosos sentimientos que le brotaban por y gracias a ella.

La muchacha continuaba durmiendo en su propia vivienda, pero, de vez en cuando, iba a ver a Urzep. Él, a todas vistas, se estaba apagando. Ya no la acosaba más e incluso se alimentaba poco. Ya no sentía rabia hacia él; la había reemplazado por la conmiseración. ¡Qué extraordinario sentimiento al provenir de una engréida y egoísta sajona! Urzep era un hombre enfermo que, aunque sin tener consciencia de ello, le había regalado esa hermosa criatura.

Todos los días cocinaba para dos y le dejaba la mitad de la comida en la entrada de la choza de él. El aquejado indio apenas si la tocaba, y se mantenía inmóvil en el mismo rincón de siempre mientras estiraba el cuello para mirar hacia afuera, a la nada.

Patricia solía salir de la choza y observar el rancherío. Mientras caminaba entre las viviendas con su hija en brazos, pensaba.

Nunca habría imaginado que se sentiría tranquila entre esa gente, a quienes al principio había considerado salvajes. Pero entonces sabía que no lo eran, solo tomaban a la vida con mucha liviandad, sin detenerse en los tropiezos, que interpretaban como sucesos normales en la vidas. En Inglaterra, las reglas eran muy estrictas; allí, casi no existían.

La nieve ocupaba los espacios abiertos, y las voces hacían eco entre tanta blancura. Cada nueva mañana, la inglesa debía apartarla de la entrada de la morada para poder ir hasta el río, que había comenzado a congelarse.

Los caciques decían que debían emigrar hacia el este en busca de tierras menos húmedas, pero el tiempo de la partida iba dilatándose semana tras semana.

Un día, Patricia se dirigió al rancho donde habitaba Stretke y le comentó sobre lo escuchado.

—¿Es verdad que nos internaremos en la estepa?

Ella ya había aprendido varias palabras del idioma tehuelche, por lo que podía expresarse y hacerse entender.

Stretke miró el rancherío, a los caballos que pastaban un poco más allá, estudió también los movimientos de cada familia y al final negó con la cabeza.

—No, no creo. La época de frío, *maigue*, está entre nosotros, y no falta mucho para que acabe. Si seguimos así, pronto llegarán las lunas del verde y las flores, *iezüm*.

—¿Por qué tardaron tanto en decidirse a partir?

—Esta vez los tehuelches nos quedamos, sin emigrar tierra adentro durante *maigue*. Lo hicimos porque Urzep está muy enfermo y no habría podido seguirnos. Has visto que ya casi no se mueve. Por eso nuestro cacique decidió que no nos alejaríamos. De todos modos, tenemos cuanto necesitamos para pasar las lunas más heladas. No podíamos abandonarlo.

Patricia recordó que Geraldine se había quedado durmiendo en el rancho.

—Ya regreso, a lo mejor se ha despertado.

Fue a la choza para buscarla y, cuando regresó, todas se sentaron en el amplio espacio dentro de la vivienda de las mujeres solas y, entre varias, con lana de guanaco, se ocuparon en tejer una manta.

Patricia hilaba, otras sobaban la lana, otras la anudaban. Algunas parloteaban, otras cantaban, una tostaba piñas y se las iba pasando a las demás, otra cebaba mates, y unas pocas reían y luego callaban.

Ella las observó en silencio. Miró a su hija, que se movía tranquila dentro de una canasta, y sonrió complacida. Había aprendido a apreciar la simpleza de los instantes, la calma, los momentos de inactividad, el sentirse suelta, sin tener que vestirse con sumo cuidado o hacerse peinados elaborados porque los demás fueran a inspeccionarla y criticar cualquier error en su aspecto cuando se presentara.

Entonces tomó la mano de Stretke y se la apretó para agradecerle en ese silencioso gesto por cuanto le brindaban.

Su amiga le sonrió al entender la intención de esa presión.

—Tú también eres buena y generosa. Al haber permanecido tanto tiempo con Urzep y, ahora, al atenderlo, nos haces felices.

Patricia habría querido aclararle que lo había hecho contra su propia voluntad y porque no había comprendido las señales que ellos le habían hecho, aquellas con las que le habían ofrecido irse si así lo quería. Aunque ya no tenía importancia. La historia había seguido su camino —*noóm*, como decía Nuil— y, gracias a eso, ella tenía a la preciosa Yeraliin.

CAPÍTULO 26

Unas lunas más tarde, cuando la primavera iniciaba su florecimiento en un despliegue de los más preciosos tonos, una enorme caravana arribó al poblado tehuelche.

Patricia escuchó el alboroto y se asomó extrañada para ver qué estaba aconteciendo en esa aldea por lo general tan pacífica.

—¿Una caravana? —expresó, encantada de alegría.

¿Podría ser posible? Después de tanto anhelarla, después de haberla soñado cada noche y de haberles pedido a los ángeles que se la enviaran, ahí estaba frente a los ojos de la sajona. ¿Hacia dónde partiría y cuándo lo haría? Ojalá fuera hacia el norte, hacia la deseada Buenos Aires.

La lideraba un hombre tosco, de grave vozarrón y torpes ademanes, que decía llamarse Radigrand. Patricia jamás había escuchado semejante nombre, aunque en ese país, había tantas cuestiones raras!

Regresó a la vivienda y, con movimientos nerviosos, se aseguró de tener en su sitio la simulación que había creado en torno a ella misma para ocultar bien cada uno de sus rasgos europeos. Se cercioró de que Geraldine estuviera abrigada y dormida y, luego de darle un beso en la mejilla sonrosada, hinchó el pecho, salió de la choza y se acercó a los recién llegados. Si todo salía como ella pensaba, dentro de pocos días estaría iniciando el regreso a un importante puerto argentino.

El tal Radigrand, al ver que ella se acercaba, frunció el ceño muy asombrado. ¿Quién era esa extraña mujer toda cubierta con velos, trapos, un vestido demasiado holgado y roto y las manos negras? ¿Qué escondía bajo la tela que le cubría el rostro, también tiznado? Él conocía mucho sobre el ser humano y estaba seguro de que esa mujer no era tehuelche.

Con una sonrisa, recordó el secreto encomendado que portaba. Él también guardaba arcanos y, al entrar al rancherío, no lo había hecho solo para comerciar con los artículos tehuelches. En ese momento, al pensar en el segundo objetivo, supuso que ahí delante tenía la razón de esa misión.

Bien, cualquiera fuera el secreto de esa misteriosa mujer, ya alguien lo había descubierto, porque él tenía precisas órdenes de conducirla, al costo que fuera, hasta Buenos Aires.

Claro que no se lo diría, ya que, de enterarse, la muchacha se escabulliría o se negaría a acompañarlo y armaría una terrible gresca al respecto; y él jamás había obligado a una hembra a hacer algo que no quisiera. Por eso debía ser muy astuto, más que ella. Eso también se lo habían dicho: “Es hábil y escurridiza. Inventará cualquier mentira para convencerte de hacer lo que se le antoje.”

—Buen día, señor —dijo ella con cierta timidez, en español.

—Buen día, señora... ¿Su nombre, por favor, si no paso por muy indiscreto?

—Lo es, y mucho. Un caballero no pide el nombre de una mujer desconocida apenas la saluda —le brotó en inglés—. Aun así, quiero hacerle algunas preguntas.

—Dentro de un momento, señora. Primero debo hablar con el cacique. Tenemos negocios que concretar juntos.

Ella se guardó la desilusión y las ganas de abofetearlo por ser tan grosero, pero nada dijo y se tragó la rabia.

Aguardaría. Llevaba más de un año de espera en el rancherío, y otro más en lo de Walterio. No le haría daño demorar el regreso unas pocas horas.

Radigrand se retiró al rancho del cacique y solo cuando anochece apareció de nuevo. Caminó hacia la fogata encendida en el centro del poblado y, con gran despliegue de energía, se tiró al piso y carraspeó. Después recibió un trozo de carne asada y, tras sacar un cuchillo, se ocupó de comer.

—Esto de trabajar en la compra y venta de pieles me ha dado hambre —bramó con voz de trueno.

Patricia frenó los deseos de ir hasta él y quedó esperándolo a la entrada de su propia choza. En algún momento, iría hacia ella.

—¡Zafio varón, impertinente y maleducado! ¿Nadie le enseñó a ser amable con las damas? —dijo cada vez más enojada.

Había permanecido todo el día demorada allí, mientras se cercioraba a cada momento de que la vestimenta que llevaba fuera adecuada para recibir visitas y, aun así, consciente de que solo estaba ataviada con trapos viejos y escondida tras un velo

rotoso. Maldijo esa extrema pobreza, aunque ¿quién era él, más que un paupérrimo varón, comerciante y truhán, que, de seguro, en ese momento se estaría aprovechando de la generosidad de los indígenas?

Al final, luego de golpearse el pecho y eructar con fuerza, al tiempo que se rascaba la barba y la limpiaba de algún resto de carne, Radigrand pidió indicaciones y se acercó hacia la choza de la forastera.

Ella lo hizo entrar con amabilidad, se sentó al lado de su criatura y la retuvo entre los brazos, como si pudiera protegerla del hombretón que tenía delante. ¡Vaya que olía fuerte ese personaje! Si él hubiese sido su marido, Patricia lo habría enviado a darse un baño de inmediato.

¿Estaría él confundido, creería que se encontraba en los años 1500, cuando los hombres pretendían demostrar su virilidad de acuerdo con la suciedad que portaban encima?

—De nuevo, buenas, señora.

—Buenas, viajero —respondió a secas y sin levantar la vista.

De todos modos, el velo, como siempre, le cubría los ojos.

—¿Me llamaba? ¿Necesita algo de mí?

La inglesa habría querido responderle que, de él, no podía requerir nada más que fuerza bruta para realizar alguna tarea que la superara, pero se guardó la sarcástica apreciación. Ese hombre podía ser su salvavidas, y no debía ahuyentarlo antes de comenzar a interrogarlo.

—¿Usted viaja hacia alguna parte? —inquirió en español.

Él rodeó el espacio.

—Viajo hacia todos los rincones de Argentina. Llevo, traigo, compro, vendo. ¿Qué le hace falta? ¿Plumas, plata, piedras semipreciosas, algún adorno en especial...?

—Nada de eso.

Él trató de descubrir el rostro de la joven a través del trapo. Llegó a adivinar los suaves rasgos, el fino mentón, los delgados labios y unos ojos que permanecían entornados, fijos en la criatura. Los movimientos de ella eran cuidados, y poseía una elegancia que apabullaba. ¿Por qué esa mujer, que parecía ser una dama, permanecía en medio de la nada?

—Entonces, dígame. Si está a mi alcance, le aseguro que satisfaré su inquietud.

Ella continuó con la explicación.

—Quisiera saber si usted está por viajar hacia Buenos Aires.

Él estuvo a punto de responderle que no, que se dirigía de regreso a Carmen de Patagones, pero, al escuchar que ella quería viajar a la ciudad del Río de la Plata, tuvo que cambiar de ruta. Tenía poderosas razones para hacer lo que ella quería; motivos que la señora no podía conocer porque a él le habían prohibido decírselos. De todos modos, sin que nadie se enterara de ello, apenas tuviera un momento libre, tendría que enviar un emisario hasta el puerto de Carmen de Patagones para dar aviso sobre el cambio de planes.

—Hacia allá iré cuando termine con esta gente.

¿Fue un estremecimiento lo que percibió en ella?

—Entonces, desearía acompañarlo.

—Mire, damita, que las condiciones en la caravana no son las mejores para una madre con su criatura —le advirtió él—. Esta expedición está llena de hombres toscos. —¿Más que él?, se preguntó Patricia. Además, la había llamado “damita”. ¡Cuánta insolencia! Él continuó con la aclaración—: Tienen pésimos modales y burdas costumbres. Noto que usted es una mujer preparada y con gran educación.

—*It doesn't matter* —se apuró a decir la inglesa, sin percibir que, una vez más, acababa de hablar en inglés.

—*Yes, it does* —le contestó él en el mismo idioma.

—¡Maravilloso! —expresó Patricia aliviada, aunque el acento de ese hombre era diferente al de ella, algo más... ¡informal y de bajo mundo!, como todo en él—. Me resulta mejor hablar en inglés. ¿Le molesta si continuamos en ese idioma?

—Para nada. Continúe.

—Nada más —respondió la inglesa, que decidió guardarse cualquier otra revelación.

No quería que el extraño descubriera su identidad y, cuando arribaran a Buenos Aires, la delatara frente a las autoridades.

—¿En qué carreta piensa viajar? —inquirió él.

—En la que usted me asigne.

—¿No tiene una? —Patricia se mordió el labio. Era tan pobre que ni vehículo tenía. Imposibilitada de hablar, sacudió la cabeza, avergonzada—. ¿La comida para usted y la leche para su criatura? ¿Eso puede conseguirlo o también debo proveérselo?

—Con respecto a mí, puedo pedirles carne a los nativos, y a mi hija la alimento yo misma. —No dio más detalles porque ello era demasiado íntimo y personal, inapropiado para expresarlo frente a un hombre—. Tengo dinero. ¿Cuánto me cobrará por llevarme hasta el puerto? Debo tomar el primer barco que parta hacia... —Entonces se dio cuenta de que estaba hablando de más—. Hasta otro sitio, lejos. Quiero irme de este país.

El viajero la miró con asombro, aunque intentó disimularlo. ¿Acaso ella no sabía que, cuando llegara a destino, era muy probable que ya no volviera a salir de Argentina? Por lo menos, eso era lo que él había creído entender cuando le habían asignado la encomienda de llevarla consigo sí o sí.

—¿Dos libras le parece apropiado? —preguntó al fin.

Patricia espiró aliviada. Tenía eso y mucho más.

—¡Por supuesto! ¿Y considera que debo adquirir un vehículo? Aunque acá no sé dónde podría. Porque fabricarlo será muy lento; no sé si en el rancherío cuentan con el material apropiado.

—Unos meses puede tardar el armado de una carreta. Deje, uno de mis amigos podrá alojarla en la suya. En la caravana, con tantos vehículos, habrá sitio de sobra para una mujer y su criatura. Usted olvídese, yo me ocuparé.

—Perfecto. —Patricia metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó los billetes—. Aquí tiene el importe del pasaje. ¿Cuándo partimos?

—Apenas termine mis transacciones con el cacique y carguemos toda la mercadería. Pero le advierto que debe prepararse bien, juntar abrigos, mantas, víveres... El trayecto hasta Buenos Aires es largo y un poco peligroso.

¿Más peligroso que navegar en un barco con marineros rebeldes? ¿Más peligroso que vivir como esclava de un hombre a quien se había visto obligada a matar? ¿Más peligroso que escapar sola por el desolado desierto patagónico? Ella creía que no.

—Lo comprendo —dijo apenas.

Sin embargo, no tenía miedo. En la caravana estaría rodeada de hombres que, suponía ella, la cuidarían. De todos modos, ¿quién abordaría a una mujer como ella, con una criatura, sucia, maloliente, zarrapastrosa y, por lo que demostraba su propia

apariencia, paupérrima? Aun así, le pediría a Stretke que le diera un cuchillo. Si la atacaban, podría defenderse.

—Lleve mucho abrigo y todo cuanto posea —repitió él—. No olvide nada porque, una vez que las carretas comiencen a rodar y el viaje se inicie, ya no podrá hacer marcha atrás.

La inglesa asintió. Cualquier precaución que él le pidiera, cualquier riesgo que la esperara tierra adentro, sería mínimo comparado con la certeza de estar aproximándose al siguiente destino: embarcarse en el puerto de Buenos Aires para regresar a Europa. También sabía que, una vez en el Viejo Continente, debería continuar ocultándose, pero estaría en un terreno conocido, y las posibilidades de salir airosa de esa huida serían mucho mayores.

En el estómago, algo parecía bailar y llenarla de tibieza. ¡Partiría! ¡Estaba a punto de regresar, de dar el primer paso que la acercaría a la amada Londres!

A lo mejor, si juntaba el suficiente coraje, iría a ver a William y le rogaría que la llevara en el navío de él. Le contaría la verdad. Sabía que él no la delataría porque lo que más quería era verla lejos. Por eso tampoco se negaría a llevarla hasta Inglaterra, y, al viajar con él, se encontraría segura.

—Bien, como noto que nos hemos puesto de acuerdo, usted acondicione sus pertenencias y, cuando termine con esta gente, le aviso —terminó él.

En un impulso impensado, la muchacha se levantó y, luego de acercarse al hombre, amagó con abrazarlo. Por fortuna se frenó a tiempo ante una actitud tan inapropiada y, en tanto se tragaba las ganas, tan solo le hizo una inclinación de cabeza.

Él movió el ala del sombrero para devolverle el saludo.

Al salir del rancho de la inglesa, *Leik* lo miró y movió el rabo. Eso a Patricia le llamó mucho la atención porque era un perro poco amigable, que solía gruñirles a todos los desconocidos que se acercaban a ella o a Geraldine.

—Los perros me aprecian, señora —dijo Radigrand mientras le rascaba la testuz, como si hubiera adivinado lo que ella estaba pensando.

—¿Podría...? ¿Podría acompañarnos?

—¡Por supuesto! Mientras se entienda con los canes que nos siguen en el viaje...

Esa noche, Patricia no pudo dormir. ¡Se sentía tan exaltada y feliz! Por fin, después de tantos meses y de tantos interminables padecimientos —los cuales abarcaban el tiempo desde que había partido en el *Saint Nicholas* hacia suelo argentino—, estaba

iniciando el regreso hacia el hogar soñado. Mientras se dormía, juró mil veces que jamás, ¡jamás!, volvería a alejarse de Inglaterra.

CAPÍTULO 27

Un par de días más tarde, amaneció espléndido. La primavera estallaba en pimpollos que auguraban un maravilloso verano, y los habitantes del rancherío salieron de las tiendas contentos. Se desperezaron, estiraron el esqueleto acalambrado y bostezaron al tiempo que se sacudían la modorra.

Con todo el cargamento ya listo desde la tarde anterior, cuando Radigrand se había negado a partir porque oscurecía, la columna de vagonetas, carretas, bueyes y caballos, tanto de tiro como de montar, estaba a punto de iniciar el largo viaje hacia Buenos Aires.

El hombre le había dicho a Patricia que tardarían varios meses en llegar al puerto, pero ella no se desilusionó ni se molestó. Hacía tanto que esperaba ese momento que cualquier tardanza o atraso sería nimio y lo tomaría con alegría, sin desfallecer de impaciencia.

Cuando Radigrand vio los bultos de la dama, le llamó la atención la escasez de pertenencias: apenas un bolso donde parecía probable que guardara alguna ropa, nada más. Aparte, ella cargó varias mantas y abrigos. Patricia se había asegurado de tener en buenas cantidades el emplasto grasoso que, cada nueva mañana, se colocaba en manos y rostro. En ese momento en que las desventuras estaban por terminar, no quería descuidarse. Una vez en Inglaterra, dudaba de que la buscaran, y ahí podría continuar con su vida en la residencia de alguna amiga o con la misma duquesa, quien, suponía, nunca se negaría a recibirla por más enojada que estuviera con ella.

Radigrand quiso cargar el saco que portaba los bártulos de la joven, pero ella se negó y lo retuvo al apretarlo contra su propio cuerpo.

—Deje, hombre, puedo llevarlo sola. ¿Cuál es la carreta que me ha destinado esta gente?

—Lo conversé con los compañeros del grupo, y le asignaron una del medio, así se sentirá más protegida. La conduce un anciano muy atento, no tendrá problemas con él.

—Yo jamás tengo inconvenientes con nadie —expresó ella petulante mientras pasaba delante de él hacia el vehículo.

—Sí, mienta nomás —se dijo Radigrand.

Con semejantes aires de gran dama en busca de reinar, él estaba seguro de que debía haberse enfrentado con varios.

—¿No era de usted la caravana? —inquirió ella curiosa al recordarlo, y se dio vuelta.

—Lo es, pero no gobierno sobre los vehículos ajenos. Varios comerciantes se nos han unido en el regreso. Juntos, somos más fuertes. Si algún inconveniente nos sobreviene, podremos solucionarlo con mayor facilidad y presteza.

Fue tras ella y la ayudó a subir al estribo del carro.

—¿Usted de dónde es, Radigrand? —quiso saber ella, porque no podía inferir de dónde provenía el acento del hombre.

Pero él deseaba continuar con lo suyo.

—Si me disculpa, debo controlar que todo esté listo para la inminente partida.

Patricia entró a la parte trasera del vehículo, bajo el toldo, y encontró un rincón donde acomodarse. Entre los bultos, que constaban de innumerables fardos con pieles y de sacos que contenían mantas y herramientas variadas, eligió los que guardaban cueros peludos y se hizo una cama. Dejó a la criatura, que dormía, sobre el improvisado lecho y luego se sentó en el pescante delantero, que servía de asiento para quien condujera la carreta.

Después observó contenta el paisaje. Sabía que era la última vez que lo vería. Cada amanecer, despertaría en una tierra nueva mientras se acercaba a su objetivo: desaparecer de ese país. Aunque en ella ya no existía ni apuro, ni rabia, ni inquietud alguna, sino una tranquila complacencia. Ese que estaba a punto de abandonar nunca sería el mundo de Patricia. Sin embargo, junto a los patagones, había aprendido a hacerse un nido y había llegado a sentirse más o menos a gusto. A pesar de que al principio había detestado todo cuanto se refería a ellos, la estrecha visión que tenía con respecto a esos nativos ya no era la misma. Extrañaría a ese poblado y a aquella amorosa gente. Si los comparaba con las costumbres sajonas, no se parecían en nada; aun así, la inglesa llevaba en el corazón algunos buenos recuerdos de valiosos momentos compartidos.

Cuando el sol brillaba sobre la cabeza de la joven y calentaba el aire fresco de la estepa, las últimas órdenes fueron gritadas a viva voz. Un hombre mayor se subió a la carreta y, entre resoplidos, se ubicó junto a ella.

Ya en su sitio, la saludó con respeto.

—Buen día, señora —expresó en cerrado español al tiempo que se tocaba el ala del sombrero.

—Buen día, señor.

Tras tomar las riendas, Pedro esperó la señal para azuzar a los jumentos e iniciar la larga marcha hacia el Norte.

—¿Será rápido? —le preguntó Patricia, que se sintió de pronto algo ansiosa, producto de la enorme exaltación del momento, a pesar de que Radigrand le había dicho que tardarían varios meses de acuerdo a cómo estuvieran los caminos.

—¿El viaje?

—Sí.

Él rio fuerte, en una carcajada que mostró unas encías casi vacías. Apenas algún diente sobresalía como una meseta solitaria.

—No, señora, lento, porque las vagonetas esas —explicó en tanto, con el cabo del látigo, señalaba hacia atrás, a las dos que Radigrand había aseverado que le pertenecían — son muy pesadas. Por eso deben hacerlas rodar con bueyes, y esos animales avanzan con menos rapidez que las orugas. Tal vez arribemos a Buenos Aires dentro de un par de meses... —Lo pensó un instante—. O más. ¿Quién puede saberlo? Y si quiere, pregúnteles a los bueyes, ellos deciden los tiempos.

Patricia apretó los labios y maldijo por lo bajo.

—¡Radigrand! Justo sus carros son los que retardarán el trayecto. —Lo escuchaba dar órdenes un poco más adelante, al inicio de la caravana, y para sí murmuró—: ¡Qué hombre indescifrable!

Se sentía algo enojada con él porque, de algún modo que ella aún no llegaba a dilucidar, notaba que se escabullía para evitar hablarle o detenerse demasiado tiempo cuando la tenía delante. ¿Por qué ese varón le hacía arder el pecho y calentar las mejillas hasta ponerla rabiosa? Las veces que había querido conversar con él, Radigrand se le había escapado como una veloz y escurridiza serpiente.

—Sí, señora, usted lo ha dicho, es un gran hombre. Como pocos, aunque ¿indescifrable? No lo creo —respondió el anciano al escucharla y malinterpretar la intención en las palabras de la inglesa.

—Sí, como diga —susurró ella para sí, ya sin deseos de continuar hablando de él.

De todas maneras, debía sentirse feliz; lo principal había acontecido, estaba comenzando el regreso, ¡el glorioso regreso al hogar amado! No había llanto ni temor.

Alguien emitió un agudo chiflido para que la caravana iniciara la partida, y la larga fila de carretas comenzó a moverse.

Patricia miró hacia el costado y, con la mano, se despidió de Yapi y Stretke, a quienes distinguió entre el resto del grupo de mujeres. Pero al volver a mirar hacia adelante, dispuesta a continuar con su propia vida, una urgencia poderosa la hizo atragantarse.

—¡Deténgase, deténgase! —le gritó al Pedro.

—¿Qué dice?

¿Había escuchado bien?

—¡Detenga a los caballos!

—Pero, señora —exclamó él asombrado. Le habían comentado que esa mujer no sería fácil de manejar, pero nunca había imaginado que lo sería hasta tal extremo. Acababa de hacer los primeros metros, y ella ya ponía obstáculos que complicaban la situación—, todavía ni siquiera he apurado a los caballos. ¿Recordó que dejó algo?

—Sí, un par de abrazos.

Luego de descender, corrió hacia las dos mujeres y, por turnos, las abrazó con fuerza y durante un largo tiempo. Las apreciaba. Habían sido su cobijo, su contento y su compañía durante los momentos de mayor desolación. Sabía que, más adelante, añoraría su presencia.

Al hacerse hacia atrás, sonrió.

—Stretke, agradezco tu amistad y buena disposición. Has sido siempre buena conmigo. *Ssej tolketenk*. —“Corazón bueno”—. *Kuors ánjen, kárken*. —“Canta y baila por esta mujer”.

La muchacha sonrió y asintió con la cabeza.

—*Kárken tolketenk*. —“Mujer buena”—. Adiós.

Después, la inglesa se dirigió a Yapi.

—Y tú, buena *shoikn*, agradezco tus continuos cuidados y te doy las gracias por haber llamado a Nuil para convocarla a mi lado.

—Ella es una gran y sabia persona —le respondió la hechicera.

—Lo es. Las recordaré siempre. —Se tocó el pecho.

Luego, en un acto que nunca antes hubiera imaginado que tendría, metió la mano en el bolsillo de la falda y extrajo un paquete con billetes. Después buscó en el corsé y sacó otro, tras lo cual entregó los dos a Yapi.

—Haz con ellos lo que quieras.

La mujer los miró sin entender de qué se trataba.

—¿Esto, papel, qué sirve?

—Es dinero de aquí. Úsalo para conseguir yerba, azúcar, harina, remedios, golosinas... Lo que necesites para tu gente.

La mujer sonrió y los guardó bajo la capa que llevaba puesta.

Sin querer soltarles las manos, Patricia inspiró profundo.

Un poco más allá, la caravana continuaba con el viaje. La joven sabía que, por su propia culpa, el vehículo donde viajaría se había tenido que detener, y el tal Radigrand le había advertido que no retrasara la marcha.

Con una honda inspiración, recordó que debía concentrarse en esa nueva etapa de la vida.

—¡Adiós, las recordaré siempre! —dijo con lágrimas en los ojos.

Se dio vuelta y corrió hacia la carreta donde viviría con Geraldine durante los siguientes meses, para luego subirse y sentarse junto al anciano.

Al lado de ella, el hombre la miró y le preguntó si todo estaba listo.

—Lo está —respondió segura.

—¿Podemos partir?

—Adelante, Pedro.

Entonces, con una espontánea carcajada, la extranjera sacudió la cabeza de lado a lado y se dedicó a disfrutar del trayecto. El plan estaba saliendo de maravilla.

Nunca se le pasó por la cabeza que, en realidad, al acompañarlos en esa expedición, estaba cumpliendo con mansedumbre una orden impuesta a Radigrand.

El hombre se encontraba un poco más adelante. Se dio vuelta y se colocó de pie sobre los estribos de la montura hasta erguirse por completo. La observó y, al notarla tan relajada, se dijo que el secreto pedido que le habían hecho había resultado mucho

más fácil de cumplir de lo que había imaginado en un principio.

CAPÍTULO 28

Los días se fueron sucediendo con tranquilidad. Los caminos estaban marcados; durante el viaje, todo marchaba tal cual lo esperado. Los tropiezos e interrupciones no eran tantos, aunque, cuando sobrevenían, Patricia se mordía el labio inferior en ese gesto tan característico en ella, llena de impaciencia. Entonces se recordaba que Pedro le había dicho que avanzarían despacio. ¿Para qué alterarse? Después de todo, cada nuevo paso significaba una mayor cercanía hacia su destino: ¡Europa! ¡Qué maravillosa solución para la oscura felonía que había cometido! Allí nadie la encontraría, allí podría rearmar la vida de lujos y simulaciones que había disfrutado, algo en lo cual se consideraba experta. Al principio le había costado mucho adaptarse al comportamiento tan sincero de los mestizos, dado que los ingleses eran más conservadores, se guardaban su parecer y, si les convenía, falseaban ademanes e información, algo que los nativos del sur argentino parecían desconocer. Ellos se mostraban con la verdad en las palmas y, si deseaban conseguir algo en especial, insistían hasta lograrlo.

Ella, en cambio, desde los inicios, había tenido que fingir. Estaba harta de ese asqueroso disfraz, cansada de tener que ocultarse, de aparentar ser mucho menos de lo que en realidad era. Dentro de pocas semanas, retornaría a sus raíces, a ser quien siempre había sido, la más hermosa princesa inglesa.

Apenas iniciada la travesía, el anciano, al notar que esa dama tan extraña y furtiva que se sentaba junto a él entendía poco el español y no gustaba de conversar, cerró la boca y se ocupó en asir las riendas. Lo único que hacía aparte de eso era masticar yuyos que cortaba de las pasturas que los rodeaban y, cuando se detenían, tomaba mates en silencio o se acercaba al resto de los viajeros mientras la ignoraba por completo.

A la joven, eso no la incomodó ni le molestó. Por más que hubiera permanecido durante un año con los simpáticos tehuelches y criollos, no estaba acostumbrada a sociabilizar demasiado; menos con extraños.

En ese momento se distraía al imaginar las enormes reuniones a las que invitaría a todas sus amigas. Apenas arribara a Londres, las llamaría y las convocaría para que escucharan lo horrible que era Argentina. Claro que no les relataría la peor parte. Cerraba los ojos y sonreía, ilusionada. Haría grandes té, cenas, bailes... Todo el lujo de su tía duquesa, o de algún otro pariente, sería aprovechado para tal fin. Se lo debía, ya que hacía más de dos años que vivía inmersa en la mayor pobreza.

Aun así, cada vez que Geraldine hacía una monería, cada vez que sonreía, le salía un diente o efectuaba sus primeros movimientos en un intento de aprender a gatear, invariablemente, Patricia sonreía encantada y clamaba a viva voz:

—¡Stretke, ven a ver, mira a Yeraliin! —Entonces recordaba que su amiga ya no estaba cerca de ella y, con cierta tristeza, callaba.

Radigrand iba y venía. Montado en un poderoso percherón de pelaje indefinido, cada mañana y atardecer, llegaba hasta el vehículo de la muchacha y le preguntaba si necesitaba algo. Ella siempre le decía que no.

—Llegar —expresó cierta vez.

Él le sonrió.

—Lo mismo que todos en esta caravana. Lo haremos, no se preocupe, señora. Llegaremos. Alguna vez llegaremos.

Patricia le agradecía el esmero por querer mantenerla cómoda. No era educado ni caballeroso, ni le gustaba detenerse demasiado junto a la carreta de la muchacha, pero, por otro lado, con ella era muy solícito.

Por las noches, cuando el vivac se armaba alrededor de grandes fogones alimentados con leños de la zona, Patricia dejaba a su hija dormida y bien abrigada dentro del carromato. Luego se cubría la espalda con la capa tehuelche e iba hasta una de las fogatas. Se sentaba modosa sobre una roca o una montura que alguien había dejado en el suelo y aguardaba para recibir la ración.

El cocinero de turno le acercaba un plato de hojalata con estofado de liebre mara, guanaco, ñandú, pato o incluso vaca cimarrona. Los nuevos habitantes de esas tierras no contaban con demasiadas pircas o eficientes alambrados, por lo que solían perder la hacienda vacuna, que luego se dispersaba por el amplio desierto hasta tornarse salvaje.

Los cazadores, cada nueva ocasión, salían al galope por los alrededores y, al dar con uno o varios animales, les disparaban o los enlazaban para disponer de carne para toda la tropa y los perros. Cuando encontraban una vaca con cría al pie, la maneaban e intentaban ordeñarla. Era muy divertido observar las fallidas demostraciones de habilidad de los hombres en esa materia, porque los vacunos casi siempre lograban soltarse de las amarras y, entre mugidos, salían hacia el campo abierto con trotes y saltos furiosos.

—¡Iá, iá! —les gritaban mientras sacudían el sombrero al tiempo que volvían a perseguirlos.

Además de atrapar animales, tenían varias encomiendas más: debían encontrar un sitio donde armar los campamentos, cerciorarse de que no hubiera felinos cerca, conseguir una fuente de agua bebible en los alrededores y buscar leños para las fogatas.

Si no encontraban agua dulce, porque en muchos sitios era demasiado salada, entonces, como ya conocían la zona por haberla transitado en varias oportunidades, el día anterior llenaban odres que reservaban para las siguientes jornadas.

Al recibir el plato, ella lo tomaba en silencio y devoraba el contenido. Siempre le sabía a bocado del cielo. Estaba exquisito, muy condimentado pero rico, y el hambre le aumentaba a medida que se iban acercando a zonas más templadas. Después, con un trozo de pan en la mano, se retiraba a la carreta para masticarlo mientras se quedaba afuera unos minutos. Le gustaba admirar la belleza de la noche: los sonidos, las tenues luces de las fogatas que danzaban al ritmo de alguna melodía silenciosa... y, en serena contemplación, suspiraba complacida. A veces le parecía que, si se concentraba lo suficiente y se quedaba muy quieta, notaría cómo la tierra se movía y las estrellas se deslizaban por el vasto firmamento.

Eran esos momentos de paz y veneración de la existencia. Patricia, luego de tantos pesares y, en especial, después de haberse convertido en una asesina, estaba comenzando a acostumbrarse a mantener un persistente y obligado silencio.

Radigrand seguía acercándose a ella para ver si requería algo.

Un día, le pidió permiso para sentarse a su lado.

—¿Puedo, señora?

Patricia estiró el cuello y lo miró boquiabierto, dispuesta a dar pelea, a decirle algo petulante para echarlo de allí, a recordarle que, si nunca se detenía a conversar con ella, no tenía por qué hacerlo de repente entonces. Pero se guardó esas apreciaciones desagradables y se limitó a asentir con la cabeza.

—Como guste —expresó apenas.

Le ofreció un lugar a su lado, y luego continuaron en silencio, cada quien en lo suyo.

—La noche está preciosa —comentó ella.

Él rodeó el negro paisaje con la mirada y le respondió:

—Estar en la pampa argentina al principio intimida, pero luego se vuelve atrapante.

—No estoy de acuerdo —disintió Patricia en inglés.

—Debatamos —propuso él al darse vuelta hacia ella, y se ajustó el cinto y el pantalón

como para ponerse más cómodo—. Cuénteme por qué no le agrada. Digo, si usted está dispuesta a mantener una discusión conmigo. Si no es así, me retiro.

Esa noche, la muchacha deseaba tener compañía. En ese viaje, la nostalgia continuaba invadiéndola, y no quería reconocer que se había acostumbrado a la continua presencia y algarabía del rancherío. Por eso, a veces extrañaba los ruidos.

—Hagámoslo. No conozco a estas personas, y es bueno hablar con alguien que comprenda mi idioma natal.

—Bien, entonces dígame por qué no le agrada el desierto.

—Porque es muy diferente a mi tierra. En Inglaterra... —se detuvo de manera abrupta. Otra vez lo estaba haciendo, se abría a las confidencias peligrosas.

Él apretó los labios mientras meditaba acerca de ese repentino silencio. Esa mujer sí que guardaba arcanos insondables. ¿Qué temor tenía de contarle sobre sus raíces?

—¿Decía, damita?

—¡Aj, damita! —masculló ella irónica—. ¿Le parece que luzco como una dama?

Él lanzó una poderosa risotada, se apartó hacia atrás y, al sacudir la cabeza, lo afirmó.

—Por supuesto.

Patricia nada respondió. Siguió con la barbilla alta en silencio, y la breve conversación terminó allí.

De todos modos, las reuniones entre ambos no se detuvieron. Los dos aguardaban a que se hiciera de noche para juntarse. Rodeados por el más absoluto silencio que en ramos llenos les regalaba la estepa, primero se limitaban a observar el cielo oscuro para disfrutar del momento y luego, como si se estudiaran, iban soltando cortas frases.

Un mes más tarde, los coloquios entre ambos eran permanentes, ríspidos pero intensos, y a los dos les encantaba el fervor que cada cual hacía brotar en el otro. Más adelante empezaron a comer juntos. Cuando terminaban, él iba hasta algún arroyo o vertiente a lavar los platos, y ella lo seguía, siempre mientras continuaban con la conversación. Todas las noches, armaban tremendos debates sobre cuestiones casi intrascendentes, aunque volcaban todo su temple en cada aseveración, en cada acento, con la pretensión de imponer su propio parecer, aunque cedían cuando comenzaban a enfurecerse.

Antes de retirarse a dormir, se alejaban un poco del resto de los hombres que, en voz fuerte y con continuas risotadas, solían relatar historias de miedo y anécdotas de sus propias vidas o de la de algún conocido. Entonces los dos continuaban con el intercambio inconcluso. Cerca de la carreta donde descansaba Geraldine, por si acaso la criatura comenzaba a lloriquear, él se recostaba y masticaba una hierba o sacaba papel y tabaco para armar un cigarro. A veces también extraía una pipa y, luego de llenarla, la encendía con una brasa de los varios fuegos que los rodeaban.

Ella se sentaba al lado de él y, mientras se arrebujaba con la capa de guanaco, se abrazaba las piernas, dispuesta a escuchar con atención las aventuras de ese hombre. Otras veces se enroscaban en largas discusiones sobre conceptos existenciales. Él había viajado mucho y conocía varios lugares del mundo, por eso la filosofía de vida que practicaba era mucho más abierta que la de ella.

—Cuando vivía entre los indios mohicanos...

—¿Usted también vivió en el norte, en Estados Unidos? —inquirió esa vez, muy asombrada, la inglesa.

—Así es. Más aún, me crié con ellos y he adoptado muchas de sus costumbres.

—¡Con razón es tan suelto de modales!

—¡Epa, mocita! ¿Me está llamando grosero?

—Grosero, bruto, tosco... —meditó ella mientras simulaba pensarlo—. ¡Y vehemente hasta lo insoportable! Sí, como usted dice, esos calificativos le cuadran, Radigrand.

Después, ambos reían.

—Seguiré mi historia como si la dama no me hubiera ofendido.

—¿Se refiere a mí? Solo dije la verdad.

—¿Y qué es cierto, qué es verdadero e inamovible en esta tierra? Todo es relativo, damita.

Pero, en esa ocasión, ella quería saber más.

—Dígame, Radigrand, ¿no les temía a los indios esos?

—Fueron mis padres adoptivos, no lo olvide. Además, son buena gente, como cualquier raza nativa. Aquí también usted ha encontrado personas atentas, ¿verdad?

Patricia reconoció que era cierto. Al principio, se sentía feliz por haber iniciado la primera etapa hacia la amada Inglaterra, pero, luego de transcurridos unos días, añoraba el rancherío y a la simpática gente que lo habitaba.

Esa vez se lo dijo.

—Sí, debo reconocer que siento algo de nostalgia. Nunca lo habría imaginado. Cuando usted arribó, estaba ansiosa por salir del poblado tehuelche. Deseaba con todo mi corazón regresar a Buenos Aires.

—Sí, noté su agitación. Pretendía hacerme partir de inmediato.

Ella se llevó la mano a la boca, avergonzada.

—¿Tan evidente era?

—Así es.

—Sin embargo, mientras más me alejo, más melancolía siento, algo extraordinario en mí. Por lo general, soy un tanto fría y poco amigable.

Él apenas sonrió y se dijo que “poco amigable” era una corta descripción; esa joven más bien era engreída y distante.

—A lo mejor tenía miedo o no llegaba a entenderlos. Porque son excelentes personas.

Tal vez porque estaban solos, tal vez porque el silencio reinante invitaba a las confidencias o tal vez porque hacía demasiado tiempo que no conversaba con alguien en su idioma natal, la muchacha se sentía a gusto al hablar con él y abrirse a ciertas confesiones. Sin reconocerlo en voz alta, ella esperaba esos cálidos momentos desde que el día se iniciaba.

—Me gustaba la tranquilidad del rancherío, y no hablo del silencio, sino de la paz, porque a ellos les encanta compartirlo todo y reír fuerte —reflexionó mientras los recordaba con cariño—. Además, esa gente es generosa. ¿Usted asevera que todos los nativos son iguales? Aquí o allá, en América o en África...

—Supongo que tenemos matices. Aunque, entre nosotros, los *huincas*, como nos llaman ellos, hay de todo: buenos, malos, egoístas, dadivosos...

El cielo estrellado era una alfombra aérea que los envolvía con sus infinitas salpicaduras tintineantes, los insectos lanzaban sonidos tenues, y las pasturas callaban el continuo siseo al ondularse con la brisa. Cada ser vivo reverenciaba la noche.

Patricia sonreía, convencida de que, en ese placentero entorno, todos los dolores del

mundo mermaban, y se permitía la ilusión de creer en un futuro hermoso. Pero, cuando estaba a punto de convertir en palabras tan amoroso pensamiento, siempre callaba. Seguía sin confiar en nadie, tampoco en ese hombre que, por más atento y espontáneo que pareciera al prestarse a la discusión distendida, era muy diferente a ella, pues eructaba, comía como un cerdo y hablaba como si tuviera un tambor en la boca.

Una noche de inusual calidez, Radigrand llegó hasta donde la inglesa se encontraba, sentada sobre un tocón mientras admiraba el oscuro paisaje, y se ubicó al lado de ella.

—Buenas noches, señora. ¿Le incomoda si fumo?

Tras sacar papel y tabaco, armó un cigarro.

—Si lanza el humo hacia otra parte que no sea mi rostro, no.

Él rio fuerte.

—Pues seguro que irá hacia donde corra la brisa.

—Si usted lo dice...

Patricia se apretó mejor la capa de piel y continuó disfrutando de la noche.

Luego de recostarse como solía hacerlo sobre la fresca hierba, él lanzó una bocanada y miró el cielo.

—Vendrá tormenta.

Ella se inquietó y volteó el rostro hacia él.

—¿Lo dice en serio? —No, no creía que estuviera haciéndole una broma—. ¿Lloverá? ¿Cuándo, esta noche?

—Así es. —Le señaló hacia el sur al tiempo que lanzaba otro hálito de humo—. ¿Ve aquellas luces? Son refucilos. Lloverá, se lo afirmo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué haremos?

Se notaba que la inglesa, de improvisto, se había alterado.

—Nada. Lloverá, caerá agua y listo. Le comentaba nomás. No debe molestarse.

—¡Pues me ha asustado! La próxima, iguárdese sus nefastas observaciones!

—Como usted ordene, damita.

—¡Por supuesto! Más tacto, Radigrand, debe tener más tacto con las damas —recalcó en un tono que no dejaba lugar a dudas de que le estaba impartiendo una severa orden —. ¡Buenas noches y hasta mañana!

Sin decir más, se incorporó, se subió al carromato y se fue a descansar junto a su hijita.

Radigrand lanzó otra sonora carcajada.

—Como usted diga, damita. Pero déjeme hacerle notar que, en esta ocasión, no le molestó que la llamara así.

Ella nada respondió.

Él siguió riendo. Esa mujer sí que era impredecible. Estallaba por cualquier nimiedad. Después se puso serio; una vez más, se preguntó por qué era tan misteriosa y escondida, por qué, con cada nuevo amanecer, se impregnaba de grasa de foca y tizne hasta conseguir que el ungüento —que olía fiero— la hiciera parecer sucia, fea y pordiosera.

—Sí, señor, huele como foca en descomposición.

¿Por qué ocultaba su hermosura? ¿Por qué se oscurecía la piel, escondía el cabello — que, él intuía, debía de ser claro— y se colocaba un velo sobre los ojos? Sin duda, quería esconderse, pero ¿de qué? Bien, cuando la entregara a quien la andaba buscando con tanta urgencia, le preguntaría. Era seguro que esa mujer tenía un secreto que no quería develar, y él deseaba conocerlo.

Luego, escupió hacia un costado y siguió fumando hasta terminar el cigarro. Estaba visto que esa noche no habría conversación alguna

CAPÍTULO 29

Un poderoso trueno despertó de un sobresalto a Patricia. Asustada, salió a mirar qué estaba ocurriendo. En ese momento, otro relámpago muy luminoso encendió la noche de plata blanca.

—¿Qué está sucediendo?

Al resplandor le siguió un fuerte trueno que hizo temblar el toldo de la carreta. Después otro y otro y otro, cada uno más ensordecedor que el anterior. Los rayos quebraban el firmamento y rasgaban el aire para luego estirarse en un rugido interminable que hacía regresar a la noche a un instantáneo día. En Inglaterra, la naturaleza era mucho más benévola: las tormentas mansas arrojaban agua sin viento ni grandes espavientos.

La muchacha se sintió cada vez más temerosa.

Cuando el aire se volvió estático y el vello de las manos se le erizó sin explicación alguna, gritó con fuerza y clamó por la única persona que conocía en la caravana.

—¡Radigrand! ¡Radigrand!

Un sollozo la acometió y, en estertores descontrolados, recogió a su hija, a quien abrazó contra el pecho sin detener los alaridos que llamaban al hombre ausente mientras permanecía sentada y temblaba dentro de la carreta.

Segundos más tarde, él apareció.

—¿Qué necesita, señora?

Se lo notaba agitado y serio. Era probable que se hubiera inquietado al escuchar los chillidos desesperados de Patricia.

—¡Los truenos braman! ¡Este vehículo se sacude, y hasta mi cuerpo se estremece completo! ¿Qué hay en el aire, que no lo entiendo? ¿Vendrá un terremoto, entrará en erupción un volcán, se incendiarán los bosques de este desierto? ¡Acláreme este acertijo, se lo ruego, porque no lo comprendo! —Con una mano, continuó apretándose la falda en un gesto de clara alteración, mientras con la otra seguía aferrando a la niña, que había comenzado a lloriquear.

Él sonrió y luego se volvió a poner serio al caer en la cuenta de que esa mujer estaba en verdad aterrorizada debido a que desconocía los fenómenos como ese.

—¿Nunca antes vivió algo así?

—¡Nunca, nunca! —Negó con la cabeza con demasiado fervor, lo que hizo que el pañuelo que llevaba atado se le aflojara.

Él, lleno de curiosidad y porque aquella tela cubría en parte el rostro de la joven, lo cual le impedía ver, aprovechó la oportunidad y trató de quitárselo.

Ella, resuelta, le golpeó la mano y volvió a colocarlo con firmeza.

—¡No me toque, no me toque!

—Disculpe, señora, solo quería acomodárselo. ¿Le hace falta algo? Si no es así, me retiro. Debo preparar a los animales para que no se desbanden. Ya los noto muy nerviosos, y algún puma o los perros cimarrones podrían atacarlos. Debemos mantenerlos juntos.

Patricia agrandó los ojos y preguntó temerosa:

—¿Hay pumas salvajes por aquí? ¿Podrían agredirnos? ¿Se va, me dejará sola mientras ellos rondan y esta... esta cosa... —repitió al alzar los ojos hacia el negro cielo —; esta cosa a punto de explotar?

Él agachó la cabeza y espiró. Le resultó evidente que esa mujer nunca había estado en un descampado a merced de una fuerte tormenta o frente a un animal salvaje; además, se encontraba tan asustada que no había palabras que la consolaran, confortaran o calmaran.

—Haré esto: voy a ver si los demás hombres me necesitan y regreso. Prometo quedarme a su lado hasta que la lluvia, los truenos, los relámpagos y el viento amainen.

—Pero ¿dónde dormiré?

Al escuchar semejante pregunta, el hombre se apartó hacia atrás consternado. ¿Tanto tiempo quería retenerlo junto a ella?

—Usted no debe preocuparse, no me hace falta dormir demasiado. Puedo permanecer sentado en el pescante mientras controlo que todo se encuentre en orden de modo que usted y su hija puedan dormir.

—Ahí se mojará.

—Tengo mi impermeable. ¿O quiere que la deje sola? Usted elige.

—¡No! —se apresuró a responderle—. Quédese. Por lo menos hasta que suceda lo peor.

—Entonces, ya regreso.

Él se retiró y se perdió en la oscuridad. Patricia, a través de los sorprendentes truenos, lo escuchaba hablar con los hombres de la caravana. La voz se le distinguía de entre las demás por lo fuerte y ronca que era. ¿Acaso no sabría medirse? ¿Tampoco le temía a hablar de más y que otro lo escuchara, a revelar secretos o a que alguien se sintiera molesto con las palabras que usaba?

De todos modos, no le importó. Lo trascendental era que regresara. Ella sentía tanto miedo como cuando había descubierto que Walterio estaba muerto.

Minutos después, Radigrand se encontraba de nuevo junto a Patricia.

—Usted entre, señora. Primero me aseguraré de que las sogas que amarran el toldo se encuentren firmes. Después me quedaré aquí afuera para vigilar. Ya verá que nada malo le pasa. Es solo una de las primeras tormentas del verano que se acerca, una más de las que vendrán.

—¿Una tormenta más como cualquier otra? ¿Tan fuertes son en esta zona de Argentina?

—A veces sí, a veces no.

A Patricia le parecía que el cielo iba a partirse en mil trozos y a lanzar chispas, agua y rocas sobre ellos hasta aplastarlos y hacer que el mundo desapareciera.

Radigrand se colgó de los costados de la carreta y controló que los nudos estuvieran bien atados. Luego se sentó sobre el asiento delantero y se cerró el gabán.

Más tarde, cuando la muchacha estaba dormida, acurrucada a su hija, el diluvio se descargó.

De pronto el viento soplaba con furia, y el agua empezó a entrar por los costados del vehículo, las sogas se mojaron, los nudos se aflojaban, y la lona se sacudía y daba latigazos, a punto de rasgarse.

Patricia se levantó y buscó más pieles para cubrir mejor a Geraldine. Radigrand se asomó y, a los gritos, para hacerse oír entre tanto pandemonio, le preguntó si se encontraban bien.

—¿Todo en orden ahí dentro?

—¡Sí! —gritó ella, que también forzaba la voz para hacerse escuchar entre el huracán

y los truenos—. ¡Solo que todo se está mojando!

—Lo lamento, no hay modo de frenar la lluvia. —Buscó debajo del asiento hasta extraer otra lona. Luego de sacudirla, la estiró y se la entregó—. Cúbrase con ella. Así no se empararán tanto. Después podemos sacar al sol todo lo demás para que se seque.

Patricia así lo hizo y, al siguiente momento, había desaparecido bajo el paño impermeable.

Los minutos pasaron. La tormenta era feroz, y a la inglesa le parecía que jamás concluiría. Al lado de ella, Geraldine estaba tranquila, como si los sonidos externos, en vez de asustarla, la arrullaran.

—Eres la libélula de la tormenta, querida mía —le susurró su madre, quien al final terminó encontrando paz en una criatura de menos de un año de vida.

Sobre ellas, el viento continuaba silbando; los truenos persistían y ensordecían a Patricia; sin embargo, al abrazar a su hija, se sentía menos inquieta.

Una hora transcurrió, y el aguacero por fin se volvió llovizna.

La muchacha se animó a asomarse y encontró a Radigrand todavía sentado en el mismo sitio. Se había colocado una gabardina negro, aunque los hilos de agua le corrían por todo el cuerpo. De seguro estaba muy mojado.

La muchacha observó al resto de la caravana. Atados a las carretas, veía a los caballos con el cogote gacho, que chorreaban agua de las crines, las colas y las ancas. Después contempló a Radigrand: le dio un poco de lástima porque había sido ella quien le había rogado que se quedara, y él en ningún momento se había retirado para resguardarse dentro de otro vehículo ni se había colocado debajo de toldo alguno, a diferencia del resto de los jinetes. En el semblante del hombre, ni una queja se vislumbraba, ni una palabra que interrogara si ya podía retirarse para estar más caliente y cómodo.

—Tome, cúbrase con la lona que me dio. Nosotras ya estamos bien. ¿No quiere entrar? Puedo hacerle un lugar. Esta carreta es muy amplia. Si corremos las herramientas...

Él la interrumpió.

—No, damita. ¿Quiere que me vaya?

No, ella no quería que se fuera. Con él cerca, se sentía más segura. Pero también sabía que era incorrecto decírselo.

—Está bien. Si lo desea, puede regresar a su sitio. —Sonrió, gesto que él no pudo percibir en la oscuridad, y en tono suave le dio las gracias—. Se lo agradezco, ha sido una gran ayuda. Sin usted, no sé qué habría hecho. Nunca antes había vivido un aguacero como este. —Como para sí, emitió un comentario sobre Argentina—: En este país, todo es exagerado.

—No tiene por qué agradecerme, señora, ya vio usted que todo pasa. Con respecto a esta tierra, sí, en Argentina todo es intenso.

Ella se volvió a recostar, todavía sonriente y mucho más tranquila.

—Todo pasa. Tiene razón.

—Buenas noches, damita.

—Buenas noches, *kárwün lenú*. —“Viejo amigo”, como solían decir los tehuelches.

Pero él ya no la escuchaba. Había bajado de la carreta y se encontraba algunos metros más allá.

CAPÍTULO 30

Los días se volvieron algo monótonos. Aun así, en cada nuevo amanecer, nadie sabía qué les depararían las siguientes horas. Muchas veces, el agua de los arroyos era demasiado salada y, por eso, imbebible; entonces, cuando divisaban alguna estancia, todos reían felices. Un asentamiento, del tipo que fuera, significaba que quienes lo habitaban habían dado con una vertiente de agua dulce. Al entrar en tierras ajenas, pedían permiso para que los animales abrevaran mientras pasaban la noche, conscientes de que debían pagar por tan preciado líquido y por las pasturas que consumirían.

A medida que se adentraban en el desierto, cruzaban ríos, pernoctaban en medio de la estepa o en estancias aisladas; a veces, se detenían a reparar alguna rueda o fleje roto.

Mientras tanto, la relación entre el tosco hombre y la fina inglesa se iba fortaleciendo y se hacía cada vez más estrecha. Tal vez fuera porque se encontraban solos, porque él podía hablar en inglés, idioma que ella añoraba, porque Patricia se sentía feliz de estar regresando o por lo que fuera, pero se la notaba complacida con él, y la razón no le interesaba. Lo que sí sabía era que nunca antes se había sentido tan cómoda al lado de un varón, ni siquiera junto a Eduas. Con su antiguo prometido, siempre tenía la sensación de que algo faltaba, de que, de algún misterioso modo, ella le estaba fallando. Luego, cuando todo había salido a la luz y las razones de él para estar en Providence habían sido reveladas, Patricia supo que aquello que había sentido y que no entendía era el persistente rechazo de Eduas, solo eso.

En ese momento, en cambio, se distendía, escuchaba los relatos de Radigrand con sumo interés y agregaba conceptos. Al principio del viaje, habían debatido de manera acalorada sobre puntos filosóficos, pero, a medida que se conocían, los temas se habían tornado más personales. Así, uno relataba y el otro escuchaba. Las aventuras de Radigrand eran tan atrapantes que terminaron abarcando la mayoría de los momentos, y ella ya casi no necesitaba hablar.

Aunque, a veces, Patricia se preguntaba si él no mentiría o exageraría un poco. ¿Tanto había vivido ese hombre, tanto había viajado y conocido? De todos modos, le encantaban esos instantes de íntima confianza.

Después de cenar, cuando los demás se retiraban a descansar, ambos iniciaban esa cita íntima. Sentados junto al carromato donde Geraldine descansaba, él armaba y encendía los cigarrillos que fumaba mientras hablaba, casi siempre con un nuevo relato que contar.

—Dicen que los lobos de la estepa aúllan...

—¿Lobos? —preguntó ella esa vez, algo temerosa.

—Acá no existen. Son como los perros salvajes. Tal vez más fieros, aunque menos peligrosos, porque, si el perro está desesperado de hambre, ataca hasta al hombre. Los lobos, en cambio, nunca lo hacen.

La inglesa lo escuchaba atenta. No lo regañaba si lanzaba el humo hacia ella, aunque a veces le dejara olor a tabaco. En vez de eso, con ademán coqueto, sacudía una mano delante del rostro y continuaba oyendo las historias que le contaba con mucha concentración.

Patricia comenzó a esmerarse en comportarse como la dama que siempre había sido, aunque sin caer en la cuenta de ello. Quizá porque se aproximaba más a la ciudad y estaba retornando a sus raíces, ella había regresado a aquellos gestos de muñeca sensual.

Radigrand la observaba fascinado. A pesar de que continuaba ocultándose, él notaba en ella esos ademanes tan femeninos, medidos y muy atrapantes que lo envolvían entero hasta enloquecerlo de placer.

Por su lado, ella terminó sintiéndose subyugada por ese varón. ¿Cómo podía tanta vulgaridad poseer tan enorme belleza?

Ninguno se molestaba en analizar el hecho de que, sin ser pareja ni parientes cercanos, se buscaran de manera continua. Patricia tampoco recapacitaba en que se encontraba frente a un hombre, menos en que no había que estudiar demasiado la actitud de él para entender que tenía predilección por ella, porque, cada nuevo atardecer, la elegía como interlocutora en esas conversaciones nocturnas.

Si la noche se encontraba desapacible, no significaba que tenían que prescindir de tales encuentros. ¡Si se habían convertido en una adicción! Entraban al carromato y, para no despertar a Geraldine, conversaban en susurros; si estaba agradable, encendían su propia fogata y se calentaban las manos sobre las llamas al tiempo que quemaban hojas para ahuyentar a los insectos molestos que ya habían empezado a atormentarlos.

Él hablaba, y la muchacha lo observaba con interés. El rostro de ese hombre era colorado, tal vez por la vehemencia con la que se internaba en cada discusión. Llevaba el cabello renegrido, largo y atado con una tira de cuero. Tenía ojos negros y una

mirada tan directa que cortaba el aliento, con cejas espesas y bigote y barba tupidos; el vello sobre los labios gruesos se le enroscaba en una fina curva hacia arriba. Vestía con camisa de paño, moño al cuello, chaleco y chaqueta larga. Debajo, Patricia suponía que debía de abrigarse con una camiseta de lana y calzoncillos largos, como usaban los hombres en Londres. El pantalón que usaba era de caliente franela y, encima de todo, solía llevar un sobretodo de paño muy gordo con piel en el cuello y las mangas.

—¿Dónde está su familia? —quiso saber ella esa noche.

—No tengo. ¿Lo olvida?: me criaron los mohicanos. Ya se lo he contado antes, mi familia es la tribu de esos nativos.

Pero ella quería saber sobre su otra familia, la personal.

—¿Su esposa e hijos?

Esa pregunta era muy indiscreta, por cierto, aunque ya se tenían la suficiente confianza, y el ambiente introspectivo que existía cuando se encontraban a solas con los recuerdos se prestaba a las confidencias.

Él rio a carcajadas, con esa risa estruendosa y exagerada que lo caracterizaba.

—Tampoco. No puedo.

—¿No puede?

¿Estaría enfermo? Patricia supuso que había tocado una veta íntima y prefirió no continuar indagando, pero él le explicó.

—No lo merecen. Siempre estoy yendo de un lado al otro, no tengo puerto ni raíces. Mi existencia es un baúl que contiene mi revólver, escopeta, un impermeable y nada más. ¡Ah, lo olvidaba! Una biblia que me regaló un sacerdote de paso.

—¡Tan pocas pertenencias! —expresó la inglesa como para sí.

Ella no podía vivir sin las joyas y trajecitos ostentosos, los sirvientes, la belleza de un jardín arreglado y las residencias fastuosas y señoriales. De todos modos y en la misma medida de esa predilección por lo mundano y fútil, en un rincón de la cabeza, la joven también se dijo que, durante más de dos años, había podido vivir sin todo ello y, de a ratos, había sido feliz. A lo mejor, esos detalles superfluos no eran tan imprescindibles para ciertas personas, y los valores existenciales se encontraban en otra parte, en otros elementos.

Por ejemplo, John, su padre: a él siempre le había gustado el riesgo, la incertidumbre del mañana, caminar al filo de la navaja o de un risco demasiado inestable. Se le inflaba el pecho cuando se encontraba frente a un nuevo desafío, por más que en tantas contiendas hubiera terminado paupérrimo y despreciado por toda la familia y los conocidos.

—Tiene razón, tan pocas posesiones y la felicidad presente —exclamó él, lo que cortó el debate interno de la muchacha.

Por debajo del velo que cubría el rostro de Patricia, él podía adivinar los ojos muy abiertos que lo observaban con atención y, también, algo cristalizados porque de súbito sentía un poco de compasión por él.

—¡Sin esposa, sin hijos! ¡Cuánta tristeza! —dijo por lo bajo ella, tal vez con la idea de que él no la escuchara—. ¿No añora una mujer y tener niños? —terminó por preguntarle.

Él se alzó de hombros.

—No se inquiete tanto, señora. También tengo mujeres.

Patricia se sintió turbada y, con un sonrojo, concluyó con la conversación.

—Hasta mañana, Radigrand. Nos veremos cuando sea el desayuno.

Pero, esa noche, mucho antes de que amaneciera, la despertaron los perros con sus aullidos. La inglesa se sentó asustada y miró en derredor, aunque dentro del vehículo no se veía nada.

Luego de encender un farol, salió a escudriñar la espesura que los rodeaba.

—No verá nada, señora —advirtió Radigrand.

Él se encontraba sentado sobre un oscuro caballo, a pocos metros de la carreta de ella.

—¡Por todos los cielos, hombre inoportuno, su silenciosa presencia casi me mata de pavora!

—Disculpe, damita. Vine a ver si la molestaban los perros.

—Sí, me da miedo tanto llanto.

—Lo lamento, seguirán así durante toda la noche. En el monte hay una perra en celo, y tuvimos que encerrar a los machos para que no fueran tras ella o los perderíamos. *Leik* también está encadenado.

—Entonces, ¿nadie nos cuida?

—Yo puedo hacerlo. Si usted quiere, me quedo un rato más. —Le mostró el rifle que tenía atravesado sobre la montura, entre las manos enguantadas.

Entonces se escuchó un largo aullido seguido de varios más.

La sajona miró hacia la oscuridad del entorno, y le dio la impresión de que los animales los cercaban; estaban en todas partes y, sin embargo, eran invisibles.

—¡Por favor, quédese! —chilló con voz atiplada en tanto se apartaba hacia atrás para resguardarse de un susto incierto.

Radigrand se bajó del equino, ató las riendas al vehículo y luego se subió al estribo para sentarse en el pescante del carromato.

—¿Estará cómodo?

—Eso no importa.

Patricia se lo agradeció y después regresó al lecho.

Estaba de nuevo dormida cuando sintió que varios perros se peleaban y armaban una gresca fenomenal. En el entresueño mezclado con tenebrosas pesadillas, saltó y comenzó a gritar.

—¡No, no, no!

El hombre se metió apurado en el vagón hasta colocarse junto a ella y apretarle los hombros.

—¡Despierte! Todo está bien, solo es un mal sueño por culpa de esos salvajes animales que se pelean desesperados por un poco de sexo.

Ella escondió el rostro en el pecho de Radigrand y lloró, sacudida por espasmos intermitentes.

—¡Tengo miedo, tengo mucho miedo! Es horrible escucharlos.

Los perros, exaltados por el olor de la hembra receptiva, se habían ensañado y buscaban disputársela, aun a costa de sus propias vidas. En la batahola estaban presentes los propios y los ajenos, venidos desde mucho más allá, atraídos por el penetrante olor de la perra. Por ello, el bosque era un verdadero infierno.

—Tranquila, Patricia. Es su propia contienda, nosotros no tenemos nada que ver.

—En mi ciudad, las abuelas dicen que, cuando los perros aúllan, alguien va a morir.

—No tema, nadie va a morir —le aseguró el hombre en voz conciliadora y sin dejar de abrazarla—. Por lo menos, no en este vehículo.

Después la acunó sin soltarla y le susurró palabras reconfortantes hasta que la muchacha dejó de llorar y pareció dormirse. Radigrand la recostó con suavidad al tiempo que cuidaba de no apretar a Geraldine. Luego se incorporó con la intención de dejarlas solas, pero la inglesa estiró un brazo hacia atrás, en busca de él, y lo hizo sentarse de nuevo, apretado contra la espalda de ella.

—Quédese, por favor, no podré dormir si usted se va.

El hombre se quedó sin saber cómo proceder. Lo que estaba por suceder era del todo incorrecto entre una señora y un hombre. Aun así, eran amigos, y a ella se la notaba muy desprotegida.

Patricia también lo pensó, pero ¿quién iba a reprenderlos? ¿Quién les haría notar la indiscreción? Al final, eran adultos y podían proceder como se les antojara. Que hablaran luego. ¿Qué más podrían decir de ella, de esa misteriosa, oscura, harapienta y sucia mujer, si nadie conocía su verdadera identidad?

La muchacha se corrió un poco para hacerle lugar, y él, con sumo cuidado, se acostó. Acomodó un brazo bajo el hombro de la sajona y, con el otro, la cubrió. El cuerpo de ella era tan diminuto como enorme el de él. Radigrand podía abarcarla entera, con la cabeza de Patricia sobre el pecho que se le ofrecía y los pies apoyados sobre el arco de los gigantes de él.

—Duerma, señora. Todo está en orden. Nadie las lastimará.

* * *

Antes de la madrugada, cuando el rocío empapaba cada hoja y cada tallo, los canes menguaron sus rencillas hasta calmarse. Arriba, una finísima garúa hacía cosquillas en el toldo de la carreta y arrullaba el sueño de los seres que lo habitaban.

En ese amoroso silencio, al sentir algo de frío, Patricia se corrió hacia atrás y se pegó más al cuerpo del hombre.

En ese momento, sucedió lo inimaginable, lo impensable: percibió el miembro varonil de él, duro, que le apretaba los glúteos, ¡y la sensación fue tan cálida! Relajada y feliz, no se movió. Permaneció quieta, ocupada en sentir mientras vibraba de placer con el efluvio de emociones que le subían por la espalda hasta enloquecerla de deseo. ¡Hacía tanto que no se agitaba por las notas exaltadas del amor!

Entonces hizo lo que nunca habría sospechado en ella: se dio vuelta, se colocó delante de él y, con suavidad, se levantó la falda.

Radigrand supo lo que la muchacha estaba buscando y la atrajo más. Le besó la frente, y los labios de él quedaron untuosos y con sabor a madera quemada.

—¡Ya no te apliques ungüentos, huelen horrible, mujer! —le brotó desde el alma—. Te cubres entera, te escondes. Aun así, adivino en ti preciosas curvas. ¿Por qué lo haces?

Pero, en ese instante, lo único que quería Patricia hacer era tenerlo, sentirlo, palpar al mismo ritmo; justo eso que se les impedía hacer a los perros que pugnaban por escaparse para retozar con la hembra en celo.

—Deja de quejarte, hombre malo. Tú tampoco hueles rico. Más aún, apestas. Además, ¿por qué no te vistes como un caballero? Con capa, botas relucientes... Las tuyas están llenas de lodo y excremento, te lo recuerdo. ¡Y también galera y bastón!

—¡Eres graciosa, campesina! ¿Cómo pretendes que tenga las botas limpias si vivimos sumergidos en el barro? Además, ¿bastón, galera? ¿Qué tiene de malo mi sombrero de ala ancha? ¡Sí que eres divertida! ¿Y de dónde has aprendido cómo viste un señor?

—Porque yo soy... —Patricia otra vez debió guardarse las ganas de contarle que ella era una inglesa de la selecta elite londinense—. Soy una dama, por eso. Y sé mucho de hombres.

—Sí, no lo dudo —expresó él en tono socarrón.

Si ella era una señora, entonces cualquier campesina también lo era. Aunque debía reconocer que había en la extranjera ciertos modos, ciertas actitudes y comportamientos que le hacían dudar de ese supuesto origen humilde. También sabía que ella jamás se lo confesaría. No había que analizarlo mucho para comprender que esa muchacha guardaba misteriosos secretos.

Mientras conversaban, ninguno percibió que se estaban tuteando.

—Ya no hables, hombre extraño.

Él amagó con responderle, pero ella posó los labios sobre los de él. Radigrand continuó besándola mientras acariciaba aquellas curvas, ese precioso cuerpo de mujer anhelante, para buscarla y prepararla. Patricia sabía lo que estaba por suceder, había copulado con Urzep muchas veces; sin embargo, eso era diferente, era hermoso, supremo. Un ardor insoportable la hacía estremecer y le mojaba la entrepierna. Quería que ese hombre la penetrara cuanto antes y la llenara por dentro.

Radigrand se abrió los botones del pantalón y sacó el miembro listo. Luego se detuvo como para pedir permiso. Ella tomó aquella extremidad palpitante y la condujo hacia el sitio más cálido. Con cuidado, él subió sobre ella, y apoyado sobre las manos, comenzó a moverse. ¡Era precioso el escondite de esa mujer! Tibio, perfumado y atrapante, lo convocaba a calmar ese temblor.

—¡Tus líneas, muchacha, me enloquecen! Me distraigo con ellas y podría recorrerlas durante horas sin cansarme.

En ese instante, Patricia comprendió que tantos sinsabores, tanta frustración por los candidatos matrimoniales, tanta soledad y tanto buscar sin dar con el amor solo se habían debido a que, ¡entonces lo entendía!, había escudriñado en sitios erróneos.

Acababa de dar con un hombre que, a pesar de ser tan diferente a ella, saciaba sus deseos sexuales hasta llevarla a la más excelsa plenitud y satisfacción.

El oso cavernario y la leona se habían encontrado. Separados, eran agresivos y peligrosos; juntos, eran un solo núcleo de indestructible poderío.

CAPÍTULO 31

Esa noche, y la siguiente y la siguiente, después de conversar, la sajona y el mohicano se juntaban para hacer el amor.

—¡Hacer el amor! —se decía Patricia.

Era ese un sentimiento por completo novedoso que —estaba convencida de ello— nunca antes había vivido y, si reunía las más bellas experiencias amorosas que había presenciado, ni tan siquiera así llegaba a igualarlo. La energía mágica que la recorría entera y que la mantenía en constante alteración era el elixir de los dioses. Se sentía viva, hermosa a pesar de estar sucia y con la ropa hecha andrajos. El poder que le iba creciendo al amanecer y cuando se recostaba la hacía sentir invencible. Nunca más se enfermaría, nunca más necesitaría comer o beber, porque todo se lo brindaba ese curioso hombre que tenía cerca cuando la abrazaba y besaba.

Cuando el sol se recostaba, ella sentía su propia respiración entrecortada, leve, vibrante de ansiedad, que anhelaba el instante del encuentro con ese hombre tan inusual. Lo buscaba, lo deseaba. La pasión aletargada durante tanta vida se había ido potenciando y reproduciendo para florecer en ese delicioso viaje de regreso a su tierra natal.

Las horas pasaban, y el corazón de Patricia latía fuerte y la conservaba en la levedad del cielo. Soñaba despierta en tanto aguardaba a la oscuridad para volverse mariposa que quería inmolarse al abrazarse al fuego del ser amado; aunque Radigrand no la quemaba, sino que abría uno a uno los pétalos de la dama para permitirle mostrarse en su máximo esplendor.

Todo ello le brotaba cuando se encontraba unida a ese hombre maravilloso, y ni el ardor que creía haber sentido por Eduas se le asemejaba.

¿Cómo podían dos hombres, en apariencia tan parecidos, en realidad ser completamente diferentes? Con Eduas había sentido un fervor desesperado, urgente, como cuando tenía sed y quería saciarla, pero con Radigrand era muy distinto. Abrazada a él, quería dilatar el momento, estirarlo por siempre, pegarse al enorme cuerpo de ese varón para no separarse, encontrarse y ya no volver a distanciarse jamás.

—Torpe, burdo, rústico y vulgar. Te observo moverte entre los carromatos y te ves tan... itan elemental! —pronunciaba en voz alta cuando estaban amándose.

—¿Cochinita? —exclamaba él burlón—. Desconozco palabras tan grotescas en tus labios.

También era inevitable preguntarse si, de haberse encontrado en el castillo Providence, cuando ella era una princesa mimada, rodeada de confort y lujos, de hombres hermosos, bien vestidos, muy educados y de excelente labia, ¿habría aceptado estar con Radigrand?

—¡Jamás!

Ni en las más terribles pesadillas se le habría presentado la imagen de un hombre tan grotesco como él, ¡y menos la idea de ser su amante! Pero la poderosa maroma de acontecimientos se había presentado de tal manera que los había llevado adonde en ese instante se encontraban.

Durante el día, se comportaban como respetuosos compañeros. Apenas si se rozaban cuando estaban cerca, y como al descuido. En esos momentos, a Patricia se le aceleraba el corazón, y un calor tierno le subía por las vísceras hasta hacerla sonrojar. Por las noches, en cambio, se volvían la leona y el oso cavernario, se desinhibían y se amaban con la fiebre vibrante en los jóvenes corazones.

Tal vez porque Patricia había ignorado durante demasiado tiempo la pasión que sentía, entonces la descargaba en ese ser que la completaba; y ella siempre había sido una mujer apasionada. Lo deseaba, lo buscaba y, cuando creía estar saciada, volvía a reclamarlo.

Días después, al recapacitar sobre su propio comportamiento, se obligó a pensar con más frialdad para evaluar las consecuencias de tanta insistencia en el acto sexual, que ella no nombraba como tal, sino que llamaba “amor”. Ya tenía una criatura. ¿Deseaba otra? No en ese momento, en esas circunstancias.

Sabía que, durante esos primeros días, no era posible que quedara embarazada, pero luego...

Una mañana, cuando estaba descendiendo de la carreta y mientras sacudía las mantas, Radigrand apareció.

—Buen día, señora. ¿Desea que le acerque algo? ¿Se encuentran ustedes bien?

—Excelente, Radigrand. Mi hija aún descansa. —Luego, como de pasada y en susurros, le dijo—: Hombre de las cavernas, no quiero quedar encinta de nuevo.

Patricia se asombraba de estar hablando con tanto desparpajo con un varón. Nunca había mantenido una conversación de ese tipo, y cada nueva palabra la llenaba con algo de vergüenza. Pero no podía detenerse. En todo lo referido a la intimidad, confiaba en

Radigrand y deseaba explicarle cuanto sentía y pensaba.

—Te entiendo.

—Una copa.

Él se detuvo. ¿Había escuchado bien? Primero le había dicho que no quería quedar encinta y, de inmediato, había pasado a pedirle una bebida espirituosa. ¿Qué parte de la conversación se había perdido?

Ella se acababa de levantar y, mientras le hablaba, se alistaba para ir hasta el fogón a tomar una infusión de hierbas. Todavía no se acostumbraba al mate de los criollos.

—Disculpa, damita inglesa, ¿entendí bien? ¿Deseas beber ahora, antes del desayuno?

—¡No, Radigrand ignorante! Hablaba sobre no quedar embarazada. Tráeme una copa vacía lo más pronto posible. Antes, córtale la base y el pie. Un cuenco, necesito un cuenco. Y por favor, límalo bien. No quiero lastimarme.

Eso comentaban las amigas de ella cuando se contaban cosas exclusivas de las casadas. Eran conversaciones pícaras que solo desarrollaban cuando se encontraban a solas, entre las más conocidas, porque, si sus padres se llegaban a enterar del tema de esas discusiones, sin duda se escandalizarían.

En ese momento, al escucharla, él no comprendió demasiado el requerimiento, pero hizo lo que ella le pedía. ¿Quién entendía a las mujeres?

De ahí en más, Patricia, antes de estar con él, se introducía la copa invertida, con la boca hacia afuera. De ese modo, Radigrand no volcaría su simiente en ella, y evitarían engendrar otro hijo.

Por su lado, él estaba muy contento con ella, la inglesa lo fascinaba y lo mantenía en vilo, expectante. Patricia era una muchacha con innumerables facetas. A veces lo crispaba, y otras, lo enternecía; a veces era una delicada mariposa y, al segundo siguiente, era un jaguar furioso que le lanzaba las afiladas zarpas, listo para devorarlo.

—Cochinita —solía decirle cuando la olía.

—¡Atrévete nada más a criticarme! —respondía enojada ella.

—Campesina pretenciosa.

—¡Y sigues menospreciando mis raíces reales, insolente! —En esa ocasión, la sajona notó de inmediato que había ido demasiado lejos al haber develado sus propios orígenes nobiliarios—. Disculpa, aceleras tanto mis latidos que mi boca dice palabras mentirosas.

Todavía le quería ocultar su ascendencia porque, si él seguía indagando, podría hilar verdades y suponer que ella era la mujer buscada por las autoridades.

Además, la inglesa no pensaba continuar con esa relación más allá del viaje. Cuando se despidieran en el puerto, todo acabaría. De ser amigos íntimos, pasarían a volverse desconocidos, y cada cual seguiría con su propio destino. Patricia regresaría a esconderse en algún castillo ignoto de Europa, y él continuaría con esa vida errante. Entonces, ¿para qué revelar secretos horribles que a nada bueno podían conducirla?

Él tampoco le contaba que, en realidad, había ido al rancherío con el expreso objetivo de buscarla.

Ambos le ocultaban al otro su realidad más escondida.

Ese día, en un descanso que habían hecho para reparar un eje roto, Patricia recorrió la caravana con su hijita en brazos mientras meditaba sobre el futuro. Geraldine era una criatura dulce y jovial, tenía una sonrisa para cada persona que la observaba y lloraba en muy escasas ocasiones. Su madre la adoraba y buscaba cualquier excusa para cargarla en brazos.

Ahora que se encontraban cada vez más cerca del Buenos Aires, pensó en qué haría cuando arribaran al puerto.

Lo primero sería hablar con William y contarle todo para que él luego dispusiera por ella cuál habría de ser el nuevo camino que, junto a Geraldine, deberían tomar; dejaría que él organizara el devenir de madre e hija. A lo mejor, él encontraría una solución airosa a la permanente condición de prófuga de la justicia que le esperaba. La joven había comprendido que las decisiones que había tomado casi siempre habían sido desacertadas, puesto que la habían conducido a pésimos rincones, al peligro y a la muerte, ¡y se sentía tan fatigada! Regresaba de ese pasado con terribles estigmas, con una criatura y con llagas internas que nunca cicatrizarían. Y todo dolía demasiado. Ella ya no quería lidiar más con tales entuertos y errores; mejor le dejaba a otra persona la lid.

Más tranquila, se acercó a ver qué estaba haciendo Radigrand, quien, en esos momentos, despellejaba a un guanaco recién atrapado.

—Hola, señora —le dijo al verla.

Ella notó el sudor en la frente de él, la agitación, la respiración entrecortada y, si no fuera porque las manos del comerciante estaban ensangrentadas, habría pensado que acababan de hacer el amor.

Al tiempo que trataba de calmar su propio corazón acelerado, Patricia soltó una excusa cualquiera y comenzó a retirarse.

—Estás sucio, hombre del desierto.

—Lo estoy, bien lo dices.

Pero, por las noches, todo estaba permitido.

—Cochinita mía —continuaba llamándola él en tono cariñoso cuando la amaba.

Ella le decía frases igual de lapidarias, aunque sin tono hiriente.

—Tú eres asqueroso, oso de las cavernas, me rasguñas con tus garras negras. Alguna vez deberías cortártelas.

Eso eran: una pareja intensa, apasionada, unida por extraordinarios vínculos que iban más allá del entendimiento de ambos.

CAPÍTULO 32

Ese atardecer, los hombres se adelantaron y salieron de cacería. Los jinetes de avanzada habían avistado una tropilla de guanacos que rondaban las cercanías y, como quedaba poca carne, pensaron que sería bueno atrapar algunos. En el convoy existían muchas bocas para alimentar día y noche, sin olvidar a los valiosos perros que les servían para variados menesteres, no solo como guardianes e informantes de cualquier eventualidad o presencia.

Algunos cazadores prepararon los rifles y partieron en busca de los camélidos, sin olvidar que los oteadores también habían aseverado que, próximas al campamento, habían hallado huellas de puma.

—Deben andar con precaución.

No fuera ser que un felino saltara de entre las matas y se abalanzara sobre algún desprevenido corcel. Aunque eso no era muy común porque el caballo, que lo olía antes, se detenía, piafaba y pateaba al aire. De ese modo, quien lo montaba sabía que delante había peligro.

Los demás se quedaron para armar el vivac. Detuvieron las carretas y soltaron a los animales para que, guiados por la yegua madrina y sin separarse de ella, pastaran en los alrededores. Después se ocuparon de descargar lo que necesitarían para descansar, acomodaron los enseres, estudiaron posibles desperfectos, ajustaron nudos y tensaron sogas. Siempre había pendientes para hacer, mercadería que se aflojaba y corría el riesgo de perderse en el camino y roturas a remendar.

Pero las horas transcurrían, y los hombres no regresaban. A la inglesa le asustaba que no retornara uno en especial, y ya había comenzado a restregarse las manos con creciente inquietud. Los retortijones le revolvían las entrañas; sentía ruidos en el bajo vientre mientras el dolor la atosigaba y una incipiente migraña se le subía por la espalda hasta la nuca. Si Radigrand no aparecía pronto, desfallecería de angustia.

Se había sentado en la parte delantera del carro, con la vista hacia el lugar por donde los cazadores debían aparecer, para otear el horizonte oscuro con más y más insistencia a medida que pasaban los minutos.

—Hombre malo, ¿dónde te has metido? —mascullaba para sí.

Su hija permanecía dentro, iluminada por un farol y acomodada entre las pieles y mantas. Jugaba con algunas chucherías; desde donde se encontraba la madre, podía escucharla gorjear.

Cuando los demás ya habían comenzado a preparar los fuegos para asar la escasa carne que les quedaba, entre chiflidos y galopes, se avistó a los alegres jinetes que regresaban con morrales repletos de huevos de ñandú y, atravesados en las ancas de los equinos, varios guanacos muertos.

Las palpitaciones de Patricia se aceleraron desbocadas, y la respiración se le volvió entrecortada. ¡Retornaba, su hombre retornaba!

Aguardó nerviosa hasta verlo acercarse a ella. Aún con las manos apretadas sobre la falda, se puso de pie y descendió del vehículo para enfrentarlo.

—Nunca más, ¿me has escuchado, Radigrand? ¡Nunca más vuelvas a ausentarte durante tanto tiempo!

—Pero, campesina, ¡si fueron apenas un par de horas!

La voz de la muchacha se oía temblorosa y titubeaba al hablar. Ni siquiera se percató de que él la había llamado así, ni de que hasta se notaba divertido con el gran temor que ella mostraba por una ausencia que no había sido tan terrible.

—¡No sé cuánto fue, no lo sé! Si fue poco o mucho, no tengo idea, ¡pero no vuelvas a hacerlo! Mi corazón se detiene.

Entonces, superada por el miedo al pensar en aquello que podría haberle sucedido a Radigrand, un segundo más tarde, cayó sobre el pasto, desvanecida.

—¿Cochinita? ¡Despierta, Juana!

En ese instante, él también se preocupó, aunque por la salud de la muchacha. Se arrodilló presto a junto a ella y la recostó con cuidado sobre el césped. Luego le dio aire al ventear con la mano de manera insistente sobre el rostro de la joven y sin dejar de abrazarla.

Ella reaccionó de inmediato y, al abrir los ojos, también se aferró a él y lo abrazó con fuerza.

—¡No vuelvas a hacerlo! ¡Nunca más, nunca más! —repitió llorosa.

—Tranquila, cochinita, juro no volver a alejarme.

Después, mientras todavía ambos permanecían apoyados en el suelo, el hombre se quitó el sombrero y, luego de acomodarse mejor al usar como respaldo la rueda de la

carreta, meció a la dama con suavidad durante largo rato. Ninguno de los dos se preguntó cuál era la razón de tanto fervor y desesperación en la sajona, pero, si Patricia hubiera indagado más en su propio corazón, habría comprendido que ese exagerado miedo se debía a la constante de perder. En la vida de ella, los continuos fracasos y ausencias la habían perseguido como peste.

* * *

—Noto que los poblados aparecen cada vez con más frecuencia. Todas las mañanas nos topamos con asentamientos concurridos: campos, construcciones, quintas, gente que va de un lado a otro por el mismo camino que nosotros... —expresó la inglesa cierta mañana.

—Estamos llegando —aseveró él.

Patricia se tensó.

—¿Llegando adónde?

—¡Cochinita! —susurró él en tono cómplice y con los ojos cerrados para simular agobio—. ¿A dónde me pediste que te condujera a salvo con tanto esmero?

—¿Estamos arribando a Buenos Aires?

—Exacto. Dentro de un par de jornadas, te podré dejar en el puerto. ¿No era eso lo que me habías pedido?

—Sí, pero...

—¿Pero?

Un sorpresivo abatimiento la invadió. Encogió los hombros, silenció la queja que estaba por pronunciar y sonrió con tristeza.

—Nada, nada.

Tenía demasiadas cosas nuevas que le rondaban la cabeza. La atormentaba sobre todo la idea de tener que enfrentar a su tío para convencerlo de que le hiciera un favor; a él, que ni siquiera había acudido al llamado de ella cuando le había enviado la nota a través de Juan. Pero no sabía a quién más recurrir.

A Patricia no le agradaba doblegarse a nadie. ¿Cómo haría para vencer el enorme orgullo que siempre la había caracterizado y pedírselo?

También tenía otra congoja, una mucho más poderosa que el temor de ser descubierta como una asesina prófuga: si el viaje estaba concluyendo, entonces, ¿todo entre ella y Radigrand también llegaba a su fin? ¿Ya no lo vería más? Ya no hablarían cada noche, no se amarían..., perdería aquellos besos, aquellas caricias, la entretenida compañía que él le daba, esa fuerza y protección... ¡Señor!, ¿él también la abandonaría?

Después se enojó consigo misma. ¡Como si él fuese tan importante! Tan hombre, tan educado, tan caballero, tan... Además, ¿acaso no había sido esa su intención desde el inicio de la relación amorosa?

—Te noto desolada de repente. ¿Sucede algo, muchacha?

Patricia no lo miró, pero, si lo hubiera hecho, habría notado en los ojos de ese hombre una picardía jovial, tal vez divertido por la desolación de la joven; incluso podría haber supuesto que él también guardaba un secreto inconfeso. En ese instante, toda la amargura de la dama se habría disuelto, y habría pasado a detestarlo, sentimiento mucho más tolerable que la impotencia y la tristeza.

—Nada, nada, ya le dije, señor Radigrand. Estamos arribando a nuestro destino y pronto nos despediremos. Nuestras vidas no volverán a cruzarse.

Ella era excelente para guardar las emociones y evitar demostrarlas. Las apariencias la habían salvado en más de una oportunidad; en ese instante, necesitaba ser fría. Detestaba que sintieran lástima por ella o que la notaran débil o desprotegida. Mucho mejor era que sintieran celos de su apariencia, que la envidiaran o la creyeran fría y calculadora. Esas consideraciones eran mucho más tolerables. Los instantes de temor, durante la tormenta, cuando los perros aullaban o después, habían sido solo eso: instantes fugaces.

Sí, se convenció, ella no lo necesitaba.

—Entiendo. Desde este momento, la distancia deberá primar en nuestra relación. Regresemos al principio. Usted y yo, señora, no nos conocemos.

Enojado porque esperaba algo más de la sajona, Radigrand le dio un fustazo al caballo para azuzarlo y se adelantó a la carabina. Ya no quería seguir hablando con esa dura mujer. ¡Pensar que en la cama era un fuego difícil de extinguir! Sin embargo, a la vista estaba que, en realidad, era egoísta e indiferente.

—¡Cochinita ingrata! —masculló.

Esa noche y la siguiente, el comerciante no apareció por la carreta de la joven. Se sentía muy ofuscado y desanimado.

Ella tampoco lo llamó, y ambos estaban siempre rodeados de personas.

Los forasteros llegaban de continuo. Eran extraños con un mismo objetivo final que se les habían unido. Patricia ya no tenía excusa para pedirle a Radigrand que se quedara con ellas y las protegiera.

En poco tiempo, el contingente se volvió caótico, lleno de risas, conversaciones y largas jornadas en las que los recién llegados iban haciéndose amigos de los viajeros. Todos en la expedición se encontraban exultantes, hablaban fuerte y gesticulaban de más. Ante el inminente arribo, se habían soltado, tomaban licor, se emborrachaban y reían a carcajadas.

Todo lo opuesto sucedía con Patricia.

Esas últimas noches de largos desvelos en la soledad de la carreta, llena de ansiedad y temor, se preguntaba qué sería de ella y su hija de ahí en adelante. ¿Quién las cuidaría, quién velaría por el bienestar de ambas, quién la abrazaría cuando estuviera asustada y quién le haría el amor cuando el ardor la inundara? Radigrand era un gigante torpe, malhablado, grotesco y maleducado, pero poseía una ternura prístina que doblegaba a Patricia hasta volverla maleable.

Nuil, la sabia tehuelche, le había enseñado la palabra mágica, la que marcaba la vida de las personas: *Noóm*: “Camino”.

Aquella expresión abarcaba todo, en un puño guardaba los senderos de cada ser. *Noóm*, el camino, el futuro. Con ese pensamiento, la inglesa conseguía dormir unas pocas horas hasta despertarse al día siguiente, fatigada y con sueño.

Tenía una certeza clavada en el pecho, ¡y cómo dolía! Muy pronto, Radigrand, la *noóm* de los últimos meses, desaparecería y se perdería en su propio futuro, uno muy diferente y alejado del de ella. No existía poder en su persona, ni en toda la tierra que pudiera torcer semejante destino.

CAPÍTULO 33

U nos días más tarde, el viaje había concluido. Pero en vez de sentirse satisfecha y alegre, la congoja de Patricia no tenía límite alguno. Sin embargo, cargaba intrigas tan exacerbadas que no existía un solo rincón para pensar en su oso cavernario. Por el momento, hasta haberlas solucionado, no pensaba ir más allá del pacto hecho con ese hombre. Nada más quedaba por hacer, ninguno le debía nada al otro.

—Hemos llegado. Gracias, Radigrand, cumpliste con tu parte del trato, y yo, con la mía. Te pagué, y no nos debemos nada.

Pero la entonación de la sajona decía algo completamente diferente: quería retenerlo, nunca permitirle irse.

Él también estaba algo cortado y serio. Tras quitarse el sombrero, al tiempo que la escuchaba, lo hacía girar de un lado a otro entre las manos.

—Hasta aquí llegamos, señora. —Volvió a tratarla de usted—. Falta dejarla en el puerto. Supongo que querrá tomar el primer navío que zarpe hacia su siguiente objetivo.

Uno que él desconocía porque ella nunca se lo había comentado. Aunque también sabía que lo que le habían encomendado no era conducirla hasta el puerto, sino a otro sitio, pero primero quería escucharla. Tal vez, tal como había sucedido en el rancherío, ella decidiría por él y le ahorraría la incomodidad de develarle las verdaderas intenciones que él había tenido al encontrarse con ella en el poblado tehuelche.

—No. —¿Tomar un barco ignoto y correr el riesgo de padecer lo mismo? ¡Dos errores en un mismo punto no, por favor! Acalló su propio corazón agitado y, con voz pausada, le dijo—: Primero quiero ir hasta la residencia de un señor inglés llamado William York. ¿Podría usted conducirme hasta allí?

Pero, por más que intentó evitarlo, la entonación le salió lastimosa, y el pedido se asemejó a un ruego. Patricia estaba a punto de colapsar y tenía un dolor en la garganta que le impedía formular las palabras con convicción.

Metida en su propio sufrimiento, no percibió que, cuando ella nombró a William, Radigrand sonrió apenas. Fue un segundo nada más, pero lo hizo.

—Entiendo.

—¿Sabe usted dónde queda? Es una casa muy importante ubicada en una esquina.

—Sí, señora, creo conocerla. La llevaré hasta ahí de inmediato.

Pidió prestada una de las carretas más livianas y, luego de ayudar a la dama a subir, colocó la bolsa con las pertenencias de la joven detrás. Patricia tomó a su hija en brazos y, listos ya, emprendieron el corto trayecto hacia donde vivían los York.

Ninguno habló, ninguno podía pronunciar palabra. Todo había terminado entre ellos, y la congoja que a ambos les inundaba el pecho les impedía comunicarse.

Patricia sintió un profundo alivio cuando divisó la casa de su tío, lo que le permitió olvidar durante un momento el dolor por la próxima ausencia de Radigrand. Sin esperar a que él la ayudara a bajar, saltó del vehículo, corrió hacia la puerta principal y golpeó el llamador con insistencia.

Un empleado nuevo salió a recibirla. Al ver a una delgada y harapienta negra, amagó con cerrarle la puerta, pero ella fue más rápida, lo empujó hacia un costado y comenzó a mirar en cada uno de los cuartos de la zona de recepción.

—Señorita, señora —aclaró cuando vio la criatura que la extraña mujer tenía en brazos—, si usted desea una limosna, le ruego que se dirija la parte trasera. ¡Señora, le imploro discreción!

—¡William, William! —iba ella gritando.

Sin prestarle atención al mayordomo, al ver que no encontraba a su tío, Patricia continuó hacia el ala de servicio.

Radigrand quedó afuera, desconcertado por la actitud tan autoritaria que desplegaba la muchacha.

—Adiós, Cochinita —expresó por lo bajo.

Sabía que ya nunca más la volvería a ver.

Con el sirviente que se apuraba detrás de ella, la inglesa entró decidida a la cocina y buscó a Octavia, a quien pronto encontró. La empleada revolvía la leche para hacer dulce, y el aroma apetitoso le llenó las fosas nasales a la sajona.

—Octavia.

La sierva se dio vuelta asombrada al escuchar esa voz tan conocida y detestada; pero, en vez hallar a una señorita engreída y fría, se encontró con una mujer oculta, mal vestida, sucia y muy delgada que cargaba a un niño. Entonces pensó que, a lo mejor, había escuchado mal y confundió la voz de la intrusa.

—¿La señora necesita un poco de comida? Ya mismo le preparo un cazo con guiso y se lo llevo al patio de servicio.

—¡Escúchame, Octavia! —la apuró impaciente Patricia. Se sentía abrumada por los acontecimientos y no tenía tiempo para las explicaciones. Tras levantarse el velo, tomó un trapo de la mesa y comenzó a limpiarse el rostro—. Quiero saber dónde se encuentra William porque, en la sala principal, no lo vi.

Al reconocerla, la mujer se llevó la mano a la boca para ahogar un chillido de espanto. Después retrocedió unos pasos y salió a las corridas hacia los dormitorios de la parte central.

—¡Señora Lheena, señora Lheena! —iba llamándola a viva voz.

La nativa, muy asustada, acudió presta al desesperado grito.

—¿Qué sucede, muchacha?

Por toda respuesta, la negra señaló hacia la sucia y disfrazada Patricia.

Lheena la miró sin poder creer lo que los ojos le mostraban y ladeó el rostro para cerciorarse de que quien se encontraba delante y había seguido a Octavia era la joven inglesa.

—¿Patricia?

La recién llegada observó a su aborrecible enemiga y la estudió de arriba abajo, lista para aumentar la aversión hacia ella; aunque, mientras lo hacía, algo extraordinario sucedió en el interior de la muchacha. En vez de verla deleznable, encontró en ella a una asombrosa mujer capaz de abandonar a su propia familia y gente por amor, capaz de cruzar océanos horripilantes y de soltar a su marido, también por amor, para que tuviera una mejor vida que esa que ella le ofrecía. Vio a una mujer que había sido capaz de tener un hijo en soledad y que, incluso, había esperado a su esposo durante años sin claudicar, siempre llena de amor y lealtad.

Entonces, en vez de odio, sintió hacia ella un profundo respeto y una gran admiración. No era nada fácil ser tan noble. ¡Si sabría Patricia cuánto costaba perseverar en vez de darse por vencida!

—¡Lheena! —Se acercó a Octavia y le entregó la criatura—. Tenla un momento, buena mujer.

Quería saludar a su tía con corrección. Gracias a haber convivido con los tehuelches y mestizos, de ellos había aprendido a apreciar las cualidades de las demás personas, y Lheena tenía muchas. Por ello quería demostrárselo con un intenso abrazo.

Entonces apuró el paso hasta llegar junto a la comechingona y la estrechó con efusividad. Interminables lágrimas inundaron las mejillas de Patricia al tiempo que sonreía sin soltarla.

Cuando la nativa pudo correrse un poco y hablar, llamó a su marido.

—William, William, ¿podrías venir?

Él se encontraba en la cochera, ocupado en impartir algunas órdenes al conductor porque estaba a punto de partir hacia el puerto.

Al escuchar que su esposa lo convocaba, fue hasta donde las dos mujeres se encontraban y, al ver a Patricia, tardó unos segundos en reconocerla. Luego, sin hacerle preguntas y mientras la muchacha continuaba sosteniendo la mano de Lheena, también la abrazó con ternura y emoción.

—¡Hola, querida sobrina! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Entre sollozos, mientras temblaba, embargada por una exaltación que nunca antes había sentido, la muchacha le contó que Radigrand la había llevado hasta ellos.

—¿Jeremy? ¡Viejo lobo!

—¿Lo conoces?

—¡Claro! Espérame, debo hablar con él.

Retrocedió y salió apurado por la puerta principal para alcanzarlo.

Patricia, tomada de la cintura de Lheena, se acercó a la ventana abierta para mirar una vez más a ese hombre. ¿Podría alguna vez confesarle toda la verdad? ¿Podría decirle que todos esos defectos de macho bestial eran ínfimos comparados con los de ella? ¿Podría confesarle que era una asesina y mala mujer, que había hecho hasta lo imposible por arruinarles la vida a los York con el objetivo de quedarse con la fortuna familiar? ¿Merecía Radigrand una mujer como ella?

No, no lo creía. Él era demasiado honorable, demasiado fiel a sus principios; en cambio, ella... Ella era una renegada, no solo de la sociedad, sino también de la justicia.

Mientras lo observaba con los ojos llenos de lágrimas, conmovida por el intenso amor que sentía hacia él aunque, al mismo tiempo, supiera que no podrían estar juntos, vio cómo Radigrand y William hablaban.

En ese momento, el hombre que ella había elegido para regalarle el corazón hizo lo impensable: recibió un fajo de billetes de su tío.

—¿Cómo es eso? ¿Estoy viendo bien? —El rostro de la sajona se transformó y, de la dulzura y el tierno enamoramiento, pasó a la ira. Una ciega furia la invadió—. ¡Cretino mohicano, embustero y vil! ¿Me cobraste a mí y ahora le cobras mucho más a mi tío? ¡Eres una porquería de ser humano, angurriente, miserable, qué mal te juzgué! Por algo tus padres te abandonaron a tu suerte, ¡o a tu mala suerte!

Los conceptos casi soeces y muy fuera de lugar en una persona tan educada como ella le brotaron de manera espontánea.

—¿Patricia? —preguntó Lheena, asombrada ante una actitud tan agresiva en la joven.

¿En qué mundo de incultos había estado sumergida antes de vivir en el rancharío? Porque esas burdas palabras no podía haberlas aprendido de los nativos o de los mestizos. Ningún aborigen insultaba así.

—¡Él es un mentiroso, una persona malvada! —se justificó ella, y lo señaló a través de la ventana—. A ese hombre no le alcanzó con cobrarme; ahora también William tuvo que entregarle dinero por haberme traído. ¡Y yo que pensaba que lo había hecho porque era un caballero! Yo que pensaba que me había traído hasta aquí porque me apreciaba. No, ¡cómo me ha decepcionado! Lo hizo solo por dinero. ¡Qué equivocada he estado! Se aprovechó de mí.

La señora trató de calmarla.

—Tal vez las cosas no sean como parecen. ¿Por qué no te acercas y les preguntas?

—¿Preguntarle a él, a ese oso cavernario, zorro cruel y despiadado, motivado solo por unos miserables pesos? ¡Jamás! —Escondió el rostro entre las manos y comenzó a llorar.

El mundo de la joven había vuelto a cambiar. ¡Qué tonta había sido al imaginar que por fin podría estar al lado de un hombre que la complementaba! Ya veía que no podía confiar en nadie, que ese país era un sitio cruel y detestable, que no se podía vivir tranquila, que todo era hipocresía, oportunismo y motivaciones egoístas. ¡Cuánta desilusión albergaba en ese momento en el alma!

Sin poder soportarlo, con espasmos de llanto cada vez más fuertes, corrió hacia su cuarto y se arrojó sobre la cama. Una vez más, se encontraba completamente sola.

Después de conversar con Radigrand y entregarle dinero, William volvió a entrar al hogar.

—¿No quiso pasar?

—No, querida, dijo que estaba muy apurado y que deseaba preparar sus navíos. Quiere zarpar cuanto antes. Sabes que, por nuestra culpa, está muy retrasado. Su flota tendría que haber partido hacia India hace meses.

—Así es, pero me gustaría haberlo saludado.

—Será la próxima vez. —Miró en derredor—. ¿Dónde está mi sobrina? ¡Cuán cambiada la encontré, querida muchacha!

Lheena sacudió la cabeza con desaliento y se puso seria.

—Le pedí a Octavia que la ayudara a bañarse. Como dices, esa jovencita ha padecido mucho en estos años. No comprendo cómo está viva.

—Supongo que gracias a ustedes, los nativos.

Ella sonrió mientras él la abrazaba.

—Tienes razón. La gente de esta tierra es maravillosa.

—Será por eso que te amo tanto.

Lheena luego lo observó con severidad.

—Los vio a ustedes dos conversar afuera, notó que tú le entregabas dinero a Jeremy y creyó lo peor, que él te estaba cobrando por haberla traído hasta nosotros.

—¡Pero eso es una mentira! ¡Un gran error!

—Creo que deberás aclarárselo; y cuanto antes, mejor, porque quedó muy afectada. Conoces su temple.

William negó con la cabeza y apretó los labios.

—Lo siento por ella, pero será en otro momento. Querida, me temo que debo ir hasta el puerto para descargar en mis galpones la mercadería que Jeremy me trajo en las dos vagonetas. Ya te dije que le urge terminar con los pendientes.

—¡Cuánto lo lamento por ella! Creo que le vendría bien que se lo aclararas. Me parece que ellos dos estuvieron muy unidos durante el viaje de regreso.

Él caminó por la sala con el puño bajo el mentón, pensante.

—Haré esto: en cuanto regrese, mantendré una seria conversación con ella. Patricia me va a escuchar. Por más testaruda, orgullosa y caprichosa que sea, esta vez me va a oír.

—No lo dudo, querido. Aunque te parezca irreal, está ansiosa por un poco de atención. ¿Quién sabe por qué se ocultó así, con la piel tiznada y esa ropa andrajosa y holgada? Además, ¿viste a nuestra hermosa sobrina nieta?

—¡Tienes razón! Jeremy me contó que ella tuvo una hija. ¡Qué maravilla de muchacha, valerosa y perseverante a pesar de tantos infortunios! ¿Vamos a ver a la criatura juntos antes de que me retire al puerto?

—¡Vamos! Me contó que se llama Geraldine.

William le pasó el brazo sobre los hombros, y ambos fueron hasta la habitación de huéspedes que Patricia había utilizado la vez anterior, cuando estaba por contraer matrimonio con Eduas.

En una cuna que la amorosa Octavia había sacado del cuarto donde depositaban los trastos en desuso para luego limpiarla, había una preciosa criatura dormida. Ellos la observaron durante un momento, y William tomó la mano de su mujer.

—Es hermosa, ¿verdad? —comentó ella.

—Sí, ha heredado tus facciones —expresó él.

—¡Qué sonseras dices! Si Patricia y yo no somos parientes.

—Pero esta niña es nativa.

—Sí, con ese cabello renegrado, la piel oscura y los ojos rasgados, no hay duda de ello. ¿Sabes quién es su padre y dónde se encuentra?

—Según me contó Jeremy, Geraldine es fruto de una unión no correspondida entre Patricia y Urzep, un sobreviviente de la viruela con graves secuelas en el cuerpo y la mente.

—¡Por favor! ¡Cuántas desventuras juntas!

Patricia nunca había sido una joven que se hiciera querer. De hecho, todo el tiempo se ocupaba en despreciar a las personas que no se encontraban a su misma altura, cosa que demostraba con abiertas actitudes. Una de ellas había sido Lheena. Aun así, la nativa jamás le habría deseado mal alguno, y menos un padecimiento tan tremendo.

—Voy a mi depósito y, apenas pueda, regreso. Mi sobrina debe de tener mucho para contarnos. Además, no puede quedar con tanto resentimiento hacia mi amigo. De

alguna manera, debemos hacerle entender que Jeremy no es una mala persona.

—Sí, creo que la muchacha nos necesita, requiere de mucho cuidado y necesita ser consentida.

—Algo que le encanta.

Lheena se encontraba muy preocupada por el bienestar de la recién llegada y, apenas William partió, ella se retiró a las habitaciones del fondo de la casa para continuar ocupándose de la joven.

Patricia se bañó y se quitó el hollín de encima, para lo cual tuvo que rasparse las uñas, las manos y el cuerpo con un cepillo y lavarse el cabello hasta que relució de nuevo como los rayos solares. Las marcas oscuras en las hendiduras del cuerpo de la muchacha tardarían en irse, pero de todas maneras suponía que, con el tiempo, esa piel volvería a ser la clara y lechosa de antes. Además, Lheena le había entregado el polvo blanco que la indígena alguna vez había debido usar en la piel cobriza para presentarse ante la duquesa, detalle que no había servido de nada porque la madre de William había descubierto los orígenes de aquella mujer de inmediato.

La sajona no quiso encontrarse con Lheena ni ingerir bocado alguno. Solo bebió una tetera llena con té dulce y se retiró a descansar durante un par de horas. Tantos sentimientos encontrados juntos le habían provocado un tremendo dolor de cabeza. Por un lado, estaba la enorme felicidad de reencontrarse con aquellos seres que formaban su familia y cuyo amor hacia ella durante tanto tiempo había subestimado; y, opuesto a eso, estaba la intensa desilusión que le había provocado descubrir la actitud insaciable por el dinero que tenía el oso cavernario. Eso último la había apaleado y la había llevado a encerrarse en una oscura y húmeda mazmorra de la cual, por el momento, no sabía cómo salir.

CAPÍTULO 34

Al anochecer, cuando William regresó, Patricia se encontraba sentada en la sala, donde conversaba con Lheena; aunque la inglesa parecía seria, tal vez porque todavía estaba cansada y debía recomponerse. Se la notaba triste y encogida, como si aún persistieran en ella los sustos del pasado cercano y no llegara a asimilar del todo que ya nada malo iba a sucederle.

Sin embargo, las razones de Patricia eran muy diferentes, y no se las comentaría a nadie porque, en la soledad de aquellas desventuras, había aprendido que no existía mejor amigo que ella misma. La muchacha añoraba aquello que ya no podría ser, el futuro que había imaginado junto a Radigrand, mentiroso hombre al que ya no consideraba suyo.

—Hola, querido, estábamos comentando qué linda estaba la tarde, en especial para recorrer los senderos del puerto a pie. Lamentamos que se haya hecho de noche. Pero, si mañana continúa igual, hasta podríamos salir con la criatura para dar unas vueltas y tomar aire.

—Hola, sobrina.

La destinataria apenas si le respondió y permaneció con las manos apretadas sobre la falda.

—Hola, tío.

—Patricia, te noto muy desanimada. Debemos hablar —le dijo él apenas se ubicó en uno de los sillones que se encontraban frente a ella.

—¿Sobre qué, tío? Sé que ustedes no me aprecian y que querrían verme lo más lejos posible de aquí, y los comprendo, no me he hecho querer. Aprendí mucho en este último tiempo al verme presa por esos vándalos amotinados en el navío que, en una mala elección, decidí tomar para regresar a Europa. También después, en Carmen de Patagones, con el vil Walterio, a quien tuve que matar. —Calló de manera abrupta para silenciar tales aseveraciones porque primero debería develar el crimen—. Sí, debo confesarles que soy una asesina. —Entonces pidió disculpas—. ¡Por favor, perdónenme por ello, no fue mi intención matarlo! ¡Lo único que quería era defenderme de sus golpes! ¡Quería que dejara de pegarme con ese palo!

—Detente ahí, muchacha. ¿Qué has dicho, que eres una asesina? ¿Mataste al dueño del bodegón? ¡Esto es asombroso!

Pero William no se encontraba molesto o serio, sino más bien sonriente, lleno de asombro.

—¡No, tío! Déjame desahogarme, por favor, déjame contarte todo. Después decidirás si me entregas a las autoridades o me expatrias a un país lejano. Permíteme explicarte mis razones. No soy tan mala como ustedes creen, solo buscaba defenderme. Sé que es difícil, pero ¿pueden creerme?

—Luego nos contarás todo, hija. Podrás detallarnos cada uno de tus malos momentos, tus accidentes, heridas, infortunios..., todo cuanto quieras. Aunque, en realidad, debo advertirte que estás muy equivocada. Por eso, en esta ocasión yo hablaré antes que tú.

—No, tío, soy una horrible mujer; sin embargo, en este incidente, tengo una importante excusa, ino lo hice adrede! —El nuevo sollozo que la acometió fue enorme, avasallador y la convulsionó entera.

Lheena se acercó más a ella y la abrazó, tras lo cual le entregó un pañuelo y le secó las lágrimas con la mano.

William se impuso. Era tiempo de que esa jovencita entendiera que él también tenía mucho carácter. Alguna vez debía aprender a obedecer y escuchar. Aprovechó que ella sollozaba y comenzó a hablar.

—Antes que nada, es primordial que entiendas que no te queremos lejos; más aún, nos encantaría que descubras las maravillas de esta tierra, ames Argentina y te quedes a nuestro lado cuanto desees. Incluso deseamos que visites Tierra India, mi gran orgullo. Tanto te apreciamos que, cuando nos enteramos de que habías partido en un desconocido barco repleto con una tripulación de dudosa procedencia, Lheena se puso muy nerviosa y pedía noticias tuyas cada mañana y cada anochecer. Luego, cuando, de parte del resto de la flota que los acompañaba, nos llegó la noticia de que la tripulación de *El Andaluz* se había amotinado, ella me rogó que saliera a buscarte. Las novedades que nos llegaban decían que estabas viva y que te habían vendido como esclava en el puerto sureño. Viajé en mi nave hasta Carmen de Patagones, sitio donde vieron por última vez a ese navío, y una vez allí, te busqué en cada hostería, en cada cuartucho, en cada bar. Al final di con el sinvergüenza explotador de Walterio, y él me contó que trabajabas a su servicio...

—¡A su servicio! —lo interrumpió Patricia—. ¡Era su esclava, y me explotaba sin pagarme un peso!

—Sí, lo supuse. Pero déjame continuar. Él me explicó que, sin saber por qué, dado

que te notaba feliz, una noche habías huido, tal vez en otro barco, tal vez al desierto. A él no le importaba en absoluto porque lo habías defraudado al haberte ido sin explicarle tus razones y al haberle dejado la carga de todo el trabajo del bodegón.

Al escucharlo, Patricia se tensó, agrandó los ojos y lo miró atónita.

—¿Repites eso último, por favor?

—¿Que habías huido?

—No. ¿Que Walterio está vivo? Pero... ¡pero si lo maté! Le corté el cuello y por eso me vi obligada a huir hacia el desierto. ¡Yo lo vi! Y por eso también me disfrazaba y no quería regresar a la civilización, para ocultar mi identidad. No quería ir presa o que me guillotinaran o ahorcaran.

—Te aclaro que eso sucede en Francia o en algún otro país, no aquí en Argentina. Y ese mal hombre se encuentra bien vivo. —Lo pensó un momento—. Ahora que lo dices, en su garganta noté un vendaje. No lo mataste, niña, solo lo heriste.

—¡Por el bendito cielo!

Eso lo cambiaba todo. Ya no debía escapar ni esconderse, ¡era libre una vez más! La exaltación que la embargó fue tan grande que calló todo llanto; ella comenzó a sonreír nerviosa. Se levantó del asiento y caminó de un lado al otro de la sala, imposibilitada de permanecer quieta.

En un exabrupto provocado por la enorme felicidad que la inundaba, saltó y abrazó a William con fuerza.

—¡Te quiero, tío!

—Tranquila, Patricia —le aconsejó Lheena—. Ven aquí. Déjalo terminar, aún tiene más para decirte.

El hombre continuó con la explicación.

—No he concluido, muchacha. Permíteme seguir. Regresé a Buenos Aires con las manos vacías y el pecho anudado, furioso, impotente por no haber sido capaz de dar contigo. Pero no desistía en mi intención de encontrarte o tener noticias tuyas, por eso seguía preguntando y preguntando.

—Te envié una carta.

Él detuvo aquella exposición y frunció el ceño.

—¿Cuándo lo hiciste? Nunca la recibí.

—Apenas pude confiar en alguien. Era un sobre dirigido a ti.

—¡Qué lástima! Así te habría ubicado más rápido. Pero no vale la pena concentrarse en eso, pueden haber ocurrido tantas cosas. Mejor sigo con mi relato, ¿quieres?

—Sí, tío.

¿Qué iba a decirle? El misterio por la misiva ausente quedaría en eso, un acertijo sin resolver.

—Entonces, mientras estaba en el puerto y conversaba con los marineros, me dijeron que un capitán con estancia en el sur llamado Jacques Dubois, casado con una tehuelche llamada...

—Nuil. Sí, la conozco, una gran persona —aclaró Patricia—. Es una maravillosa mujer.

—Ella y su marido te vieron cuando tuviste a tu hija y notaron en ese momento que eras blanca aunque quisieras esconderlo. También comprendieron que, si te estabas ocultando, por algo debía de ser, y quisieron ser discretos. Por eso no insistieron cuando te ofrecieron vivir con ellos o llevarte hasta Carmen de Patagones. Pero Jacques también recordó que, mientras estaba en el bodegón del tal Walterio, había conversado por casualidad conmigo y supo que yo estaba haciendo averiguaciones sobre una mujer blanca. Como notó que yo era un hombre de ley, serio y respetable, creyó que no había nada de malo en enviarme un mensaje para decirme que creía que estabas viva y notificarme dónde te encontrabas. Apenas lo supe, me enteré de que mi amigo Jeremy viajaría con su flota de barcos para allá. —Detuvo la explicación para cuestionar—: No sé si sabes que Radigrand posee varios navíos cuya principal mercadería de comercio es la sepiolita. La compra en Marruecos y España para luego vendérsela a los productores de joyas.

—¿Sepiolita? —repitió ella, extrañada. Era evidente que desconocía la palabra.

Mientras tanto, caminaba por el cuarto al tiempo que tocaba con suavidad los adornos y se repetía que era muy afortunada nada más que por tener el privilegio de poder apreciarlos. Eso era algo que había creído imposible cuando se encontraba en el bodegón y en el poblado mestizo y que, antes de ello, no habría tenido en cuenta, sino que habría seguido de largo ante la vista de esas maravillas al tomarlas como algo natural e innato en esa holgada vida de mujer acaudalada que todo lo tenía o lo conseguía.

—¿Recuerdas las pipas blancas, porosas y parecidas al marfil que tenemos en el castillo Providence? Algunas las usaba nuestro tío. También están los camafeos, collares... Pero, sobre todo, las pipas. Con el uso, cambian de color hasta tornarse de

tono tostado. ¿Ahora recuerdas de qué hablo? A la sepiolita también la llaman “espuma de mar”.

Ella se detuvo en el recorrido y se acordó.

—Sí, por supuesto. Continúa, tío.

—Como Jeremy iba a andar por Carmen de Patagones para recolectar mercadería nativa para vender, le rogué que retrasara su regreso y llegara hasta el rancherío en cuestión. Así, aparte de traerme las vagonetas llenas de piedras para enviar a Europa — cosa que servía de perfecta excusa—, debía buscarte y, de ser posible, convencerte para que regresaras.

—Caí en la trampa.

—Sí, se lo hiciste fácil porque tú misma le pediste que te llevara al puerto. Le advertí que no te contara que yo era quien te convocaba; de saberlo, tu extrema soberbia...

Una vez más, Patricia lo interrumpió.

—Tienes razón, tío, mi soberbia... ¡Cuánto he perdido en el camino por culpa de mi exagerada vanidad! Luego de tantos padecimientos, comprendí que los monstruos internos que albergaba eran solo producto de mi imaginación.

A William le llamó la atención que, al fin, aceptara que mucho de lo que había sufrido había sido por decisiones que ella misma había tomado y no porque la gente del entorno la detestara.

—Continúa.

—Hazlo, por favor.

—Tu orgullo te impediría venir, por eso calló, sin comentarte nada de mí. —La miró con una sonrisa—. Te conozco, sobrina. Siempre creíste que yo era una mala persona. Además, por precaución, dado que desconocía tus razones para esconderte, solo le dije que debía buscar a una mujer con las características que Nuil me había dado. ¿Quién era yo para delatarte? Y debes saber que Jeremy aún sigue desconociendo quién eres.

—¡El muy mentiroso! Me cobró por traerme y luego recibió de ti mucho más.

—Nuevo error, sobrina. Tú le pagaste por traerte, aunque él te habría hecho el favor por nada. Es mi gran amigo, pero debía fingir. Y si yo le pagué hace un rato, fue a cambio de la mercadería que me trajo en los dos carros.

Patricia agachó el rostro y se quedó pensando. La respiración de la joven era pausada, y los movimientos, calmos. ¡Cómo había cambiado su propia vida! ¡Cuánto

más madura y juiciosa era en ese instante gracias a las vivencias padecidas desde que había conocido a Eduas! Casi no se reconocía. Antes habría gritado hasta callar las explicaciones de cualquiera, habría exigido silencio y que de inmediato la llevaran a su castillo en Londres... Bueno, o al de la duquesa de York, su tía abuela. En cambio, entonces se mantenía tranquila, tomada de la mano de Lheena –nativa a quien antes aborrecía y que por ninguna circunstancia habría permitido que la tocara–, y escuchaba con atención las aclaraciones de William. No podía evitar disfrutar de las dichas revelaciones que él le confesaba.

Entonces comprendió que cada persona en su vida, con o sin intenciones de hacerlo, tras un fin bueno o malintencionado, le había enseñado a ser mejor persona.

—Noto que he sido muy necia —dijo, llena de vergüenza—. En verdad, todo lo que creía estaba errado.

—Nosotros te queremos, y Jeremy es un gran hombre que dejó a un lado sus negocios de manera temporal para hacerme el favor de ir a buscarte. Porque bien podría haber regresado desde el rancharío a Carmen de Patagones, donde se encontraban sus navíos a la espera. Pero, como te negaste a ir a ese pueblo, entonces no tuvo más salida que cambiar sus planes.

—¡Tanto ignoraba!

—De todos modos —continuó él—, por las dudas y porque existía la certera posibilidad de que su retorno contigo se dilatara, para que no se retrasara tanto en sus empresas, le ofrecí que, de ser necesario, su flota regresara desde Carmen de Patagones hacia Buenos Aires comandada por mi mejor marinero, Eduas.

—¿Eduas? —Los ojos de Patricia se iluminaron, y alzó el rostro con visible interés.

¿Eduas se encontraba en Argentina, en el puerto o cerca de él? ¡Qué cantidad de extraordinarias noticias!

De improviso, eso último pasó a ser lo más importante de la discusión. Radigrand acababa de quedar en segundo plano. Si Eduas andaba cerca, todo cambiaba. Tal vez... ¡Tal vez podría intentar reconquistarlo! ¿Por qué no? Después de todo, ella era diferente, otra persona.

Pero eso vendría después. Por el momento, le provocaba una inmensa tristeza el haber tenido en tan mala estima a las personas que estaban delante de ella. Siempre había buscado menospreciarlos, ignorarlos, hacerles la vida más complicada, mofarse de ellos de cualquier modo... Sin embargo, estaba visto que los conceptos que había tenido estaban errados. ¡Todo era al revés! Y se sentía tan cansada de ese yo anterior, de ser petulante, exigente, egoísta y ruin. ¿Adónde la habían conducido semejantes cualidades?

En cambio, una mansa aceptación la invadía completa. Ya no quería pelear, ya no quería enemistarse con nadie ni iniciar una guerra insensata. ¡Cuánto más fructífero y simple era tomar a los seres como eran! Sin cuestionamientos ni imposiciones, sin intrigas ni rebuscados planes para ofenderlos o demostrarles lo fabulosa que ella era.

Miró a Lheena: nativa, cobriza y algo mal hablada, aunque también tenía un inmenso lado bueno, tierno, amoroso y munificente, mucho más que ella. Su tío, de quien había creído que la detestaba, había revuelto el país para buscarla sin claudicar durante esos dos años. Rememoró a Radigrand. Tan tosco, de vulgar comportamiento, maleducado, gritón y mandamás, así como el más testarudo hombre de ley, apasionado, fervoroso y suave al momento de ocuparse de ella y su criatura.

—Tienes razón —expresó al pensar en él—, si Radigrand me hubiera comentado que tú lo habías enviado, lo habría mandado de regreso con alguna de mis frases hirientes. —Recordó las largas conversaciones que habían mantenido durante el viaje—. Siento curiosidad, ¿por qué no me contó que era dueño de una flota de barcos?

—¿Se lo preguntaste?

—No, la verdad es que, durante el trayecto de regreso, solo me dediqué a escuchar sus historias, que creí algo fantásticas, brotadas de una exagerada imaginación. —Lo recordó, entonces de nuevo con esa ternura que había ido creciendo en ella a medida que la caravana se acercaba a Buenos Aires—. Dime, tío, tu amigo a veces me exaspera, ¿por qué es tan desgreñado, grosero, burdo, exagerado, torpe...? —Se detuvo un instante para buscar más adjetivos que lo calificaran.

William rio fuerte, echado hacia atrás.

—Ese es él, sin duda alguna. Lo has descrito de manera impecable.

Suelta ya de toda inquietud, Patricia pensó otra vez en Eduas, el atrapante muchacho que la había cautivado en Europa; pensó en cuánto había deseado casarse con él. ¿Acaso cada movimiento hecho por ella en esos últimos meses había tenido un motivo: llevarla hasta él una vez más, ya despojada de todo vicio y jactancia?

De ser así, comprendió que, entonces, no había estado tan desacertada en sus propias elecciones porque cada una de ellas la había conducido al sitio donde se encontraba en ese preciso momento.

En ese instante, una urgencia visceral la acometió. Tenía que acudir adonde él se encontraba, decirle que aún lo amaba, tratar de conquistarlo una vez más. Esa vez la aceptaría. Cuando supiera cuán increíble era ella, no le cabía duda alguna de que la recibiría.

—Debo prepararme.

—¿Prepararte? ¿Te irás a alguna parte? —expresó Lheena desconcertada—. Es de noche.

Patricia miró hacia el patio y, desanimada, se dijo que la nativa tenía razón. Volvió a sentarse junto a ella.

—Está bien, aguardaré hasta mañana. —Sonrió—. No fui una muchacha fácil, ¿verdad? Tu hijo debe haberte contado cosas tremendas de mí. Y tenía razón —susurró al recordar el pasado—. ¿Sabes, Lheena? Antes tenía todo el lujo, las joyas, las comodidades, las fiestas y las reuniones sociales más fastuosas. Era admirada, consentida, mimada..., pero debo reconocer que nunca fui tan feliz como lo soy desde que tuve a mi hija y desde que... —Estuvo a punto de agregar que se sentía así desde que había conocido al intenso oso cavernario de Jeremy Radigrand, pero se detuvo. Eso era lo que había creído antes de enterarse de que Eduas andaba cerca—. Desde que hemos conversado —dijo apenas.

Lheena le sonrió comprensiva. Hacía mucho que ella sabía que los tesoros más grandes del mundo no se encontraban en aquello que brindaba el dinero

CAPÍTULO 35

Esa noche, Patricia dejó sobre una silla cada prenda que se colocaría al amanecer. En el ropero había encontrado adorables trajecitos que había olvidado en el apuro por partir hacia Londres. Alguno le quedaría perfecto para reanudar la relación interrumpida de manera tan vergonzosa con Eduas. Lo último que recordaba, aunque con vaguedad, era que a él le gustaba una sirvienta italiana de William.

—¡Criada anónima!

Cuando volviera a ver a Patricia, al conocer cuánto había sufrido ella y lo que había superado, estaba segura de que la volvería a amar, claro que sí.

Antes de que clareara, convocó a Octavia y, con la ayuda de la empleada, se vistió con cuidado y se esmeró en cada detalle. Se colocó el polvo blanqueador en cada huella oscura que aún tenía por haber usado durante tanto tiempo el hollín sobre la piel, se perfumó los lóbulos y se peinó con prolijidad. A continuación, se apretó la cintura y el pecho con un ajustado corsé, se abotonó la chaqueta de fino raso rosado con puntillas a tono, se calzó unos zapatos con tacones y hebilla de oro, se colocó guantes, buscó una sombrilla y apretó un delicado abanico en la otra mano. Lista ya, se observó en el espejo de la sala.

—¡Preciosa, como debe ser! —exclamó feliz.

Ya le había pedido a Octavia que le ordenara al chofer preparar uno de los vehículos para esperarla frente a la puerta principal.

Antes de que los aguateros pregonaran su transparente líquido, la inglesa estaba subiéndose en la carreta.

—A las oficinas de William —le pidió.

En la casa, ella supuso que debían de pensar que iba a buscar a Jeremy para agradecerle por la dedicación del comerciante por regresarla sana al seno familiar. Pero, en realidad, quería encontrarse con Eduas. Sabía que él iría temprano al galpón; conocía la extrema responsabilidad del joven en todas las ocupaciones que le concernían.

Desde su cuarto, Lheena y William la escucharon partir y se preguntaron adónde iría.

—Creo que a buscar a Jeremy.

—Tendrá que apresurarse —le respondió el caballero—. Luego de tanto retraso, está ansioso por partir hacia el Viejo Continente.

—¿Viejo Continente?

—Es probable que ella pretenda agregarse a los pasajeros. Él es confiable y puede llevarla hasta Inglaterra. ¿No es eso lo que siempre quiso desde que pisó suelo argentino?

Lheena, mucho más perceptiva que él, lo dudó. Ya no estaba tan segura de que Patricia quisiera dejar ese país. Desde que había retornado, existía un brillo diferente en la mirada de la muchacha, una aceptación, una alegría y una clara curiosidad hacia los acontecimientos de cada día, fueran buenos o desagradables. Y la nativa creía que tal vez deseara quedarse un tiempo en Argentina.

* * *

Patricia, recostada en la butaca del vehículo, se bamboleaba y seguía con el cuerpo las imperfecciones del camino que estaban transitando. La zona central de la ciudad tenía adoquines, y los carros traqueteaban con un ruido ensordecedor que despertaba hasta al más dormido.

Se miró las manos enguantadas, aspiró el sutil perfume que se había colocado y sonrió. Todo estaba dispuesto para enamorar de nuevo a Eduas. Entonces era más madura, más centrada, conocía mucho más sobre la vida y lo complacería de muchas maneras distintas. Con Radigrand había aprendido cómo satisfacer a un hombre, por lo que creía que aplicaría todos esos conocimientos en el caballero. Eduas se volvería loco con ella. ¡Claro que lo haría!

Al llegar a la entrada del galpón de los York, la muchacha notó varios caballos con riendas atadas a un costado del edificio y supuso que alguno debía de ser de Eduas.

En derredor, el movimiento ya era intenso, y varios navíos estaban siendo cargados con suministros. Las chalupas iban y venían de la costa hacia los barcos; el tren del muelle de pasajeros recorría el trayecto hasta el final de la línea casi sin detenerse. Los gritos estallaban en la incipiente claridad de esa mañana. Todos querían partir cuanto antes, el día se presentaba esplendoroso, y una leve brisa ya soplaba desde el norte.

—Sí, ¡será una maravillosa jornada! —se dijo Patricia al tiempo que movía el mentón en un gesto coqueto.

Tras golpear con el nudillo la puerta de entrada a las oficinas York, sin aguardar respuesta, la abrió, pero allí solo encontró un farol encendido cuya llama se balanceaba con suaves ondas.

—¡Eduas! ¡Eduas!

Ni él ni nadie más había dentro. Pasó al enorme cobertizo donde se estibaban los bultos, sacos y cajas con mercadería. Solo vio a un par de empleados que los acomodaban sobre un carro, de seguro para luego transportarlos a la costa.

Algo decepcionada, salió de las instalaciones y caminó hacia la orilla.

En el cielo, la alborada se iniciaba. El sol estaba a punto de asomarse una vez más. Recorrió los senderos de un lado al otro, estudió a cada persona que se le cruzaba, fue hasta los botes y miró a los marineros.

Nada. Eduas no estaba por ninguna parte. Al final preguntó por él.

—¿Saben ustedes dónde puede encontrarse el señor Eduas York?

Alguien le señaló un grupo de hombres que estudiaban una lista mientras daban órdenes a los estibadores para que subieran a la vagoneta del muelle los bultos que iban señalando.

Con pasitos cortos porque la falda le impedía efectuar mayores movimientos, corrió hacia ellos. Cuando se encontró a escasos metros, lo llamó. No dudaba de que, si estaba ahí, respondería a su nombre y voltearía el rostro.

—¡Eduas!

El muchacho dejó de mirar la larga lista y se dio vuelta hacia ella.

Al lado de él, otro hombre más alto y fornido también miró a la hermosa joven recién llegada.

—¡Por las barbas de Lucifer y Mandinga juntos! ¿Quién es esa adorable dama? —inquirió el hombretón.

Patricia ladeó apenas el rostro mientras sonreía con ternura para convertirse en el ser más exquisito de la tierra y el cielo, un ángel caído entre ellos.

Eduas la observó azorado un momento y de inmediato recordó a la malvada Patricia. Entonces, una involuntaria sacudida de completo desagrado le recorrió la columna, y suspiró con desánimo.

Radigrand volvió a hacerle la pregunta.

—¡Hombre, responde! Porque esa mujer parece estar buscándote, y te aclaro que sus intenciones de conquista son más que evidentes. —Se detuvo y pensó un momento, como si de repente recordara algo—. ¿No te habías casado?

—Así es.

—¿Con la italiana de carácter arisco?

—Con la mujer más increíble.

—Dime, ¿por qué te busca esa muñeca? ¿Me explicarás de una buena vez quién es?

Entrecerró los ojos y sentenció:

—Ella es mi peor pesadilla.

Patricia continuaba de pie en el mismo sitio. Acababa de descubrir a Radigrand junto a Eduas.

Primero miró al amor que la había despedido al tiempo que rememoraba momentos pasados. Recordó que, cuando lo había necesitado en el camarote, esa vez en que se encontraba mareada y devolvía lo poco que había ingerido, él había acudido, pero solo para ocuparse de su abuela, la duquesa. A ella, la había ignorado por completo. Le volvió a la mente que, cuando se sentaban a conversar durante las hermosas siestas de verano, la sajona jamás se había sentido del todo cómoda y suelta. Además, cuando solían entretenerse en ciertos jueguitos amorosos, él siempre esperaba que Patricia estuviera casi lista y, cuando lo notaba, con mucha maldad se retiraba para dejarla insatisfecha. La inglesa también recordó que, si debía ser del todo sincera, él nunca la había mirado con verdadero amor.

Sí, en ese momento se acordaba de todo eso.

Luego pasó a contemplarlos a ambos. Al compararlos, al lado de Radigrand, Eduas se veía pequeño. Era un mozalbete al que le faltaba crecer, demasiado bonito para ser hombre, algo fino y con modales muy calculados. ¡Lo vio tan inferior a la idea que de él que se había hecho!

Entonces lo comprendió todo, supo que el acertijo que tanto quería develar en esa búsqueda de respuestas se le había aclarado. Ya no existían más misterios. Cada una de sus acciones pasadas había tenido el objetivo de conducirla a ese preciso instante.

Se aproximó a ellos y estiró una mano enguantada para acercarla a Jeremy.

—Hola, Radigrand. ¿Ya me has olvidado, mal hombre?

Él se encontraba desconcertado por completo. La voz era similar a la de su cochinita, pero no podía ser posible porque Juana era una mujer que olía como el averno, que tenía la piel ennegrecida por la suciedad y la grasa, dos cuestiones a las que ella, por quién sabía qué extraño motivo, era muy afecta.

Patricia se acercó más y, luego de colocarse en puntas de pie, con la mano le cubrió los ojos. Después apoyó los labios sobre los de él y lo besó con pasión.

El hombre no se retiró, sino que saboreó complacido el contacto con esa agradable boca. Al apartarse, le volvió a preguntar:

—¿Ahora me recuerdas?

—¿Cochinita? ¿Eres tú, mi campesina presumida? ¡No es posible!

Ella le dio un golpe con el abanico cerrado.

—¡Más respeto, hombre malo! ¡Soy Patricia Jennifer York Clanmad de Providence y he venido a buscarte!

Radigrand la observó con detenimiento de arriba abajo.

—¡Por todos los cielos, muchacha, eres increíble! —Después, al tiempo que reía a carcajadas, la levantó por la cintura y la hizo girar.

—¡Me aprietas, oso cavernario!

Al bajarla, Jeremy la besó varias veces sin soltarla. Esa muñeca jamás se le volvería a escapar. Era la mujer perfecta para él. Después miró a Eduas y le dijo:

—Ella también es mi peor pesadilla.

NOTA DE LA AUTORA

Una vez más y como siempre he procedido, quiero ser fidedigna y veraz en mis apreciaciones. Por ello debo contarles el origen de la tercera parte de *Tierra India: La dama escondida*.

En oportunidad de ir a la Feria del Libro de 2017 en Buenos Aires, al reunirme con mi editora, ella me preguntó si habría una tercera parte de ese libro.

Cuando la escuché, fruncí el ceño y, tajante, le dije que no.

—¿Estás segura? ¿No ha quedado ningún personaje con una historia pendiente o inconclusa?

—No —repetí de nuevo, sin dar lugar a la duda.

—Porque yo creo que deberías. Tus lectoras la están pidiendo.

Continué pensando, callada. Mientras, movía mis dedos y observaba los círculos invisibles que iban formando en el aire o sobre la mesa frente a la cual nos encontrábamos sentadas. ¿Una tercera historia desprendida de *Tierra India*? Nunca lo habría imaginado. ¡Vaya novedad!

Luego de un par de minutos, para no defraudarla por completo, le aseguré que, si los personajes me hablaban y pedían dar a luz algún secreto todavía escondido, entonces sin dudar lo escribiría.

De regreso al departamento donde estaba hospedándome, me preguntaba —y les preguntaba a Eduas, Lheena, William y la duquesa— si había quedado algo sin contar. En ese instante, desde afuera escuché una voz chillona que lloraba hasta superar los chirridos de los frenos del ómnibus en el que viajaba en una pugna por hacerse escuchar.

—¡Yo, yo! —gritaba desesperada, como si quisiera subirse al vehículo pero el persistente avance la estuviera dejando atrás.

—¿Patricia? —pregunté asombrada—. ¿Qué tanto aúllas? ¿Tienes algo para decirme? ¿No has sido suficiente molestia ya?

—¡Yo, yo! —continuaba insistiendo ella.

—¿Tú qué?

Mientras el colectivo continuaba bufando, roncando, deteniéndose con el agudo e interminable silbido de los frenos y acelerando en cada nueva parada, yo seguía ajena al ruido exterior.

—¡Yo necesito ser reivindicada! ¿Piensas que la historia terminó? ¡Pues no es así! Me has dejado como la mala del relato, ¡y no es eso lo que soy! —repitió mientras daba fuertes pisotones sobre la alfombra del vehículo.

A esa altura de la situación, ya se había trepado y permanecía cerca de mí en tanto buscaba hacerse un lugar.

—¿Ah, no? Cuéntame.

Ella corrió a los demás pasajeros con un certero empujón, se sentó delante de mí y me relató esto que aquí describo.

Cuando entré al hogar de mi prima, segura, le anuncié:

—*La dama escondida*, o sea, la tercera parte de *Tierra India*, está a punto de ser escrita.

AGRADECIMIENTOS

¡Gracias, Mercedes, por aclararme lo oculto! ¡Gracias, Patricia, por venir a mí y chillar tanto en ese esfuerzo por limpiar tu imagen!

Fue por completo fascinante reencontrarme con mis queridos personajes y poder conversar con ellos; amorosa Lheena, adorable William y valiente Eduas, siempre los llevo en mi corazón.